*MASTER NEGATIVE*
*NO. 93-81180-3*

*AUTHOR:*

IBARRETA, ROGELIO H.
DE

*TITLE:*

RELIGION AL ALCANCE
DE TODOS

*PLACE:*

BARCELONA

*DATE:*

[19--?]

Master Negative #

93-81180-3

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record



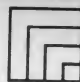
Ibarreta, Rogelio H de,
La religión al alcance de todos, por Rogelio H. de Ibarreta. Prologo de José Nakens. Según la XXV edición. Barcelona, Casa editorial Maucci [19--?]
384 p. 18cm.



Restrictions on Use:

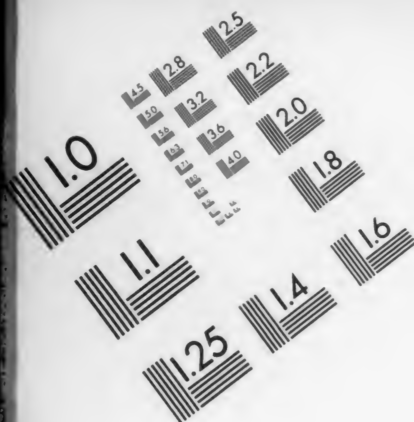
TECHNICAL MICROFORM DATA

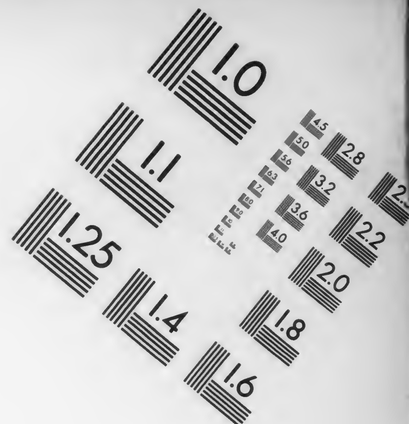
FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 3-15-93 INITIALS M. D. C.
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT



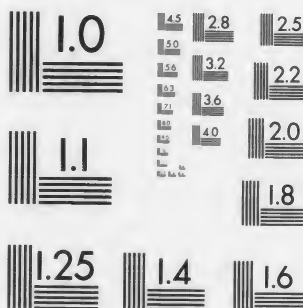
AIIM

**Association for Information and Image Management**
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202

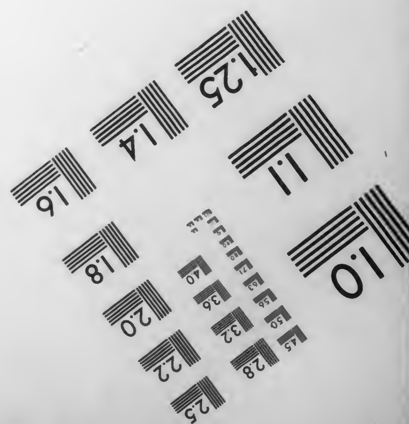










Rogelio H. de Ibarreta

# LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

CASA EDITORIAL MAUCCI


SIGILLVM · COLLEGII · COLVMBIAE · NOVI · EBORACI
IN LVMINE TVO VIDEBIMVS LVMEN

# LA RELIGION
# AL ALCANCE DE TODOS



PRINTED IN SPAIN

# LA RELIGIÓN
## AL ALCANCE DE TODOS

POR

ROGELIO H. DE IBARRETA

PROLOGO

DE

JOSÉ NAKENS

SEGÚN LA XXXV EDICIÓN



BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran Medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903
Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio en la de
Buenos Aires de 1910
MALLORCA, 166

## PROLOGO

La Casa Editorial Maucci me pide un prólogo para una edición que va a hacer de *La Religión al alcance de todos*, y me ha parecido mejor explicar sucintamente cuándo y cómo edité yo este libro famoso del que pudiera decirse, parodiando a Baltasar de Alcázar en su célebre composición *La Cena*:

> Es un libro que él se alaba;
> *no es menester alaballo.*

Lo edité en 1883 y por esto:

Allá por Agosto o Septiembre vino a verme Jacinto Octavio Picón, actual Bibliotecario de la Academia Española, acompañado de un sujeto de porte distinguido que traía un libro en la mano, y me dijo después de saludarnos como antiguos amigos que éramos:

—Presento a usted a don Rogelio Herques Ibarreta, español que ha llegado hace poco de los Estados Unidos, donde ha permanecido varios años, y que desea entregarle un libro que allí ha escrito y del que ha hecho una pequeña edición en la imprenta de *El Correo* para regalar los ejemplares a sus amigos y a los escritores que en España combaten al clericalismo.

Me entregó Ibarreta el libro, en el que había puesto una dedicatoria muy expresiva, le ofrecí leerlo inmediatamente para hablar de él en el próximo número de *El Motín*, y quedó en volver, pues tenía gran interés en conocer mi opinión.

Me puse a hojearlo en cuanto se marcharon, y a las cinco o seis páginas me convencí de que el título no podía ser más apropiado, pues la claridad y sencillez de su estilo ponían el texto al alcance de todas las inteligencias. Cuando lo solté de la mano había leído a la ligera las tres cuartas partes, y formado este juicio: «No conozco otro libro que ilumine como este las conciencias con la luz de la verdad.»

Al avistarme nuevamente con el autor, le dije antes de que me interrogase:

—Voy a darle a usted mi opinión sobre su libro sólo con esta pregunta: ¿Me autoriza para hacer inmediatamente una edición de seis mil ejemplares?

—Veo, me contestó, que no se ha fijado usted en la advertencia que pongo en el reverso de la portada.

La miré y, efectivamente, en ella concedía esa autorización a todo el que quisiera reimprimirlo.

Procedí a hacer la tirada en dos tomos, y todo el que recibía el primero se apresuraba a pedir el segundo. En menos de cuatro meses tuve que hacer una nueva edición, en un tomo ya.



En las Repúblicas Sud-Americanas se vendieron muchos, y en Cuba, Puerto Rico y Filipinas también. A la Habana serví en un mes dos pedidos de mil ejemplares cada uno.

Hice después varias ediciones, más cortas o más largas, según eran de favorables o adversos para mí los tiempos. El número de ejemplares vendidos por *El Motín* hasta hoy pasa de setenta mil. Uniendo a éstos los que otras casas editoriales han tirado, puede asegurarse que es el libro en esta clase que ha alcanzado mayor éxito, habiendo contribuído a él, justo es reconocerlo, y decirlo y agradecerlo, los obispos que lo anatematizaron y prohibieron su lectura desde que lo conocieron, y el furioso celo con que curas y frailes lo condenaron desde el púlpito.

Por todo lo dicho auguro a la Casa Maucci un éxito grande en la edición que va a hacer, pues seguramente será la mejor que de este libro se haya ofrecido al público, a juzgar por el buen gusto con que presenta sus obras y los poderosos medios de propaganda con que cuenta.

José Nakens



# ADVERTENCIA

Ni somos literatos, ni hacemos del escribir un negocio. La vista del fanatismo que, apoyado en la ignorancia, impera por completo en nuestros campos y pequeñas poblaciones, aun entre clases que se dicen educadas, es la que nos ha inspirado estas páginas.

El atraso en que España se halla en materias religiosas es tal, que personas que comparten nuestras opiniones sobre este particular, se asustan ante la idea de que ayudemos a abrir los ojos a nuestro engañado pueblo. ¡¡Hasta ese punto está viciada la atmósfera de nuestra patria por el humo de los incensarios!!

Unos nos preguntan si, enseñándoles la verdad, serán los hombres más felices. Desde luego afirmamos que serán menos infelices cuanto menos causas de infelicidad tengan, y el imaginario in-

fierno de la Iglesia, por mal nombre llamada cristiana, es una de ellas. Otros nos arguyen que, si destruímos la Iglesia, la sociedad va a desquiciarse. ¿Desde cuándo, replicaremos nosotros, los principios inmutables de la moral y la justicia son propiedad exclusiva de la religión de Roma, ni de ninguna otra? A los que esto nos digan, contestaremos con las propias palabras de Jesucristo: *No he venido para destruir la ley, sino para que se cumpla.* (San Mateo, Cap. V, vers. 17). Sí, nosotros venimos igualmente a que se cumplan los Mandamientos de Cristo. Con ellos encabezamos y ponemos fin a esta obra. Lejos de quererlos destruir, nuestro único objeto es el que todos los conozcan; grabarlos, si posible fuese, en el corazón de todos nuestros semejantes.

No falta quien nos aconseja, diciéndonos que lo único que ganaremos será el odio de los sacerdotes de ese fariseísmo que, disfrazado de religión, tanto se practica en nuestro país, quienes tratarán de hacernos todo el daño posible, pintándonos como un aborto del infierno, capaz de todos los crímenes. Mientras a nuestras razones no opongan los ministros de la Iglesia otros argumentos que esos, nos concretamos a decir que jamás hemos visto un pillo a quien la policía no le pareciese muy mala.

Pocos españoles han vivido por muchos años en países extranjeros, como a nosotros nos ha sucedido; pocos pueden comprender la vergüenza, el dolor con que hemos visto tratar del atraso, de la barbarie de nuestra patria en cuestiones religiosas. ¡Cuántas veces hemos mentido, sosteniendo no ser cierto lo que demasiado sabíamos que lo era; lo que hoy, que estamos en familia, consideramos un deber el atacar!

Además, la superstición no produce solamente



el atraso intelectual y moral, sino también el material. Sin el fanatismo religioso que todavía nos domina, la segunda guerra carlista no habría sido posible. España no habría visto a sus hijos exterminarse por millares en una lucha continua de tres años, durante los cuales han sido asolados distritos enteros; lucha que en cualquier momento puede renovarse, porque mientras la causa exista, la paz no es paz, es una tregua. El día que, despertando España a la verdad, se vea libre para siempre de la pesadilla de la Iglesia romana, los millones que anualmente sirven para mantener a sus inútiles maestros se emplearán en practicar la verdadera religión, en hacer obras de caridad, socorriendo las necesidades de nuestros pueblos.

Si fuésemos a extendernos todo lo que el asunto requiere, no sólo excederíamos los límites de un prólogo, sino que éste resultaría mayor que la obra misma. Con lo dicho basta, pues, para comprender hasta qué punto influye la superstición en el atraso moral y material de nuestro país.

Españoles somos, y el colmo de nuestros deseos sería ver nuestra querida patria libre para siempre del fanatismo, que es una de las causas principales de su atraso. Si a este resultado logramos contribuir en algo con nuestra insignificancia, nos daremos por suficientemente recompensados por este pequeño trabajo.

## HABITANTES DE LAS ALDEAS

Hoy, al fin, se permite en España lo mismo que hace ya muchos años se permite en otros países: el que sepáis la verdad. Aquí la veréis en este libro. Vuestros curas comprenderán que, si leéis, vais a descubrir las mentiras con que os tienen engañados, y os lo prohibirán, amenazándoos con el infierno. No tengáis miedo. Ni hay infierno, ni hay purgatorio. Leed este libro y quedaréis convencidos. Nosotros, que no ganamos nada en engañaros, como ganan ellos, os lo aseguramos.

Guardad este libro; leedle con cuidado hasta que lo comprendáis bien; leedle cien veces, si es preciso; leedlé los domingos a vuestras mujeres, a vuestros hijos, a vuestros compañeros que no sepan leer. Dios misericordioso no nos ha hecho para quemarnos, del mismo modo que vosotros no sembráis el trigo para quemar después las espigas.

Advertid, sin embargo, que si hoy se permite informaros de que no hay infierno y de que nada os pasará ni en este mundo ni en el otro aunque no vayáis más a misa, ni confeséis, ni comulguéis, ni os entierren en cementerio alguno, en cambio las leyes no dejarán en adelante escapar a ningún culpable.

El que no quiera ingresar en la cárcel, o el presidio, o subir a la horca, que cumpla los mandamientos que Jesucristo mismo nos dió, y que son éstos: NO MATES.—NO ROBES.—NO ADULTERES.—NO DIGAS FALSOS TESTIMONIOS.—HONRA A TU PADRE Y A TU MADRE, Y AMA A TU PROJIMO COMO A TI MISMO.

## INTRODUCCION

*Pretensión de los sacerdotes de las Iglesias cristianas.—Cómo y por qué se implantó el cristianismo en España.—La unión de la Iglesia y el Estado.—Los diezmos.—Triunfo parcial de la razón sobre el fanatismo.—Por qué no puede ser total.—Otras religiones.—Objeto de esta obra.*

La Iglesia católica apostólica romana, como la católica apostólica griega, como la católica apostólica episcopal, como las católicas apostólicas protestantes, porque todas ellas se llaman a sí mismas católicas y apostólicas, sostienen que la religión cristiana es la única verdadera. ¿Por qué ha de ser cierto lo que ellas dicen?—Porque las Iglesias cristianas afirman que su religión tiene por base un libro dictado por Dios, por cuya razón le llaman las Sagradas Escrituras, o sea la Biblia.

—¿Y quién nos garantiza que lo que dicen esas Iglesias es cierto?—Sus propios ministros.

—Y ¿tienen ellos algún interés en engañarnos—Tanto, que si los cristianos llegasen a comprender que la Biblia no está escrita por Dios, la ma-

yor parte de esos sacerdotes se moriría de hambre si no se dedicaba a trabajar en otra cosa.

—Y si las Sagradas Escrituras no son divinas, ¿cómo se explica el que los gobernantes, que deben ser personas entendidas, hayan permitido este engaño durante tantos siglos?—Os lo explicaremos en las menos palabras posibles. La religión cristiana no ha sido siempre la de los españoles; durante miles de años tuvieron religiones muy diferentes. La que tenían antes del cristianismo se había puesto muy vieja, es decir, que, después de durar muchos siglos, todos fueron poco a poco comprendiendo que no podía ser la verdadera, a pesar de que también aquella religión había hecho y hacía milagros. Los Gobiernos de aquellos tiempos, que se habían valido de los sacerdotes de la religión vieja para mandar, se encontraron sin aquel apoyo, y después de examinar varias religiones adoptaron la cristiana, la cual, de la manera que entonces se practicaba, era muy superior a la religión antigua; pero, a pesar de la superioridad evidente de la religión cristiana, no era posible convencer al pueblo de que fuese más verdadera que la vieja; y con objeto de conseguir este resultado, se determinó entre los jefes del gobierno por un lado, y los obispos, o sean los jefes de la Iglesia por otro, el arreglo siguiente: Los Jefes del Gobierno decidieron, no sólo aparentar creer en la nueva religión, asegurando que sus sacerdotes eran los verdaderos representantes de Dios sobre la tierra, sino que, para darles más autoridad, asistían con gran aparato a todas las ceremonias de la Iglesia, besaban devotamente la mano a los obispos, comulgaban ante todo el mundo, etc., etc. Los sacerdotes, en cambio, alababan en sus sermones la sabiduría de los que gobernaban y lo bien que administraban la nación,



lo cual no era cierto, porque en aquellos tiempos el gobierno no era un poco peor, sino muchísimo peor, cien mil veces, que ahora. A esta alianza es a la que se llamaba, y todavía se llama, la unión de la Iglesia y el Estado o, como dicen otros, del altar y el trono. Al que no obedecía, la Iglesia le amenazaba con el infierno; al que comprendía que no había tal infierno y no hacía caso, la Iglesia le excomulgaba, lo cual era muy serio, porque en aquellos tiempos al que la Iglesia excomulgaba, el Estado lo encerraba en un calabozo, o le rompía los huesos en los tormentos, o le quemaba en medio de las plazas públicas para escarmiento de otros, diciendo que era un enemigo de Dios, como si los hombres pudiésemos hacer algún daño a Dios.

—Pero, ¿qué necesidad tenía el Estado de la Iglesia para gobernar?—Tenía mucha necesidad, porque en aquellos tiempos no había ejército permanente para conservar el orden dentro de España, y como el gobierno cometía todo género de abusos, se valía de los curas para contener a los pueblos, engañándolos.

—¿Y por qué no se sostenía un ejército permanente?—Porque entonces España era mucho, muchísimo más pobre que ahora, y estaba muy mal organizada la administración; de suerte que no había dinero para pagar soldados más que en tiempo de guerra.

—Pues qué, ¿no tenía que pagar a los curas?—No. Entonces los curas no cobraban sueldo del gobierno, sino que tenían lo que se llamaba diezmo, es decir, que todos estaban obligados a entregar a la Iglesia la décima parte de lo que recogían, fuese trigo, fuese lo que quisiera; y el que no lo hacía, era excomulgado y se le echaba a la cárcel, y se le confiscaban todos sus bienes.

—¿Y por qué no se pagan ahora los diezmos?—Como os hemos dicho, los gobernantes que implantaron la religión cristiana tuvieron que fingir creer en ella para convencer al pueblo, y, al efecto, cada vez que se fabricaba algún gran milagro se organizaban procesiones magníficas, a las que concurrían no sólo un sinnúmero de curas y muchos obispos, sino todos los jefes del gobierno, todos los altos dignatarios, toda la nobleza, que en aquellos tiempos era muy poderosa, todo, en fin, lo principal de la nación, y se prosternaban de rodillas ante algún pedazo de hueso, o alguna virgen que aseguraban había caído del cielo. Con estas farsas, España entera quedaba persuadida de que, cuando todos aquellos grandes señores, que al parecer no tenían ningún interés en engañar a nadie, hacían tales cosas, no podía caber duda de que el milagro era cierto, muy ajenos de imaginarse en qué consistía todo ello. Pero ved cómo, unido al delito, siempre va el castigo. Los gobernantes engañaron al pueblo para dominarle; pero a fuerza de pasar las ceremonias de la Iglesia como cosas santas y misterios divinos de padres a hijos durante varios siglos, acabaron por creer en ellas, no sólo el pueblo, sino los mismos jefes del Estado, no comprendiendo la falsedad de la religión más que los jefes de la Iglesia, los cuales siempre han sabido y saben perfectamente a qué atenerse. Los milagros fabricados doscientos o trescientos años antes, no eran ya puestos en duda por nadie: la fe de la nación entera en la Iglesia y en sus ministros fué completa. Durante un periodo de ochocientos años, la Iglesia hizo y deshizo lo que le dió la gana, tratando a España como si fuera propiedad suya, y a sus habitantes como sus esclavos. Los reyes mismos temblaban ante ella porque, excomulgarles y abandonarles sus vasallos era todo uno. Pero no era posible conservar a una nación entera perpetuamente en la ignorancia en que la Iglesia romana quería conservar a España, y, a pesar de las excomuniones, y de los calabozos, y de los tormentos, las gentes fueron educándose, y con la educación fueron abriendo los ojos y comprendieron el fraude. En el transcurso de muchos años el número fué aumentando, hasta que al fin los desengañados fueron tantos, que pudieron tomar en sus manos el gobierno del país y echaron abajo la Inquisición, que tantos miles de hombres había quemado, y obligaron a la Iglesia a devolver a la nación las inmensas propiedades que se había hecho donar por los infelices a quienes amenazó con el infierno, y desocuparon los conventos en que vivían en la holganza más completa miles y miles de frailes, y redujeron los curas a la mitad, y los pusieron a sueldo, y por esto se han suprimido los diezmos.



—Y si esto es así, ¿por qué los gobiernos no suprimen todos los curas?—Porque vosotros no los dejáis.

—¿Cómo que nosotros no los dejamos?—Porque los curas son muchos miles; no hay aldea en que no haya alguno, y los campesinos creen cuanto ellos les dicen. ¿Lo dijo el señor cura? Pues debe ser así, y es necesario obedecer. Si mañana el Gobierno suspende la paga a los curas, os encontráis que no hay quien os diga la misa, ni quien os confiese cuando muráis, ni haga todas esas mil fórmulas que, desde que tenéis uso de razón, habéis visto practicar a todos, empezando por vuestros padres, como la única manera de adorar a Dios y de ir al cielo. ¿Creéis que entonces costaría gran trabajo a los curas sublevar los

pueblos de los campos? Pues ¿en qué os figuráis que ha consistido la guerra carlista? Pues sencillamente en que los curas de las Provincias Vascongadas y Navarra y parte de Aragón y Cataluña, hicieron tomar las armas a todos los habitantes, asegurándoles que la causa de Carlos VII era la causa de Dios, y que los que peleasen a su favor irían al cielo; y esto bastó para que aquellos españoles, de cuyo valor heroico todos nosotros debemos estar orgullosos, porque son nuestros hermanos, bastó aquello para que empleasen su valentía y arrojo en combatir contra el resto de la nación. ¿Y creéis que a los curas les importó don Carlos más que don Alfonso? Nada de eso. Si apoyaron a don Carlos fué porque éste les hubo prometido que si llegaba a ser rey de España, concedería a la Iglesia los privilegios que antes tuvo. Si tal cosa pudiese ocurrir, nos sería imposible enseñaros la verdad, como lo hacemos en este libro, ni vosotros podríais leerle, porque si lo hicierais, todos seríamos arrojados en algún calabozo, si es que no nos sucedía algo peor. Hoy, afortunadamente, los Gobiernos en nada se oponen a que enseñemos a nuestros compatriotas la verdad desnuda de la Iglesia romana, sin que sus ministros puedan hacernos daño alguno; porque las excomuniones, a las que en otros tiempos iban unidos tremendos castigos, no sirven hoy más que para aplicarlas a un uso que no os decimos, porque olería mal.

—¡Toma, toma! Pues ahora comprendemos por qué los curas de nuestro pueblo tienen todos el retrato de D. Carlos y el de una doña Margarita, que dicen es su mujer.—Precisamente. Y por ese enorme poder que todavía conservan sobre vosotros los pobres por efecto de vuestra ignorancia, es por lo que los gobernantes, por más que algunos lo deseen, no se atreven a tocar a los curas, esperando que con el tiempo vosotros iréis aprendiendo y descubriendo cuán engañados estáis. Y cuando ese tiempo llegue, como llegará más tarde o más temprano, entonces veréis cuán pronto sale un decreto diciendo que la nación no se encarga de mantener sacerdotes ni de la Iglesia romana ni de ninguna otra, y que los que quieran curas que los paguen de su bolsillo, como se hace en otros países. El día que vosotros, abriendo los ojos a la razón, permitáis a nuestros gobernantes expedir ese decreto, los muchos millones que todos los años sirven para mantener esos miles de curas y los obispos, se os podrán rebajar de las contribuciones, o se podrán emplear en escuelas, en hospitales, en carreteras, en ferrocarriles, en obras, en fin, de verdadera utilidad.

—¿Y hay otras religiones además de la cristiana?—Sí; hay muchas.

—¿Y son muy malos los hombres de las otras religiones?—Ni son mejores ni peores que vosotros. En los países en que ellos habitan hay pillos y hay honrados; allí, como aquí, el ladrón va a la cárcel y el asesino a la horca; allí, como aquí, sus sacerdotes predican la caridad, el amor al prójimo y una porción de cosas buenas que ellos no practican; allí, como aquí, hay milagros; allí, como aquí, hay hombres santos que pasan meses enteros sin comer, y basta que un enfermo los toque, para quedar curado; allí, como aquí, hay hombres que no creen que eso sea verdad; allí, como aquí, sus sacerdotes dicen que no hay más religión verdadera que la suya, y que los cristianos y los demás adoran al diablo. Cuando en aquellos países decimos que nuestro Dios son tres Dioses y uno solo al mismo tiempo, se imaginan las gentes que los cristianos no tienen sen

tido común; cuando les decimos que los católicos romanos adoran a su Dios comiéndoselo, no quieren creerlo, pensando que nos burlamos de ellos; y por este estilo podríamos citar muchos casos.

—¿Y tienen esos hombres Escrituras Sagradas?

—Sí; los que creen en esas religiones tienen también libros que sus sacerdotes dicen fueron escritos por Dios, y que son completamente distintos de nuestras Sagradas Escrituras.

—¿De suerte que a los que nacen en aquellos países les es imposible creer que la religión cristiana es la verdadera?—Completamente imposible, que es lo mismo que a vosotros os sucede respecto a sus religiones.

—¿Y son muchos los que creen en esas religiones?—Más del doble que todos los cristianos, católicos romanos, griegos y protestantes reunidos.

—¿Y son sus religiones tan antiguas como la nuestra?—Sus religiones existen desde miles de años antes que la vuestra. Pero, en fin—nos diréis—si los cristianos no os pueden probar que sus Sagradas Escrituras son más divinas que las de esas religiones, vosotros tampoco podéis probar que no lo son.—Si presentándoos los Vedas, que son las Sagradas Escrituras de la religión de Brahma, os mostramos que su Dios se contradice, no creeréis en él; si presentándoos el Corán, que son las Sagradas Escrituras de los mahometanos, os mostramos que su Dios miente, no creeréis en él. Pues bien: si presentándoos la Biblia, que son las Sagradas Escrituras de los cristianos, os mostramos de la manera más palpable que su Dios se contradice y miente, tendréis que confesar que ese Dios es tan falso como cualquiera de los anteriores. Esto es lo que os vamos a probar, no de una, sino de veinte maneras diferentes en esta pequeña obra.

# EL UNIVERSO

## PRIMERA PARTE

### La Tierra

*Formación de la Tierra.—Origen del hombre.—Transformación de los animales.—La vida.—El instinto.—La razón, don divino.—Origen de la creencia en el infierno.—Forma de la Tierra.—El espacio sin fin.—La atracción de la Tierra.—La atmósfera y sus efectos.—Movimientos de la Tierra.—Los santos de la ciencia.—El último ¿POR QUÉ? —Las religiones.—Diferentes modos de contestar a él.*

I

En el principio la Tierra estaba hecha ascua, o incandescente; durante muchos millones de años todo estuvo derretido, todo hervía en nuestro mundo, lo mismo el hierro y los demás metales, como las rocas. El agua que hoy forma nuestros mares estaba convertida en vapor como el agua de las calderas de una de nuestras locomotoras.

En el transcurso de millones de siglos el mundo fué enfriándose y se formó una costra sólida,

cada vez más gruesa. Mientras esta costra fué muy d[illegible]ada, los movimientos de las materias derreti[illegible]s del interior la levantaban por unos lad[illegible]s y la hundían por otros; de aquí las desigualdades del terreno, de aquí las montañas y los valles. Por último, la costra fué bastante espesa para resistir las fuerzas interiores; su superficie se fué enfriando; el agua, que el calor tenía convertida en vapor en forma de nubes, fué condensándose y formando los mares. La Tierra poco a poco fué cubriéndose de plantas y animales, muchos de ellos muy diferentes de los que hoy existen, y de los cuales el más perfecto que conocemos es el hombre.

El decir que toda la humanidad proviene de un solo hombre y una sola mujer, es un error. Los hombres no han salido de una pareja hecha por Dios, así como nosotros haríamos un muñeco; del mismo modo que todo el trigo de los miles y miles de leguas de los campos del mundo no procede de un grano de trigo sembrado por él. Los hombres han sido producto de nuestra tierra, como los demás animales y como las plantas. La Tierra no fué hecha para poner a los hombres sobre ella, sino que nosotros somos el resultado de la Tierra, es decir, que los hombres no fueron formados fuera de la Tierra o independientes de ella, colocándolos después en el mundo, sino que son el producto natural de las condiciones del clima y del país que les dió el ser. El germen del hombre, como el de todos los animales, como el de todas las plantas, no ha venido de la nada, sino que ha existido, sea en la presente forma, sea en cualquier otra, desde que el mundo existe. El hombre no pasa de ser un animal más perfecto que los otros, como os lo vamos a demostrar.



Primero la Tierra produjo plantas, que se alimentan por medio de sus raíces y crecen; luego tienen vida. Más adelante, plantas como las que hoy encontramos en el mar, de figura de esponjas, que si las tocáis se recogen; luego son sensibles. Después, plantas sin raíces, que ni son plantas ni animales, propiamente dichos; de ellas tenemos muchos ejemplos también en el mar. Luego animales completos, aunque imperfectos, como las ostras; de aquí se pasó a otros que no sólo vivían en agua, sino en tierra, como los cangrejos; después a otros que ya no tenían más que cuatro patas, como las tortugas, y a éstas siguieron animales que se podían doblar en todas direcciones y correr, como los cocodrilos, los que, si bien tienen conchas, son a manera de escamas, y sólo sobre el lomo; por último, animales organizados completamente como nosotros, es decir, animales que no salen de un huevo como los anteriores, sino animales a los que sus madres producen ya formados, animales que maman, y que por eso se llaman mamíferos. Al principio, estos animales fueron también anfibios, es decir, que vivían en el agua y en la tierra, como los hipopótamos; de éstos se pasó a otros, como el elefante, que no vive más que en tierra; del torpe elefante se pasó al ágil león, al inteligente perro; de éstos al oso, que no sólo anda fácilmente en dos pies, sino que sube a los árboles; más adelante a los monos, de los que algunos son de nuestro tamaño, como el gorila, que es la completa imagen de un hombre peludo; por último, a las razas de negros que parecen monos, pero que hablan, luego a otras razas, también negras, pero superiores, y de cambio en cambio a nosotros. Del mismo modo se fueron perfeccionando los peces y las aves, las que también en su principio fue

ron acuáticas, como los patos. Todo esto no se hizo en seis días, ni en seis años, ni aun en seis millones de años, sino en muchos millones de siglos, porque un millón de años para la vida del mundo es muchísimo menos que un segundo para nuestra vida humana.

Se preguntará cómo es que sabemos todo esto. Lo sabemos porque Dios nos lo ha dicho; pero no nos lo ha dicho inspirándonos el Espíritu Santo; no nos lo ha dicho tomando figura humana y poniéndose a discutir con nosotros; ni tampoco hemos oído ninguna voz que viniendo del cielo, nos informase de ello, sino que Dios nos concedió la razón, y la razón nos muestra que todo lo que decimos tiene que ser verdad.

Figurémonos que, después de haber dormido profundamente, despertamos y hallamos un día sereno y despejado. Salimos y encontramos el suelo seco, pero vemos las piedras lavadas y pequeños surcos, como de agua que ha corrido: esto nos hace suponer que ha llovido. Continuamos nuestro paseo, y al llegar al río hallamos árboles arrancados junto a sus orillas, así como tierras y plantas arrastradas. El cielo está despejado, nosotros no hemos oído llover, nosotros no hemos visto la crecida del río; pero la razón, la razón divina nos muestra que ha llovido, y que el río ha salido de madre. Pues bien; en nuestro mundo hay pruebas tan claras como esas. Sabemos que la Tierra ha estado hecha ascua, porque todavía está incandescente en su interior; y sabemos que esto es así, porque vemos salir por los volcanes, que se hallan en comunicación con el fuego central, las materias derretidas y correr como un río de fuego líquido por las faldas de los montes, y vemos que después que este río se en-



fría queda convertido en piedra, como las rocas que forman nuestras montañas.

Sabemos que la costra o cáscara de nuestro mundo no puede tener más de cien kilómetros de grueso, porque según bajamos en las minas sentimos más y más calor, y con el termómetro, que es un instrumento para medirle, podemos calcular que a veinte leguas de profundidad será tal el calor, que todo estará derretido. Sabemos que ha habido animales diferentes de los que hoy existen, porque hemos encontrado sus huesos. Sabemos que cuando la costra de nuestra tierra era más delgada y endeble, la fuerza de las materias y los gases interiores han causado terremotos espantosos, en los que países enteros, diez veces mayores que España, se hundieron, anegándolos el mar, y después de millones de años, nuevos movimientos los levantaron, derramando los mares sobre otros puntos; y sabemos esto, porque a muchos cientos de leguas de donde ahora está el mar, y hasta en las cumbres de altas montañas, encontramos conchas marinas y esqueletos de peces. Sabemos que nuestras minas de carbón de piedra son bosques inmensos que en las terribles conmociones que entonces tenía la Tierra quedaron enterrados, y el calor los carbonizó, haciendo así la Naturaleza, en grande escala, lo que los carboneros hacen en pequeña. Si el carbón se ha convertido en piedra, es por efecto de los incalculables años que han pasado; y sabemos que son árboles quemados, porque en los pedazos de carbón vemos la forma de los troncos y las vetas de la madera, lo mismo que lo vemos en el que hacemos nosotros. Sabemos que el hombre proviene de otros animales, porque éstos tienden a perfeccionarse, adaptándose así a las condiciones más a propósito para las necesidades de la

vida; y sabemos que esto es así porque lo vemos, y aquí tenéis un ejemplo.

Hay en la América del Norte unas profundas y grandes cuevas en las que reina perpetuamente la oscuridad más completa. En aquellas cuevas hay lagunas, y en las lagunas peces, y los peces no tienen ojos. Coged algunos de ellos, ponedlos en un estanque cubierto de modo que penetre un poco la luz; dejad que críen, y aumentad algo la luz; y cuando vuelvan a criar, dad más luz, aumentándola así a cada nueva cría, hasta que, por fin, críen a la luz del sol. Mirad entonces vuestros peces, y encontraréis que tienen ojos como los demás.

Si durante los años que han transcurrido en el experimento (porque esto no se hace en una semana), habéis tenido cuidado de examinar cada nueva cría, habréis visto que han empezado por tener un ligero bulto en el sitio donde debían estar los ojos; después se ha acentuado más; luego se ha formado la bola del ojo; más tarde esta bola se ha ido pareciendo a un ojo, y al fin ha concluído por ser un ojo perfecto. Pues así como los ojos de esos peces se forman por un bulto hasta un ojo completo, del mismo modo el hombre se ha formado por el cambio de un animal inferior en otro superior, con la diferencia de que si la Naturaleza tarda veinte años en hacer los ojos de los peces, en cambio, para transformar las plantas en animales, y éstos en el hombre, ha tardado no veinte, ni treinta, ni ochenta millones, sino miles de millones de años. Me preguntaréis por qué no somos nosotros más perfectos que nuestros padres, si es verdad que es una ley de la Naturaleza esa tendencia a la perfección. Os contestaremos que nuestras historias y las figuras de hombres y dibujos en piedra más anti-



guos que conocemos, no llegan ni a diez mil años atrás. Por ellos vemos que los hombres eran entonces lo mismo que ahora, y la razón es sencilla.

¿Creéis que parecéis más viejos en el tiempo que tardáis en decir *amén*? Pues, sin embargo, habéis envejecido; pero ni a vosotros ni a nadie le es posible notarlo: pero supongamos que tardáis un segundo en decir *amén*, y que se os ocurre repetir la palabra trescientos quince millones de veces seguidas o, lo que es lo mismo, pasáis diez años seguidos de vuestra vida; entonces todos notarán que habéis envejecido. Pues bien: para el tiempo que la Naturaleza tarda en estos cambios, diez mil años es menos, muchísimo menos que para vosotros decir *amén*; por consiguiente, no es posible notar diferencia alguna entre la figura de los hombres de hace diez mil años y la de hoy.

Pero ninguna necesidad hay de citaros ejemplos raros. Si jamás hubieseis visto un huevo, y presentándoos dos rompiésemos uno a vuestra vista, y enseñándoos lo que contiene os dijésemos que bastaba el que una gallina le diera calor para transformar aquello en un animal tan completo como nosotros mismos, de seguro pensaríais que nos burlábamos; y, sin embargo, este prodigio, mil veces más asombroso que el de que un animal se transforme en otro, no os llama la atención, porque lo habéis visto desde que nacisteis.

Hay más. Os hemos dicho que la vida no se crea, sino que existe desde que el mundo existe, y esto es tan cierto que en vano trataríais de destruirla. La vida que anima al pollo, existía en el líquido del huevo. Cortadle la cabeza al pollo y tiradlo. Quince días después id a verle, y encontraréis que el pollo no está como lo dejasteis: huele mal, tiene gusanos, se ha podrido, se-

gún decís vosotros. Pues, ¿sabéis lo que es esa podredumbre? Es la vida. Matasteis el pollo, pero no matasteis su vida, la cual ha tomado la forma de esa podredumbre; porque si hubieseis matado su vida, el pollo habría continuado como estaba recién muerto. Cogéis al pollo y lo tiráis en el campo, y la planta de trigo absorbe su jugo, y la vida, que hizo del huevo un pollo, y del pollo abono, hace del abono trigo, y el trigo lo coméis en el pan, y continúa transformándose en otra cosa; y así sucesivamente.

El hombre, al perfeccionarse como tal, se ha hecho más imperfecto como animal, porque ya veis que ningún otro animal necesita que le vistan ni que le cuiden tanto. Nuestros sentidos no son tan finos como los de ellos: ni olemos como el perro, ni oimos como el lobo, ni vemos como el águila. Pero hay más: hay sentidos que tienen los animales, de los que nosotros carecemos.

Vosotros habréis oído hablar, y acaso habréis visto, una casta de palomas que se llaman mensajeras. Coged una de ellas, tomad el ferrocarril y alejáos de vuestro pueblo, salid fuera de la provincia, fuera de España, llevadla a cien leguas, y soltadla allí. La paloma se eleva cuarenta o cincuenta varas, vuela en redondo dos o tres veces, y de pronto, como si hubiese visto su palomar, parte como una flecha, y desanda las cien leguas en algunas horas, dejando atrás todos los trenes de ferrocarril, y presentándose en su casa. La paloma no ha podido ver el palomar a esa inmensa distancia, ni es posible, pues siendo la tierra redonda, como ya veremos, esta forma ocultaría el palomar a sus ojos; luego no es la vista, no es el olfato, porque no se huele a los quinientos cincuenta kilómetros que la paloma se halla de su casa; no es ninguno de los cinco sentidos que



tenemos nosotros. ¿Qué sentido puede guiarla? Se ignora, porque para que nosotros supiésemos en qué consiste ese sentido, sería necesario que nosotros lo tuviéramos. Ese es el mismo sentido que hace que la abeja vuelva a su colmena y el perro a su casa. Los hombres, que somos muy vanidosos, no hemos querido reconocer esa superioridad de los animales en muchas cosas; y esos prodigios que ellos hacen, y de los que nosotros somos incapaces, los calificamos no de sentido superior al nuestro, sino de instinto. Esto, y mil cosas que sería largo de explicaros, lo sabemos porque Dios nos lo ha enseñado dotándonos de razón y de inteligencia.

Si un amigo nos hiciera un regalo y nosotros no sólo no hiciésemos aprecio de él, sino que le tirásemos en el rincón de un desván, indudablemente le ofenderíamos. El amigo es Dios, el regalo es la razón, la manera como la tiramos es no haciendo uso de ella, porque el creer cosas que claramente son imposibles, es no hacer uso de la razón. Si a Dios fuera posible ofenderle, la única manera como nosotros podríamos hacerlo es, pues, despreciando esa razón. Por eso, cuando vuestra inteligencia se rebela contra el absurdo de que uno son tres y tres es uno, mostrándoos evidentemente que aquello es imposible, no es el diablo, no es ese ser inventado por vuestros sacerdotes para asustaros el que os inspira, sino Dios mismo, que os avisa por medio de la razón. Por eso, cuando los ministros de la Iglesia, sean obispos o sea el Papa mismo, os afirmen que Jesucristo decía que *Dios ama a sus enemigos y hace bien a los que le hacen mal*, y, sin embargo, echa los hombres al infierno, no los creáis, porque Jesús no dijo esto último; porque si lo hubiese dicho habría mentido, contradiciendo sus propias

palabras, obrando así como un hombre de mala fe, y Jesucristo era incapaz de ella.

Como antiguamente las ciencias estaban muy atrasadas, los hombres ignoraban cómo se había formado el mundo y, por consiguiente, no sabiendo cómo explicar el fuego que salía de los volcanes, se imaginaron que aquéllos debían ser las entradas de alguna cueva terrible. De aquí el que los sacerdotes, no de la religión cristiana, porque entonces no había religión cristiana, sino de otras religiones, dijesen que debajo de tierra había unos antros espantosos, en donde eran atormentados los que no les obedecían, asegurando que ellos tenían poder para entrar en ellos y salir sin que les sucediese nada; y los pueblos lo creían, y temblaban cuando sus sacerdotes les referían los tormentos que ellos habían visto dar a los que condenaban. De aquí los ministros de la religión cristiana sacaron la fábula del infierno.

## II

Nuestra Tierra no es plana, como parece a la vista, sino redonda. Las montañas, que a nosotros nos parecen tan altas, no valen nada comparadas con el tamaño del mundo. Tomad una naranja de cáscara áspera, y veréis en ella una porción de verruguitas o pequeñas protuberancias, lo cual no impide que la naranja sea redonda. Pues menos, mucha menos importancia que esas ligeras asperezas tienen para alterar la forma de la naranja, tienen nuestras más altas montañas para alterar la forma redonda de nuestra Tierra; del mismo modo que ella, son redondos todos los astros, el Sol, la Luna y las estrellas.

Nuestra Tierra, así como todos los cuerpos celestes, se halla en el vacío, o sea en el espacio



infinito, es decir, el espacio que por ninguna parte tiene fin, vayamos en la dirección que queramos. El espacio, ni tiene ni puede tener fin, porque aun cuando supongamos, como suponían los antiguos, que el cielo era sólido, claro está que del otro lado de aquel cielo tenía que continuar el espacio, y que nunca se le podría cerrar, por más cielos que se pusiesen uno sobre otro. Evidente es, pues, que nuestro globo no puede caerse a ninguna parte, porque en el espacio no hay fondo, y, por lo tanto, no hay abajo, y no habiendo abajo no puede haber arriba.

La Tierra, así como todos los astros, tiene una propiedad especial, que es la de atraer hacia sí todos los objetos, del mismo modo que vemos al imán atraer al hierro. Esta propiedad es la que se llama fuerza de gravedad, y es la que hace que para nosotros haya abajo y arriba aquí en nuestro mundo: el abajo es todo lo que se dirige hacia el centro de la Tierra, y el arriba todo lo que se aparta de él. Naturalmente, cuanto más grande es un objeto, con más fuerza es atraído, y esta diferencia en la atracción la medimos diciendo que las cosas tienen más o menos peso. Sin esa atracción, nos tiraríamos por una ventana y nos quedaríamos en el aire; daríamos un salto y, no sólo no volveríamos a caer sobre la tierra, sino que continuaríamos eternamente en la dirección del salto, sin detenernos jamás; en una palabra, ni nosotros ni nada tendría peso alguno, porque no hay tal peso, sino atracción más o menos fuerte.

A primera vista parece que si el mundo es redondo y está poblado por todas partes, tiene que haber hombres que anden con los pies para arriba y la cabeza para abajo, como una mosca cuando camina por el techo de una habitación.

Esto no es así; la mosca, al caminar, está verdaderamente al revés, porque tiene las patas hacia el cielo; pero el hombre, en cualquier parte de la esfera terrestre que se coloque, anda con los pies hacia la tierra, que es el abajo, y la cabeza hacia el cielo, que es el arriba; del otro lado del mundo, como de este, el que quiere andar con los pies para el cielo tiene que aprender a titiritero.

El cielo no es una bóveda sólida de cristal azul, del otro lado de la cual están los dioses Padre, Hijo y Espíritu Santo, acompañados de la Virgen y los Santos; esto es como la creencia de los conejos, que se imaginaban que el cielo era un monte y que los ángeles servían para no dejar entrar a los cazadores. Lo que a la vista parece bóveda azul, es ese mismo espacio sin fin por el que nuestro mundo vuela; en el espacio, o sea el vacío, no hay aire; pero el globo de nuestra Tierra, así como otras tierras que hay en el Universo, está rodeado de lo que llamamos atmósfera, sin la cual no podríamos respirar y, por lo tanto, moriríamos. La atmósfera, o sea el aire, es transparente; de lo contrario, ni nos veríamos unos a otros, ni veríamos el sol, ni nada; pero la atmósfera siempre tiene humedad bajo la forma de partículas infinitamente pequeñas y, por lo tanto, invisibles. La luz, reflejando en esa humedad y en el polvo que flota en ella, produce el color azul que vemos. Cuando la humedad es ya mucha, pierde la transparencia y el azul poniéndose blanca o rosada, según el modo como recibe la luz del sol; a esa humedad condensada es a lo que llamamos las nubes; por último, cuando las nubes se cargan excesivamente de humedad, la atracción de la tierra la hace caer,



entonces decimos que llueve. Si al llover da la casualidad de que brille el sol, entonces ya no vemos ni el color azul del cielo claro, ni el de las nubes, sino muchos colores; esto es lo que llamamos el arco iris.

El aspecto de bóveda que nos parece tener el espacio, y que hizo creer a los antiguos que era una media naranja sólida, proviene sencillamente de que, pasado cierto límite, nuestros ojos ven todo a la misma distancia, y, por lo tanto, en cualquier parte del mundo que nos coloquemos, si miramos al espacio le vemos tan lejos arriba como a la derecha o a la izquierda. Ejemplo: si clavamos un palo y alrededor hacemos una línea que esté siempre a la misma distancia que él, tiene que resultar un círculo; pues bien: el palo somos nosotros, y el límite a que llega nuestra vista es la línea trazada a su alrededor; y como este límite es igual a cualquier parte del espacio que miremos, no parece éste ser redondo. Si nuestra vista fuese bastante perfecta para poder apreciar las distancias, todos los hombres sabrían, sin necesidad de instrumentos, cuáles estrellas están más cerca y cuáles más lejos, lo que no es así, porque muchas estrellas que brillan más que otras y que parecen hallarse por esta razón más cerca, han resultado, por el contrario, mucho más lejos, brillando más por ser infinitamente mayores. De la misma manera nos parece que el Sol y la Luna están a la misma distancia de nosotros, mientras que el sol está cuatrocientas veces más lejos que la Luna.

La Tierra no está quieta, sino que da vueltas. Tomemos la misma naranja de que antes nos hemos servido: atravesémosla de parte a parte con un hierro largo, como una baqueta de fusil,

que pase por su centro, y teniendo en una mano la baqueta con la naranja ensartada, hagámosla dar vueltas alrededor de ella con la otra, como una rueda alrededor de su eje. Pues así exactamente se mueve la Tierra en el espacio, con la diferencia de que no hay baqueta que la atraviese ni mano que la haga dar vueltas; este movimiento que tiene la tierra sobre sí misma es a lo que se llama movimiento de rotación.

Cada vuelta que da es lo que llamamos día; este día lo hemos dividido en las veinticuatro partes que llamamos horas. En estas contínuas vueltas, la Tierra lleva consigo la atmósfera, que gira al mismo tiempo y, por consiguiente, a pesar de la tremenda rapidez con que nos movemos, que es mayor que la de una bala de cañón, nos es imposible notarlo; del mismo modo que, dentro de un coche de ferrocarril, no sentimos que nos azote el aire, por muy rápido que corra, y sólo lo podemos notar sacando la cabeza por la ventanilla. En la Tierra no se puede hacer eso. La misma causa que, cuando vamos en el tren, nos hace ver que los postes del telégrafo, los árboles y las casas se mueven, es la que hace parecer que el Sol, la Luna y las estrellas dan una vuelta a nuestro alrededor cada veinticuatro horas.

Además del movimiento de rotación, el globo del mundo tiene otro que llamamos de traslación, y que consiste en dar vueltas alrededor del Sol. Así como el tiempo que tarda en girar sobre sí misma la Tierra lo llamamos un día, el tiempo que tarda en dar una vuelta alrededor del Sol es lo que llamamos un año. Las veces que gira mientras da esta vuelta son trescientas sesenta y cinco veces, que son los trescientos sesenta y cinco días del año. Como la Tierra no da la vuelta en 365 días justos, sino que tarda seis horas, o sea un cuarto



de día más, cada cuatro años se añade un día al mes de febrero, haciendo un año de trescientos sesenta y seis días, que llamamos bisiesto. Es decir, que los dos movimientos de nuestro mundo son como los de una peonza, que mientras baila alrededor del Sol una vez, da trescientas sesenta y cinco vueltas sobre el clavo, o como la rueda de un carro que, mientras diese esta misma vuelta, girase trescientas sesenta y cinco veces alrededor de su eje.

Se preguntará por qué razón la Tierra da estas vueltas alrededor del Sol, en lugar de continuar su carrera en línea recta, como parece natural. Hemos dicho que lo que llamamos peso es la mayor o menor fuerza con que un objeto es atraído. Si a un hombre se le colocase en el espacio o vacío sin darle ninguna especie de impulsión o empujón, y no existiesen ni Tierra, ni Sol, ni Luna, ni estrellas, ni cuerpo alguno, aquel hombre quedaría eternamente inmóvil; pero como el vacío no está vacío, sino poblado por infinito número de mundos y soles, el Mundo o el Sol más cercano le atraería, aunque estuviese a un millón de leguas, y poco a poco primero, y más de prisa después, el hombre volaría hacia aquel astro, concluyendo por caer en él, siendo el golpe tanto más fuerte cuanto de más lejos hubiese sido atraído, como nos sucede a nosotros en la Tierra, en donde la caída es tanto más violenta cuanto de más lejos caemos. Pues bien: el Sol, que, como más adelante veremos, es muchísimo mayor que nuestro mundo, atrae a éste, conservándole siempre cerca de él. Ejemplo: imaginemos un hombre en el centro de un redondel, teniendo un caballo sujeto con una cuerda larga, mientras el caballo corre a su alrededor: el hombre en el centro es el Sol, el caballo nuestra Tierra, y la

cuerda que le impide escaparse la fuerza de atracción que el Sol tiene sobre nuestro mundo.

Aquí ocurre otra pregunta, y es por qué el globo terráqueo, en lugar de dar vueltas, no va derecho a estrellarse contra el Sol. Porque para contrarrestar esa atracción tiene el globo terrestre una fuerza propia de impulsión, como la que tiene una piedra tirada por nosotros, y de la combinación de estas dos fuerzas resulta ese movimiento alrededor del Sol. Por ejemplo: Tomemos una pesa y sujetémosla con una cuerda de goma; hagamos girar la pesa como quien hace girar una honda, teniendo cuidado de que ni el movimiento sea tan rápido que la pesa, tirando demasiado, estire la goma hasta romperla, ni sea tan lento que, encogiéndose, venga a dar la pesa contra nuestra mano. Nosotros somos el Sol, la pesa la Tierra, la cuerda de goma elástica la atracción.

Siendo la Tierra redonda, claro es que el Sol no puede alumbrarla toda a un tiempo, del mismo modo que nosotros no podemos nunca ver de una vez una bola entera, sino la mitad. El Sol, pues, no da luz más que a la mitad de la Tierra que mira hacia él; y si ésta estuviese inmóvil, sería siempre día en unos países y noche en otros. Pero como el mundo gira una vez cada veinticuatro horas, va presentando, durante este tiempo, toda su superficie al Sol; de suerte que, mientras amanece en un lado, anochece en otro, y cuando son las doce del día para nosotros, son las doce de la noche para los que están justamente al otro lado de la Tierra. Las diversas posiciones que toma el mundo al girar alrededor del Sol son las que producen las estaciones. Si quisiéramos atravesar la Tierra con un pozo que, pasando por el centro del globo, fuese a salir al lado opuesto, o ensartarla de parte a parte con un estoque,



necesitaríamos hacer un pozo o conseguir un estoque de 12,733 kilómetros, o sea de 2,300 leguas españolas, que es el largo que habría de tener un eje que quisiéramos ponerle a nuestro mundo.

Hemos dicho que el globo terrestre gira, haciéndonos correr a todos sin sentirlo, con más velocidad que la bala de un cañón; daremos idea de esa velocidad y de la fuerza enorme que representa. En las Sagradas Escrituras, en la parte que se llama el *Apocalipsis*, y en los capítulos VII y siguientes, nos dice el Espíritu Santo que el mundo va a ser destruído, y que al efecto lloverá fuego, y las aguas se pondrán amargas, y vendrán ángeles con trompetas, y las estrellas se caerán sobre nuestra Tierra, lo que equivale a decir que Madrid, con todos sus habitantes, se caerá dentro de una alcantarilla, añadiendo otra porción de maravillas por el estilo. El Espíritu Santo ni sabe que cada estrella es un Sol millones de veces mayor que nuestro mundo, ni tampoco el que éste se mueve; de lo contrario, se ahorraría todos esos trabajos el día que tuviese por conveniente destruirnos, adoptando el siguiente procedimiento, que le recomendamos para cuando llegue la hora. Bastaría que este mundo que habitamos se detuviese la centésima parte de un segundo, muchísimo menos tiempo del que tendríamos que emplear en decir *¡ah!*, para que todo, hombres, animales, edificios, montañas, fuesen lanzados al espacio. La conmoción sería tan tremenda, que los líquidos interiores reventarían la costra sobre la que vivimos, haciendo explosión este inmenso globo como lo haría una bomba, y desparramando sus pedazos en el espacio en todas direcciones.

## III

«Corriente, me diréis; nosotros comprendemos que todo cuanto exponéis es verdad, no tanto por que lo vemos, como porque nuestro sentido común nos muestra ser cierto. Pero, puesto que nos habéis asegurado que la razón es una gracia divina dada al hombre, y no debemos, por lo tanto, despreciarla no haciendo uso de ella, deseamos nos expliquéis por qué la Tierra, el Sol, la Luna y las estrellas, tienen esa fuerza de atracción que chupa todo hacia ellos; qué mano es la que ha hecho y hace bailar al mundo como un trompo; qué cañón le ha disparado para que vuele por el vacío como una bala; quien ha graduado tan perfectamente la fuerza del Sol, que atrae a la Tierra y la rapidez del vuelo de ésta, que ni nosotros vamos a chocar contra él, ni nuestro mundo, continuando derecho, se aleja del Sol, en cuyo caso moriríamos todos de frío en la más completa oscuridad.»

Nos alegramos de que tan pronto hagáis uso de vuestra inteligencia, mostrándonos así que no sois las bestias en que hasta ahora se os ha tenido convertidos. Preguntad, preguntad siempre que tengáis alguna duda; preguntad, con mil veces más motivo, siempre que vuestra razón os diga ser imposible lo que os quieren enseñar como verdadero; preguntad hasta que se os explique todo a vuestra satisfacción, o hasta que se os conteste claramente que no saben más que vosotros mismos.

Los hombres sabios de veras, que descubrieron todo lo que os hemos dicho, que son los mismos



hombres que nos enseñaron, por medio del catalejo o anteojo, que con unos cristales metidos en un canuto podíamos ver objetos que estaban a muchas leguas de distancia, tan cerca como si los alcanzásemos con la mano; los hombres que por medio del ferrocarril nos enseñaron que con un poco de agua hirviendo en una caldera se podía arrastrar un tren, que pesa muchos miles de arrobas, con más velocidad que puede correr ningún caballo; los hombres que por medio del telégrafo nos enseñaron que bastaba un líquido metido en jarros y un alambre para que un hombre hablase con otro, aunque estuviesen separados mil leguas; los hombres, en fin, que han descubierto y están descubriendo todos los días estas maravillas, que son los solos milagros verdaderos; esos hombres, únicos a quienes podemos llamar santos, porque pasaron y pasan su vida entera haciendo el bien a sus semejantes por medio de las cosas útiles que producen, fruto de muchos años de trabajo, al revés de vuestros santos, que se pasaron la vida rezando rosarios, dándose latigazos y mirando a las nubes (con lo cual no sólo no hacían bien a nadie, sino que había que mantenerlos); los hombres cuyas estatuas, si visitaseis otros países, veríais, no bajo las bóvedas obscuras de templos alumbrados por velas y candilejas, sino en medio de las plazas de las grandes ciudades, sin más bóveda sobre sus cabezas que el espacio infinito, ni más luz que la luz del sol, porque la ciencia, que es la verdad, quiere la luz, mientras que la superstición, que es la mentira, se refugia en la obscuridad y en misterio; esos hombres, en fin, cuyas grandes inteligencias parece que debían abarcarlo todo, se preguntaban y se preguntan lo mismo que os preguntáis vosotros.

La Tierra gira, es cierto, es indudable; pero ¿por qué? El sol nos calienta y nos alumbra, no cabe duda; pero ¿por qué? Y así, en todas las cosas llegamos a un último *¿por qué?* que ni vosotros, ni nosotros, ni todos los hombres que han existido, existen y existirán, podrán nunca contestar, porque esa causa primera, de la que sólo podemos conocer los efectos, o sea los resultados, esa causa es DIOS. Pero no creáis que Dios se alegra o se incomoda; Dios no puede mentir, confiesa la imposibilidad completa en que se hallan los hombres para poder nunca comprender lo que es Dios; pero si la ciencia nos dice esto lealmente, en cambio nos demuestra de la manera más clara que Dios ni es ni puede ser nada de lo que las religiones de los hombres dicen que es, sea la religión cristiana, sea cualquier otra. Para el animal racional de este mundo que llamamos el hombre, Dios no es ni puede ser otra cosa más que LAS LEYES INMUTABLES DE LA NATURALEZA; y ya comprenderéis que eso no puede tener cuerpo de ninguna clase, lo mismo que no puede tener cuerpo la idea de que dos y dos son cuatro, lo que no impide que la idea exista y que sea una verdad de la que no podéis dudar. Para poder comprender qué cosa es Dios, sería necesario ser Dios.

Esto es todo cuanto los hombres, por más sabios que sean, pueden contestaros; pero en cambio hay otros hombres de mala fe que, aunque saben todo cuanto sabemos nosotros, se han valido y se valen de esa pregunta que vosotros y todos se han hecho y hacen, de *¿qué cosa es Dios?* para explicároslo a su modo, diciendo que ellos saben lo que es, que Dios mismo se lo ha dicho, engañando así a los otros hombres para dominarlos y vivir a costa de ellos. En unos países Dios



se llama de un modo, en otros de otro; en unos se explica de una manera, en otros de otra; estos diferentes nombres, estas diferentes explicaciones, son los que llamamos religiones. En España, la explicación es por el método católico romano, y por eso decimos que la religión de los españoles es la católica romana.

# SEGUNDA PARTE

## La Luna

*Lo que es la Luna.—El telescopio.—La luz de la Luna.—Tamaño y movimientos de la Luna.—Los cuartos de la Luna.—La luz de la Tierra.—Los eclipses.—Sequedad de la Luna.—Para qué crecrán sus habitantes que ha sido hecha la Tierra.*

### I

La Tierra, o el mundo que habitamos, no es el único que hay en el Universo. Muy cerca de nosotros tenemos uno, al que hemos puesto el nombre de Luna.

La Luna es una tierra como la nuestra. Con los grandes catalejos, llamados telescopios, que se usan para mirar a los astros, vemos sus montañas y sus valles. El tamaño de que se ve la Luna con esos telescopios es dos mil veces mayor que a simple vista, es decir, que, si según la vemos, necesitaríamos para atravesarla un eje de un palmo, para hacer lo mismo con la Luna vista por el telescopio, sería preciso un eje de dos mil palmos. La distancia que nos separa de la Luna es de 384,000 kilómetros, lo cual no es nada comparado a las distancias que nos separan de otras tierras. Antiguamente creían los hombres que la Luna era luminosa, como lo es el Sol, y que la luz crecía y menguaba con objeto de que nosotros pudiésemos medir el tiempo, sirviéndonos de reloj; el Espíritu Santo mismo era de esa opinión, según consta en la Biblia; pero ha resultado que los antiguos, incluso el Espíritu Santo, estaban equivocados, porque la Luna no brilla más que brillamos nosotros mismos. La Luna refleja la luz del Sol, como puede convencerse cualquiera haciendo este experimento.



Entrad en un cuarto que dé el Sol; cerrad todo herméticamente de modo que quede en completa oscuridad, si es posible; abrid un poco la ventana, nada más que lo bastante para que penetre un pequeñísimo rayo de sol, y en el acto veréis que el punto en que el rayo da se pone brillante, es decir, que refleja la luz. Poned cualquier otro objeto en el rayo luminoso, y brillará tanto más cuanto más oscuro esté el cuarto; y notaréis más, y es que, al abrir la ventana y entrar el rayo de sol, no sólo se ha iluminado el punto en donde da, sino que se ha esparcido alguna claridad en toda la habitación, permitiéndoos ver objetos que no podíais distinguir con la ventana cerrada. Pues bien: el cuarto oscuro es el espacio, el cual, si no hubiese sol o estrellas, sería completamente oscuro; el pequeño rayo de sol, es el Sol; el objeto que ponéis en ese rayo y que toma el brillo, es la Luna; la luz que el rayo del Sol refleja después de dar en el objeto, iluminando un poco el cuarto, es la luz que refleja la Luna en el espacio, y de la que una parte nos alumbra a nosotros por la noche. Continuemos el experimento: abramos de par en par la ventana, inundando de sol y de luz el cuarto, y observaremos que el objeto que ponemos en el Sol le vemos más claro, pero no parece brillar. Pues lo mismo sucede con la Luna: por el día la vemos, pero blanca, y sin ese brillo que sólo adquiere según va oscureciendo. Por

efecto de esa misma reflexión de la luz, es por lo que muchas veces las nubes parecen luminosas.

La Luna es cuarenta y nueve veces más pequeña que la Tierra, y gira alrededor de nosotros precisamente lo mismo que hacemos nosotros alrededor del Sol; pero tiene una particularidad muy notable y es que, en lugar de dar muchas vueltas sobre sí misma mientras da una vuelta alrededor de nosotros (como hace nuestra Tierra girando 365 veces mientras gira una vez alrededor del Sol), tarda el mismo tiempo en girar alrededor de nosotros que en dar una vuelta sobre sí misma, es decir, veintinueve días y medio en su movimiento de rotación, y veintinueve días y medio en su movimiento de traslación, de lo que resulta que siempre tiene el mismo lado vuelto hacia nosotros. Esto equivale a colocarnos en medio de un cuarto y que una persona girase a nuestro alrededor conservando siempre la cara hacia nosotros y la espalda contra la pared, que es justamente lo que hace la Luna con la Tierra; de suerte que nadie ha visto ni verá jamás lo que hay del otro lado de nuestra vecina. La Luna tiene un movimiento más que tenemos nosotros porque, además de girar sobre sí misma y alrededor de la Tierra, como la llevamos siempre en nuestra compañía, tiene que dar la misma vuelta que cada año damos nosotros alrededor del Sol.

El espacio iluminado que vemos aumentar o disminuir en la Luna, diciendo que crece y mengua, proviene de que, cuando en su movimiento alrededor de nosotros se coloca entre el Sol y la Tierra, o mejor dicho, cuando tanto la Luna como el Sol los tenemos del mismo lado, la Luna nos presenta la parte obscura y no la podemos ver, diciendo que no hay luna; cuando, por el contrario, el Sol está de un lado, la Luna de otro y



nosotros en medio, vemos toda la parte iluminada y decimos que hay Luna llena. Esta es una de las cosas de que cualquiera puede convencerse sin necesidad de instrumento alguno. Coloquémonos al ponerse el Sol, la noche de Luna llena, de espaldas a aquél, y veremos que, a poco de haberse puesto, sale la Luna frente a nosotros, de suerte que, teniendo el Sol detrás y la Luna delante, es claro que nos hallamos en medio de los dos. Como mejor se ve este experimento es en una llanura o en el mar.

El movimiento de ponerse el Sol y salir la Luna no es más que aparente, y proviene de la vuelta que la Tierra da sobre sí misma; porque, aunque la Luna gira a nuestro alrededor, su movimiento es veintisiete veces menos rápido que el nuestro y es, por lo tanto, imperceptible a la vista, del mismo modo que lo es el movimiento de la mano de un reloj de bolsillo. Las diferentes posiciones que la Luna toma con respecto a nosotros y al Sol en los días que tarda en pasar de Luna nueva a Luna llena, o viceversa, son las que hacen que veamos más o menos de la parte que ilumina el Sol, y esto es lo que llamamos cuartos crecientes y menguantes.

Nuestra Tierra es una luna para los habitantes de la Luna, teniendo ellos la ventaja de que como nosotros somos mayores que ellos, les alumbramos con una luz tan fuerte como la que darían trece lunas y media. Naturalmente, cuando para nosotros es Luna llena, nuestra Tierra es Luna nueva para los habitantes de ella. En cambio, cuando para nosotros es Luna nueva, a ellos les toca estar entre la Tierra y el Sol, y nuestro mundo es una magnífica luna para ellos. La luz que le reflejamos es tal, que daremos de ello un ejemplo conocido de todos. Cuando la

Luna nueva tiene dos o tres días, no sólo vemos la parte iluminada por el Sol, sino la obscura también, distinguiendo la Luna entera. Esto proviene de que, siendo la Tierra, como hemos dicho, Luna llena para la Luna cuando ella es nueva para nosotros, la luz que reflejamos es tan fuerte, que iluminamos la parte obscura de la Luna lo suficiente para distinguirla desde aquí; en una palabra, lo que nos hace ver toda la Luna es lo que sus habitantes deberán llamar la luz de la Tierra.

Cuando algunas veces, al pasar la Luna entre el Sol y nosotros, quedamos los tres en línea recta, pasando ella precisamente por delante del Sol, nos le tapa, y decimos que hay eclipse de Sol. Esto no quiere decir que la Luna sea tan grande como el Sol; éste es muchísimo mayor que aquélla; pero como la Luna está cuatrocientas veces más cerca, le tapa, como nosotros tapamos una casa poniendo la mano a una corta distancia de los ojos. Cuando, por el contrario, les tapamos nosotros el Sol a ellos, decimos que hay eclipse de Luna, y ellos dirán que hay eclipse de Sol. Las manchas que vemos en la Luna provienen principalmente de las diferencias del terreno, y son las sombras que éstas producen. Sus montañas han sido medidas con tanta o más exactitud que las de nuestro mundo.

La Luna, a pesar de estar tan cerca y ser tan parecida a la Tierra, tiene una diferencia radical, y es que allí no hay agua. Esto lo sabemos, primero porque no la vemos, siendo así que vemos claramente los mares de otros mundos que están cien veces más lejos; y segundo, porque jamás se forman nubes, lo que indica que allí no hay humedad. Por demás está decir que si nunca hay nubes, nunca llueve. Además, ese aire que



nos rodea a nosotros y a los otros mundos, y que llamamos atmósfera, tampoco existe alrededor de la Luna, o es tan sumamente tenue que nos es imposible percibirlo por ninguno de los varios métodos inventados hasta la fecha. Esto hace que los habitantes y las plantas de la Luna tengan que ser diferentes de nosotros y de nuestras plantas, a menos que del otro lado, que nunca vemos, haya atmósfera y agua. La causa por que la Luna gira a nuestro alrededor es la misma por la que nosotros giramos alrededor del Sol; es decir, por la combinación de la fuerza de impulsión, que la hace volar, y la atracción de la Tierra, que la conserva cerca de ella. La Luna gira a nuestro alrededor, y no nosotros alrededor de ella, porque siendo la Tierra la más grande, no podía ser de otro modo, así como cuando se cae una piedra ésta va hacia el suelo, y no es el suelo el que va hacia la piedra.

Para concluir con nuestra Luna, haremos notar que el Espíritu Santo dice en las Sagradas Escrituras que la Luna fué hecha simplemente para alumbrarnos por la noche. Si los habitantes de la Luna llegan a saber que hemos convertido a su mundo en un farol, quedarán profundamente indignados; porque seguros estamos de que si, como es de suponer, también en la Luna hay algún Espíritu Santo, no habrá dejado de informarles de que nuestra Tierra es luminosa y gira alrededor de ellos con el objeto de alumbrarles; todo lo cual pueden creer con mucho más motivo que nosotros, pues ya hemos dicho que nuestra Tierra es para ellos una magnífica luna, alumbrándoles con una luz trece veces y media más fuerte que la que nosotros recibimos de ellos. Esto sin contar con que, no teniendo allá nubes, no se les puede nublar su luna.

# TERCERA PARTE

## Los Planetas

*Los mundos compañeros del nuestro.—Los nombres que les hemos puesto.—El viaje al Sol.—Visita a los planetas.—El mundo Mercurio.—Nuestra vecina la tierra Venus.—Sus montañas y sus nubes.—La Tierra vista desde el espacio.—Los Estados Unidos.—La religión de la caridad.—El Asia.—Europa.—España.—Los pequeños mundos.—El mundo Júpiter.—Su enorme tamaño y sus lunas.—Saturno y su anillo.—Creencia probable de sus habitantes de que el cielo es el anillo.—Neptuno y los años que viven sus pobladores.*

I

¿Qué es un planeta? Un planeta es una tierra o mundo como el que habitamos; por consiguiente, nosotros vivimos en un planeta al que llamamos la Tierra, el mundo, el globo terráqueo o el mundo sencillamente. De éstos hay varios alrededor de nuestro Sol, y vosotros, sin saberlo, veis en noches claras esos mundos que confundís con las estrellas, porque brillan, al parecer, del mismo modo. Pero si los planetas brillan, no es porque sean soles, como lo son las estrellas, sino porque reflejan la luz del Sol, del mismo modo que ya hemos visto lo hace la Luna. Si nosotros nos colocásemos en alguno de esos planetas, veríamos brillar la Tierra como una estrella. Para



los habitantes de esos otros mundos, nosotros estamos en el Cielo, así como ellos nos parecen a nosotros que están en él.

Con los telescopios, los planetas no se parecen a como vosotros los veis. Para vosotros son iguales a las estrellas; pero vistos con el anteojo, hay la misma diferencia entre un planeta y una estrella, que entre la Luna y el Sol. De la misma manera que la Luna, presentándonos más o menos de la parte que el Sol ilumina, produce los cuartos crecientes y menguantes, del mismo modo hacen los planetas a quienes vemos con el telescopio cientos de veces más grandes de lo que vosotros distinguís la Luna a simple vista. Los cuartos de los planetas no son de siete días cada uno como sucede con los de la Luna, sino que duran meses, y, hasta años.

Estos planetas o tierras giran sobre sí mismos y alrededor del Sol lo mismo que nosotros lo hacemos, con la única diferencia de que unos giran sobre sí mismos más de prisa que otros, produciendo así sobre cada uno de ellos días más cortos o más largos. Igualmente los que están más apartados del Sol tardan más tiempo en dar la vuelta alrededor de él, produciendo años más largos, pues como sabemos, un año no es más que el tiempo empleado en dar la vuelta alrededor del Sol.

He aquí los nombres de los ocho grandes planetas o mundos que, como nosotros, giran alrededor del Sol, empezando por el que está más cerca de éste: Mercurio, Venus, Tierra (el planeta o mundo en que vivimos), Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno. Además hay, entre Marte y Júpiter, 172 pequeños mundos.

II

¿Queréis que hagamos un viaje para conocer estos planetas compañeros y vecinos nuestros? ¿Sí? Pues vamos al Sol, para empezar desde él nuestra excursión; nosotros os pagaremos el viaje.

Imaginaos que hay un ferrocarril que une el Sol y la Tierra, y que os decimos: «Estad listos para salir mañana en el tren de las ocho». Al día siguiente montamos en el tren, suena el pito, y a las ocho en punto parte en dirección al Sol, tomando pronto una velocidad de sesenta kilómetros por hora, o sea un kilómetro por minuto, que es el doble de lo que generalmente andan los trenes en España. Una cosa os llama la atención, y es lo muy tristes que parecen hallarse nuestros compañeros de viaje, tristeza que ya habíamos observado en los amigos o parientes que fueron a la estación a despedirles.

Nos instalamos con toda comodidad en un coche salón, y pasamos el rato conversando. Después de escucharos hablar cuatro horas seguidas acerca del aspecto del campo, de la cosecha y de la venta de trigo y cebada que pensáis efectuar el próximo sábado, que es el día del mercado en el pueblo en que ambos residimos, aprovechamos la oportunidad de oiros hablar con entusiasmo de un negocio cuyo resultado tocaréis cuarenta años más adelante, para haceros notar que, aunque vuestra razón debe mostraros que para esa época habréis muerto, eso en nada os priva de sentir el mayor placer en vuestro proyecto, y al efecto os explicamos cómo en el hombre hay dos existencias distintas.

La existencia material, que consiste en comer, beber, etc., y la existencia mental, que nos hace vivir fuera del mundo sensible, transportándonos al mundo de las ideas; resultando de todo esto que como siempre que no dormimos pensamos en algo, vivimos real y verdaderamente de las ilusiones que se forja nuestra imaginación. Esta tendencia a gozar con las ideas es la que hace que hombres de noventa años y de más tomen en sus negocios tanto interés como cuando tenían treinta, pareciendo lo natural que, viéndose tan cerca de la muerte, les fuese todo indiferente.

Como esto os hace bostezar, creemos interesaros explicándoos los efectos de la electricidad, y cómo el hierro puntiagudo que hemos puesto sobre el tejado de nuestra casa, no es, como creéis y como creen también la mayor parte de los señores del pueblo, para que los rayos caigan en el hierro, sino para que no caigan ni en el hierro ni en toda la casa, y que por eso se llaman pararrayos; del mismo modo que se llaman paracaídas unos como paraguas muy grandes, con un agujero en medio y una cestilla en el lugar que corresponde al puño, en la cual se mete un hombre o dos y pueden tirarse de no importa qué altura, cayendo poco a poco y no haciéndose ningún daño. Todo eso a vosotros os es indiferente y en seguida volvéis al trigo y a la cebada. Las cargas de trigo tienen más fuerza de atracción sobre vuestro espíritu que toda la atracción que la Tierra ejerce sobre sus habitantes.

De este modo se pasa el día; comemos en un coche-comedor, y al llegar la noche, o mejor dicho, al marcar nuestros relojes la hora de acostarnos, porque no puede haber noche, puesto que tenemos en frente al Sol, nos metemos en buenas camas en el coche-cama. Al día siguiente, es decir, a la hora a que acostumbramos levantarnos,

pues el Sol continúa inmóvil delante del tren, que corre hacia él, os levantáis y os vestís, listos ya para almorzar en el Sol, si llegamos a tiempo. A fin de ver si nos falta mucho, sacáis la cabeza por la ventanilla y os quedáis perplejos al observar que el Sol ni parece hallarse más cerca ni ser más grande que el día antes, a pesar de la tremenda rapidez con que ha marchado el tren durante veinticuatro horas seguidas. Naturalmente miráis para atrás y quedáis aterrados al ver una mole inmensa cubierta a trozos de enormes nubes, y que ocupa la mitad del cielo, la cual no es otra cosa que el mundo del que os alejáis.

Bastante alarmados con todo esto, nos preguntáis: ¿Cuándo llegaremos? A lo que os contestamos que la cuenta es muy sencilla. La distancia que separa nuestra Tierra del Sol es de ciento cuarenta y ocho millones de kilómetros, y haciendo el cálculo a kilómetro por minuto, después de descontar lo que hemos andado, nos faltan unos doscientos ochenta y pico de años, día más o menos.

Como probablemente habríais calculado que el viaje iba a ser un poco más corto, desistís de vuestra excursión y preguntáis por el próximo cruce para tomar el tren de vuelta; pero, desgraciadamente, el ferrocarril del Sol está organizado de distinta manera que los de nuestro planeta, y resulta que, a pesar de ser tan largo el viaje, no hay estación alguna en todo el camino, ni más vía que una: de suerte que no queda más remedio que continuar. Esto nos explica la tristeza de los viajeros, porque ni volverán a poner sus pies en la Tierra, ni llegarán jamás al Sol, muriendo en el camino, no sólo ellos, sino sus hijos y sus nietos; en una palabra: los únicos que tendrán probabilidades de llegar vivos al Sol serán los biznietos



de los biznietos de los que van en el tren y que deberán nacer doscientos y pico de años más adelante. De esto a estar de vuelta para el mercado del sábado hay alguna diferencia, porque entre ir y volver se pasarían unos quinientos sesenta y pico de años.

Ante semejante perspectiva perdéis todo interés acerca de cómo está la siembra, y el precio del trigo os importa dos cominos. En cambio, aquella especie de paraguas grande, con el cual un hombre puede tirarse de cualquier altura sin lastimarse, adquiere a vuestros ojos más valor que las cargas de trigo juntas de toda España. Nosotros, que sabíamos lo que había de suceder, abrimos una cesta y de ella sacamos aquel como paraguas sin varillas, y después de desear a nuestros compañeros un buen viaje, ellos mismos nos descuelgan y en el acto la tierra, atrayéndonos hacia sí, nos hace caer suavemente sobre ella.

Acaso os figuráis que si un cañón bastante grande os pudiera disparar hasta el Sol llegaríais en algunos minutos, o a lo más en algunas horas. Pues una bala de cañón, lanzada a treinta kilómetros por minuto, tardaría en llegar al Sol cerca de nueve años y medio; de modo que no podríais estar de vuelta antes de diez y nueve años próximamente.

El vapor no sirve, la pólvora tampoco; ¿acaso la electricidad? Veamos. La electricidad corre con una rapidez de trescientos mil kilómetros por segundo, y por tanto, si pudiéramos volar con la rapidez de un telegrama, llegaríamos al sol en poco más de ocho minutos; es decir, que lo que una bala de cañón tardaría catorce meses en recorrer, lo corre la electricidad en un minuto. Indudablemente esto es lo único que nos conviene si queremos hacer el viaje al Sol y, en efecto,

así lo explicamos a nuestro paisano, el cual está muy escamado de estos viajes.

Acudamos nuevamente a nuestra inventiva, suponiendo que un alambre nos une con el Sol, y que, por un sistema desconocido, no sólo se pueden mandar despachos telegráficos, sino hasta objetos y, por lo tanto, personas. Figurémonos que cuelgan una caja en aquel alambre, que entramos en ella, que la cerramos, que partimos con con la rapidez de la electricidad, y a los ocho minutos y medio llegamos al Sol, apeándonos en él sin que el calor tremendo de aquel horno de millones de leguas nos haga ningún efecto.

## III

Henos aquí en el Sol; allí nos espera un amigo nuestro, el mejor y el único que tenemos, el mismo que nosotros queremos sea también amigo de vosotros todos, y cuyo nombre os diremos más adelante. Este amigo nos hace entrar en una máquina, con la que podemos recorrer el Universo en todas direcciones con la rapidez de la electricidad o con el paso de tortuga de nuestros ferrocarriles.

Salimos, pues, del Sol, y el primer planeta o mundo que encontramos es Mercurio, que es el más cercano a él; tanto, que si uno de nosotros fuese puesto allí, quedaría asado como un pavo queda asado en un horno. A sus habitantes les parecerá, sin embargo, que no hace bastante calor en el invierno, porque también ellos tienen invierno. Aunque están tan cerca del Sol, no le tocan con la mano, porque se hallan apartados de él cincuenta y siete millones (57.000,000) de kilómetros, o sea ciento cincuenta veces la distan-



cia que hay entre la Tierra y la Luna. Mercurio es diez y ocho veces más pequeño que nuestro mundo; pero, por lo demás, tiene mares y tierra firme, montañas, atmósfera, nubes, todo, en fin, igual a nosotros.

Pasemos al que sigue, Venus, que se halla a ciento siete millones (107.000,000) de kilómetros del Sol, y que después de la Luna es el planeta más cercano a nosotros, no estando separados de él más que por cuarenta millones de kilómetros. De todos los mundos que conocemos este es el más parecido al nuestro; es, poco más o menos, del mismo tamaño, y gira sobre sí mismo en igual tiempo que nosotros; pero como está más cerca del Sol tarda sólo doscientos veinticuatro días en dar la vuelta alrededor de aquél, y por consiguiente ellos cuentan un año mientras nosotros contamos doscientos veinticuatro días. Del mismo modo sus cuatro estaciones son más cortas que las nuestras.

Las montañas de Venus son el doble de altas de las más altas montañas de la Tierra, y sus nubes son extraordinariamente blancas, reflejando con gran intensidad la luz del Sol, y haciendo que parezca la estrella más brillante del cielo. Venus es lo que se llama el lucero del alba, o lucero de la tarde; pues según la posición que ocupa con respecto a nosotros en sus movimientos, unas veces lo vemos antes de salir el Sol y otras en seguida después de ponerse. Pasemos adelante y acerquémonos al planeta que sigue, al que creemos reconocer, y así es en efecto, porque le hemos visto mil veces representado en la forma de un globo de cartón o de madera, con sus mares y sus continentes dibujados en él; es, en fin, el planeta en que vivimos; es la Tierra. Esta se

halla, como sabemos, a ciento cuarenta y ocho millones de kilómetros del Sol.

Nuestro amigo, al notar el interés con que miramos este planeta, pone ante nuestros ojos un aparato con el cual vemos todo tan claro como si estuviésemos sobre la Tierra misma, y que nos permite abarcar al propio tiempo toda la mitad de la inmensa mole que mira hacia nosotros, en medio de la cual se halla América en aquel momento. Allí vemos un país inmenso cruzado por ferrocarriles de miles y miles de leguas que unen entre sí magníficas ciudades, y sobre las que corren innumerables trenes. Este país se llama los Estados Unidos de América, el país, o mejor dicho, la nación o el pueblo más joven y, sin embargo, el más adelantado del mundo. Mirad esos de infinitos vapores; mirad aquel campo, tan granríos de media legua de ancho y de más, cubiertos de él sólo como una provincia de España, y ved las grandes máquinas de vapor con que aran, y que hacen no uno, sino cuatro surcos al mismo tiempo. Pero, ¿a que no veis ningún soldado? Es que no hay más que los bastantes para contener a las tribus de indios salvajes que están mil leguas más allá.

Aquí, cuando el Gobierno no lo hace bien, se le quita, no por medio de revoluciones sangrientas, sino por medio de las leyes hechas por el pueblo; porque aquí el pueblo es el que gobierna, y los gobernantes no son más que los empleados que él paga o despide cuando le parece, lo mismo que hacemos nosotros con nuestros administradores, a quienes empleamos o despedimos según su comportamiento. ¿Y sabéis por qué aquel pueblo puede gobernarse a sí mismo? Porque sabe tanto como los que nombra para gobernar; porque todos los hombres saben leer y escribir, y



así han podido aprender. Por eso, si vosotros queréis tener algún día un gobierno como el de la República de los Estados Unidos de América, es preciso empezar por aprender a leer.

Aquí hay muchos millones de hombres y mujeres que jamás han entrado en ninguna iglesia, ni aun para casarse, porque aquí pueden casarse sin necesidad de curas; millones de hombres y mujeres que no han sido bautizados, y nadie cree que por eso sean peores que los demás; hombres y mujeres cuya religión se llama la «caridad», religión que no tiene más misas ni más rosarios que hacer bien al prójimo, religión cuyos fieles no tienen más iglesias que los hospitales que construyen y mantienen para curar a los enfermos, o los asilos para los viejos, los ciegos y todos los que están impedidos para trabajar, o las casas que fabrican expresamente para que los pobres trabajadores puedan vivir en ellas limpios y barato. Cuando mueren, no va ningún cura que haga cruces en el aire ni diga palabras en latín; sus bendiciones y sus oraciones son las lágrimas que derraman aquellos á quienes hicieron bien durante su vida, y que acompañan su cadáver. Aquí no hay...

Pero la Tierra, continuando en su movimiento, nos oculta la gran nación norteamericana, y en cambio pasa ante nuestros ojos un inmenso mar, sembrado de miles de islas: es el Océano Pacífico. De pronto un continente enorme se va presentando; es el país mayor de la Tierra: el Asia.

Acabamos de ver al pueblo más joven; ahora vemos al más viejo; acabamos de ver el movimiento, el progreso, y ahora vemos la inmovilidad, que conserva a este país en el mismo estado que hace seis mil años; acabamos de ver un pueblo cuyo gobierno no mantiene sacerdotes

de ninguna religión, y ante nosotros se presenta otro que los tiene por cientos de miles.

Aquí, miles de años antes de existir la religión de los españoles, existían las religiones que tenéis a la vista. Ved sus templos, cuán diferentes son de los vuestros; observad sus ceremonias, que en nada se parecen a la misa, ni a las que veis en vuestras iglesias; mirad sus imágenes de dioses, que ninguna analogía tienen con las vuestras. —Eso no es verdad—exclama nuestro paisano—, porque allí, dentro de aquel templo, veo yo una cosa que se parece a la Trinidad, solamente que no son dos hombres y una paloma, sino tres personas que salen del mismo cuerpo.—Tenéis razón; esa es la Trinidad Brahamina, de la que, como más adelante veréis, sacó la suya la religión cristiana; porque esta Trinidad existe desde muchos siglos antes de haber nacido Jesucristo.

—Pero, ¿cómo nos decís que aquí no hay cristianos si estoy viendo al Papa vestido lo mismo que lo veo en las estampas, con esa cosa en la cabeza que llaman la tiara?—Ese no es el Papa de los católicos romanos, sino el Papa de los budistas, que es una religión que existe desde mucho antes que la vuestra.—Pero, hombre, ¿la religión cristiana está hecha de retazos de otras religiones?—Esa es la verdad, como veréis en este libro.

En el entretanto, os diremos que todas esas gentes que estáis viendo no tienen la más ligera idea de que se pueda adorar a Dios de otra manera que como ellos lo hacen, y se imaginan que todo el mundo cree lo mismo que ellos, en lo cual no van descaminados, porque el Asia contiene más de la mitad de todos los hombres que existen en la Tierra, porque son más de ochocientos millones de seres humanos. Y ahora, ved este otro país, mucho más pequeño; este es Europa, del que España forma parte. ¿Queréis verla? Pues esperad que la Tierra, continuando la vuelta, haga pasar Rusia y Alemania y vaya llegando a Francia; mirad, mirad hacia el fin de Francia una línea de montañas; son los Pirineos, y del otro lado está nuestra patria; vedla ya, que no parece mayor que un pañuelo, formando el remate en donde Europa concluye en el mar, del que aquel pañuelo está rodeado por tres de sus cuatro lados. Aquella es España: vedla que llega y que pasa; ¿queréis ver vuestro pueblo? Pues allí, allí está. ¿No veis la plaza? Aprovechaos ahora para tomar nota del estado del campo, que tanto os preocupa. Pero la Tierra no se para por nadie, y después de pasar el Oceano Atlántico, comienza a presentarse América nuevamente.



Nuestro amigo toca un botón, y haciéndonos pasar por delante del próximo mundo, que es nuestro vecino Marte, nos encontramos de pronto en medio de una multitud de pequeños planetas.—¿De dónde diablos ha salido tanto mundo chico? —pregunta nuestro paisano.—Pues han salido de un planeta mucho mayor que nuestra Tierra, al que la fuerza de los gases interiores hizo reventar, arrojando sus pedazos tan lejos unos de otros, que cada uno se ha convertido en las pequeñas tierras que veis. Si son todos redondos, es por efecto del movimiento de rotación que, haciendo bailar como un trompo a cada pedazo, los ha hecho redondos. Este movimiento, como os hemos explicado, lo tienen todos los cuerpos celestes: luna, estrellas, planetas; el Sol mismo baila como una peonza; de este movimiento proviene el que todos los cuerpos en el espacio hayan tomado la forma redonda que tienen.

Lo que le sucedió a este planeta nos puede suceder a nosotros el día menos pensado, porque

en la Tierra, la cáscara sólida sobre la que vivimos y que tan fuerte nos parece, no tiene más relación con el globo del mundo que la que tiene una hoja de papel con respecto de una manzana o una naranja que envolviéramos en él; es decir, que el grueso del papel representa el grueso de la cáscara fría de la Tierra, y la naranja las materias derretidas e incandescentes que componen casi todo nuestro mundo; los volcanes no son otra cosa que sitios por donde los gases interiores han reventado la cáscara haciendo un agujero, y los terremotos los empujones que algunas veces nos dan los líquidos interiores.

Dejemos estos mundos de juguete y continuemos al siguiente planeta o mundo, ante el cual quedamos estupefactos, porque lo que ante nosotros se presenta no es un mundo poco más o menos como el nuestro, sino un mundo 1,231 veces mayor que el nuestro, o lo que es lo mismo, que del planeta Júpiter, que así le llamamos, se pueden sacar mil doscientas treinta y cuatro Tierras como la nuestra.

Como Júpiter está mucho más lejos del Sol que nosotros (770 millones de kilómetros), tarda doce veces más tiempo en dar su vuelta alrededor del Sol, de lo que resulta que su año es igual a doce años de los nuestros, y sus cuatro estaciones son de tres años cada una. Si sus habitantes viven tantos años de los suyos como nosotros de los nuestros, un hombre de Júpiter, de cincuenta años, tendrá seiscientos de los nuestros. A este planeta le acompañan no una, sino cuatro lunas.

Pasemos al siguiente, que es Saturno, y que nos deja todavía más sorprendidos que Júpiter, porque no sólo dan vueltas a su alrededor nada menos que ocho lunas, sino que un inmenso anillo le rodea a una distancia de veinticinco mil kilómetros de su superficie; de suerte que los habitantes de aquel mundo, que real y verdaderamente tienen un cielo sobre sus cabezas, pues no otra cosa les parecerá el anillo, estarán persuadidos de que Dios vive encima de aquel cielo. Este mundo es ochocientas sesenta y cuatro veces mayor que el nuestro, y como tiene tantas lunas y la particularidad del anillo, que cuando el Sol alumbra parecerá brillante, los habitantes de este planeta tendrán mucho más derecho que nosotros para decir que el Sol y todos los astros, incluso nuestra Tierra, fueron fabricados para alumbrarlos a ellos. Aunque visto con el telescopio no parece el anillo hallarse muy lejos de Saturno, nuestra Tierra podría pasar entre él y el planeta que rodea, sin tropezar, porque de cada lado sobrarían algunos miles de kilómetros.

Pasemos corriendo por delante de Urano, que no es más que sesenta y cuatro veces mayor que nosotros, y no tiene más que cuatro lunas, y vamos derechos a Neptuno, que es el mundo que más lejos se halla del Sol, pues le separa de él la tremenda distancia de cuatro mil cuatrocientos millones (4.400.000.000) de kilómetros. Como está tan lejos, la vuelta que da alrededor del Sol es muchísimo mayor que la de la Tierra; de suerte que ellos tardan ciento sesenta y cinco años nuestros en darla, o lo que es lo mismo, el año para los habitantes de Neptuno es ciento sesenta y cinco veces más largo que para nosotros. Allá, los niños que maman un año están mamando ciento sesenta y cinco años de los nuestros. Los chicos de doce años en Neptuno tendrían aquí mil novecientos ochenta años y, por consiguiente, habrían nacido antes que Jesucristo. Sus hombres de cuarenta existirían desde hace seis mil seis-

cientos años y, por lo tanto, habrían existido desde más de setecientos años antes de la época en que nos dice la Iglesia cristiana que Dios creó el Universo, y que fué, según ella, hace 5,882 años nada más. El mundo Neptuno es ochenta y cuatro veces mayor que el nuestro, y tiene una sola luna. A la gran distancia que se halla de Neptuno, el Sol parece veinte veces más pequeño que desde la Tierra, y lo que calienta es tan poco, que si uno de nosotros se trasladase a aquel planeta, a los cinco minutos quedaría helado como una piedra. En cambio, si ellos viniesen a nuestro mundo, los derretiría el calor.

# CUARTA PARTE

## El Sol y las Estrellas

*Cuántos mundos como el nuestro se necesitan para hacer un Sol.—Distancia a la estrella más cercana.—Perdemos de vista la Tierra.—Viaje a la estrella Sirio.—Los cometas.—Nuestro Sol queda convertido en una estrella apenas visible.—Las estrellas son todas soles como el nuestro.—Monstruoso tamaño de Sirio.—El número de soles y mundos no tiene fin.—La idea de Dios.—Quién era nuestro compañero.—Crueldades injustas de la Iglesia.—El motivo de ellas.*

### I

Vemos que desde Neptuno el Sol pierde mucha de su importancia; pero, sin embargo, ¿sabéis cuán grande es el Sol? Pues imaginad que os dan el encargo de fabricar un Sol del tamaño del que nos alumbra, y que ponen a vuestra disposición Tierras como esta en que habitamos, del mismo modo que se ponen ladrillos a disposición de un albañil que va a fabricar una casa. ¿Creéis que necesitáis ciento, o un millar, o cien millares? Pues necesitaríais más; porque para formar un globo del tamaño del Sol se necesitan mil doscientos setenta y nueve millares de mundos como este en que habitamos, y que tan enorme os parece (1.279,000 Tierras).

Como ya hemos dicho, el Sol no es una excepción de los demás cuerpos celestes, sino que, como todos, tiene movimiento de rotación, girando sobre sí mismo una vez cada veintiséis días.

—Bueno—nos diréis,—ya vemos que hay algunas otras Tierras y que la nuestra no es más que una de las pequeñas.—Sí—contestaremos;—pero si no fuera más que eso, todavía seríamos alguna cosa; pero lo malo es que cada estrella es un sol como el nuestro, y que alrededor de cada uno de ellos giran mundos, lo mismo que sucede alrededor de nuestro Sol; y, si no lo queréis creer, vamos allá.

Parece que a la tremenda distancia que Neptuno se halla del Sol debemos estar ya cerca de alguna estrella, o que, por lo menos, algunas se verán más claras y brillantes; pues os equivocáis, porque las estrellas parecen iguales desde Neptuno que desde la Tierra; y la razón es muy sencilla. Si veis una montaña a ocho mil metros de distancia, y dando un paso largo disminuís la distancia en un metro, ninguna diferencia veréis en el tamaño de la montaña, la cual continuará a la distancia de ocho mil metros menos uno. Pues bien: la distancia de Neptuno a la estrella más cercana es ocho mil veces la distancia de Neptuno al Sol; es decir, que nuestro Sol está separado de la estrella más cercana ocho mil veces cuatro mil cuatrocientos millones de kilómetros (4.400.000,000 multiplicados por 8,000). Haced la cuenta, y empezaréis a formaros una idea de las distancias que separan entre sí esas estrellas que os parecen una vara unas de otras, y hasta pegando, efecto que se produce por estar unas delante de otras.

Nuestro amigo va a llevarnos en su máquina a una de las estrellas que más cerca están de



nosotros, que es la más brillante de todas, y que parece un cristal que se mueve, produciendo destellos, unas veces anaranjados, y otras blancos o azulados. A esa estrella la llamamos Sirio.

Hemos visto que la electricidad nos lleva de la Tierra al Sol en ocho minutos y medio; por consiguiente, para recorrer los cuatro mil cuatrocientos millones de kilómetros que hay del Sol a Neptuno, tardará cuatro horas y cuarto; pero para ir desde Neptuno a la estrella más cercana necesitaría más de tres años y medio, y para llegar a Sirio, a donde vamos, veintidós años. ¡Veintidós años volando a razón de trescientos mil kilómetros por segundo! La imaginación se confunde ante semejante distancia, y, sin embargo, no llegan a una docena las estrellas que están algo más cerca que Sirio; todas las demás se encuentran mucho más lejos.

A esta noticia, nuestro paisano, que recuerda el viaje al Sol en ferrocarril, saca el reloj e insiste en que de allí a una hora tiene un negocio importante. Por toda respuesta le decimos nos indique en qué punto de la Tierra quiere desembarcar; pero en vano mira por todas partes; ni le es posible distinguir nuestra Tierra, ni la distinguiría aunque mirase toda la vida; porque a la distancia que Neptuno se halla de ella, querer ver la Tierra equivaldría a querer ver una hormiga a una legua. Y ahora no nos sirve el paracaídas, porque si nos tiramos de la máquina, el cuerpo más cercano, que es Neptuno, nos atraerá hacia él, y antes de tener el gusto de dar los buenos días a sus habitantes quedaremos tan helados como un carámbano. Nuestro paisano maldice en su interior estos viajes, que no sólo le hacen perder de vista sus campos, su mujer, sus

hijos y su casa, sino su país y hasta el mundo en que aquél se encuentra. Nuestro silencioso amigo se sonríe, toca otro botón y ya no volamos como la electricidad, sino millones de kilómetros por segundo.

Pasamos por entre una multitud de cometas que también giran alrededor del Sol, y que brillan porque reflejan su luz, y pronto perdemos de vista a Neptuno y a todos ellos. Nuestro Sol disminuye por grados y se convierte en una brillante estrella que va apagándose y concluye por confundirse entre las otras. Nos hallamos por algún tiempo en la más completa oscuridad, pues transformado nuestro Sol en una estrella insignificante, nada tenemos que nos alumbre más que las mismas estrellas.

Poco a poco la estrella Sirio, hacia la que volamos, aumenta su resplandor; pronto brilla bastante para que nuestros cuerpos hagan sombra; por último nos alumbra claramente y vemos que Sirio es redondo, como el Sol. Finalmente llegamos y quedamos confundidos porque Sirio no es un Sol como el nuestro, sino un Sol 2,600 veces mayor; es decir, que con esa estrella que os parece una lucecita, se pueden hacer dos mil seiscientos soles como ese astro que no podemos mirar de frente sin cegar. A la distancia que está Sirio, nuestro Sol, con todos los mundos que le rodean, es un punto imperceptible perdido en el espacio.

¿Queréis formaros una idea del tamaño de esa estrella? Ya hemos dicho que el Sol es 1.279,000 veces mayor que la Tierra; siendo Sirio 2,600 veces mayor que el Sol, resulta ser el tamaño de esta estrella sola, igual a tres mil trescientos veinticinco millones cuatrocientos mil mundos (3.325.400.000 Tierras). Pasemos por entre los mundos que giran alrededor de Sirio, y encontraremos que no son mil y pico de veces mayores que el nuestro, como Júpiter, que tanto nos asombró, sino que, entre los mundos que giran alrededor de aquel sol, los que hay son cientos de miles de veces mayores que la Tierra, y cada año, para sus habitantes, son cientos y aun miles de años nuestros.



Ya sabéis lo que es una estrella; pues todas son lo mismo: más o menos grandes, todas son soles alrededor de los cuales giran mundos. Y hay soles que giran alrededor de otros soles, y las tierras que les acompañan no tienen noche; porque un sol sale mientras otro se pone, y hay soles rojos, azules y violeta.—¿Son muchas las estrellas o más bien, los soles? Porque ya vemos que las estrellas son soles que están muy lejos.—No tienen fin; no son mil, ni mil millones, ni cien mil millones; son infinitos; no tienen límite, como el espacio. En vano iríamos adelante hasta perder de vista los miles de estrellas que tenemos ante nuestros ojos; otras nuevas se presentarían, y a cualquiera de ellas que nos dirigiésemos hallaríamos ser un sol rodeado de mundos, en muchos de los cuales existirán, sin duda, seres infinitamente más perfectos que lo somos nosotros, vanidosos habitantes de este insignificante planeta, que hemos llegado hasta rebajar a Dios convirtiéndole en uno de ellos. En vano continuaríamos nuestra marcha; en cualquiera dirección que tomásemos, mientras unos soles se perdiesen a nuestra vista, otros se presentarían, haciéndonos parecer que siempre nos hallábamos en medio de una esfera tachonada de estrellas, como nos parece en nuestro mundo; en vano volaríamos durante toda la eternidad; nunca llegaríamos al fin, porque la creación no tiene fin.

Ante esa creación sin límites, ante ese Universo

infinito, tan diferente del que suponía ser, la sementera y el trigo desaparecen por un momento de la imaginación de nuestro paisano, porque, por primera vez en su vida, comprende lo que quiere decir esa palabra que está en boca de todos, y que tan pocos comprenden: «Dios».

Preguntaréis cómo probamos que lo que decimos es cierto, porque bien se os alcanza que no puede haber ferrocarril ni telégrafo al Sol, ni menos volar por el espacio sin fin, como lo acabamos de hacer. Nuestro amigo, el que nos llevó en su máquina voladora, os contestará, aunque no es amigo, sino amiga, porque en esto, como en todo, el único desinteresado y verdadero amigo que puede tener el hombre es la mujer; pues bien: esta amiga es «la Ciencia». La máquina voladora es el telescopio, que dirigiéndole a diferentes partes del espacio, nos enseña todo cuanto nosotros os hemos enseñado, porque vosotros sois el paisano que creía llegar al Sol en veinticuatro horas de ferrocarril, y el aparato que la ciencia puso ante nuestros ojos para poder distinguir claramente los objetos, son los mil instrumentos que nos muestran ser cierto lo que el telescopio nos dice por medio del sentido de la vista.

## II

Mientras tuvo bastante poder para hacerlo, la santa madre Iglesia romana encerraba en calabozos, y daba tormento, y hasta quemaba vivos a los que decían que había más mundo que el nuestro; pero, al fin, los gobiernos prohibieron el que se quemara a los hombres por decir la verdad.

No pudiendo ya negar los doctores de la Iglesia lo que los ojos de los hombres ven, aseguran



que, si bien los planetas son otros mundos como este en que vivimos, no pueden estar habitados, porque en los que están más cerca del Sol que nosotros morirían los hombres de calor, y en los que se hallan más lejos morirían de frío; es decir, que la Naturaleza, que nos formó de manera que podamos vivir a la distancia que nos hallamos del Sol, no puede igualmente haber producido sobre los demás mundos, hombres diferentes de nosotros y a propósito para vivir a cualquier distancia y bajo cualquier género de condiciones.

El que nosotros no podamos vivir en los otros mundos no es más que una prueba de nuestra imperfección; y sin salir de nuestra Tierra encontramos sitios en los que moriríamos, como, por ejemplo, en el mar, lo que no impide que el mar esté lleno de seres vivientes. Es decir, que esos mundos, de los que distinguimos con toda claridad las montañas, los mares, las nubes, etcétera, están deshabitados; y que los miles de millones de mundos que giran alrededor de las estrellas están desiertos; y que en toda la infinita creación no hay más que nuestro insignificante planeta, en el que existan seres racionales.

A la pregunta de cómo es posible que Dios haya formado tan infinito número de soles y mundos sin uso alguno, nos contestan que su objeto es alumbrar la Tierra. Es decir, que el planeta Júpiter, que él sólo equivale a mil doscientas Tierras, ha sido formado con el objeto de que le veamos como una estrella más, que es lo que a la simple vista parece; porque en cuanto a alumbrar, aunque se suprimiese a Júpiter y cien más como él, no se notaría diferencia alguna en la poca luz que nos dan todas las estrellas. Es decir, que los millones de estrellas que no sólo no se distinguen a simple vista, sino ni aun con los

más fuertes telescopios, así como los infinitos millones de soles y mundos que jamás podrán alcanzar a distinguir nuestros instrumentos, son hechos para alumbrarnos.

Preguntaréis por qué los doctores de la Iglesia, que no tienen pelo de bobos, aseguran semejante barbaridad, pues no de otra manera puede esto calificarse. Lo sostienen, porque no les queda otro remedio; porque si confiesan la verdad, tienen que confesar que las Sagradas Escrituras, lejos de estar compuestas por inspiración de Dios, fueron escritas por hombres que nada sabían de ciencias físicas, y que han hecho decir a su Dios en ellas disparates por cientos; porque en las Escrituras nos cuentan que Dios dijo que nos había hecho a nosotros a su imagen y semejanza, y si los otros mundos están habitados, los hombres de ellos no pueden ser iguales a nosotros; luego no es creíble que nuestra forma sea la de Dios más que la de los hombres de otros mundos; luego no hay tal imagen ni tal semejanza; luego su Dios ha dicho una mentira.

Del mismo modo se ven obligados a sostener que todos los astros han sido hechos para nosotros, aun los que no vemos, porque en las Sagradas Escrituras nos cuentan que Dios dijo que habían sido formados expresamente para alumbrarnos y para señalar los años, y las estaciones, y los días y las horas; en una palabra, su Dios dice en las Escrituras que todos los infinitos millones de soles y mundos fueron fabricados nada más que con el objeto de que podamos nosotros saber qué hora es.

Omitimos reflexiones. Al lado de tal aserto todo cuanto dijésemos resultaría pálido.

# EL UNIVERSO SEGUN LAS ESCRITURAS

## PRIMERA PARTE

*Creación del Universo, según las Sagradas Escrituras. — Errores evidentes que demuestran que la Biblia no fué escrita por inspiración de Dios.—Insignificancia palpable de nuestro mundo, el cual no es más que uno de los infinitos millones de mundos.*

Copiamos literalmente cómo la Biblia, o sean las Sagradas Escrituras cristianas, refieren la creación del Universo. Las palabras son las mismas usadas por el reverendo padre Scio en su traducción al castellano de dichas Sagradas Escrituras, traducción aprobada y recomendada por el Papa Pio VI y que es la única admitida como buena por los sacerdotes de la Iglesia católica apostólica romana en España:

## EL GENESIS

### CAPITULO PRIMERO

1 En el principio crió Dios el cielo y la tierra.

2 Y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo; y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.

3. Y dijo Dios: Sea hecha la luz. Y fué hecha la luz.
4. Y vió la luz, que era buena. Y separó a la luz de las tinieblas.
5. Y llamó a la luz día y a las tinieblas noche: y fué la tarde y la mañana un día.
6. Dijo también Dios: Sea hecho el firmamento en medio de las aguas: y divididas aguas de aguas.
7. E hizo Dios el firmamento, y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y fué hecho así.
8. Y llamó Dios al firmamento cielo: y fué la tarde y la mañana el día segundo.
9. Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo del cielo en un lugar y descúbrase la seca. Y fué hecho así.
10. Y llamó Dios a la seca, tierra, y a las congregaciones de las aguas llamó mares. Y vió Dios que era bueno.
11. Y dijo: Produzca la tierra hierba verde, y que hace simiente, y árbol de fruta que dé fruto según su género, cuya simiente esté en el mismo sobre la tierra. Y fué hecho así.
12. Y produjo la tierra hierba verde, y que hace simiente según su género, y arbol que da fruto, y que cada una tiene su simiente según su especie. Y vió Dios que era bueno.
13. Y fué la tarde y la mañana el día tercero.
14. Dijo también Dios: Sean hechas lumbreras en el firmamento del cielo, y separen el día y la noche, y sean para señales, y tiempos, y días, y años.
15. Para que luzcan en el firmamento del cielo y alumbren la tierra. Y fué hecho así.
16, E hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que presidiese al día, y la lumbrera menor para que presidiese a la noche; y las estrellas.



17. Y púsolas en el firmamento del cielo para que luciesen sobre la tierra.
18. Y para que presidiesen al día y a la noche y separasen la luz y las tinieblas. Y vió Dios que era bueno.
19. Y fué la tarde y la mañana el día cuarto.
20. Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptil de ánima viviente, y ave que vuele sobre la tierra debajo del firmamento del cielo.
21. Y crió Dios las grandes ballenas y toda ánima que vive y se mueve, que produjeron las aguas según sus especies, y toda ave que vuela según su género. Y vió Dios que era bueno.
22. Y las bendijo, diciendo: Creced y multiplicaos, y henchid las aguas del mar: y las aves multiplíquense sobre la tierra.
23. Y fué la tarde y la mañana el día quinto.
24. Dijo también Dios: Produzca la tierra ánima viviente en su género, bestias y reptiles, y animales de la tierra según sus especies. Y fué hecho así.
25. E hizo Dios los animales de la tierra según sus especies, y las bestias, y todo reptil de la tierra. Y vió Dios que era bueno.
26. Y dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza: y tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra.
27. Y crió Dios al hombre a su imagen: a imagen de Dios lo crió: macho y hembra los crió.
28. Y bendíjolos Dios, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sojuzgadla, y tened señorío sobre los peces de la mar, y sobre

las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra.

29. Y dijo Dios: Ved que os he dado toda hierba que produce simiente sobre la tierra, y todos los árboles, que tienen en sí mismos la simiente de su género, para que os sirvan de alimento.

30. Y a todos los animales de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todos los que se mueven sobre la tierra, y en los que hay ánima viviente, para que tengan que comer. Y fué hecho así.

31. Y vió Dios todas las cosas que había hecho, y eran muy buenas. Y fué la tarde y la mañana el día sexto.

CAPÍTULO II

1. Fueron, pues, acabados los Cielos y la Tierra y todo el ornamento de ellos.

2. Y acabó Dios el día séptimo de su obra, que había hecho: y reposó el día séptimo de toda la obra que había hecho, etc., etc.

Dejemos descansar a este Dios que se cansa, el día séptimo, octavo, noveno, etc., y examinemos un poco qué especie de creación es la que nos cuentan que declaró Dios mismo ser la verdadera.

Desde luego que Dios creó el Cielo y la Tierra o mejor dicho, la materia de que debía formar el Cielo y la Tierra (puesto que todavía no existía ni una cosa ni otra), *en el principio*, es decir, desde la eternidad, lo que demuestra que Moisés, por muy ignorante que fuese en ciencias, tenía bastante sentido común para comprender que, no teniendo principio Dios, no podía tampoco tener principio la materia de que está formado el



Universo, contrario a lo que dice la Iglesia romana, de que Dios creó el mundo *de la nada* cuatro mil años antes de Jesucristo. De lo cual forzosamente vendría a resultar que algunos de los monumentos que existen en Egipto desde hace más de seis mil años, fueron fabricados antes de la creación del mundo.

Si lo que las Escrituras nos cuentan es verdad, es una cosa clara que su Dios no formó antes el Universo, porque no supo por dónde empezar. Su Dios, hemos dicho, se hallaba provisto de materiales; pero el que tengamos ladrillos y cal no quiere decir que tengamos una casa; y de esto nos informa la Santa Biblia, asegurándonos que la Tierra, o mejor dicho, la materia antedicha (puesto que todavía no había Tierra), estaba *desnuda y vacía*. (Vers. 2). ¿Por qué estuvo ese Dios, desde la eternidad, sin fabricar su Universo? Porque entre la materia creada no había ninguna luminosa, y por lo tanto, Dios estaba a oscuras, según nos lo afirma la Santa Escritura, diciéndonos que *las tinieblas estaban sobre la haz del abismo*. (Vers. 2). Acaso se dirá que Dios no necesita luz para nada; sí, pero eso es Dios, lo cual es una cosa muy diferente del Dios de las Sagradas Escrituras, porque éste necesita no sólo de luz, sino de otras muchas cosas que necesitamos los mortales, como vamos a probarlo.

El espacio infinito, por el que viajamos en el capítulo anterior, está lleno de agua, según las Sagradas Escrituras, porque aquel Dios *era llevado sobre las aguas*. Esta es la traducción del padre Scio, pero más natural sería decir *entre las aguas*, lo cual estaría más conforme con lo que luego veremos. Resulta de aquí que el Dios de la Biblia no debería tener forma de hombre ni de paloma, sino de pez. Este Dios, en medio del

agua y la oscuridad, reflexionaba diciendo: «Necesito luz para trabajar, porque si no, puedo equivocarme; pero si empiezo por hacer el Sol, se va a apagar en medio del agua». En esta dificultad se hallaba desde la eternidad, cuando se le ocurre la idea de hacer la luz antes de hacer el Sol, y al efecto exclama: *Sea hecha la luz.* (Versículo 3). Y en el acto quedó iluminado aquel estanque inmenso.

Como, naturalmente, aquel Dios nunca había visto la luz, quedó agradablemente sorprendido del buen resultado de su mandato, y de eso nos informan las Sagradas Escrituras, diciendo así: *Y vió Dios que la luz era buena* (Vers. 4), que es precisamente lo mismo que nos parecería a nosotros si hubiésemos estado tanto tiempo a oscuras. Lo que no nos parece tan bien es lo que a continuación se dice de que *separó la luz de las tinieblas.* (Vers. 4). De esto se deduce que entonces se podía mezclar la luz y las tinieblas, cosa que hoy sería imposible, porque, estará más o menos claro, o más o menos oscuro, pero estar claro y oscuro al mismo tiempo, que es lo que resultaría de esta mezcla de luz y oscuridad, podría suceder en aquellos tiempos en que las culebras y las burras hablaban, según nos dice la Escritura; pero hoy es más difícil.

Algunos doctores de la Iglesia aseguran con mucha gravedad que separar la luz de las tinieblas quiere decir separar el día de la noche, lo cual no es así, pues el texto dice, del modo más terminante, que «creó la luz, la separó de las tinieblas y después fué que la llamó día». Para que los sabios doctores afirmasen la verdad, sería preciso que la Escritura dijese: creó la luz y la llamó día. La causa de esto es que Moisés era de los



que creían que había cuerpos que producían oscuridad, del mismo modo que otros producen luz; y que siendo la luz y las tinieblas dos cosas distintas, podían mezclarse como quien mezcla café con leche. De este mismo modo vemos a mucha gente imaginarse que el frío y el calor son dos cosas diferentes, siendo así que no existe el frío, sino más o menos calor.

Lo original es que, después de crear la luz y de tomarse el trabajo de separarla de las tinieblas, y a pesar de ver que era buena, la destruyó para formar la noche, o, como ha traducido el reverendo padre Scío, *la tarde* (Vers. 5) del primer día; porque claro está que, si no hubiese anochecido, no se habría acabado el día, y la única manera de anochecer era destruyendo nuevamente la luz. Doctor de la Iglesia ha habido que se ha vuelto loco tratando de explicar qué especie de luz era aquella que no venía ni del sol ni de las estrellas, y qué especie de días y noches no podían ser como los de ahora. Otra cosa ocurre, y es que no habiendo ni hombres, ni animales, ni plantas, ni nada que necesitase dormir, es claro que Dios hizo aquella primera noche para dormir él. Resumen: el trabajo del primer día consistió en crear la luz, separarla de las tinieblas, ver que era buena y destruirla, quedándose aquel Dios lo mismo que si no hubiera hecho nada.

Después de dormir tiempo suficiente, creó por segunda vez la luz. Esto no nos lo dice la Escritura, pero tampoco se necesita, puesto que si no la hubiera creado de nuevo no habría aclarado, y por lo tanto no habría empezado el segundo día, durante el cual hizo el firmamento *en medio de las aguas* (Vers. 6), y *dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre*

*el firmamento* (Vers. 7). De esto resulta que la traducción del padre Scío, diciendo que su Dios iba *sobre las aguas*, no es la verdadera; de lo contrario no nos habría metido a todos debajo del agua; pues, según las Sagradas Escrituras, lo que tenemos sobre nuestras cabezas no es el espacio sin fin, sino un firmamento bien firme y sólido que sostiene sobre sí una infinita cantidad de agua; y ahora comprendemos cómo era posible la manera como nos refiere el diluvio la Santa Escritura, que fué dejando correr las fuentes o grifos del Cielo sobre la Tierra, la cual, como era plana y estaba tapada con el firmamento, se fué llenando como quien llena una botella. Con la confección de esta cueva hecha dentro del agua, se dió el Dios de Moisés por satisfecho, y, apagando nuevamente la luz, dió fin el día segundo.

Llegamos a la tercera creación de la luz, o sea al día tercero, durante cuyo transcurso el trabajo fué importante, consistiendo en separar, en el lodo que formaba el suelo de la cueva del mundo, el agua de la tierra, formando los mares y continentes; además creó la hierba, los árboles y, en general, toda la vegetación, concluyendo con esto el día tercero.

No deja de ser notable el que el Dios de Moisés, que con tanta minuciosidad nos refiere la creación de las plantas y animales, olvidase por completo explicarnos cómo formó las montañas; porque, naturalmente, el suelo de aquella cueva, que era barro líquido, sería tan plano como un mar. Se dirá que Moisés ignoraba que las montañas son levantamientos de la costra terrestre por efecto de las fuerzas del fuego y los gases interiores; pero entonces ¿en qué quedamos? ¿es Dios o es Moisés el que escribió la Biblia?

Por cuarta vez se levanta el Dios de las Santas Escrituras, y por cuarta vez crea la luz para ver lo que va a hacer. Natural parece que, a fuerza de encender y apagar la luz, habría ya adquirido la habilidad de crearla brillante del primer golpe, sin tener que clarificarla de las tinieblas, como le sucedió la primera vez; pero, sin embargo, con objeto sin duda de ahorrarse aquel trabajo, *hizo Dios dos grandes lumbreras* (Vers. 16), una para alumbrar el día y otra para alumbrar la noche o, lo que es lo mismo, el Sol y la Luna.



A lo que parece, aquel Dios creía que la Luna era una lumbrera como el Sol, porque ninguna diferencia nos dice existiese entre uno y otra, resultando así la Luna con luz propia, sin bien Dios se olvidó de decirnos por qué, si esto es así, crece y mengua, y cómo es que, si la hizo para alumbrarnos por la noche, no lo hace mas que unas cuantas noches al mes. (Ya hemos visto que los habitantes de la Luna tienen mucho más derecho a creer que nuestra Tierra fué hecha para alumbrarles a ellos).

Pasemos al versículo 17, que dice: *Y púsolas en el firmamento del cielo.* Veamos si tal cosa es posible.

Según las Sagradas Escrituras, la Tierra es plana; démosle, pues, gusto a la Santa Biblia haciéndola plana, lo cual no se puede efectuar sino de este modo: tomemos la naranja de que nos hemos servido para otras demostraciones, cortémosla por la mitad, saquemos la carne de una de las mitades, no dejando más que la cáscara, que quedará de la misma forma que el solideo con que se tapan la coronilla vuestros sacerdotes; tomad esta media naranja hueca y ajustadla a la otra media, de modo que parezca otra vez la naranja entera. Meted la naranja así preparada debajo de agua, y tendréis la representación exac-

ta de lo que el Dios de Moisés nos dice ser el Universo entero. La parte hueca de la naranja es la cueva en medio de las aguas, la cáscara hueca es el firmamento, y la parte llana de la naranja, que está debajo de la cáscara hueca, y que naturalmente resulta plana, representa la Tierra llana de la Santa Biblia.

Ya tenemos la imagen de la creación de las Escrituras; ahora se trata de colocar el Sol dentro del firmamento. Siendo el hueco de la bóveda del firmamento igual a media Tierra, del mismo modo que el hueco en la naranja es igual a media naranja, claro está que dentro del firmamento no cabría más que un sol del tamaño de la mitad de la Tierra, y no sólo no habría sitio para la Luna, sino que aquel sol llenaría el firmamento hasta el punto de aplastar y quemar todas las plantas que Dios había creado el día anterior. Pero eso no es lo peor, sino que el Sol no es del tamaño de la mitad de la Tierra, sino un millón doscientas mil y pico de veces mayor que la Tierra entera y, por consiguiente, más de dos millones de veces más grande que el hueco del firmamento. Querer, pues, colocarle dentro, sería lo mismo que si dentro de la media naranja hueca quisiéramos meter una casa. Pues Moisés lo hizo, o por lo menos así nos lo dice en sus Sagradas Escrituras. Después de esto, el cuento del toro que se metió por el cañón de la escopeta, es una cosa muy natural.

Parece que con esto habíamos llegado al colmo de los absurdos; pues os equivocáis, porque el Dios de las Escrituras, a quien tanto trabajo costaba fabricar la Tierra, que tenía que descansar, haciéndola a trozos, formó de un solo golpe todos los infinitos millones de soles y mundos del Universo, y de esto nos informan las Sagradas Escrituras, diciendo que «formó el Sol, la Luna y *las estrellas*» (Vers. 16), como si éstas últimas no tuviesen más importancia en el Universo, que la que en un gran edificio tendría una pequeña veleta.



A pesar de ser las estrellas en número infinito y de ser miles de veces mayores que nuestro Sol, Moisés no tuvo inconveniente en colocarlas también dentro de la bóveda del firmamento; pero ¿para qué cansaros más mostrándoos los mil disparates de que la Santa Biblia está llena? Más adelante tendremos que citarla nuevamente.

Si dijéramos que nuestra Tierra y nuestro Sol son en el Universo como una gota de agua en medio de los millones de millones de gotas que componen los cientos de miles de leguas cuadradas de nuestros profundos mares, o si dijéramos que son como el átomo de polvo, apenas visible, que revolotea en un rayo de sol entre los millones de millones de millones de átomos de polvo que componen el enorme globo de la Tierra, todo eso que dijéramos no podría daros la idea de la insignificancia de nuestro mundo y nuestro Sol respecto de la creación infinita; porque la gota siempre sería una de muchos millones de millones de gotas, el átomo de polvo sería uno de muchos millones de millones de millones de átomos; pero nuestra Tierra y nuestro Sol, con todas las demás Tierras que le rodean, no son ni aun eso, porque el número de mundos y soles no son muchos millones de millones, sino que es infinito número, es decir, que aun cuando eternamente vivieseis y eternamente contaseis, nunca llegaríais a contarlos todos.

Convenceos; no somos nada, absolutamente nada, y para este nada os quieren hacer creer vues-

tros sacerdotes, con sus disparatadas Escrituras, que Dios hizo el Universo sin fin. Pero, ¿qué decimos? Su Dios no lo hizo; lo que su Dios hizo fué una cosa tan ridícula y tan absurda como lo son todas las ceremonias de su culto.

## SEGUNDA PARTE

*Cómo la Iglesia oculta los errores de la Biblia, sustituyéndola con Historias Sagradas.—Inmenso interés de los sacerdotes en conservar a sus fieles en la ignorancia.—El palacio del Papa.—Por qué las Escrituras dicen desatinos. — Ignorancia de Moisés.—El telón del firmamento.—Los siete cielos.—Los siete días de la semana.—La lluvia, según los contemporáneos de Moisés.*

Los sacerdotes de la Iglesia comprendieron que una vez enterados los hombres de lo que real y verdaderamente es el Universo, si llegaban a leer la Biblia verían en ella todo cuanto vosotros acabáis de ver; pero al mismo tiempo no era posible privarles de toda noticia acerca de su Dios y de cómo formó el mundo y, por tanto, compusieron todas esas Historias Sagradas con las que enseñan a los muchachos y en las que se dice simplemente que *Dios creó el Universo en seis días.* De esta manera han salido de este mal paso; porque Universo se llama a lo que las Escrituras dicen hizo su Dios, y Universo se llama a lo que vemos ser el verdadero Universo; del mismo modo que República se llama a la República de Andorra, que es un pequeño valle, y República se llama a la República norteamericana, que es mayor que todas las naciones de Europa juntas.

En esas Historias Sagradas no se os dice que vuestro Dios hizo la luz antes que el Sol o las estrellas; no se os dice que la Tierra es plana y está inmóvil; no se os dice que estamos en un

cueva colocada debajo del agua; no se os dice que la Luna tiene luz propia como el Sol, ni que éste es más pequeño que la Tierra; no se os dice que vuestro Dios hizo otros hombres y otras mujeres antes de formar a Adán y a Eva; no se os dice que la manera que tuvo vuestro Dios de bendecir a los primeros hombres fué diciéndoles: *creced y multiplicaos* (Vers. 28), que es la bendición que conserva el pueblo de Israel, lo cual es muy diferente de lo que la Iglesia romana dice, de que es más agradable a su Dios ser cura o monja que casarse. En esas Historias Sagradas no se os dice eso ni una infinidad de otras cosas, porque si continuáis leyendo la Biblia, continuáis encontrando desatinos que en vano han tratado en España el Padre Scío y otros padres de hacer creíbles por medio de notas más disparatadas todavía que el texto, y que acaban de poner en ridículo a vuestro Dios.

Por eso a vuestros sacerdotes no les gusta que leáis la Biblia, porque si la leéis empezaréis a abrir los ojos y a comprender la verdad, y entonces los curas, que ganan diez, y veinte, y treinta mil reales por decir una misa por la mañana y enterarse de vidas ajenas en el confesonario, tendrían que dejar ese modo tan agradable de pasar la vida; y los canónigos, que ganan sus buenos miles por ir a dormir la siesta al coro de las catedrales, tendrían que despabilarse; y los obispos y arzobispos tendrían que dejar sus palacios y sus coches y sus miles y miles de duros de sueldo; y el Papa tendría que salir del palacio del Vaticano de Roma, palacio tan inmenso, que dentro de él hay museos enteros; palacio cuyos jardines, si quisierais recorrerlos a pie, os sería imposible hacerlo en un día entero, y tendríais que subir en uno de los magníficos



coches que usa el Papa para pasearse en ellos, como nosotros lo hemos visto por nuestros propios ojos.

Ese es el Sumo Pontífice que os dicen está prisionero, cuando en aquel enorme edificio no hay más guardias que sus propios guardias, con uniformes más ricos que los de nuestros capitanes generales, porque dentro de aquel palacio el Papa es dueño y señor absoluto.

Lejos de estar preso, el mayor placer del gobierno italiano sería verle salir de su palacio; pero no tengáis cuidado, que no lo hará, mientras no lo echen de él. ¿Sabéis cuántas habitaciones tiene ese edificio en que vive vuestro Papa? ¿Serán cincuenta, o llegarán acaso a ciento? De seguro que no pasarán de quinientas. No os canséis en adivinar, porque os quedaréis cortos; porque en aquel palacio, además de su inmensa biblioteca, la más rica del mundo en manuscritos, cuyo valor es incalculable; además de sus museos, cada uno de cuyos cuadros o estatuas vale millones; además de sus capillas, una sola de las cuales, llamada Sixtina, es mayor que muchas catedrales; además de los talleres, en los que se fabrican mosaicos que valen sumas prodigiosas; además de sus salones, en cada uno de los cuales caben mil personas; además, en fin, de toda esa inmensidad, el palacio Vaticano, en el que vive el Papa de la Iglesia de Roma, contiene cuatro mil cuatrocientas veintidós grandes habitaciones y seis mil quinientas ochenta y tres pequeñas, pero no tanto que no pueda caber una cama en la más pequeña de ellas. Total, más de once mil habitaciones.

Seguros estamos que no lo creeréis; pero si os mostrasen una escalera por la que con toda comodidad pueden subir una docena de personas

de frente; si después os llevasen a otra tan grande como la anterior, y luego a otra, y otra, hasta ocho, todas igualmente inmensas y magníficas, empezaríais a suponer que esas escaleras monstruosas no se han hecho para subir a cuartos de dormir; si después os cansaseis de recorrer escaleras más pequeñas, porque hay ciento noventa y seis; si os asomaseis a un patio en el que puede bailar la plaza de vuestro pueblo, y después a otro, y a otro, hasta veinte; si anduvieseis de habitación en habitación por horas enteras, hoy y mañana y al día siguiente, sin pasar dos veces por el mismo punto; si hicieseis todo eso, como lo hemos hecho nosotros, entonces quedaríais convencidos, como lo quedamos nosotros, de que aquel palacio es realmente el mayor del mundo.

Allí, los pintores más famosos que han existido no han pintado cuadros de una vara, ni de dos, sino las paredes y los techos de las habitaciones; ¿qué decimos habitaciones? ¿Habéis oído hablar de Rafael? Pues Rafael fué un pintor italiano, el más grande que jamás ha producido la Naturaleza. El Museo que posee un cuadro de él, se considera rico; una pintura de aquel gran maestro, aunque no sea más que de un palmo cuadrado, vale una fortuna de millones; pues en el palacio de vuestro Papa hay corredores cuyas paredes están pintadas por Rafael. La magnificencia de aquel edificio maravilloso es indescriptible; el valor de los tesoros que encierra no es de millones, ni de cientos de millones, sino de miles de millones. Repitamos las palabras de Jesús: *Los que tengan oídos, que oigan.* ¡Once mil habitaciones para un hombre solo, y tantos infelices que no tienen un techo que les guarezca; y este hombre es el que pretende ser el repre-



sentante de Cristo, que vivió de limosna y ordenó a sus apóstoles no tener bienes!

¿Y sabéis de dónde viene todo ese lujo, todo ese aparato, mayor que el de ningún rey? Pues no viene de los millones que le da el gobierno de Italia, porque con ellos no tendría el Santo Padre bastante para pagar a sus guardias y mantener sus caballos; viene de lo que vosotros, de lo que todos los millones de crédulos y engañados católicos pagáis; porque una parte de todo cuanto entregáis en las iglesias a vuestros curas se separa para mandarlo a Roma, para mantener esa magnificencia de que se ha rodeado a vuestro Papa para deslumbrar a los que en peregrinación van a postrarse ante él y a besarle, no las manos, sino los pies.

## II

Desde luego comprendéis que Dios no puede haber escrito tantos desatinos como hay en la Biblia, y naturalmente preguntáis:—¿Quién los escribió?—Los escribió Moisés.—¿Y quién es Moisés?—Moisés fué el fundador o inventor de vuestra religión y, como todos los fundadores o inventores de religiones, tuvo que empezar la suya por el principio, es decir, refiriéndonos de qué manera le había contado su Dios haber fabricado el mundo. Como las Sagradas Escrituras de las otras religiones os tienen a vosotros sin ningún cuidado, porque dais por seguro que son falsas, aunque no sabéis una palabra de ellas, nos evitáis el trabajo de demostraros que también las otras Escrituras disparatan. ¿Y por qué estaba Moisés tan equivocado? Porque aunque Moisés era considerado un sabio en aquellos tiempos, hoy cualquier muchacho que va al colegio sabe más

de la Tierra y del Sol que sabía él. Cuando Moisés escribió la Biblia, había tres opiniones acerca de cómo se había formado la Tierra. Unos decían que la materia primitiva había sido el fuego, otros el agua y otros el aire o los vapores, en lo cual todos los tres partidos se acercaban a la verdad, porque en la Tierra tenemos el fuego de los líquidos interiores, el agua de los mares, el aire de nuestra atmósfera y los vapores de las nubes. Moisés era partidario de que la materia primera había sido el agua, en lo cual se equivocó, como hemos visto.

En aquellos tiempos los hombres no tenían ni telescopios, ni el más pequeño anteojo, ni instrumentos de ninguna clase; y como Moisés no estaba más inspirado por Dios que cualquiera otro, le fué tan imposible como a los demás formarse la idea verdadera de lo que es el Universo, o sea la creación infinita. Moisés estaba persuadido de que el espacio sin fin y el color azul que refleja la atmósfera era una media naranja sólida, como la bóveda de una iglesia; que el Sol era algo mayor que una plaza de toros, que la Tierra no sólo estaba inmóvil, sino fija en una cosa sólida que no acababa nunca, porque entonces no se sabía nada de la fuerza de atracción; y, por consiguiente, para Moisés el espacio sin fin tenía arriba y abajo, y creía que, si no apoyaba la Tierra en alguna parte, se caería. Como veían que el Sol salía por el lado opuesto al que se ponía, imaginaban que había algún agujero por bajo tierra, como un túnel, por el que el Sol rodaba por la noche. Otros eran de opinión de que todas las tardes, al ponerse, se apagaba en el mar, y por la noche desandaba el camino sin que nadie lo viése, entrando en un mar de fuego o en un vol-



cán, en donde volvía a encenderse, saliendo nuevamente por la mañana.

¿Vosotros habréis oído hablar de los siete cielos? Pues ahora veréis su origen. Ya sabemos que los antiguos estaban persuadidos de que sobre nuestras cabezas teníamos un firmamento o bóveda, en la que Dios había pegado las estrellas como quien pega obleas, o como las pegamos nosotros para formar los cielos de los teatros. La vuelta que sobre sí misma da la Tierra cada veinticuatro horas, nos hace aparecer por la noche como si las estrellas fueran las que girasen a nuestro alrededor. Los antiguos se explicaban este aparente movimiento suponiendo que el firmamento era el que giraba; pero como éste descansaba sobre la Tierra, y con objeto de que al girar no se enterrase en ella y la cortase, creían que, a pesar de la gran fortaleza del firmamento, podía éste enrollarse como quien enrolla un telón; es decir, que la bóveda azul, con estrellas y todo, se envolvía del lado que parecía bajar y se desenrollaba del lado que parecía subir.

El Espíritu Santo, que, como ya hemos tenido ocasión de ver, no es muy fuerte en astronomía, nos dice de la manera más terminante que esto es así, según puede verse en las Sagradas Escrituras, en el *Apocalipsis* (Cap. VI, Vers. 14), asegurándonos que el cielo puede enrollarse *como quien enrolla un pergamino*. Con esto quedaba explicado lo que ellos creían ser movimiento de las estrellas; pero al mismo tiempo veían que la Luna se hallaba a veces cerca de unas estrellas y a veces cerca de otras, lo cual demostraba no hallarse pegada al firmamento; pues aun cuando se supusiera que resbalaba por él, podía tropezar con las estrellas y despegar alguna; luego, si esto era así, ¿cómo es que no se caía la Luna?

Después de mucho meditar, los sabios de aquellos tiempos decidieron que la Luna no se nos venía encima porque estaba sujeta a un cielo como el firmamento, con la diferencia de que, en lugar de ser azul era de cristal y, por lo tanto, invisible. En cuanto a la manera como se hallaba sujeta la Luna, unos decían que estaba pegada en su cielo como las estrellas en el suyo, siendo éste el que se movía; y otros, que resbalaba por encima del cristal. Habiendo provisto a la Luna de un cielo, se proveyó al Sol de otro; ya tenemos dos cielos.

Los planetas que se distinguen a simple vista son cinco, a saber: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Estos, en sus vueltas alrededor del Sol, los vemos ya en un punto, ya en otro. Los antiguos, pues, notaron cinco estrellas (que tales les parecían), cada una de las cuales se movía por su lado, y a cada una le adjudicaron su correspondiente cielo de cristal para que se agarrase a él, lo que parece indicar que tendrían uñas con puntas de diamante; de lo contrario, estarían siempre resbalándose. Resulta, pues, que la Tierra está colocada debajo de siete fanales de cristal, o sean los siete cielos, los cuales a su vez están cubiertos por la bóveda azul del firmamento. Afortunadamente, los ciento setenta y pico de planetas que hay entre Marte y Júpiter no se distinguen a simple vista; de lo contrario, nos habrían colocado encima otros tantos fanales más.

¿Sabéis cuál es el verdadero origen de los siete días de la semana? Pues el mismo que el de los siete cielos. Domingo viene de la palabra latina ***dominus***, o señor, o sea día del Sol, como todavía se llama en algunos idiomas. (En inglés el domingo se llama ***sunday; sun***, sol; *day*, día). De aquí, el domingo. Del mismo modo con los restan-



tes días de la semana: lunes, día de la Luna; martes, día del planeta Marte; miércoles, día del planeta Mercurio, jueves, día del planeta Júpiter o Jove, que también así se llama; viernes, día del planeta Venus, y sábado, día del planeta Saturno. La semana existía miles de años antes de nacer Moisés, y al escribir éste la Santa Biblia se le ocurrió darle un origen divino, haciendo que su Dios trabajase seis días y descansase uno. Otras religiones, en las que no se dice una palabra de que Dios trabajase tantos ni cuantos días, tienen la semana al igual que la nuestra.

La creencia en que estaba Moisés de que todo era agua, es la razón por la que no quiso que su Dios empezase por hacer el Sol, como parecía natural; pues aun cuando le hubiese fabricado fuera del agua, al meterle en la bóveda o, como dice la Biblia, *firmamento*, como éste se hallaba sumergido, al tiempo de entrar el Sol se habría entrado el agua, y, además, el Sol se abría apagado al atravesar toda el agua que había sobre el firmamento.

Os diremos de qué manera se explicaba entonces la lluvia. Hoy la ciencia nos muestra que las lluvias provienen de vapores que el calor del Sol levanta invisiblemente de los mares. Esto, aunque no se ve, tenemos instrumentos que nos lo enseñan tan claro como un reloj marca la hora, midiendo la cantidad de humedad de la atmósfera. Estos vapores, al llegar a cierta altura, los condensa el frío, que es cada vez más fuerte según nos elevamos sobre la tierra, siendo esta la razón por la que dura tanto la nieve en las montañas. Una vez condensados o hechos más espesos los vapores, los vemos, y eso es lo que llamamos las nubes. Estas nubes las lleva el viento a todas partes, y caen luego en forma de lluvia. Si el

agua no es salada, como lo es el agua del mar, es porque al evaporarse se separa de la sal. Esta experiencia podéis hacerla cociendo agua de mar en una cazuela, hasta que toda se evapore, y entonces veréis que la sal ha quedado en la cazuela.

En tiempo de Moisés se figuraban que Dios, que estaba del otro lado de la bóveda, metido en otra bóveda para no mojarse, abría unas compuertas y soltaba el agua sobre la tierra; pero que, como la bóveda era sumamente alta, el agua se convertía en nubes antes de que llegara abajo, que es lo que ellos veían suceder cuando un chorro de agua, como por ejemplo un torrente en las montañas, cae de una gran altura; cuando acontece que una parte del agua se evapora formando una nube de la que se desprende humedad bajo la forma de lluvia fina. Se dirá que esto se halla en contradicción con la creencia de los siete cielos de cristal, pero no es así; porque, según los contemporáneos de Moisés, aquel cristal era diferente del que fabricamos nosotros, y dejaba que el agua se filtrase, como se filtra a través de las piedras de destilar, ayudando de este modo a que la lluvia se extendiese sobre mayor espacio de terreno. Además, los cielos cristalinos tenían otro uso muy importante, y que prueba la sabiduría del Dios de Moisés. Cuando aquel Dios abría las compuertas del firmamento, junto con las aguas se escapaban peces, los cuales iban a dar contra el cristal del último cielo, y, resbalando sobre él, caían en alguno de los mares de que se creía estaba rodeada la Tierra, evitando así el que, de cuando en cuando, le cayese a alguien un tiburón o una ballena encima del paraguas.

Moisés podía haber dicho que su Dios fabricó la bóveda en la obscuridad, y formó después el



Sol dentro de ella; pero, como la idea que Moisés tenía de Dios era la de un Dios-Hombre que hablaba, que dormía, que se cansaba, etc., y como los hombres no trabajan a obscuras, por eso hizo que su Dios fabricase una luz especial con la que se alumbró hasta el cuarto día, en el que por fin formó el Sol y las estrellas.

# LA BIBLIA Y LA IGLESIA

*Pretensión de los sacerdotes de que, aunque las Escrituras no sean divinas, la religión católica es verdadera. — De cómo esto es un desatino.—La Biblia, única base sobre la que pueden apoyarse las Iglesias cristianas.—Quién fué Jesús.—El verdadero infierno y el purgatorio.*

No ha faltado reverendo padre que, no pudiendo negar los evidentes disparates de la Biblia, ha llegado hasta decir que, aunque las Escrituras no sean inspiradas por Dios, la religión cristiana es, sin embargo, la verdadera.

Este es un desatino mayor que todos los de Moisés, y os lo probaremos de este modo. Imaginaos que vivís en una casa que tiene dos pisos, y que un arquitecto la reconoce y os dice que el primer piso está ruinoso y se va a caer, y que vosotros contestáis: «No importa que se caiga el primer piso, porque nosotros vivimos en el segundo». Pues bien: la Biblia es el cimiento y el primer piso de las Iglesias cristianas; si aquélla se cae, todas van al suelo. Si las Escrituras Sagradas dicen mentiras, y son inspiradas por un Dios, aquel Dios es un embustero; y si no son divinas, todos los prodigios que se cuentan en ellas son falsos, porque Dios no se va a hacer cómplice de las mentiras de Moisés, autorizándole para hacer milagros y engañar así a los hombres.

Os pondremos otro ejemplo. Figuraos que un paisano vuestro, que en su vida ha estado a más de cinco leguas de su pueblo, ni jamás ha visto



el mar, os cuenta que ha ido a América, refiriéndoos mil pormenores del viaje y de lo que le pasó en él. Vosotros no le hacéis maldito el caso, porque, por más detalles que dé, sabéis perfectamente que ni ha estado en América ni ha visto el mar. Notando él que no lo creéis, viene al día siguiente con otro individuo que asegura que lo que vuestro paisano dice es verdad; pero como vosotros sabéis que no hay tal viaje, tenéis que suponer una de dos: o que vuestro paisano ha engañado a la otra persona, haciéndole creer que hizo aquel viaje, o que es otro embustero como él. Pues si las Sagradas Escrituras no son divinas, y a pesar de eso la religión cristiana es la verdadera, resulta lo siguiente: Que Moisés es vuestro paisano, que el viaje a América son los desatinos de la Biblia, que los detalles y pormenores del viaje son los milagros que él mismo nos cuenta que hizo, y que el individuo que aseguraba ser cierto lo que vuestro paisano decía, es el Dios de la Escritura, y la manera como lo aseguraba era dejando a Moisés hacer los milagros. Ahora a vuestra elección queda el suponer si Moisés había engañado a su Dios, o si éste era otro embustero, ignorante como Moisés.

Acaso diréis que Moisés no es Jesucristo, y Jesucristo era Dios. Sentimos quitaros esta última ilusión, porque Jesucristo siempre afirmó que las Escrituras Sagradas eran divinas, y que el Dios de Israel, que era el Dios de Moisés, era el verdadero; y si Jesús hubiese sido Dios, habría empezado por decirnos que Moisés se había equivocado. Jesús no sabía más de lo que sabía Moisés, y creía también que la atmósfera era una bóveda sólida, y que las estrellas eran unas pequeñas luces que podían caerse sobre la Tierra, según él mismo lo aseguró. Hay más. El Dios de

la Iglesia cristiana es el mismo Dios de Moisés, o sea el Dios de vuestras Sagradas Escrituras; y, según vuestra creencia, Jesús no era un hombre sino ese mismo Dios, que tomó forma humana; de suerte que si la Biblia está escrita por inspiración divina y Jesucristo era Dios, resulta éste responsable de las mentiras de las Escrituras.

—¿Luego Jesucristo no puede ser Dios?

—Precisamente, Jesucristo no sólo fué la bondad y la caridad mismas, sino también un hombre de grandísima y clara inteligencia, que en aquellos tiempos bárbaros se elevó a la concepción de la verdadera idea de Dios infinito, diciéndonos que a Dios no se le honra con templos, ni con ayunos, ni con ceremonia alguna, sino que la única manera de adorarle es HACIENDO BUENAS OBRAS. Jesucristo fué un hombre admirable, a quien todos debemos, no sólo respetar, sino tomar por modelo, porque fué tan perfecto como puede serlo un hombre. Pero no por eso debemos adorarle, porque un hombre no debe de adorar a otro. Jesús no fué crucificado por decir que era Dios; Jesucristo no dijo tal cosa, por más que os aseguren lo contrario. Jesucristo quiso suprimir los sacerdotes, porque para dirigirse a Dios, ningún hombre necesita de otro, como nadie necesita de otro que coma por él, ni tampoco para elevar el alma a Dios son necesarias reglas, ceremonias y palabras aprendidas de memoria; por eso los sacerdotes judíos, a quienes semejantes doctrinas iban a arruinar, le hicieron perecer.

—¿De suerte que todos esos milagros que nos cuentan no son ciertos?—Los milagros de la religión cristiana no son más ciertos que los de cualquiera otra religión, porque todas las religiones los tienen por cientos y miles. Los milagros de Moisés y los profetas judíos, así como los de



Jesús y los santos, no han existido más que en la imaginación de los que escribieron la Biblia y las vidas de los santos, así como las aventuras de Don Quijote no existieron más que en la imaginación de su autor, Miguel de Cervantes. En otra parte de este libro os damos un ejemplo de cómo se escriben las vidas de los santos.

—Entonces, lo que nos dicen nuestros curas del infierno y del purgatorio ¿no es verdad?—No hay tal infierno ni tal purgatorio.

—Entonces ¿podremos hacer lo que nos dé la gana?—Perfectamente. Pero será bueno que esa gana no sea la de tomar algunas pesetas que encontréis en otro bolsillo que no sea el vuestro, ni hacer que se equivoque el buey de vuestro vecino entrando en vuestra cuadra; porque, si robáis, se os presentarán con toda seguridad dos agentes del diablo, bajo la forma de una pareja de la guardia civil, que meterá no sólo vuestra alma, sino también vuestro cuerpo, en el limbo de la cárcel, y después seréis llevados ante la Santísima Trinidad bajo la forma del juez, el fiscal y el escribano, quienes os arrojarán al infierno del presidio por una docena de años, en donde os atormentarán con una cadena al pie, haciéndoos trabajar desde la mañana hasta la noche. Ni tampoco os dé la gana de hacer agujeros en el cuerpo de otra persona, ni querer averiguar lo que tiene dentro de la cabeza con un garrote; porque si matáis, no iréis al infierno, sino que os subirán a un tablado, y allí se os aparecerá Satanás en persona bajo la forma de verdugo, el cual os meterá el cuello en el collar de hierro, apretándolo de tal suerte que ya no serviréis más que para que os lleven al cementerio a hacer compañía al que despachasteis para allá. Que no os dé la gana.

en fin, de hacer daño alguno al prójimo, porque sin necesidad de diablo, ni de infierno, ni de purgatorio, os arrepentiréis de ello cuando sea demasiado tarde. Y tú, si eres mujer, no faltes a la fe que, tu mano en la de él, y de tu propia voluntad, a tu esposo prometiste; porque si tal hicieres, no irás después de muerta a ningún infierno, bajo tierra, ni serás aherrojada en un presidio, ni subirás a ningún cadalso; pero sufrirás mil veces más que todas esas penas te harían sufrir, porque todos te despreciarán con razón, porque tus hijos, los pedazos de tus entrañas que quieres más que a tí misma, te maldecirán; porque tus inocentes hijas se avergonzarán de llamarte madre. ¡Cuántas hemos conocido que, sin titubear un momento, se hubieran arrojado en vuestro infierno si con eso hubiesen podido lavar la mancha infamante que con su conducta estamparon en las frentes de sus hijos! Pasemos ahora a examinar cómo se formaron las Iglesias llamadas cristianas, y en particular la católica apostólica y romana que, como veréis, no tiene ningún parecido con las doctrinas que predicó Jesucristo.

# MILAGROS

*Qué es un milagro.—La cacería del emperador de Rusia.—Inutilidad de los milagros si se hallan en contra de la razón.—La tumba milagrosa mahometana y la familia católica.*

## I

Un milagro es una alteración de las leyes de la Naturaleza, cosa que no le es posible producir a ningún hombre.

Se nos dice que Dios lo hace con objeto de convencer a los hombres de algo en que, sin esto, no creerían; pero natural parece que, ya que Dios apela a medios prodigiosos y sobrenaturales, y si es Todopoderoso y desea de buena fe persuadir a los hombres de alguna cosa, lo hiciese sin necesidad de milagro intermedio: por ejemplo, en lugar de hacer el milagro de que viese el ciego, hiciera el de que todos creyeran sin necesidad de él y por el simple efecto de la voluntad omnipotente.

Imaginémonos que entramos en un café, y que en una mesa inmediata oimos a un desconocido referir ante varias personas que, hallándose en San Petersburgo, se presentó una mañana en su casa el emperador de Rusia a invitarle a una cacería en un punto, para llegar al cual tenían que tomar el tren a una hora fija; pero que, en lugar de salir directamente para la estación, el emperador insistió en que primero habían de ir a

su palacio para montar allí en un coche que los conduciría al ferrocarril, en cuya operación perdieron tanto tiempo, que cuando llegaron había partido el tren, razón por la cual no pudo asistir a la cacería. Esto nos hace suponer o que el emperador de Rusia es tonto, que pudiendo haber ido desde luego en su coche, no lo hizo; o que es un pillo que, bajo el pretexto de ir a buscarlo se burló de su convidado; o que no tiene poder ni dinero bastante para hacer que se ponga un tren extraordinario; o que el tonto, el pillo, y además embustero, es el individuo que cuenta tales majaderías. El desconocido es uno de los muchos escritores de milagros; las personas que le escuchan y creen que aquello es cierto, los creyentes en los milagros de las diversas religiones; el emperador de Rusia representa uno de esos dioses milagrosos; la invitación a la cacería es la invitación a que creamos en él; el tiempo perdido en ir al palacio a buscar el coche, y que nos hace perder la cacería, no siéndole posible mandar poner otro tren, es la imposibilidad en que cada Dios de esos se halla de convencer a todos los hombres de que él es el único y verdadero Dios. Ahora bien; podéis elegir entre creer que vuestro Dios milagroso es tonto, pillo o impotente, o que los escritores de milagros son, además de todo esto, unos embusteros de primera fuerza. Además de ser los milagros contrarios a la omnipotencia de Dios, no debe ocultárseles a esos dioses que los milagros no son creídos sino de aquellos que no los ven; de lo contrario, que se nos diga cuántos de los propios testigos de los milagros que se nos cuentan de Jesús creyeron que fuesen ciertos, y cuántos creen hoy nada más que por verlos escritos en un libro y oir afirmar a un cura que aquello es verdad.



No faltan personas que aseguran haber presenciado milagros; pero nosotros hemos tenido curiosidad de hacer viajes a sitios en los que diariamente ocurren prodigios, y a pesar de haber permanecido en dichos puntos por días y días, nos ha sido imposible presenciar milagro de ninguna especie, si bien no podemos menos de referir el hecho de una señora baldada que, en Nuestra Señora de Lourdes, al salir de la piscina, aseguraba hallarse completamente curada, pero a quien, sin embargo, no le era posible dar un solo paso, teniendo que volver arrastrada en la misma silla en que había venido. En estos lugares milagrosos sucede siempre que los que allí residen se burlan de ellos, y sólo encontramos creyentes según nos vamos alejando; de lo que resulta que un milagro es tanto más creído cuanto más lejos se halla el sitio en que tuvo lugar y más tiempo hace que ocurrió.

## II

Si un individuo se presentase diciéndonos ser Dios, y en apoyo de su aserto hiciese prodigios sobre los que ninguna duda pudiese caber, como por ejemplo, el que a su orden se obscureciesen o se alumbrasen los astros, no dejaríamos de creer por un momento en su divinidad. Empero si este mismo individuo nos asegurase que uno y uno son tres, dudaríamos de ello.

En efecto, ¿qué es lo que nos haría suponer que aquel ser era Dios? La razón: ésta nos diría que quien así dispone del Universo tiene que ser su jefe. ¿Qué es lo que nos haría dudar que uno y uno son tres? La razón: ésta nos diría que, si añadimos uno a uno, el resultado no puede ser el mismo que si añadiésemos uno a dos,

El único medio de que este problema nos pareciese cierto sería demostrándonos su exactitud, ya sea modificando nuestra inteligencia, ya de cualquier otro modo que diese por resultado su comprensión. Es evidente, por lo tanto, que los milagros son inútiles para convencer a nuestra razón de lo que se halla en pugna con ella.

Se nos contestará que habría muchos que creerían, puesto que cientos de millones de seres que se dicen racionales creen en absurdos parecidos, aun sin haber visto milagro alguno y sobre el simple dicho de otros hombres, de lo que resulta que lo que les hace creer no son los milagros, sino el dicho de los otros. No lo negamos. Pero tampoco se nos negará que habría otros que no creerían, y bastaría que un hombre dudase de buena fe para que el dicho de aquel Dios no fuese completo, porque en las cosas divinas no caben excepciones. Un Dios semejante se vería obligado a estar haciendo prodigios continuamente, pues desde el momento que se presentó ante una generación a fin de hacerlos creer, tenía, para ser justo, que hacer nuevos prodigios ante las generaciones siguientes; de lo contrario no podría culpar a ningún hombre de que, usando de la inteligencia por él concedida, dudase de maravillas que no tenían otro fundamento que la palabra de otros hombres, lo cual no será nunca bastante de por sí para convencer a la razón de lo que, a su juicio, es evidentemente absurdo. ¿No parece, pues, natural, que si alguna de las religiones que se dicen reveladas fuese la verdadera, Dios la habría hecho tan clara y terminante como el que uno y uno son dos, de modo que no fuese posible la duda a ningún ser humano?

Los milagros no son particularidad del cristianismo, sino que los tienen todas las religiones,



y no hay ninguno, por disparatado e inútil que sea, que no haya encontrado sus creyentes. Así vemos en la historia de la Humanidad creer en lo que hoy nos parece ridículo; pero, sin embargo, por miles de años constituyeron aquellas ridiculeces las religiones de civilizaciones tan adelantadas como la egipcia, la griega y la romana. ¿Durará la trinidad cristiana tanto como duró la trinidad egipcia, o la divinidad de Jesús tanto como la de Júpiter? Hoy mismo se hallan los hombres divididos en numerosas religiones, y si en algo vemos claramente confirmado lo de la paja en el ojo ajeno, es en la cuestión de milagros. Al efecto citaremos lo que a nosotros nos ocurrió viajando por Tierra Santa, donde viven mezclados y practican públicamente su religión cristianos y musulmanes. Visitábamos una de las varias tumbas mahometanas milagrosas, cuando entró una familia irlandesa, católica, que viajaba también por el país que Jesús ha hecho para siempre memorable. El guía que les acompañaba les informó de que los ex votos que cubrían las paredes habían sido regalados por fieles musulmanes que quedaron milagrosamente curados con sólo tocar el sepulcro del santo hombre mahometano. A esto los irlandeses sonreían incrédulamente, maravillándose de la candidez de aquellas pobres gentes. La madre argüía que sin duda se habían curado por medios naturales; el padre se inclinaba a que todo aquello eran engaños de los sacerdotes musulmanes, a quienes calificaba de tunantes, mientras que una de las hijas advirtió que ella había leído que el diablo solía hacer cosas que parecían milagros, para engañar a los fieles.

Después de escuchar sus opiniones nos permitimos observar que acaso Dios, que es infinitamente bueno y justo, hacía, en efecto, aquellas

curas milagrosas, pues para El no debía ser de gran importancia el que las ceremonias del culto fuesen estas o aquellas, siempre que se guardasen sus mandamientos, cosa que los mahometanos hacen al igual de los cristianos. A tales blasfemias, que no menos debieron parecer nuestras razones a aquella buena familia, nos respondieron unánimemente que era imposible. Entonces nosotros pusimos en duda las curas atribuídas a la eficacia de una imagen milagrosa venerada en un convento cristiano, cerca de aquella población; pero a su vez fueron inútiles las razones de que pudieron haber sanado por medios naturales, ni mucho menos el que fuese engaño de los reverendos frailes para atraer gente y limosnas a su convento. Excusamos decir que no nos atrevimos a insinuar que el diablo podía tener alguna mano en el asunto, pues probablemente nos habrían tomado por el mismísimo Satanás.

Esta anécdota nos demuestra prácticamente que cada uno examina a la luz de su razón los milagros de las religiones que no son la suya, admirándose de que haya quien crea en ellos, sin observar que, si aplicase el mismo análisis a la propia, encontraría que sus prodigios no se apoyan en fundamentos más sólidos. El resultado lógico de esta pluralidad de milagros contradictorios es el de anularse recíprocamente.

# MILAGROS ATRIBUIDOS A JESUS

*Documentos sobre los que se apoyan los milagros de Jesús.—Los Evangelios y los evangelistas.—Ignorancia que reina acerca de ellos.—Las Escrituras y el método usado por los que las compusieron.*

## I

Es evidente que mientras la razón humana no cambie, no hay otro medio de que un hombre persuada a los demás de que es un ser sobrenatural, más que haciendo cosas sobrenaturales; y siendo, pues, indispensables los milagros, preciso es que no pueda caber duda alguna acerca de ellos; y para que esto suceda es necesario que las autoridades sobre las que reposen se hallen conformes en un todo. Si, por ejemplo, los datos que constituyen la historia de César nos viniesen de cuatro biografías, escritas por otros tantos individuos, de los cuales uno no nos dijese nada de su expedición a la Gran Bretaña, otro refiriese ésta, pero suprimiese su conquista de las Galias; el tercero narrase estos acontecimientos omitiendo su estancia en Egipto, y así sucesivamente, nos veríamos perplejos, sin saber cuáles hechos eran dignos de entero crédito y cuáles no. Ahora bien. Si esto nos sucedería con acontecimientos perfectamente posibles, ¿con cuánta más razón no debemos dudar de hechos maravillosos, cuando vemos que unos autores los refieren, mientras otros los omiten por completo? Porque, por

muy sorprendente que esto parezca, los milagros atribuídos a Jesús se hallan en este caso.

Si una persona nos dijese haber asistido a una representación en la que un prestidigitador había hecho pruebas tan sorprendentes como inexplicables, añadiendo que el público le había silbado, creeríamos, una de dos: o que aquella persona tenía interés en engañarnos, o que el público, lejos de parecerle sorprendentes e inexplicables los tales juegos, había descubierto el secreto, burlándose del ejecutante y de su habilidad. Pues bien: los evangelistas nos cuentan de Jesús numerosos milagros y, sin embargo, están unánimes en que los judíos, ante los que fueron ejucutados, no creyeron en ellos. Se nos dan, pues, como pruebas, unas narraciones escritas, no por personas imparciales, sino interesadas, narraciones que han pasado de copia en copia y de traducción en traducción durante diez y nueve siglos. Como más adelante veremos, se ignora a punto fijo quienes fueron sus autores, y hasta el idioma en que originalmente se escribieron; se concede que, de los cuatro historiadores, dos cuentan lo que no vieron; y a pesar de esto se quiere que creamos en lo mismo en que los propios testigos no creyeron.

Nosotros no somos de los que se imaginan que Jesús se prestó a ser cómplice en el arreglo de los milagros que se nos refieren de él; esos arreglos sientan muy bien en los millares de Santos de la Iglesia Romana, pero de ningún modo en Jesús, cuyo noble corazón no odió más que una cosa: el fraude y la hipocresía. En vano los compositores de los Evangelios nos cuentan prodigios más o menos ridículos y siempre inútiles: mentira engendra mentira, acabando por enredar al embustero en sus propias redes. Esto es lo que a los evangelistas ha sucedido, según probaremos al analizar los tres milagros principales atribuídos a Jesús, a saber: el Nacimiento, la Resurrección y la Ascensión.



## II

Todos los españoles han oido hablar de los Evangelios; pocos, muy pocos saben lo que son; menos, muchos menos son los que han querido emplear las cuatro o cinco horas que bastan para su lectura y para enterarse de las palabras de Jesucristo, únicas sobre las que la verdadera religión cristiana puede fundarse. Para la casi totalidad de nuestros compatriotas, los Evangelios son unos documentos sobre cuya autenticidad y veracidad no puede caber duda. Examinemos lo que hay en esto de positivo.

Los Evangelios son simplemente cuatro biografías o historias de la vida de Jesucristo, escritas por cuatro individuos, cuyos nombres eran: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. La Iglesia asegura, sobre su palabra, que aquellos escritores estaban divinamente inspirados, y les ha conferido el título de santos. Si se nos pregunta quiénes fueron, contestaremos del modo siguiente:

### SAN MATEO

En el Evangelio escrito por este autor se dice (Cap. IX, versículo 9), que Jesús hizo un nuevo discípulo que se llamaba Mateo. De aquí ha deducido la Iglesia que el compositor de este Evangelio debe ser el discípulo citado. Por lo demás, es todo lo que se sabe de él, pues mientras unos afirman que después de la muerte de Jesús pre-

dicó en Africa, otros lo niegan diciendo que de Judea se internó en Asia, llegando a Persia, en donde murió después de fundar una iglesia floreciente; pero ambas historias son contradichas por una tercera, en la que se cuenta que se fué a las Galias, donde murió mártir, aplastado entre dos piedras.

Se ignora en qué idioma escribió su Evangelio. Unos dicen que en hebreo, otros en persa, otros, en fin, en el dialecto de Siria, no sabiéndose quién lo tradujo al griego y de éste al latín, en cuyo último idioma estaba el aceptado como bueno por la Iglesia. A este evangelista se le ocurrió afirmar que en las Escrituras había profecías que eran aplicables a Jesús, y con objeto de hacérselas cumplir, refiere una porción de acontecimientos de los que no dicen una palabra ninguno de los otros tres.

A San Mateo se le representa con un angel al lado.

## SAN MARCOS

Se ignora por completo quién fué ni de dónde era este evangelista, pues unos le dicen hebreo, otros griego y otros romano. En lo que todos están acordes es en que no fué discípulo de Jesús, escribiendo su Evangelio por tradición y sin haber presenciado nada de lo que refiere. De su vida, unos dicen que fué a Egipto, en donde murió; otros que fué secretario de San Pedro, siendo crucificado al mismo tiempo que él.

La misma incertidumbre que con el anterior, reina acerca del idioma en que escribió, estando divididos los Santos Padres entre el hebreo y el griego. Del mismo modo se ignora de dónde vino la traducción latina aprobada por la Iglesia. A pesar de no saberse a punto fijo cómo, cuándo ni en dónde murió, se conservan los huesos en la iglesia de San Marcos, en Venecia, apoyándose los venecianos en la razón de que, si bien no se puede probar que los huesos son los de San Marcos, nadie ha podido probar que no lo son. El Evangelio de este escritor es el más conciso, siendo la mitad aproximadamente del de cualquiera de sus tres compañeros.



A San Marcos se le presenta acompañado de un león al lado.

## SAN LUCAS

Este escritor, con una buena fe que le honra, empieza su Evangelio diciéndonos que no ha visto nada de lo que va a contar. Según unos, fué judío; según otros, griego. Unos dicen que fué discípulo favorito de San Pablo, acompañándole la mayor parte de su vida; otros aseguran que si bien fué convertido por San Pablo, se separó de él en cuanto quedó instruído en la religión, pasando a predicar a Italia y a Sicilia, en cuya última isla murió de cerca de noventa años. A pesar de esto varios autores, partidarios de que ningún santo debe morir en su cama, le hacen perecer, unos enterrado vivo, otros aserrado por en medio; otros, en fin, nos dicen simplemente que murió martirizado. La mayoría de los Santos Padres se inclina a que escribió en griego, si bien no falta quien dice fué hebreo. Del mismo modo que con los anteriores, se ignora la procedencia de la traducción latina que aprobó la Iglesia.

De este santo dicen unos que fué médico, y otros que pintor. A esta última opinión nos inclinábamos nosotros, por haber visto en Roma una pintura al óleo de la Virgen ejecutada por él (a

lo menos así lo aseguraba quien nos la enseñó); pero otras autoridades muy cristianas afirman que el que pintó aquel cuadro fué otro Lucas (probablemente Gómez), que vivió en el siglo XI, o sea mil años después del evangelista del mismo nombre.

Hemos visto que San Lucas escribió de oidas y. sin embargo, la especialidad de su Evangelio consiste en ser el en que más milagros se cuentan y el en que con más minuciosidad se refieren.

El animal compañero de este santo es el toro.

## SAN JUAN

San Mateo dice en su Evangelio (Cap. IV, versículo 21), que Jesús tomó por discípulos dos hermanos llamados Santiago y Juan, por lo que se da como seguro que este último debe ser el evangelista, y que, por lo tanto, era judío. Lo único que se sabe de este santo es que pasó los primeros años de su vida entre los griegos del Asia Menor, escribiendo su Evangelio setenta años después de la muerte de Jesucristo y por los recuerdos que de aquella época conservaba. Acerca del idioma en que escribió, no hay la inseguridad que con los otros, pues siendo general la opinión de que su Evangelio fué escrito para uso de los griegos, claro está que estaría en griego. En cuanto a la traducción latina que la Iglesia admitió como buena, reina la misma ignorancia que con las otras tres acerca del traductor, etc. Por extraordinario, a este santo no lo ha martirizado ningún historiador, que nosotros sepamos, dejándole morir tranquilamente de más de cien años, habiendo compuesto su Evangelio y el *Apocalipsis* pasado ya de los noventa.

La especialidad de este originalísimo escritor, cuya imaginación oriental era más a propósito para componer cuentos de *Las mil y una noches* que asuntos serios, es la de presentarnos un Jesucristo totalmente distinto del que nos presentan los otros tres. El Jesús de San Juan no se ocupa para nada de preceptos de moral, ni de que el mejor modo de adorar a Dios es haciendo buenas obras; el Jesucristo que este evangelista nos pinta es un doctor en Teología, que pasa el tiempo disputando acerca de si es hijo de Dios o de su padre. El lenguaje empleado es metafórico, y a menudo incomprensible para nosotros, por haber San Juan escrito su Evangelio con objeto de rebatir otros Evangelios que han desaparecido. Para ser este santo original en todo, concluye sus escritos afirmándonos que lo que él dice es verdad, porque él mismo da testimonio de ello.



A San Juan se le llama el Aguila de la Iglesia, y se le representa acompañado de una de estas aves.

Como acabamos de ver, la incertidumbre que reina acerca de los Evangelios y de los evangelistas no puede ser mayor, ignorándose por completo de dónde vinieron los Evangelios en latín que la Iglesia tuvo por conveniente admitir como traducciones de unos originales que nadie sabía en qué idiomas fueron escritos. Y no es que nosotros exageremos; todo cuanto hemos dicho consta en los propios escritos de San Jerónimo, el famoso traductor al latín del Antiguo Testamento, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Gregorio, Tertuliano y algunos otros, entre los que citaremos una autoridad más moderna y más al alcance de todos, la del reverendo padre Scío, traductor al castellano y anotador de las Sagradas Escrituras, por cuyo trabajo mereció que el mis-

mo Papa Pío VI le dirigiese una carta congratulándole y dándole las gracias por el servicio que con su obra había prestado a la Iglesia Romana. Dicho reverendo padre pone al principio de cada Evangelio una corta biografía del que lo escribió, y en ellas se verán confirmados la mayoría de los datos que hemos estampado.

Algunos de los Santos Padres, desesperados por no poder averiguar quiénes fueron los evangelistas, resolvieron la cuestión diciendo que, siendo éstos simplemente el instrumento de que se valió el Espíritu Santo para comunicarse con los hombres, poco importaba la personalidad de ellos. Haremos notar que estos doctores de la Iglesia han olvidado informarnos cómo el encontrar unas historias que nadie sabía de dónde habían venido ni quiénes las habían escrito, indica que son obra del Espíritu Santo. De seguir este principio resultaría el Espíritu Santo responsable de los escritos más contradictorios, cuyos autores se ignoran. Advertiremos que la narración de milagros y hechos inútiles y ridículos llena las tres cuartas partes de los Evangelios. Si dejamos éstos reducidos a la verdadera historia conocida de Jesús y a sus mandamientos y preceptos morales, bastarían quince minutos para leer cualquiera de ellos. ¡Hasta tal punto es sencilla la verdadera doctrina cristiana!

Los Evangelios, así como el resto de la Biblia, fueron escritos en un estilo especial, que por esa razón se llama bíblico. Este estilo, o más bien método, consiste en periodos compuestos de algunas frases llamadas versículos, a cada uno de los cuales se le ha puesto un número. A menudo sucede que un versículo no tiene relación alguna, ni con el anterior, ni con el siguiente, y por lo tanto este sistema entrecortado se presta admirablemente para suprimir, intercalar o sustituir lo que se quiera. El sentido de las frases es con frecuencia ambiguo, pudiendo dárseles las interpretaciones más contradictorias; habiendo seguido en esto el Espíritu Santo cristiano el mismo sistema que usaba el Espíritu Santo de los paganos cuando daba sus respuestas a los adivinos.



Este sistema habrá sido, y continuará siendo, muy cómodo para los compositores de las Sagradas Escrituras, y para los muy Reverendos Padres que han tomado a su cargo dar a las frases el sentido más conveniente a sus intereses; pero a nosotros, que en esto como en todo hacemos uso de la razón con que Dios nos ha dotado para diferenciarnos de los brutos, nos es inconcebible que Dios, que es la Luz y la Verdad misma, comunique sus órdenes a los hombres de una manera que éstos no puedan comprender sin la intervención de otros hombres.

## LA CONCEPCION Y EL NACIMIENTO

*Según San Mateo.—Según San Lucas.—Negación de la perpetua virginidad de María por los evangelistas mismos.—Hermanos y hermanas de Jesús.—Contradicciones entre San Mateo y San Lucas.—El degüello de los inocentes.—Imposibilidad de esta fábula.—San Marcos y San Juan omiten por completo la milagrosa concepción y nacimiento de Jesús.—Reflexiones.*

San Mateo empieza su narración con una genealogía que, tomando raíz en el patriarca Abraham, y pasando por el rey David, concluye no en María, madre de Jesucristo, sino en José, su marido; y como a renglón seguido nos dice que aquélla le concibió por obra del Espíritu Santo, obra en la cual José no tomó parte, la genealogía está, pues, de más. De la misma manera, San Lucas nos da la genealogía de José; pero como este evangelista es muy prolijo, por más que escribió de oidas, no se detiene en Abraham, sino que continúa eslabonando nombres hasta llegar al mismo Adán, advirtiéndonos, por si acaso lo ignorábamos, que éste fué hijo de Dios. Tenemos, pues, a José, o según la Iglesia, a San José, provisto de dos genealogías (una de ellas completa), y a Jesucristo sin ninguna; y ahora preguntamos nosotros: ¿Es posible que San Mateo y San Lucas o, mejor dicho, el Espíritu Santo, que hablaba por boca de ellos, se distrajese hasta el punto de no reparar en el disparate que cometía? No faltan Santos Padres que han querido explicar esto



diciendo que José y María eran primos; pero aun cuando José hubiera sido padre de María y se hubiese casado con su propia hija, debía haberse hecho constar, evitándole decir absurdos, al Espíritu Santo. En cuanto a los otros dos evangelistas, San Marcos y San Juan, igualmente inspirados por el Espíritu Santo, ignoraban esta milagrosa concepción; porque si no, ¿cómo se explica el que no nos digan ni una palabra acerca de tan maravilloso acontecimiento?

Una cosa hay fuera de duda, y es que, por el propio testimonio de los evangelistas, los paisanos de Jesús no sabían nada del milagro de la concepción, pues habiendo empezado a predicar en su pueblo no le hicieron caso, diciendo: *¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María y sus hermanos Jacobo, y José, y Simón, y Judas? ¿No estan sus hermanas con nosotros?* A lo que Jesús contestó: *No hay profeta sin honra sino en su tierra.* Añadiendo el evangelista que *no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos.* A nosotros nos parece que, justamente por aquella causa, debía haberlos hecho; de lo contrario, ¿cómo podía hacerles creer en su divinidad? Las citas antedichas son copiadas, palabra por palabra, de lo que el Espíritu Santo dice por boca de San Mateo en su Evangelio (Cap. XIII, versículos 55 a 58), y por la de San Marcos en el suyo (Cap. VI, vers. 3 a 5). Por lo demás, nada consta En los Evangelios con tanta claridad como el que Jesucristo tenía, no sólo parientes, como nos dice la Iglesia romana, sino hermanos carnales, hijos de José y de María y, por lo tanto, los cristianos no romanos tienen completa razón al negar la perpetua virginidad de aquélla. (Véase, además de las citadas copias: San Mateo, Cap. I, vers. 25, Cap. XII, vers. 47.—San Marcos, Cap. III, ver

sículos 31 y 32.—San Lucas, Cap. VIII, vers. 19 y 20.—San Juan, Cap. VI, vers. 42).

Sentimos con estas citas hacer perder a las solteras la simpática ilusión de la que, por excelencia, llaman «La Vírgen», pero en cambio las casadas verán que María cumplió el mandato expreso que Dios mismo dió a los primeros hombres: *Creced y multiplicaos*. (Sagradas Escrituras, *Génesis*, Cap. I, vers. 28). Este mandamiento, el primero de Dios, demuestra que, contrario a lo que la Iglesia romana proclama, el estado de padres de familia es el más agradable a los ojos de Dios. Entre los israelitas, o sea el pueblo elegido de Dios, se consideraba como deshonra el que una mujer permaneciese soltera, y la esterilidad se miraba como una maldición divina. Hoy mismo, entre los cristianos que no son católicos romanos, y que forman la mayoría, es mal mirado el sacerdote soltero.

El lector nos dispensará esta digresión y, reanudando el hilo, diremos que San Mateo nos refiere que por aquel tiempo vinieron unos magos de Oriente a Jerusalén (1), guiados por una estrella, preguntando por *el rey de los judíos* que acababa de nacer. Que al saber esto el rey Herodes se turbó, y *toda Jerusalén con él*. Que preguntados los escribas, contestaron que el tal rey debía nacer en Belén y que, en efecto, allá fueron los magos para adorarle. (San Mateo, Cap. II).

Sentimos que San Mateo se abstenga de hacernos notar otros prodigios, como por ejemplo quiénes eran aquellos magos y por qué habían de desear adorar no a Dios, sino al *rey de los judíos*; có-

(1) Es muy curiosa la creencia general entre los católicos romanos de que eran tres reyes. San Mateo, único que habla de ellos, dice «unos magos».



mo el ver una estrella les hizo adivinar el nacimiento, siendo muy extraño que personas tan listas no hubiesen adivinado igualmente en dónde había ocurrido, o el que la estrella les hubiera llevado directamente a Belén sin la inútil visita a Herodes. No deja de ser sorprendente que los escribas, que conocían el genio fuerte del rey de Judea, le dijesen en sus propias barbas que acababa de nacer el rey de los judíos.

Todo esto es sobrenatural; pero el colmo de lo inconcebible es que, habiéndose turbado Herodes y toda Jerusalén, no se le ocurriese a nadie el ir o mandar a alguien a Belén, que está a una hora (cinco kilómetros) de camino, para averiguar lo que hubiese de cierto. En lugar de esto, Herodes dice a los magos que pregunten por el niño y se lo hagan saber, para ir él a adorarle. En cuanto a *toda Jerusalén*, que tanto se turbó, no vuelve a ocuparse más del asunto, lo cual no deja de ser milagroso. Por último los magos van a Belén, adoran al niño, le ofrecen tesoros y desaparecen después con estrella y todo, sin despedirse de Herodes y sin que se vuelva a saber de ellos. Por su parte José, avisado por un angel, toma a María y al niño y sale camino de Egipto. Dejemos ahora hablar a San Mateo (Cap. II, versículo 16):

*Entonces Herodes, cuando vió que había sido burlado por los magos, se irritó mucho e hizo matar todos los niños que había en Belén y en toda su comarca, de dos años abajo.*

Generalmente no se da por milagroso este tremendo degüello; pero, entre otros, nosotros encontramos los siguientes prodigios:

1.º El rey Herodes, en lugar de mandar sencillamente por el niño a Belén, que está a las puertas de Jerusalén, determina matar todos los niños de aquel pueblo. 2.º Estando entonces la

Judea sometida al imperio romano, y no siéndoles permitido a los judíos aplicar la pena de muerte sin permiso del gobernador imperial (como sucedió al crucificar a Jesús), no le habría sido posible a Herodes llevar a cabo aquel hecho. 3.º Herodes ordena el degüello sabiendo perfectamente que es inútil, porque, en efecto, si creía que el niño era Dios, claro está que sabía que no podía matar a Dios; y si no creía que lo fuese, ningún temor podía infundirle el hijo de un carpintero. 4.º Que a pesar de constituir este hecho una crueldad inaudita, para siempre memorable, ninguno de los tres restantes evangelistas dice una palabra acerca de él. En vista de estas razones, es evidente que no pudo ser el Espíritu Santo, sino algún otro *espíritu*, el que inspiró a San Mateo tan descabellada fábula.

San Lucas nada absolutamente nos dice de todo esto, contándonos, por su parte, que al nacer Jesús apareció en el aire *una tropa numerosa de la milicia celestial, que alababa a Dios* (Cap. II, versículo 13), lo cual, visto por unos pastores, fueron a adorar al recién nacido.

Resulta, pues, que los magos de San Mateo se convierten en pastores en manos de San Lucas, y que la solitaria estrella de un evangelista la transforma el otro en una numerosa tropa celestial que canta por el aire, en todo lo cual hay milagro. También lo es y no pequeño el que en todo Belén no se percatasen más que unos pastores del concierto aéreo de la celestial tropa.

Acabamos de ver de qué manera nos refieren la concepción y el nacimiento de Jesús, San Mateo y San Lucas y, naturalmente, se deseará saber qué es lo que sobre el particular dicen los otros dos evangelistas, San Marcos y San Juan; pero aquí entra el milagro mayor de todos: porque ni



uno ni otro dicen una palabra de en dónde nació Jesús, ni quién lo concibió, ni quién lo engendró, ni de magos, ni de estrella, ni de Herodes, ni de degüello, ni de huída a Egipto, ni de pastores, ni de tropas celestes, ni de nada, en fin, referente a su nacimiento. Escribir la vida de una persona y no decirnos quién es, ni quiénes eran sus padres, ni de dónde ha venido, no parece racional, y lo lógico es suponer que los primeros capítulos de estos Evangelios fueron suprimidos, tomando la Iglesia sobre sí la responsabilidad de corregir la plana al Espíritu Santo, cosa que, por otra parte, ha hecho siempre que le ha parecido conveniente.

# LA RESURRECCION

## PRIMERA PARTE

*Según San Mateo.—Según San Marcos.—Según San Lucas. —Según San Juan.—Sistema usado para escribir la Biblia.*

Con objeto de que no se nos tache de parciales, copiamos palabra por palabra todo lo que los evangelistas nos dicen sobre el particular:

## EVANGELIO DE SAN MATEO

### CAPITULO XXVIII

1. Mas en la tarde del sábado, al amanecer el primer día de la semana, vino María Magdalena, y la otra María, a ver el sepulcro.
2. Y había habido un grande terremoto. Porque un angel del Señor descendió del Cielo, y llegando revolvió la piedra, y se sentó sobre ella.
3. Y su aspecto era como un relámpago: y su vestido como la nieve.
4. Y de temor de él se asombraron los guardas, y quedaron como muertos.
5. Mas el angel, tomando la palabra, dijo a las mujeres:—No tengáis miedo vosotras, porque sé que buscáis a Jesús, el que fué crucificado.
6. No está aquí: porque ha resucitado como dijo. Venid, y ved el lugar donde había sido puesto el Señor.



7. E id luego, decid a sus discípulos que ha resucitado: y he aquí va delante de vosotros a Galilea: allí le veréis. He aquí os lo he avisado de antemano.
8. Y salieron al punto del sepulcro con miedo, y con gozo grande fueron a dar las nuevas a sus discípulos.
9. Y he aquí les salió al encuentro diciendo:—Dios os guarde. Y ellas se llegaron a él, y abrazáronle sus pies, y le adoraron.
10. Entonces les dijo Jesús:—No temáis: id, dad las nuevas a mis hermanos para que vayan a Galilea, allí me verán.
11. Y mientras ellas iban, he aquí algunos de los guardas fueron a la ciudad, y dieron aviso a los príncipes de los sacerdotes de todo lo que había pasado.
12. Y habiéndose juntado con los ancianos, y tomado consejo, dieron una grande suma de dinero a los soldados.
13. Diciendo: Decid: Vinieron de noche sus discípulos y lo hurtaron mientras nosotros estábamos durmiendo.
14. Y si llegase esto a oidos del presidente, nosotros se lo haremos creer, y miraremos por vuestra seguridad.
15. Y ellos tomando el dinero, lo hicieron conforme habían sido instruídos. Y esta voz, que se divulgó entre los judíos, dura hasta hoy día.
16. Y los once discípulos se fueron a la Galilea al monte, a donde Jesús les había mandado.
17. Y cuando le vieron le adoraron; mas algunos dudaron.
18. Y llegando Jesús les habló, diciendo:—Se me ha dado toda potestad en el Cielo y en la Tierra.
19. Id, pues, y enseñad a todas las gentes: bau-

tizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

20. Enseñándoles a observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.

## EVANGELIO DE SAN MARCOS

### CAPITULO XVI

1. Y como pasó el sábado, María Magdalena y María madre de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús.

2. Y muy de mañana el primero de los sábados vienen al sepulcro, salido ya el sol.

3. Y decían entre sí:—¿Quién nos quitará la losa de la puerta del sepulcro?

4. Mas reparando vieron revuelta la losa; porque era muy grande.

5. Y entrando en el sepulcro, vieron un mancebo sentado al lado derecho, cubierto de una ropa blanca, y se pasmaron.

6. Y él les dice:—No os asustéis; buscáis a Jesús Nazareno, el que fué crucificado: ha resucitado; no está aquí: ved aquí el lugar en que le pusieron.

7. Mas id y decid a sus discípulos, y a Pedro, que va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, como os dijo.

8. Y ellas saliendo huyeron del sepulcro, porque las había tomado temor y espanto: y a nadie dijeron nada; porque estaban poseídas del miedo.

9. Mas habiendo resucitado por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente



a María Magdalena, de la cual había lanzado siete demonios.

10. Ella lo fué a decir a los que habían estado con él, que estaban afligidos y llorando.

11. Y ellos, cuando oyeron que estaba vivo, y que ella le había visto, no lo creyeron.

12. Mas después de esto se mostró en otra forma a dos de ellos, que iban a una aldea.

13. Y estos fueron a decirlo a los otros; y tampoco lo creyeron.

14. Finalmente, estando sentados a la mesa los once, se les apareció: y les afeó su incredulidad y dureza de corazón, por no haber creído a los que le habían visto resucitado.

15. Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura.

16. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.

17. Y estas señales seguirán a los que creyeren: lanzarán demonios en mi nombre: hablarán nuevas lenguas.

18. Quitarán serpientes, y si bebieren alguna cosa mortífera, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos y sanarán (1).

19. Y el Señor Jesús después que les habló fué recibido arriba en el Cielo, y está sentado a la diestra de Dios.

20. Y ellos salieron y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos, y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban.

(1) Viendo San Jerónimo que ni él mismo, ni nadie, podía ejecutar estos milagros, y no atreviéndose a suponer que Jesucristo hubiese dicho tales mentiras, calificó de falso este capítulo del Evangelio. La Iglesia, sin embargo, lo aceptó como bueno. haciendo así quedar a Jesús como embustero.

## EVANGELIO DE SAN LUCAS

CAPITULO XXIV

1. Y el primer día de la semana fueron muy de mañana al sepulcro llevando los aromas, que habían preparado.
2. Y hallaron la losa revuelta del sepulcro.
3. Y entrando no hallaron el cuerpo del Señor Jesús.
4. Y aconteció que estando consternadas por esto, he aquí dos varones que se pararon junto a ellas con vestiduras resplandecientes.
5. Y como estuviesen medrosas y bajasen el rostro a la tierra, les dijeron:—¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?
6. No está aquí, mas ha resucitado: acordaos de lo que os habló, estando aún en Galilea.
7. Diciendo: Es menester que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y que resucite al tercero día (1).
8. Entonces se acordaron de las palabras de él.
9. Y salieron del sepulcro, y fueron a contar todo esto a los once: y a todos los demás.
10. Y las que refirieron estas cosas a los Apóstoles eran María Magdalena, y Juana, y María madre de Santiago, y las demás que estaban con ellas.
11. Y ellos tuvieron por un desvarío estas sus palabras: y no las creyeron.

(1) San Juan contradice esto terminantemente, diciéndonos: «que los discípulos no entendían fuese menester el que Jesús resucitase». (Capítulo XX, vers. 9.)



12. Mas levantándose Pedro, corrió al sepulcro: y bajándose vió sólo los lienzos que estaban allí echados, y se fué, admirando entre sí lo que había sucedido.
13. Y dos de ellos aquel mismo día iban a una aldea llamada Emmaus, que distaba de Jerusalén unos sesenta estadios.
14. Y ellos iban conversando entre sí de todas estas cosas que habían acaecido.
15. Y como fuesen hablando y conferenciando el uno con el otro, se llegó a ellos el mismo Jesús: y caminaba en su compañía.
16. Mas los ojos de ellos estaban detenidos, para que no le conociesen.
17. Y les dijo:—¿Qué pláticas son esas, que tratáis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes?
18. Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo:—¿Tú solo eres forastero en Jerusalén y no sabes lo que allí ha pasado estos días?
19. El les dijo:—¿Qué cosa? Y respondieron: —De Jesús Nazareno, que fué un varón profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo (1).
20. Y cómo le entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes a condenación de muerte, y le crucificaron.
21. Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel, y ahora sobre todo esto, hoy es el tercer día que han acontecido estas cosas.
22. Aunque también unas mujeres de las nuestras nos han espantado, las cuales antes de amanecer fueron al sepulcro.

(1) Esto demuestra que los apóstoles tenían a Jesús por profeta, pero no por Dios.

23. Y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo que habían visto allí visión de ángeles, los cuales dicen que él vive.
24. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro; y lo hallaron así como las mujeres lo habían referido; mas a él no le hallaron.
25. Y Jesús les dijo:—¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!
26. Pues qué, ¿no fué menester que el Cristo padeciese estas cosas y que así entrase en su gloria?
27. Y comenzando desde Moisés, y de todos los Profetas, se lo declaraba en todas las Escrituras que hablan de él (1).
28. Y se acercaron al castillo, a donde iban: y él dió muestras de ir más lejos.
29. Mas lo detuvieron por fuerza diciendo: quédate con nosotros porque se hace tarde, y está ya inclinado el día. Y entró con ellos.
30. Y estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, y habiéndolo partido, se lo daba.
31. Y fueron abiertos los ojos de ellos, y lo conocieron: y él entonces desapareció de su vista.
32. Y dijeron uno a otro:—¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras (2)?
33. Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén: y hallaron congregados a los once y a los que estaban con ellos.

(1) Estas palabras que San Lucas pone en boca de Jesús, son una insigne falsedad: ni Moisés ni ninguno de los profetas le mencionan una sola vez.

(2) Toda esta conversación y merienda son de la exclusiva cosecha de San Lucas. Ninguno otro la refiere.



34. Que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente y ha aparecido a Simón.
35. Y ellos contaban lo que les había acontecido en el camino: y cómo le habían conocido al partir el pan.
36. Y estando hablando estas cosas, se puso Jesús en medio de ellos y les dijo: Paz a vosotros. Yo soy, no temáis.
37. Mas ellos, turbados y espantados, pensaban que veían algún espíritu.
38. Y les dijo: ¿Por qué estáis turbados y suben pensamientos a vuestros corazones?
39. Ved mis manos y mis pies, que yo mismo soy: palpad y ved: que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.
40. Y dicho esto les mostró las manos y los pies.
41. Mas como aun no lo acabasen de creer y estuviesen maravillados de gozo, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer?
42. Y ellos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel.
43. Y habiendo comido delante de ellos, tomó las sobras y se las dió.
44. Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros; que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, y en los profetas y en los salmos.
45. Entonces les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras.
46. Y les dijo: Así está escrito y así era menester que el Cristo padeciese, y resucitase al tercero día de entre los muertos.
47. Y que se predicase en su nombre penitencia y remisión de pecados a todas las naciones, empezando en Jerusalén.

48. Y vosotros testigos sois de estas cosas.
49. Y yo envío al prometido de mi padre sobre vosotros; mas vosotros permaneced aquí en la ciudad hasta que seáis vestidos de la virtud de lo alto.
50. Y los sacó fuera hasta Betania: y, alzando sus manos, los bendijo.
51. Y aconteció que mientras los bendecía, se partió de ellos, y era llevado al cielo.
52. Y ellos, después de haberle adorado, se volvieron a Jerusalén con grande gozo.
53. Y estaban siempre en el templo, loando y bendiciendo a Dios. Amén.

Debemos recordar que, a pesar de ser este evangelista tan minucioso, nos dice él mismo que ni fué discípulo de Jesucristo, ni vió nada de todo lo que cuenta.

## EVANGELIO DE SAN JUAN

### CAPÍTULO XIX

38. Después de esto, José de Arimatea (que era discípulo de Jesús, aunque oculto), rogó a Pilato que le permitiese quitar *(de la cruz)* el cuerpo de Jesús. Y Pilato se lo permitió. Vino, pues, y quitó el cuerpo de Jesús.
39. Y Nicodemo, el que había ido primeramente de noche a Jesús, vino también, trayendo una confección como de cien libras de mirra y de áloe.
40. Y tomaron el cuerpo de Jesús, y lo ataron en lienzos con aromas, así como los judíos acostumbran sepultar.
41. Y en aquel lugar en donde fué crucificado, había un huerto; y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que aun no había sido puesto alguno.



42. Allí, pues, por causa de la Parasceve (1) de los judíos, porque estaba cerca el sepulcro, pusieron a Jesús.

### CAPÍTULO XX

1. Y el primer día de la semana vino María Magdalena de mañana al sepulcro, cuando aún era obscuro; y vió quitada la losa del sepulcro.
2. Y fué corriendo a Simón Pedro, y al otro discípulo, a quien amaba Jesús, y le dijo: Han quitado al Señor del sepulcro, y no sabemos en dónde le han puesto.
3. Salió, pues, Pedro y aquel otro discípulo, y fueron al sepulcro.
4. Y corrían los dos a la par: mas el otro discípulo se adelantó corriendo más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro.
5. Y habiéndose bajado, vió los lienzos puestos: mas no entró dentro.
6. Llegó, pues, Simón Pedro, que le venía siguiendo, y entró en el sepulcro, y vió los lienzos puestos.
7. Y el sudario, que había tenido sobre la cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto en lugar aparte.
8. Entonces entró también otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro: y vió y creyó.
9. Porque aun no entendían la Escritura, que era menester que él resucitara entre los muertos (2).

(1) La Pascua de los judíos, de quien la han tomado los cristianos.

(2) San Mateo dice (Cap. XXVII, vers. 63 y 64) que era tan notorio el que resucitaría, que se pusieron guardias alrededor del sepulcro p ver si resultaba cierto.

10. Y se volvieron otra vez los discípulos a su
casa.
11. Pero María estaba fuera llorando junto al
sepulcro. Y estando así llorando se abajó y miró
hacia el sepulcro.
12. Y vió dos ángeles vestidos de blanco, sen-
tados, el uno a la cabecera y el otro a los pies,
en donde había sido puesto el cuerpo de Jesús.
13. Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Dí-
celes: Porque se han llevado de aquí a mi Se-
ñor, y no sé dónde le han puesto.
14. Y cuando esto hubo dicho, se volvió a mi-
rar atrás, y vió a Jesús que estaba en pie; mas
no sabía que era Jesús.
15. Jesús le dice: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A
quién buscas? Ella, creyendo que era el horte-
lano, le dijo: Señor, si tú le has llevado de aquí,
dime en dónde lo has puesto; y yo lo llevaré.
16. Jesús le dice: María. Vuelta ella, le dice:
*Rabboni* (que quiere decir Maestro).
17. Jesús le dice: No me toques, porque aún
no he subido a mi Padre: mas ve a mis hermanos
y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre: a
mi Dios y vuestro Dios.
18. Vino María Magdalena dando las nuevas a
los discípulos: Que he visto al Señor, y esto me
ha dicho.
19. Y como fué la tarde de aquel día el pri-
mero de la semana, y estando cerradas las puer-
tas, en donde se hallaban juntos los discípulos
por miedo de los judíos, vino Jesús y se puso en
medio, y les dijo:—Paz a vosotros.
20. Y cuando esto hubo dicho les mostró las
manos y el costado. Y se gozaron los discípulos
viendo al Señor.
21. Y otra vez les dijo: Paz a vosotros: Como
el Padre me envió, así también yo os envío.



22. Y dichas estas palabras sopló sobre ellos,
y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.
23. A los que perdonareis los pecados, perdo-
nados les son; y a los que retuviereis, les son
retenidos (1).
24. Pero Tomás, uno de los doce que se lla-
maba Didimo, no estaba con ellos cuando vino
Jesús.
25. Y los otros discípulos le dijeron: Hemos
visto al Señor. Mas él les dijo: Si no viere en
sus manos la hendidura de los clavos, y metiere
mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi
mano en su costado, no lo creeré.
26. Y al cabo de ocho días, estaban otra vez
sus discípulos dentro, y Tomás con ellos: vino
Jesús cerradas las puertas, y se puso en medio
y dijo: Paz a vosotros.
27. Y después dijo a Tomás: Mete aquí tu dedo
y mira mis manos; y da acá tu mano, métela
en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel.
28. Respondió Tomás y dijo: Señor mío, y Dios
mío.
29. Jesús le dijo: Porque me has visto, To-
más, has creído. Bienaventurados los que no vie-
ron y creyeron (2).
30. Otros muchos milagros hizo también Jesús
en presencia de sus discípulos, que no están es-
critos en este libro.
31. Mas estos han sido escritos para que creáis
que Jesús es el Cristo, el hijo de Dios; y para
que creyendo, tengáis vida en su nombre.

---

(1) Ningún otro evangélista dice palabra acerca de este soplo y poderes concedidos a los apóstoles.

(2) Esta historia acerca de Santo Tomás es tan ridícula, que sólo al fantástico San Juan pudo ocurrírsele. Ningún otro evangelista dice una palabra acerca de ella.

CAPÍTULO XXI

1. Después se mostró otra vez Jesús a sus dis-
cípulos en el mar de Tiberiades. Y se mostró así.
2. Estaban juntos Simón Pedro, y Tomás, lla-
mado Didimo, y Natanael, que era de Caná de
Galilea, y los hijos de Zebedeo, y otros dos de
sus discípulos.
3. Simón Pedro les dice: Voy a pescar. Le di-
cen: Vamos también nosotros contigo. Salieron,
pues, y subieron en un barco: y aquella noche
no cogieron nada (1).
4. Mas cuando vino la mañana, se puso Je-
sús en la ribera, pero no conocieron los discí-
pulos que era Jesús.
5. Y Jesús les dijo: Hijos, ¿tenéis algo de co-
mer? Le respondieron: No.
6. Les dice: Echad la red a la derecha del bar-
co, y hallaréis. Echaron la red, y ya no la po-
dían sacar por la muchedumbre de los peces.
7. Dijo entonces a Pedro, aquel discípulo a
quien amaba Jesús: El Señor es. Y Simón Pedro,
cuando oyó que era el Señor, se ciñó su túnica
(porque estaba desnudo) y se echó en el mar.
8. Y los otros discípulos vinieron con el bar-
co (porque no estaban lejos de tierra, sino como
doscientos codos): tirando de la red con los peces.
9. Y luego que saltaron en tierra, vieron bra-
sas puestas y un pez sobre ellas, y pan.

(1) A pesar de lo que el mismo San Juan nos dice en el capítulo XX, versículos 21 y 23, los apóstoles, después de haber recibido Xel Espíritu Santo por medio de un soplo de Jesucristo, se preocupaban más por ganarse la vida pescando que predicando.



10. Jesús les dice. Traed acá de los peces que
cogisteis ahora.
11. Entonces subió Simón Pedro y trajo la red
a tierra llena de grandes peces, ciento y cincuen-
ta y tres. Y aunque eran tantos no se rompió la
red.
12. Jesús les dice: Venid, comed. Y ninguno
de los que comían con él osaba preguntarle: Tú,
¿quién eres? sabiendo que era el Señor.
13. Llega pues Jesús, y tomando el pan se lo
da, y asimismo del pez.
14. Esta fué ya la tercera vez que se manifestó
Jesús a sus discípulos, después que resucitó de
entre los muertos.
15. Y cuando hubieron comido, dice Jesús a
Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas
más que éstos? Le responde: Sí, Señor, tú sabes
que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos.
16. Le dice segunda vez: Simón, hijo de Juan,
¿me amas? Le responde: Sí, Señor, tú sabes que
te amo. Le dice: Apacienta mis corderos.
17. Le dice tercera vez: Simón, hijo de Juan,
¿me amas? Pedro se entristeció, porque le había
dicho la tercera vez: ¿Me amas? y le dijo: Se-
ñor, tú sabes todas las cosas: tú sabes que te
amo. Le dijo: Apacienta mis ovejas.
18. En verdad, en verdad te digo, que cuando
eras mozo, te ceñías e ibas a donde querías: mas
cuando ya fueres viejo, extenderás tus manos y
te ceñirá otro, y te llevará donde tú no quieras.
19. Esto dijo, señalando con qué muerte había
de glorificar a Dios. Y habiendo dicho esto, le
dice: Sígueme.
20. Volviéndose Pedro, vió que le seguía aquel
discípulo a quien amaba Jesús, y que en la cena
estuvo recostado sobre su pecho. y le había di
cho: Señor, ¿quién es el que te entregará?

21. Y cuando Pedro le vió, dijo a Jesús: Señor, ¿y éste, qué?
22. Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué te va a ti? Tú, sígueme.
23. Salió, pues, esta palabra de entre los hermanos, que aquel discípulo no muere. Y no le dijo Jesús: No muere. Sino: Si quiero yo que quede hasta que yo venga, ¿a ti, qué te va (1)?
24. Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas, y sabemos que su testimonio es verdadero.
25. Otras muchas cosas hay que hizo Jesús: que si se escribiesen una por una, me parece que ni en el mundo cabrían los libros que se habían de escribir.

Según San Lucas y San Marcos, nada de lo que San Juan refiere en su último capítulo es cierto, por haber ya subido Jesús al Cielo. Por lo demás, como San Juan escribió setenta años después de la muerte de Jesús, difícilmente podía encontrar quien le contradijese.

Por estos capítulos de los Evangelios (que hemos copiado literalmente de la traducción de las Sagradas Escrituras por el padre Scío, que es la aprobada por la Iglesia en España), podrá formarse el lector una idea del sistema adoptado para escribir la Biblia, sistema en el cual los detalles de acontecimientos secundarios se cuentan con la mayor prolijidad, mientras que los verdaderamente importantes se tocan a la ligera y de un modo más o menos vago, a fin de que se

---

(1) En varias partes de los Evangelios vemos decir a Jesús que muy pronto vendría a fundar su reino, razón por la cual los primeros cristianos esperaban su segunda venida de un día para otro.



presten a varias interpretaciones. En cuanto al estilo, es eminentemente pesado, obedeciendo todo a la idea de hacer la lectura de las Sagradas Escrituras lo más desagradable posible, evitando así el que, enterándose las gentes de su contenido, comprendan el engaño de que son víctimas. Esto es tan cierto, que si bien es raro el que en una casa protestante falte la Biblia, es mucho más raro encontrar quien se haya querido tomar el trabajo de leerla.

De ser la Escritura más conocida, pronto perdería su carácter de libro sagrado, pasando a la categoría de lo que realmente es este célebre libro de los libros, al que dedicaremos un capítulo antes de entrar en el análisis del pretendido milagro de la resurrección.

# LA SANTA BIBLIA

*Qué es la Biblia.—Nombre que tiene el Dios de las Sagradas Escrituras.—Moisés y la ciencia.—El Dios-Hombre y el verdadero.—Origen del pueblo hebreo, según Moisés.—La humanidad no desciende toda de Adán y Eva, según la Biblia.—El Diluvio.—Su causa verdadera y la imaginaria.—La poligamia autorizada.—Gobierno de los hebreos.—Salomón.—Los profetas.—Los Evangelios.—Galimatías bíblico.—Decisión definitiva de su divinidad.*

I

La Biblia, o sea la Sagrada Escritura (hacemos esta advertencia porque hay muchos que se imaginan ser dos obras distintas), es simplemente la «Historia Antigua de la Nación Judía, Hebrea o Israelita», a la que también se llama el «Pueblo Escogido», el «Pueblo de Israel» y el «Pueblo de Dios», pues con todos estos nombres se conoce. El Dios de esta nación tiene en la Biblia el nombre de *Jehová*, y es el mismo Dios que los cristianos creen tomó cuerpo bajo la forma de Jesucristo, razón por la que suele llamársele el Dios de Israel: también se le llama el Dios Padre en la Trinidad cristiana.

Moisés, que era israelita, fué el autor de la primera y principal parte de las Sagradas Escrituras, y en lugar de empezar su Historia de la Nación Judía diciéndonos que se ignoraba su origen, porque los pueblos, como las personas, no pueden acordarse de cuándo empezaron a existir, co-



mienza nada menos que por la creación del mundo, o mejor dicho, del Universo. Ya hemos visto qué especie de Universo nos cuenta que hizo Jehová.

Los doctores de la Iglesia, no siéndoles ya posible tapar la boca a los que enseñan la verdad, han llegado a decir en estos últimos tiempos que la creación del mundo según las Sagradas Escrituras es posible, asegurando estar conformes con lo que la ciencia ha descubierto ser lo cierto. En apoyo de tan peregrino aserto alegan con mucho aplomo que los seis días de la creación de que habla la Biblia, no son seis días, sino seis épocas, cada una de las cuales duró millones de años. Reverendo padre ha habido que nos ha dicho que Moisés estaba tan enterado como podemos estarlo nosotros de la transformación de las plantas en animales y de éstos en el hombre, y que por este motivo empezó su creación por las plantas, luego por los animales que vivían en el agua, después por los animales de tierra y por último concluyó en el hombre. A esto contestaremos que, si eso es así, ¿por qué la Iglesia ha perseguido a muerte a los partidarios de aquellas opiniones?

Posible es que ya en tiempo de Moisés los hombres hubiesen descubierto el cómo, por esa tendencia que hay en la Naturaleza a la perfección, el hombre era el resultado de los otros animales; pero, si lo sabía, hay que confesar que en la Biblia no lo dijo. En ella nos habla de *la mañana y la tarde del primer día y del segundo*, etc., y de que su Dios *hizo la noche para concluir el primer día y formar la primer noche*, lo cual no se parece mucho a millones de años. Además, si esto es como ahora quieren explicarlo los defensores de la Iglesia, resulta que si su Dios tuvo que ajustarse a las leyes de la Naturaleza esperando to-

dos los millones de años necesarios para la formación de la Tierra, no es entonces ese Dios personal, ese Dios-Hombre que nos pintan y que dice «Hágase tal cosa», y en el acto queda hecha; sino que ese Dios no es otro que el único Dios al que la inteligencia humana puede llegar, y cuyo nombre hemos citado antes: LAS LEYES DE LA NATURALEZA. Ya en otra parte hemos analizado los tremendos desatinos de Moisés al hablar del cielo sólido, del agua encima de él y del sol, la luna y las estrellas.

Una vez formado el mundo con todos sus animales, incluso hombres y mujeres, nos refiere la Sagrada Escritura que Jehová hizo un hombre y una mujer, de cuya pareja debía descender una nación especial que aquel Dios quería proteger y distinguir sobre las demás naciones de la Tierra. Esta nación o este pueblo es el pueblo judío, siendo esta razón por la que se le llama en la Biblia el *Pueblo escogido de Dios.* De los exclusivos descendientes de este hombre y esta mujer, expresamente formados por la propia mano de Jehová, y a quienes puso los nombres de Adán y Eva, es de los que Moisés nos dice en las Sagradas Escrituras que salió el pueblo hebreo, que era el suyo.

En España es raro encontrar una persona que sepa que la Biblia misma niega el que toda la humanidad descienda de Adán y Eva; sin embargo, esto consta en ella con la mayor claridad. En el vers. 27 del Cap. I del *Génesis,* que hemos copiado en otro lugar, se dice que *Dios formó hombres machos y hembras,* o sea hombres y mujeres; pues bien, éstos no eran ni Adán ni Eva, quienes fueron creados más adelante, como puede verse en los versículos 7 y 22 del Cap. II.

De no haber existido más que Adán y Eva, los



hijos de éstos habrían tenido que tomar por mujeres a sus propias hermanas, cosa prohibida por su mismo Dios en las Escrituras (*Levítico,* Capítulo XX, vers. 17). Los hijos de Adán y Eva tomaron por esposas mujeres de los pueblos que descendían de los otros hombres y mujeres, creados anteriormente por Jehová, y a las que la Biblia llama *las hijas de los hombres,* las cuales, por el mero hecho de unirse a los hijos de Adán, quedaban incluídas en el pueblo escogido y pasaban a ser *las hijas de Dios.* Esto es precisamente lo que sucede todavía entre los israelitas que conservan el culto primitivo en toda su pureza.

Otra prueba de lo que decimos tenemos en el *Génesis,* Cap. IV, vers. 17, en el que se nos dice que Caín, hijo de Adán, *edificó una ciudad;* por consiguiente, alguien trabajaría y viviría en ella. Del mismo modo, en los versículos 14 y 15 del mismo capítulo, se nos dice que *Jehová puso una marca en Caín con objeto de que no le matase alguien que no lo conociera;* luego si había alguien que no lo conocía, claro está que no serían ni sus padres ni sus hermanos. Igualmente en el Cap. VI, vers. 4, se nos informa de que *había gigantes en la tierra.* Los judíos están firmemente persuadidos de que ellos son los únicos, verdaderos y exclusivos descendientes de Adán y Eva. Moisés, después de dar a su pueblo este origen especialmente divino, nos lleva de padres a hijos por medio de una cadena de nombres (cosa muy usual en la Biblia, como puede verse por las genealogías que en ella abundan), desde Adán hasta un individuo a quien llama Noé. Y aquí viene un acontecimiento muy conocido.

En todos los pueblos de origen muy antiguo existe el recuerdo de una gran inundación que hizo perecer ahogados a la mayor parte de los

hombres. Aquello consistió en un horrible terremoto en el que, hundiéndose la tierra por unos lados y levantándose por otros, hizo que los mares cambiasen de sitio, derramándose sobre los continentes, y haciendo desaparecer bajo el agua países enteros. Esto lo vemos reproducirse continuamente, aunque en menor escala, y en el año 1883 hemos tenido un ejemplo en el terremoto de Java, en el que se han hundido en el mar montañas enteras, mientras que en otras partes la fuerza del fuego y los gases interiores han levantado el fondo del mismo, formando nuevas islas y arrojando el agua sobre otros puntos, causando estos trastornos la muerte de muchos miles de personas y la desaparición completa de varias poblaciones.

Según Moisés, lo que se llama el diluvio no consistió en un temblor de tierra, sino en lo siguiente: Los hombres se habían vuelto tan malos, que Jehová *se arrepintió de haberlos creado*; palabras textuales de las Sagradas Escrituras (*Génesis*, Cap. VI, vers. 6 y 7). No pudiendo hacerlos mejores, y no siéndole posible castigarlos de otro modo, pues tanto Jehová como Moisés no sabían una palabra de Infierno, determinaron ahogar, no sólo a los hombres, sino hasta a los animales. Con este objeto, Jehová no se contentó ya con abrir las compuertas del cielo, como cuando quería hacer llover, sino que *fueron rotas todas las fuentes del abismo y las cataratas de los cielos fueron abiertas (Génesis*, Cap. VII, vers. 11), dejando correr el agua sobre los desdichados hombres y animales quienes, encerrados entre la media naranja sólida de arriba y la tierra plana debajo, quedaron ahogados como ratones en trampa. Como Moisés escribió miles de años después de ocurrido todo esto, pudo despacharse a su gusto. El



padre Scío trata de disculpar esta atrocidad de Jehová, asegurándonos que todos los hombres (menos Noé y su familia) eran unos malvados: suponemos que los niños de pecho eran unos malvados execrables. Lo peor del caso es que los hombres fueron, después del diluvio, tan malos como antes.

Según Moisés, lo único que se salvó del aguacero fué Noé, su familia y una pareja de animales de cada clase, todos los cuales se refugiaron en un buque hecho expresamente, precaución que tomó Jehová con objeto, sin duda, de evitarse el trabajo de crearlos nuevamente.

Una cosa hay en las Sagradas Escrituras que pocos católicos romanos españoles saben, y es que su Dios autoriza la poligamia, o sea el que un hombre pueda tener más de una mujer, como vemos lo hacían todos los santos patriarcas, lo que no les impedía ser santos. Pero, ¿qué decimos patriarcas? El preferido de Jehová, el santo rey Salomón, a quien, según las Sagradas Escrituras, Dios había concedido el don de la sabiduría, y a quien a menudo se aparecía conversando mano a mano con él, *tuvo setecientas mujeres legítimas y trescientas concubinas* (palabras textuales de las Sagradas Escrituras, *Libro de los Reyes*, Cap. XI, versículo 3), sin que esto pareciese mal a Jehová.

El reverendo padre Scío, en una de las numerosas notas con que quiere disimular las contradicciones y absurdos de la Biblia, nos informa que Jehová permitía la poligamia con objeto de que aumentase rápidamente la población; pero a este sabio doctor de la Iglesia se le olvidó notar que, siendo las mujeres poco más o menos tantas como los hombres, si uno tomaba dos mujeres, otro tenía que quedarse sin ninguna. Además, si ese Dios-Hombre de la Iglesia es omnipotente, le

habría bastado una palabra para crear todos los millones de seres humanos que le hubiese dado la gana.

La creencia, muy extendida entre los cristianos, de que Jesús abolió la poligamia, es un error; esta fué abolida por los mismos judíos, los cuales no permiten más que una mujer, y respetan el matrimonio al igual que los cristianos. Otros hay que se imaginan que entre el mandamiento *No cometerás adulterio* y la poligamia hay contradicción, lo cual es otro error. El adulterio no puede cometerse más que con aquella que no es nuestra mujer; y si hay autorización para tener varias, no hay tal adulterio Este se castigaba entre los judíos con pena de muerte. Los mahometanos, cuya religión es sacada de la cristiana y la judía, tienen los diez mandamientos y la poligamia.

Moisés, después de contarnos una porción de prodigios que él dice obró, entra en la parte seria de su historia refiriendo cómo él mismo constituyó su pueblo, fundando un gobierno teocrático al estilo del de Egipto, donde nació y fué educado; y de cómo igualmente les dió un código completo con todas las leyes que debían regir al pueblo escogido de Israel, leyes a las que, para mayor autoridad, dió origen divino, diciendo que Dios mismo se las había dictado.

Después de la muerte de Moisés, los doctores judíos continuaron la escritura de la Biblia. Por ella vemos que, en un principio, los sumos sacerdotes abarcaban todos los poderes, el temporal y el espiritual, pero que con el tiempo fueron quedando reducidos a simples jefes de la Iglesia judía, pasando el gobierno de la nación a manos del poder civil representado por reyes. lo cual es lo mismo que ha sucedido en todos los pueblos, como hoy en España, donde el gobierno trata de tomar a su cargo muchas funciones que le corresponden y que la Iglesia se arroga aún.



La monarquía hebrea llegó a su apogeo bajo el reinado de Salomón, si bien el inmenso poder que los historiadores judíos le dan en las Sagradas Escrituras, son pura obra de sus imaginaciones orientales, pues ni aun en los tiempos de su mayor poderío tuvo la nación judía una extensión mayor de la mitad de España.

Unida a esta antigua historia hebrea va una porción de sermones de individuos a quienes los judíos llaman profetas, y que equivalen a los modernos predicadores cristianos. Las profecías de aquellos santos varones se reducían a decir que las costumbres estaban perdidas, que los hombres se hacían cada día peores, que cuando menos lo esperasen iba a suceder alguna cosa, etcétera, etcétera.

Cualquier acontecimiento desgraciado lo atribuían a a la cólera de Jehová. Sus profecías eran del calibre siguiente: cuando salía mal alguna guerra y los enemigos se aproximaban a Jerusalén, profetizaban que la cosa iba a andar mal y que Jehová había decretado que los enemigos asolasen el país y entrasen en Jerusalén, en castigo de las maldades de sus habitantes. Afortunadamente aquellos santos profetas no sabían jota del infierno; de lo contrario, no habrían dejado de amenazar a los israelitas. A todas estas vulgaridades hay que añadir escritos del citado rey Salomón y de algunos otros, más o menos poéticos, más o menos filosóficos y más o menos indecentes, porque las Sagradas Escrituras están sazonadas con tales obscenidades, que su lectura es completamente imposible. no sólo a una soltera, pero ni a una casada que tenga algún pudor. El

conjunto de todo esto es lo que se llama el Antiguo Testamento.

Los cristianos admitieron como divinos esta historia y estos escritos de los judíos, y continuaron su redacción añadiendo los cuatro Evangelios, o sean las cuatro vidas de Jesús, compuestas por San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, y algunos escritos de San Pablo, San Juan y otros. Esta segunda parte, exclusivamente cristiana, que viene a constituir un quinto de las Escrituras, es la que se llama el Nuevo Testamento, que en unión del Antiguo forman esa famosa Biblia de la que unos por ignorancia, otros por tontos o pretenciosos y no pocos por pillos, hablan con tanta admiración. Habiendo sido escrita la Biblia por innumerables personas, cada una de las cuales ha hecho decir a su Dios lo que le ha parecido bien, resulta que éste se contradice a cada paso.

Con la Biblia en la mano se puede defender o condenar la esclavitud humana, o sea la compra y venta de hombres; con ella se puede defender la Monarquía absoluta, lo mismo que la República cantonal; igualmente defender o atacar el tener una mujer o quinientas, así como el divorcio por la simple voluntad de ambos cónyuges o del marido solo. El Dios de las Sagradas Escrituras ordena a su pueblo no robar, no matar y amar a su prójimo como a sí mismo y a renglón seguido le manda que ataque, robe y degüelle a los pueblos vecinos que ningún daño le habían hecho, convirtiéndose así en jefe de ladrones y asesinos, lo cual no está muy en consonancia con lo que nos dicen de que Jesús era ese mismo Dios que se ofrecía como víctima humilde.

Con la Biblia puede probarse que los hombres son y no son responsables de sus acciones; puede probarse que Jesucristo era Dios y no lo era; que subió al cielo y no subió; que el Espíritu Santo es un Dios y que no lo es; que Dios es justo y que es injusto; que es bondadoso y que es cruel; que es bueno y que es malo; que es sabio y que es tonto; que es todopoderoso y que no lo es, etc., etc. En las Escrituras consta que hay brujas y brujos, y que hay hombres que pueden saber el porvenir sin ser profetas y pueden hacer milagros sin ser santos. Con ellas en la mano puede probarse que el Papa católico romano es el Anti-Cristo, y que sus sacerdotes son los demonios, mientras éstos, hace ya un siglo, aseguraban poder probar que el Anti-Cristo era Napoleón I. Con las Sagradas Escrituras delante puede demostrarse que ni hay alma, ni vida futura, buena ni mala, y sin embargo en las mismas se dice que Jesús hablaba de otra vida. Con la Biblia puede atacarse y defenderse todas cuantas doctrinas puedan ocurrírseles a los hombres, de cualquier clase que aquellas sean.

El estilo alegórico, enigmático y hasta incomprensible en que expresamente está escrita la Biblia, sobre todo en la parte de profecías es tal, que hay punto en que no se sabe si la profecía se refiere a alguna guerra entre los judíos y sus enemigos y la entrada de éstos en Jerusalén, o como gravemente aseguró un doctor de la Iglesia, a la guerra franco-prusiana y a la entrada de los alemanes en París en 1871. Del mismo modo hay profecía que no se sabe si se refiere a algún bicho raro, o al Espíritu Santo, o a Jesucristo o a una locomotora, pues no falta reverendo Padre que asegura que el ferrocarril y el telégrafo están profetizados en la Biblia, a lo cual añadiremos nosotros que, hablándose en ella también de grandes animales que vuelan, debe ser esto alguna

evidente profecía referente a aparatos de navegación aérea.

Con lo dicho basta para que cualquiera comprenda que las Sagradas Escrituras son sencillamente el resultado de lo que los judíos, empezando por Moisés, fueron escribiendo durante dos mil o tres mil años, a las cuales más tarde contribuyeron también los cristianos, saliendo de todo ello este verdadero galimatías de los galimatías.

De este almacén inagotable de opiniones contrarias es de donde los doctores de la Iglesia, que ya tienen estudiados los caminos, sacan sus argumentos para defender hoy lo que condenaban ayer, y que con la misma facilidad podrán defender nuevamente mañana. Con la Biblia sucede lo que con los refranes, que cada uno tiene otro que le es contrario, como por ejemplo: *Al que madruga Dios le ayuda,* contra el cual hay el de: *No por mucho madrugar amanece más temprano*

Tal es la infinita variedad de doctrinas de las Sagradas Escrituras, que puede abolirse la religión cristiana y establecerse cualquiera otra sin que haya que cambiar una sola letra de ellas. Bástanos saber que la Biblia no solamente sirve de base a más de cien diferentes iglesias cristianas, sino a la religión judía y a la mahometana, cuyo Korán es casi todo copiado de las Escrituras.

Con la Biblia, en fin, puede probarse todo, absolutamente todo menos el que su Dios fuese de la misma opinión cincuenta años seguidos.

Hasta el Concilio de Trento, convocado en 1545, no quedó definitivamente decidido qué escritos eran los que la Iglesia debía considerar como sagrados, y componer, por lo tanto, la Santa Biblia, la cual, como acabamos de demostrar, no es más Santa que la *Historia de España* por el Padre Mariana, en la que tampoco faltan milagros.

# LA RESURRECCION

## SEGUNDA PARTE

*La resurrección, base de la divinidad de Jesús—Incredulidad de los apóstoles.—Desaparición del cuerpo de Jesús.—Los inescrutables designios de Dios.—Jesús, resucitado, no es visto de nadie más que de sus propios discípulos. —Contradicciones de los evangelistas.—El dicho de los discípulos de Jesús, única base de la resurrección.—Falsedad evidente de esta fábula.*

### I

La resurrección es el hecho principal en que la Iglesia se apoya para decir que Jesús era Dios, lo cual no es lógico, pues San Mateo, en el Capítulo XXVII, versículos 52 y 53, nos dice que al morir Jesús resucitaron muchos santos, salieron de sus sepulcros y fueron a Jerusalén, en donde se presentaron a muchos; y a pesar de ello la Iglesia, no sólo no los ha tomado por Dioses, sino que ni siquiera se saben los nombres de aquellos santos resucitados, quienes, después de su excursión, se volverían a sus sepulcros, aburridos de no encontrar ningún conocido, quienes ya habrían muerto. Y aquí ocurre una dificultad, y es: cómo las gentes que los vieron en Jerusalén sabían que eran santos, que acaso hacía doscientos o trescientos años que habían muerto. Además, los milagros de Jesús no son

mayores que los de cualquier santo de los que la Iglesia Romana tiene miles, y los prodigios de unos y otros, quedan reducidos a juegos de niños ante las prodigiosas maravillas que Moisés ejecutó, según él mismo nos refiere en las Sagradas Escrituras; y, sin embargo, ni judíos ni cristianos tienen a Moisés por Dios.

Sea de esto lo que quiera, tanto la Iglesia Romana, como la Griega, como la Episcopal, la Presbiteriana, etc., etc., han hecho y hacen los mayores esfuerzos para presentar la resurrección de Jesús como un hecho que verdaderamente ocurrió. ¡Todo, inútil! La mentira podrá edificarse sólidamente, al parecer; pero, si dirigimos sobre ella la luz de la razón, muy pronto encontraremos alguna grieta por la que, penetrando la cuña de la verdad, echará abajo toda la obra. La resurrección no tiene el inconveniente de los otros milagros de Jesús: el de ser contados por sólo una parte de los evangelistas. Este hecho es referido en todos los cuatro Evangelios; y si en ellos le leemos sin fijarnos, nos parece hallarlos acordes; pero, si repetimos su lectura una segunda y tercera vez, empezamos a notar mil contradicciones incompatibles con la verdad y, por lo tanto, con la divinidad que se quiere atribuir a aquellos escritos.

Lo primero que salta a la vista es una sorprendente resistencia por parte de los apóstoles a creer que Jesús pudiese haber resucitado, lo cual demuestra claramente que todos los dichos que en los mismos Evangelios se atribuyen a Jesús de que resucitaría a los tres días, son falsos. De lo contrario, ¿cómo podían negar los apóstoles su resurrección? Y si sus propios discípulos dudaban que pudiese resucitar, claro está que no



tenían a Jesús por Dios, sino por un simple mortal, creencia que, como más adelante veremos, fué la de los primeros cristianos. Por lo demás, haremos notar la ninguna importancia de las profecías atribuídas a Jesús, como, por ejemplo, la destrucción de Jerusalén por los romanos, pues habiéndose escrito los Evangelios después de ocurridos aquellos acontecimientos, nada más fácil que profetizar lo pasado.

A pesar del mar de palabras inútiles con que los evangelistas nos quieren oscurecer los hechos, vemos que al amanecer del primer día de la semana, que para los judíos es el domingo, había ya desaparecido del sepulcro el cuerpo de Jesús. Dicho sepulcro consistía en una cueva tallada en piedra y tapada con una losa. (San Marcos, Capítulo XV, vers. 46). Ahora bien: San Mateo nos cuenta (Cap. XII, vers. 40), que Jesús había dicho estas palabras: *El hijo del hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra.* Muriendo el viernes por la tarde, era necesario, para que la profecía se cumpliese, que no resucitase hasta el lunes por la tarde. Habiendo desaparecido el cuerpo el domingo de madrugada, resulta que no estuvo en el sepulcro más que un día y dos noches, y que la prisa de los evangelistas en resucitarle hace salir falsa la profecía.

San Mateo dice que en la mañana del domingo fueron *dos mujeres,* Magdalena y María, a ver el sepulcro. San Marcos dice que eran *tres,* Magdalena, María (madre de Santiago) y Salomé, las que fueron, *salido ya el sol,* no a ver el sepulcro, sino *a embalsamar el cuerpo,* para cuyo efecto compraron aromas; pero esto lo contradice redondamente San Juan, afirmando que *el cadáver había sido ya embalsamado el viernes* con nada menos que cien libras de mirra y áloe. A nosotros nos parece

milagroso el que nadie viese la inutilidad de embalsamar un cuerpo que había de resucitar a los tres días. Igualmente contradice San Juan a sus compañeros asegurándonos que *sólo María Magdalena fué a visitar el sepulcro*, y que esto no ocurrió *salido ya el sol*, según dice San Mateo, sino *cuando aun era oscuro.*

San Mateo nos cuenta que ocurrió *un gran terremoto;* pero como los demás no refieren este fenómeno, debemos atribuirlo a lo muy partidario que era aquel santo de esta clase de milagros. Según el mismo autor, *un angel* bajó del cielo y, quitando la piedra de la entrada, se sentó sobre ella. Igualmente nos asegura que el tal angel estaba *vestido de blanco y tenía aspecto de relámpago.* San Marcos lo contradice, diciéndonos que era *un mancebo* sin relámpago; que se hallaba sentado no fuera, sino dentro. En cambio San Lucas desmiente todo esto, pues según él ni fué un angel, ni un mancebo, sino *dos varones.* Para acabar de mostrarnos lo muy de acuerdo que todos se hallan, San Juan, que fué el único evangelista que dice vió el sepulcro, no notó ni ángeles de relámpago, ni mancebos, ni varones. Lo que éste refiere es que Magdalena, habiendo ido al sepulcro y encontrándole vacío, vino a decirles a Pedro y a él que habían quitado el cadáver y no sabía en dónde lo habían puesto; y que habiendo corrido allá, no encontraron más que los lienzos y la sábana en que había estado envuelto el cuerpo. Es cierto que dice que después que él y Pedro dejaron el sepulcro, Magdalena descubrió dos ángeles dentro de él, no dejando de ser milagroso el que ellos no lo hubiesen visto.

San Mateo nos refiere, como cosa muy corriente, uno de los acontecimientos que más prodigiosos hallamos nosotros en toda la Biblia. Ya hemos



visto que ni los mismos apóstoles sabían que Jesucristo iba a resucitar, y a pesar de esto San Mateo da la cosa por tan conocida, que con la mayor frescura nos afirma que se pusieron guardias alrededor de la tumba para que los discípulos no robasen el cadáver de Jesucristo y dijesen después que había resucitado. Desgraciadamente al presentarse el famoso *ángel de relámpago,* quedaron los soldados *como muertos,* siéndoles, por lo tanto, imposible presenciar cómo tuvo efecto la resurrección. Después que volvieron en sí se encontraron con el sepulcro vacío, y fueron corriendo a dar la noticia a los príncipes de los sacerdotes. Y ahora viene el verdadero milagro de la resurrección.

Los sacerdotes no dudan por un momento de que Jesús ha resucitado; y a pesar de que este hecho tenía que convencerles de su divinidad, en lugar de reconocer su error y correr a adorarle, dan dinero a los soldados a fin de que digan que el cuerpo había sido robado, sin calcular que gastaban el dinero en balde; pues si había resucitado, los desmentiría presentándose nuevamente ante todos, sin que a ellos les fuese posible impedirlo, puesto que claro estaba que era Dios; y si no había resucitado, quedaba probado que Jesucristo era un hombre y, por lo tanto, ninguna necesidad tenían de comprar a los soldados. También es milagroso el que, tanto éstos como los sacerdotes judíos, hiciesen traición a su propia conciencia continuando en su error, cosa inconcebible. Esta leyenda, que corre parejas con la de la traición de Judas, es tan disparatada que ninguno de los otros evangelistas se ha atrevido a decir una palabra de guardias ni de sacerdotes.

Resulta, pues, que en lo único que están conformes los cuatro evangelistas es en que nadie

absolutamente nadie, vió resucitar ni salir del sepulcro a Jesús, siendo sumamente extraño que estos escritores, que tan minuciosos son en los más pequeños detalles de cosas insignificantes, no hayan tenido una palabra para describirnos el acto de la resurrección; y si se nos dice que nadie la vió, preguntaremos; ¿Quién le dijo a San Marcos que Jesús estaba sentado a la derecha de Dios, según veremos más adelante?

Todos cuantos fueron a visitar el sepulcro lo encontraron abierto y vacío; natural es, pues, que los judíos, que no volvieron a ver a Jesús ni muerto ni vivo, no creyesen en tal resurrección, sino en que era un hombre como cualquiera otro, y que los discípulos suyos hicieron desaparecer el cadáver con objeto de poder decir que había resucitado. El mismo San Mateo no puede menos de confesar *que, en su tiempo, esa era la creencia general.* Lo mismo exactamente sucedería hoy si entre nosotros se repitiese un acontecimiento semejante.

## II

No pudiendo negar los defensores de la divinidad de Jesús el hecho de que los judíos no creyeron en sus milagros, lo que parece indicar que no los hizo, alegan que es porque Jesús no quería que creyesen; de lo contrario, todos se habrían convencido de que era Dios, y nadie se habría atrevido a crucificarle, aunque él mismo lo hubiese pedido. Perfectamente, contestaremos; pero si esto es así, ¿qué objeto se llevaba en hacer milagros inútiles? Lo natural entonces habría sido empezar por hacerse crucificar, resucitar y dar comienzo a su predicación, haciendo milagros que sirviesen.



Como el Catecismo dice que *doctores tiene la Iglesia que sabrán contestaros*, cada vez que se nos han ocurrido dudas por estilo de esta, nos hemos dirigido humildemente a algún señor doctor, quien ha empezado siempre su explicación diciéndonos palabras en latín, no adelantando con ellas más que perder el tiempo en traducirlas. Una vez hecho esto, han resultado ser citas de San Agustín, o San Gregorio, o San Jerónimo, o algún otro santo; pero como las opiniones de estos santos no tienen para nosotros más fuerza que la del sabio doctor con quien hablamos, porque lo que nosotros queremos son razones, dígalas quien las diga, concluye el doctor de la Iglesia por asegurarnos gravemente que estos que a la luz de la razón son desatinos clarísimos, no son desatinos, sino *los inescrutables designios de Dios*, esperando que él nos concederá su gracia para creer en lo que nos es completamente imposible creer.

Este es un modo muy satisfactorio de despachar a los curiosos; pero como nosotros no hemos supuesto que por haber nacido de padres católicos romanos y habernos ellos enseñado que esta religión era la verdadera, debíamos de dar aquello por cierto sin examinar otras que tienen tantos y aun más creyentes que la cristiana, y como en todas hallamos dudas, cada vez que hemos visitado un diferente país en el que creen en una religión diferente, y con objeto de averiguar si realmente existe alguna verdadera, nos hemos dirigido a sus sacerdotes pidiendo nos explicasen las dudas que nos impedían creer en su religión; éstos no nos citaron a los Santos Padres cristianos, sino a los Santos Padres de sus religiones: a Moisés, a Confucio, a Mahoma, etc.

Pero, como ya hemos dicho, a nosotros no nos convencen los hombres, aunque tengan los nom-

bres más famosos del mundo; a nosotros nos convencen las razones, y estos doctores de estas religiones concluían siempre por decirnos que los los que parecían desatinos no eran desatinos, sino *los inescrutables designios de Dios*, esperando que él nos iluminaría y nos haría ver que la religión del que nos hablaba era la única verdadera. Con esto hemos quedado completamente convencidos de que *esos designios* son *inescrutables*, puesto que inspiran a los hombres el que crean de buena fe en religiones totalmente contrarias y, por consiguiente, falsas; pero lo que no tiene nada de inescrutable son los designios de todos los sacerdotes de todas las religiones, designios que consisten sencillamente en engañar a la crédula humanidad para vivir a costa de ella.

Una vez el sacrificio consumado y resucitado Jesús, esperamos va a presentarse a los príncipes de los sacerdotes que le condenaron de buena fe creyéndole hombre, al gobernador Pilato y a Jerusalén entera, convenciendo a todos de su divinidad con su simple presencia. Pues bien: a pesar de los muchos milagros inútiles que nos dicen había hecho antes para hacer creer a las gentes, ahora que se presentaba la oportunidad de hacer uno sobre el que no podía caber duda, vemos con asombro que por testimonio unánime de los cuatro evangelistas, *no se presentó sino a sus discípulos y a las mujeres que iban con ellos.*

Pero, se nos dirá: ¿no cabrá duda de que estuvó cuarenta días en su compañía y que, por lo tanto, algunos otros tendrían que verle? Nada de eso; Jesús, desde que nos cuentan que resucitó, no volvió a hacer vida común con los apóstoles, pues sólo se les mostró dos o tres veces a manera de aparición. En cuanto a los cuarenta días de su estancia en la Tierra, es una de las mil fábulas



inventadas por la Iglesia. Los Evangelios nada dicen de ello; antes al contrario, San Lucas nos asegura *que subió al cielo el mismo día que resucitó.*

Pero, en fin, se nos objetará: ¿los evangelistas estarán conformes en el número de apariciones y en los sitios en que aquéllas tuvieron lugar? Tampoco. He aquí la reseña de las veces que, según los evangelistas, se presentó a sus disdiscípulos: San Mateo, una vez; San Marcos, dos veces; San Lucas, dos veces; San Juan, tres veces. Si en la variedad está el gusto, hay que confesar que aquí no falla; y para que ésta sea completa, mientras San Mateo y San Juan le hacen aparecer en Galilea, San Marcos y San Lucas dicen que fué en Jerusalén y en sus alrededores. Ahora bien: entre Jerusalén y Galilea se halla toda la Samaria.

Igual divergencia en la aparición a las mujeres. San Mateo la cuenta de un modo; San Juan de otro enteramente opuesto; San Lucas no dice una palabra de ella. Según el original de San Juan, el cuerpo de Jesús resucitado era diferente del que tenía antes; porque de las tres veces que, según él, se apareció a los discípulos, lo hizo pasando al través de las puertas cerradas, especialidad que no le privaba de afirmar que no era espíritu, sino cuerpo de carne y hueso; y tanto es así, que comía, y Santo Tomás pudo meterle los dedos por los agujeros de las manos y los pies.

Largo y por demás cansado sería continuar haciendo notar las mil contradicciones y absurdos en que incurren los evangelistas al querer hacernos creíble la resurrección de Jesús. El hecho terminante e innegable de que nadie, absolutamente nadie, le viese resucitado más que sus propios discípulos, y no haber otro testimonio de

que semejante cosa haya sido cierta que el dicho de dos de ellos, San Mateo y San Juan (los otros dos evangelistas ni fueron discípulos ni vieron jamás a Jesús), quienes, naturalmente, tenían el mayor interés en hacer creer que su maestro había resucitado, demuestra de la manera más evidente y palpable que la resurrección es una fábula malísimamente arreglada.

# LA ASCENSION

*Según San Lucas.—Según San Marcos.—Contradicciones entre estos dos evangelistas.—Jesús sube al cielo la noche del mismo día que resucita.—San Mateo y San Juan dejan a Jesús en la Tierra.—Reflexiones.*

## I

Repetimos aquí todo lo que los evangelistas nos dicen acerca de este suceso.

*San Lucas (Cap. XXIV, vers. 51).—Y aconteció que mientras los bendecía se partió de ellos, y era llevado al cielo.*

*San Marcos (Cap. XVI, vers. 19).—Y el Señor Jesús, después que les habló, fué recibido arriba en el cielo y está sentado a la diestra de Dios.*

San Mateo.—Este evangelista nada dice sobre el particular.

San Juan.—Tampoco éste dice una palabra.

Los evangelistas, después de resucitar a Jesucristo, no supieron qué hacer con él. San Marcos y San Lucas dicen que subió al cielo, a pesar de que, como sabemos, ni uno ni otro fueron discípulos, ni vieron semejante ascensión, lo cual no impide a San Marcos asegurarnos que al llegar Jesús tomó asiento a la derecha de Dios.

Parece natural que, ya que la resurrección ocurrió tan en secreto que nadie absolutamente la presenció, la ascensión, por el contrario, tendría efecto de la manera más pública, pues ningún otro milagro se presta como este para ser visto

de muchos; milagro por otra parte en el que no puede caber la más remota duda, por no estar en lo humano el que un hombre, sin máquina alguna, pueda elevarse sobre la Tierra.

Si el lector quiere tomarse el trabajo de repasar el capítulo que copiamos de San Marcos, verá que *la ascensión no la presenciaron mas que los once discípulos*, quienes estaban sentados a la mesa; resultando que Jesús, al elevarse, tuvo que atravesar el techo de la habitación, circunstancia conocida de muy pocos. Según San Lucas, no fué dentro de una habitación, sino que Jesús los llevó a Betania, que está a unos cinco kilómetros de Jerusalén, teniendo allí lugar la ascensión. Aquí Jesús hace la subida a campo raso; pero si leemos con detención, veremos que aquélla *tuvo que ser precisamente de noche*. En efecto: este evangelista nos dice, en el versículo 29, que cuando llegaron los discípulos a Emmaus comieron, volviendo a Jerusalén (1). En Jerusalén estuvieron con los otros discípulos, se apareció Jesús, comieron y hablaron nuevamente, saliendo después hasta Betania, con todo lo cual tenía que haber llegado la noche. Si añadimos que el que nos cuenta estas cosas es el famoso San Lucas, el mismo que nos dice escribió *de oidas*, podremos medir mejor el crédito que merecen sus palabras. Resumen: Que ni aun los dos únicos escritores que refieren este milagro están de acuerdo, ni de cómo ni de dónde tuvo lugar.

(1) Emmaus no está a sesenta estadios de Jerusalén, como dice el Evangelio, distancia que equivaldría a unos once kilómetros. Emmaus está a cuatro horas largas de camino, según nos consta, por haber hecho la excursión. Nosotros hemos recorrido con los Evangelios en la mano todos los puntos principales de que en ellos se habla, y, por lo tanto, podemos hablar con perfecto conocimiento de causa.



Se preguntará: ¿Por qué San Mateo y San Juan no hacen subir a Jesús al cielo? Aquellos evangelistas se negaron a ello porque si lo llevaban al cielo en cuerpo y alma, iba a resultar un Dios de carne y hueso, cosa que parecerá muy natural a muchos para quienes Dios es un hombre más o menos poderoso, una especie de brujo; pero semejante concepción del Ser Supremo e Infinito no puede caber en el entendimiento de una persona medianamente pensadora. En este dilema, y no atreviéndose a hacer morir nuevamente a Jesus, determinaron dejarle entre nosotros, como lo hace San Mateo al final de su historia, afirmándonos que continuaría en la tierra hasta el fin del siglo. Si se refiere al siglo en que aquel santo escribió, ya Jesucristo debe haber muerto por segunda vez hace tiempo. San Juan nos deja en la misma incertidumbre, según puede verse en el capítulo final que de su Evangelio copiamos en otro sitio.

Muy lejos estuvieron aquellos santos escritores de imaginarse que sus diferencias de opinión acerca de la divinidad de Jesucristo y de admitir un Dios corporal y humano, iban a dar lugar a la famosa cuanto inconcebible trinidad de los cristianos.

## II

La Iglesia dice que el Todopoderoso e Infinito Dios tenía que venir a este mundo, perdido entre los infinitos millones de mundos que pueblan el espacio, para ser sacrificado en él por seres por él mismo creados, y que no tienen más importancia ante su inmensidad que el insecto apenas visible que, sin notarlo, aplastamos bajo nuestro pie.

A la pregunta de ¿qué objeto llevaba Dios en

ello? nos contesta la Iglesia que lo hizo para rescatarnos de un Dios malo llamado el Diablo. Semejante cosa es el colmo del absurdo. Lo único concebible es que Dios destruyese al Diablo o nos hiciera menos imperfectos, o nos perdonase lisa y llanamente; pero decir que Dios estaba agraviado y para desagraviarse se hizo hombre y se sacrificó él a sí mismo, es un rompecabezas sin solución, inventado expresamente para confundir a los crédulos fieles. Por lo demás, no es cierto que nos haya rescatado; porque, una de dos: o antes de Jesús todos los hombres iban al Infierno lo cual no sólo habría sido una injusticia, sino que resultaría que una porción de santos anteriores a Cristo están en el Infierno; o todos los hombres van ahora al Cielo, lo cual niega la Iglesia.

Si Jesús realmente hubiese resucitado, lejos de haberse ocultado a todos y de desaparecer en seguida, habría recorrido no el rincón de la Tierra llamado Judea, sino el mundo entero, convenciendo a todos, sin excepción, no con milagros tan ridículos como inútiles, sino con su divina voluntad, ante la cual nada ni nadie habría podido resistirse. Si rebajando a Dios infinito hasta nosotros lo dotáramos de deseos y deseara persuadir a los hombres de alguna cosa, no necesitaría resucitar muertos, curar enfermos ni sacar demonios del cuerpo, sino que diría: SEA, y SERÁ.

# LA IGLESIA

## PRIMERA PARTE

*El cristianismo y el paganismo.—Paralelo entre el paganismo y el romanismo.—Edicto de Constantino.—Origen de la Iglesia.—Los obispos.—Los Concilios.—Composición de Evangelios.—Concilio de Nicea.—Prueba de que Jesús no era Dios.—La trinidad cristiana y la trinidad de Brahma.—Jesús declarado Dios, el año 325.—El Concilio de Antioquía decreta que Jesús no es Dios, el año 341.—Concilios contradictorios.—El Papa y el Gran Lama.—El obispo Arrio.—Los católicos romanos y los cristianos arrianos.—Recaredo I declara que Jesús es Dios, el año 600.—Prueba de que no existía la trinidad. —La trinidad de otras religiones.—La fe.—Por qué hubo que inventarla.—El sabio predicador y el sentido común.*

### I

Se nos ha repetido y repite que la religión cristiana echó por tierra la pagana. Esto es cierto, y prueba afortunadamente que la Humanidad avanza y que la razón y la verdad se abren camino.

La religión cristiana (advirtiendo que decimos cristiana, no romana), era inmensamente superior a la idolatría del paganismo. La primera representaba la gran verdad: la de que no hay ni puede haber más que un Dios. En los sitios de reunión de los primeros cristianos no se rebajaba

al Ser Supremo presentándole con figura humana. La adoración de ídolos bajo la forma de santos, como hoy la practica la Iglesia romana, habría horrorizado a aquellos verdaderos observadores de las doctrinas de Jesucristo. El paganismo, en cambio, reconocía una multitud de dioses, poseídos de todos los vicios y pasiones de la Humanidad, bajo cuya forma se representaban. Con el nombre de semidioses adoraban hombres que habían existido, culto que corresponde exactamente al que hoy da a los santos la Iglesia de Roma. Por último tenían diosas, lo mismo que los católicos tienen vírgenes y santas.

Aquella religión se hallaba completamente desprestigiada entre las personas pensadoras, desde antes de nacer Jesús; y, sin embargo, es tal la fuerza de la educación y de la costumbre, que sólo después de trescientos años de lucha continua logró el Dios único de Jesucristo vencer a los dioses humanos y absurdos del paganismo. Por último, el año 313, el emperador Constantino proclamó un edicto, decretando que la religión cristiana no sólo sería tolerada en sus Estados, sino que el gobierno contribuiría a su sostenimiento al igual de la pagana.

## II

Ya desde el segundo siglo después de Jesucristo habían empezado algunos hombres ambiciosos a formar congregaciones, de las que se hicieron jefes, siendo éste el origen de los pastores u obispos, quienes, so pretexto de apacentar las ovejas del Señor, lo que hacían era esquilarlas. De estos mismos hombres, y del cristianismo que más adelante fundaron, nos ocupamos en los capítulos dedicados a la Iglesia Romana.



Con el tiempo los convertidos fueron aumentando, y estos obispos, con objeto de apoyarse mutuamente, determinaron tener reuniones para ponerse de acuerdo respecto de las mejores medidas que se debían tomar para el esquileo de sus respectivas ovejas o fieles: este es el origen de los Concilios.

En las muchas reuniones que tuvieron lugar desde fines del siglo II hasta principios del siglo IV después de Jesucristo, y que celebraban en sitios secretos, tanto por temor a los paganos como por no hacer partícipe a nadie de sus determinaciones, se forjaron los mil y un documentos falsos que más tarde sirvieron de base para engañar y dominar a una gran parte de la humanidad. De las reuniones secretas celebradas en Roma salió el Evangelio de San Mateo, que por este motivo fué y es el favorito de la Iglesia romana, así como de las celebradas en Constantinopla, en Efeso, en Cartago, etc., etc., salieron los innumerables Evangelios que existieron durante los primeros siglos del cristianismo, documentos que, como luego probaremos, no pudieron haber sido escritos por los individuos a quienes se atribuyen.

Una vez que, por medio del decreto del emperador, los jefes cristianos se vieron, no sólo libres para ejercer públicamente su culto, sino protegidos y mimados por Constantino, quien deseaba atraerlos a su partido, determinaron los obispos de toda la cristiandad reunirse en un gran Concilio, decidiendo fuese convocado en Nicea, como así se hizo en el año 325 después de Jesucristo. El Concilio tenía dos objetos principales: primero, averiguar si Jesús había sido realmente Dios; y segundo, fijar un código de creencias, leyes y reglamentos que rigiese a todos los cristianos sin excepción.

Lo primero que han hecho siempre todos los fundadores de religiones ha sido presentarse como instrumentos de Dios, y los reverendos obispos no se olvidaron de esta primera parte, votando por unanimidad el que se hallaban inspirados por el Espíritu Divino y que, por consiguiente, Dios y no ellos era el que hablaba. Una vez inspirados por obra y gracia de sí mismos, se puso a discusión lo de si Jesucristo había sido hombre o Dios.

Por regla general, cuando decimos a los católicos que durante los primeros trescientos años después de Jesucristo, ni la mayoría de los cristianos mismos creía que hubiese sido Dios, dudan de nuestra palabra, pues las gentes hoy se imaginan que aquella era una cosa tan conocida y notoria, como es conocido el que hace trescientos años, Felipe III era rey de España. Sin embargo, cualquiera que desee convencerse de que Jesús era tenido por hombre por los primeros cristianos, no tiene más que leer alguna de las muchas «Historias de los Concilios» o «Historias de las Iglesias cristianas», aun las escritas por los propios doctores de la Iglesia Romana. Pero ¿qué mejor obra podemos citar que los propios Evangelios, en los que a menudo vemos que los mismos apóstoles dudaban que Jesús fuese Dios, ni que fuera posible hubiese resucitado? Por último, el haberse reunido el Concilio de Nicea con el objeto de decidir este punto, prueba de la manera más clara y evidente el que, por lo menos, una parte muy importante de los cristianos no creía que Cristo hubiera sido más que hombre; y lo sucedido después del Concilio nos demostrará si estamos o no en lo firme. Parece que, hallándose todos los obispos divinamente inspirados, habrían sido todos de la misma opinión acerca de si Jesús era o no Dios: pues nada de eso; porque fueron tales los escándalos de los inspirados obispos, que después de cinco siglos ha llegado hasta nosotros la frase de *se armó la de Dios es Cristo*, que fué justamente lo que sucedió en el famoso Concilio de Nicea.



Tanto los defensores de la divinidad como sus contrarios, presentaron en su apoyo infinidad de Evangelios contradictorios, pero la ventaja estaba al lado de los que negaban la divinidad, pues podían probar su dicho de varias maneras con los propios Evangelios que presentaban sus adversarios. He aquí una de las pruebas:

Ya hemos visto que San Lucas y San Marcos hacen subir a Jesús al Cielo con el mismo cuerpo humano que tenía en la Tierra, llegando San Marcos hasta asegurar que *se sentó a la derecha de Dios* (Cap. XVI, vers. 19), de lo que resultaba no sólo el que Dios era un hombre de carne y hueso, sino que, habiéndose sentado *a la derecha* de otro, claro está que había dos. De aquí dos desatinos: el que Dios tenía cuerpo, como los dioses de los paganos, y el que había dos dioses; y como esto no era posible, había que convenir, o que Jesucristo no era Dios, o que no lo era el otro. Resultaba, pues, que con llevar a Jesús al Cielo, no se adelantaba nada; y si, como decían San Mateo y San Juan, Jesús no subió, ¿en dónde estaba, puesto que en los Evangelios se afirma terminantemente que después de resucitado *no era espíritu, sino que tenía carne y huesos* como antes? (San Lucas, Cap. XXIV, vers. 39). Otros eran de opinión de que había vuelto a morir; pero entonces no era creíble que hubiese resucitado, ni mucho menos el que hubiese sido Dios.

Estas dificultades las habían ya previsto los obispos de Oriente que eran partidarios acérrimos de

la divinidad de Jesús, quienes conocían perfectamente la religión de Brahma, en la cual había y hay un Dios compuesto de tres dioses: Brahma, Vichnú y Siva. Así, pues, a los que pusieron por razón que no podía haber dos dioses, contestaron que no sólo había dos, sino tres; porque lo que se llamaba el Espíritu Divino no era tal inspiración divina, sino un Dios llamado Espíritu Santo, componiendo la trinidad cristiana en esta forma: Jehová, Dios Padre; Jesús, Dios Hijo; Espíritu Santo, Dios intermedio y mensajero, razón por la cual tenía figura de paloma; cuyos tres dioses no eran más que uno.

En apoyo de tan peregrina y absurda teoría presentaron los partidarios de ella más de veinte Evangelios en los que se hacía hablar a Jesús del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y, por consiguiente, de la Trinidad. Estos Evangelios fueron más adelante declarados falsos por la Iglesia, con excepción de uno: el de San Juan. De esta manera desatinada explicaron cómo Jesús podía ser Dios, sin que hubiera más que un Dios. Después de mil disputas se puso a votación la Santísima Trinidad, resultando aprobada por la mayoría, y en su consecuencia se declaró oficialmente que, además del Dios Jehová, Jesús había sido y era Dios, existiendo otro Dios llamado Espíritu Santo; pero al mismo tiempo se decretó que, siendo aquello un misterio divino, a pesar de ser cada Dios un Dios aparte, no formaban entre los tres más que uno, añadiendo que, si esto no lo podía entender nadie, consistía en que las cosas de Dios están por encima de la inteligencia humana. Por esto mismo decían que Jesús podía ser Dios y tener cuerpo.

La existencia de la Santísima Trinidad se decidió por mayoría de votos, pero los obispos honrados que votaron en contra, protestaron de tan descaradas imposturas; y fué tal la agitación que entre una gran parte de los cristianos produjo el decreto del Concilio de Nicea, que el año 341 se reunía un nuevo Concilio en Antioquía, en el cual el Espíritu Santo declaró, por boca de los cientos de obispos allí reunidos, que Jesucristo no era Dios, que había venido al mundo en figura de hombre, y que, por consiguiente, no había trinidad alguna, declarando así el Espíritu Santo mismo que no existía Dios Espíritu Santo. A este Concilio siguieron otros muchos, en los que tan pronto el Espíritu Santo inspiraba que había trinidad como que no la había.



Del mismo modo que la idea de la trinidad cristiana fué sacada de la de Brahma, de la misma manera el Papa romano es una copia exactísima del Papa de los budistas, o sea el Gran Lama, no sólo en las atribuciones, sino hasta en el traje; y como la religión de Buda existe desde siglos antes de Jesucristo, claro está que no es el Gran Lama el que ha copiado al Papa, como pretenden los doctores de la Iglesia.

A la cabeza de los cristianos que no aceptaron la trinidad se hallaba el obispo Arrio, quien sostuvo siempre la verdadera doctrina de que Dios es uno e indivisible; de que Jesús no sólo no podía haber sido Dios, sino que él mismo jamás pretendió hacerse pasar por tal; que al llamarse hijo de Dios no hizo más que darse a sí mismo el nombre que aplicaba a los demás hombres, diciendo que todos eran hijos de Dios; que al llamar padre a Dios no dijo que fuese su padre en particular, y la prueba más clara estaba en el Padrenuestro, compuesto por él, en el que todo cristiano llama padre a Dios. En cuanto al Espíritu Santo, siempre afirmó ser el espíritu o ins-

piración divina, pero de ningún modo un Dios aparte.

La Iglesia cristiana quedó, pues, dividida en dos diferentes iglesias: la de los católicos romanos y la de los cristianos arrianos. Hasta el siglo VII, los españoles fueron cristianos arrianos; pero el rey Recaredo, que era partidario de la divinidad de Jesús y por lo tanto de la trinidad, la implantó en nuestra patria por medio de un decreto, el año 600 después de Jesucristo, en el que se condenaba a muerte a todo el que hablase o escribiese algo en oposición a este misterio, poniendo a España al mismo tiempo bajo el yugo de los Papas de la Iglesia de Roma.

III

Si la trinidad cristiana es verdadera, claro está que tiene que haber existido desde que Dios existe. Resulta, pues, que Dios ocultó este misterio a los hombres durante más de cuatro mil años, pues antes de Jesucristo nadie sabía palabra de semejante cosa. Así, pues, del mismo modo que Dios tuvo aquel capricho durante aquel tiempo, igualmente puede hoy estarnos ocultando algún otro misterio esencial, pues todo se puede esperar de un Dios que, como el Dios de la Biblia, está perpetuamente cambiando de opinión.

Muchos sabios Padres de la Iglesia, y muchos que no son padres más que de sus hijos, pero que también la echan de sabios, exponen como argumento a favor de la trinidad cristiana el que otras religiones antiquísimas, y muy anteriores a aquélla, han tenido y tienen trinidades. Semejante alegato, lejos de ayudar a la trinidad, la perjudica, según vamos a demostrar.

Esas antiquísimas religiones, que existían des-



de mucho antes que Moisés, estaban en consonancia con la barbarie en que entonces se hallaban los hombres, pues es cosa bien sabida que al hombre, cuanto menos civilizado, más le admira lo incomprensible y maravilloso, dando desde luego por seguro que aquello debe estar por encima de su inteligencia, como si todos los hombres no tuviesen sentido común, que es lo único que se necesita para examinar cualquier religión, por mucho que sus sacerdotes quieran enmarañarla. La razón es bien sencilla: porque siendo los sacerdotes hombres como los demás, si los otros no la entienden, tampoco ellos, y, por lo tanto, no tienen derecho a echársela de doctores ni a pretender autoridad alguna sobre nadie.

Los fundadores de aquellas antiguas religiones comprendieron que, cuanto más incomprensibles las hiciesen, más creerían en ellas aquellos hombres ignorantes, y al efecto las adornaron de trinidades y de otros mil misterios igualmente absurdos. Si hubiesen hecho sus religiones sencillas y bien comprensibles, todos habrían podido discutir de igual a igual con los ministros de ellas; y en cuanto esto hubiera sido así, quedaba el engaño descubierto, porque las otras religiones no pueden sostenerse ante el análisis de la razón más de lo que pueden sostenerse los dogmas de las Iglesias cristianas.

En las religiones fundadas en tiempos más modernos, y por consiguiente menos bárbaros, no hay trinidades ni misterios análogos.

Moisés, que no sólo fué nacido y educado en Egipto, sino que estudió con los sacerdotes de aquel país, conocía perfectamente todos los misterios de la religión egipcia de aquellos tiempos, en la que también figuraba una trinidad; pero, sin embargo, vemos que, al fundar su religión, que es la que

los cristianos tienen por única verdadera, no implantó en ella ni trinidad ni misterio alguno, como puede verse en las Sagradas Escrituras; antes al contrario, empleó toda su tremenda energía en establecer un Dios único e indivisible, degollando sin piedad a todo el que lo negaba. No falta quien dice que Jesús mismo fué el fundador de la trinidad, citando al efecto los Evangelios, en los que en repetidas ocasiones se le hace hablar del *Padre y del Hijo;* pero esto se hallaría en contradicción con las palabras de Jesucristo, quien dijo *había venido para hacer cumplir la Ley*, en la cual no hay trinidad.

La pretensión de la Iglesia de convertir a Jesús, no sólo en un Dios, sino en un Dios de carne y hueso, hizo indispensable el volver a las antiguas trinidades y misterios, obligando al cristianismo a dar un paso atrás, paso al que la Iglesia romana añadió otro restableciendo el culto de imágenes, clara, terminante y expresamente prohibido en el segundo mandamiento de la Ley de su propio Dios, y en más de treinta diferentes partes de las Sagradas Escrituras. El decir, pues, que las trinidades de las otras religiones son un argumento a favor de la cristiana, es lo mismo que decir que, porque los antiguos creían que la atmósfera era una media naranja azul sólida, nosotros debemos volver a aquella opinión, por más que veamos ser esto un desatino.

## IV

Si a una persona educada que no hubiese oido jamás hablar de trinidad alguna se le explicase su creación y objeto, nos diría que los Santos Padres fueron muy libres de inventarla, pero que tal disparate no habría podido jamás hacerse creíble a los hombres. Eso mismo comprendieron perfectamente los doctores de la Iglesia, que no son tontos, aunque lo parecen, y al efecto idearon una cosa especialísima, que todo buen cristiano debe anteponer a su sentido común en cualquier asunto que a su religión concierna; esta cosa, que se elevó a la categoría no sólo de virtud, sino la primera de las virtudes, se llama fe.



Imposible parece que tal degradación de la inteligencia haya podido conseguirse, pero así es, y cientos de millones de seres que se dicen racionales, tanto cristianos como de otras religiones, hacen caso omiso de lo único que les distingue de las bestias, al tratar de sus respectivas creencias. En vano es demostrarles que éstas no tienen más base que la educación, y que son cristianos o budistas, judíos o mahometanos, por efecto del país en que nacieron y de los padres que los criaron. A tal punto las ideas implantadas desde la niñez y la costumbre les han viciado la inteligencia sobre el particular, que, por regla general, aun cuando por el momento no puedan menos de convencerse de su error, pronto vuelven a caer en su rutina anterior.

No faltan algunos que pretenden demostrar que la fe es racional. Nosotros hemos asistido a un sermón que una de las lumbreras con que la Iglesia romana cuenta en nuestro país, predicó acerca de este asunto. Este sabio Padre, después de haberse extendido a su sabor en las consideraciones de ordenanza, de que la fe es una gracia divina y la razón el orgullo implantado por el diablo en nuestra alma para que nos rebelemos contra Dios analizando sus inescrutables designios, empezó él mismo a rebelarse, diciendo que iba a explicarnos satisfactoriamente nada menos que la misteriosa trinidad. En efecto, después de una hora

de perorata, quedaron todos convencidos de que la trinidad era inexplicable.

Algo de esto debió de creer el reverendo predicador, porque refugiándose nuevamente en la fe, nos dijo que ésta es tan racional, que los mismos racionalistas no podrían librarse de ella, puesto que creían cosas que palpablemente estaban contra su razón, como, por ejemplo, el que la Tierra girase alrededor del Sol, cuando lo contrario parecía ser lo cierto. Con este argumento aquel ilustre varón, a quien, si bien no calificaremos de racionalista, podemos hacerlo con justicia de *piensista*, dió por victoriosamente rebatida toda duda.

Siendo esta una comparación que más de una vez hemos visto adelantar con buen éxito entre la gente ignorante, nos vamos a permitir dos palabras sobre ella. Los hombres que, después de mil observaciones, se convencieron de que la Tierra y no el Sol era la que se movía, no nos dijeron que el Espíritu Santo se lo había comunicado, sino que probaron su dicho con argumentos tan convincentes como que dos y dos son cuatro; a tal punto que, no sólo no se puede dudar de su dicho, sino que es completamente imposible que sea de otro modo.

No faltará algún compañero del predicador que diga que esto prueba el que creemos lo que nuestra inteligencia nos muestra ser falso: de ningún modo. No creemos contra el testimonio que nos da *nuestra razón;* creemos contra el testimonio que nos dan *nuestros sentidos,* y creemos precisamente porque estamos dotados de razón. Para el asno, que tiene el sentido de la vista a la par del hombre, el Sol es el que se mueve, sin que jamás pueda nadie convencerle de lo contrario.

Esa es la diferencia radical. Los misterios de la Iglesia no sólo están contra los sentidos corporales, sino, lo que es verdaderamente esencial, *están contra la razón y el sentido común.* Sin estudio de ninguna clase comprende cualquier ser racional que el movimiento de la Tierra *es posible,* mientras que los misterios de la Iglesia *no son posibles,* ni con estudios ni sin ellos.

# SEGUNDA PARTE

*Diversidad de Evangelios.—Diferentes opiniones de los cristianos del siglo IV.—Los sesenta y dos Evangelios conocidos.—Reducción de éstos a cuatro.—Por qué no se pudieron reducir los Evangelios a uno.—Origen de los Papas.—Los católicos griegos y los católicos romanos. —Los Evangelios desechados.—Los cuatro Evangelios son declarados divinos, el año 364.—La paloma milagrosa.—La verdad acerca de los cuatro evangelistas.*

## I

Hemos dicho que en el Concilio de Nicea se presentó un gran número de Evangelios, siéndole entonces imposible al Espíritu Santo declarar de una manera definitiva cuáles eran falsos y cuáles verdaderos. De esta diversidad de Evangelios resultaba una gran variedad de ritos contradictorios, apoyados todos en lo que cada partido decía ser la palabra de Dios. Unas Iglesias no admitían el bautismo; otras hacían obligatoria la circuncisión; otras negaban la resurrección; otras aseguraban que Jesucristo no subió al cielo en cuerpo, sino en espíritu; otras negaban que hubiese sido concebido milagrosamente, sino que había sido hijo de José; otras sostenían, por el contrario, que Jesús había sido enteramente divino, no habiendo nacido de mujer alguna, y a este tenor podríamos llenar cien páginas con las diferentes opiniones que en aquellos tiempos reinaban acerca de Jesucristo y de sus doctrinas.



Los Evangelios eran innumerables, pudiendo decirse que cada obispo tenía uno para su uso particular, por el que regía a su congregación. El número de los Evangelios tenidos por divinos, y de cuya existencia no cabe dudar, por conocerse sus títulos, o mejor dicho, los nombres de los autores, así como también el contenido de muchos de ellos, era, no de cuatro, sino de SESENTA Y DOS.

Los jefes de la Iglesia comprendieron que, de continuar de aquella manera, acabarían los fieles por comprender, por muy ignorantes y creyentes que fuesen, que no era posible el que Dios diera sus órdenes de sesenta y dos maneras diferentes y contradictorias. Así, pues, los obispos se reunieron en pequeñas asambleas, en las que ellos mismos fueron desechando unos Evangelios y arreglando otros; y de arreglo en arreglo, y de desecho en desecho, quedaron los sesenta y dos reducidos a cuatro en el Concilio de Laodicea, celebrado el año 364, y en el cual tuvo lugar el primer reconocimiento auténtico de los Evangelios usados hoy por los cristianos.

A menudo encontramos personas que con el mayor aplomo niegan el que los cuatro Evangelios se contradigan, alegando que, de ser así, los doctores de la Iglesia no habrían elegido más que uno, o habrían puesto a los cuatro acordes antes de declararlos divinos. Los que tal dicen sólo demuestran la ignorancia en que se halla la casi totalidad de los cristianos acerca de los motivos que obligaron a la Iglesia a declarar divinos cuatro Evangelios contradictorios.

Decíamos que en el Concilio de Laodicea se había reducido el número de Evangelios a cuatro, y se trató de continuar la reducción hasta que no quedase más que uno solo y único. Esto re-

sultó ser imposible, porque cada vez que se proponía cualquiera de ellos, los partidarios de los otros tres lo declaraban falso. Por vía de ejemplo, pondremos algunas de las opiniones contrarias que hacían imposible el que aceptaran todos el mismo Evangelio.

Los partidarios de que Jesús había nacido de mujer virgen se oponían terminantemente a que se declarasen falsos los Evangelios de San Mateo y San Lucas, en los que se dice que la madre de Jesús le concibió milagrosamente, mientras que en los de San Marcos y San Juan no hay nada de semejante cosa. Los que sostenían que Jesucristo subió al cielo, se apoyaban en los Evangelios de San Lucas y San Marcos, mientras que los partidarios de que no subió se apoyaban igualmente en los de San Mateo y San Juan, que nada dicen de ello, y alegaban que semejante cosa era evidentemente falsa, porque si hubiese tenido lugar la ascensión, lo habrían sabido San Mateo y San Juan, que fueron discípulos de Jesús, mientras que ni San Marcos ni San Lucas fueron discípulos ni vieron jamás a Jesucristo. Los partidarios de que el obispo de Roma debía ser superior a los demás, por ser Roma capital del imperio, argüían en su favor los versículos siguientes del capítulo XVI de San Mateo:

*18. Mas yo Jesús también te digo que tú eres Pedro; y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (1).

*19. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares en la tierra, será ligado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en los cielos.*

(1) Aquí hay un juego de palabras que se pierde en la traducción al castellano. En latín Pedro y piedra es la misma palabra.



A esto añadían que Pedro había ido a Roma y había sido el primer obispo de aquella ciudad y que, por consiguiente, los obispos de Roma debían ser los jefes supremos de la Iglesia. (Este es el origen de los Papas romanos).

Los obispos de Oriente se oponían a semejante pretensión, afirmando no sólo el que las palabras atribuídas a Jesús no existen en ninguno de los otros tres Evangelios, pero que ni aun siquiera fueron escritas por San Mateo, habiendo sido intercaladas por los partidarios del obispo de Roma. En efecto, si cotejamos el evangelio de San Mateo con el de San Marcos, Cap. VIII, versículo 29; el de San Lucas, Cap. IX, vers. 20; y el de San Juan, Cap. VI, vers. 69, vemos que, a pesar de que en los cuatro consta la afirmación de Pedro, en los tres últimos faltan por completo las palabras que se atribuyen a Jesucristo. Otros alegaban que lo que Jesús dijo no fué: *Tú eres Pedro o piedra, y sobre...* etc.; sino: *Vosotros sois la piedra sobre que edificaré,* no a Pedro ni a los discípulos solos, sino a todos los cristianos en general, que son los que real y verdaderamente forman la Iglesia. En cuanto a que Pedro hubiese ido a Roma y sido obispo y mártir, unos lo calificaban de falso y otros alegaban que Constantinopla era tan capital o más que Roma. De este antagonismo, que desde muy al principio existió entre los obispos de Oriente y Occidente, vino más tarde la división de la Iglesia romana en católicos romanos, o sea cristianos occidentales,

con su Papa en Roma, y católicos griegos, o sea cristianos orientales, con su Papa en Constantinopla.

Otro fraude hay clarísimo en los Evangelios, y es la afirmación o confesión de Simón Pedro de que acabamos de ocuparnos, en la que se hace decir a este discípulo que *Jesús era Dios*. Esta intercalación se hizo en los Evangelios con objeto de atacar a los cristianos arrianos, que, como hemos dicho, no admitían la divinidad de Jesús; pero tan mal se efectuó la alteración, que se usaron las mismísimas palabras en todos ellos. Lo gracioso es que en los mismos Evangelios vemos más adelante a Pedro dudar de la divinidad de Jesús, a pesar de su anterior confesión, demostrando ser falsa.

Los que defendían el bautismo se apoyaban en el evangelio de San Mateo, en el que se hace decir a Jesucristo resucitado: *Predicad a todos bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo* (Cap. XXVIII, vers. 19). Pero como en el mismo Evangelio de San Mateo decía Jesucristo: *No he venido para abolir la Ley, sino para que se cumpla* (Cap. V, vers. 17), y como en la Ley no había bautismo, resultaba una contradicción terminante, contradicción de la que se valía cada partido para decir que la cita del contrario era falsa, y que ni Jesucristo lo había dicho, ni San Mateo lo había escrito.

Por estas pocas citas, que ponemos por vía de muestra, puede irse formando cualquiera una idea de lo que son esos Evangelios, que la mayoría de los católicos romanos cree escritos por Jesucristo en persona.

Entre los desechados se cuentan los Evangelios de San Pedro, Santo Tomás, Nicodemo, San Andrés, la Virgen (según parece también fué escritora), San Bartolomé, San Pablo, Santiago, San Matías,



San Tadeo, San Juan Bautista, el evangelio de los Doce Apóstoles, los de San Judas, San Bernabé, San Felipe, San José, etc., etc.

## II

En vista del dilema en que se hallaba colocada la Iglesia, no había más remedio que admitir todos los cuatro Evangelios, o formar uno solo con ellos. De formar uno solo, iba a resultar el mismo individuo diciendo sí, y no, al mismo tiempo; y para poner un Evangelio como compuesto por cuatro autores juntos, era preferible conservar los cuatro separados, que fué al fin lo que se hizo. Esta es la sencillísima razón por la que, viéndose la Iglesia amenazada de una nueva división en cuatro sectas, tuvo que poner por fundamento y base cuatro documentos, que cada uno contradice al otro, demostrando así que las Iglesias cristianas, tanto católicas como protestantes, que en tales pruebas se han edificado, lejos de ser divinas, son, no solamente humanas, sino que aun se apoyan en el fraude y el engaño, disfrazado con la máscara de la hipocresía religiosa.

Así, pues, el Concilio de Laodicea declaró el año 364 después de Jesucristo, què las cuatro verdaderas historias de la vida de Jesús y de sus doctrinas eran los cuatro Evangelios que se decían escritos por Mateo, Marcos, Lucas y Juan, asegurándonos los reverendos obispos que aquello era indudable, porque estando ellos inspirados por el Espíritu Santo, no podían mentir, aunque quisieran.

No faltan historiadores, al parecer serios, que han afirmado que la autenticidad y divinidad de los Evangelios se descubrió milagrosamente. Unos dicen que se pusieron sobre una mesa, cayéndose

todos menos los cuatro consabidos. Otros cambian el milagro, diciendo que se colocaron los cuatro verdaderos sobre un altar y que, puestos los obispos en fervorosa oración, se pidió a Dios que si en alguno de ellos había una sola palabra que no fuese cierta, cayera aquel Evangelio al suelo, y que no habiéndose movido ninguno, claro estaba que eran divinos. Otros cuentan que, a pesar de hallarse divinamente inspirados los reverendos padres, se presentó el Espíritu Santo en figura de una verdadera paloma, que fué posándose sobre el hombro derecho de cada obispo en particular, diciéndole al oído qué Evangelios eran los verdaderos, añadiendo que no quedaba duda de que la paloma era el Espíritu Santo porque pasó al través del cristal de una ventana sin romperlo, y volaba con las alas abiertas y sin moverlas, del mismo modo que la representan en las Iglesias católicas romanas. Después de pruebas tan convincentes, se necesita ser tan descreídos como nosotros para continuar diciendo que los Evangelios no son divinos, y que las únicas palomas son los doctores y jefes, igual los de la religión cristiana como los de cualquier otra, los cuales son todos pájaros de cuenta.

Ya, al ocuparnos de los evangelistas en un capítulo anterior, hemos hecho notar que los mismos Santos Padres confiesan no sólo el que San Lucas y San Marcos no fueron discípulos de Jesús ni vieron nada de lo que cuentan, sino que se ignora, por completo, quiénes fueron, y en qué idioma escribieron, o hablando en plata, que *jamás existieron semejantes Marcos y Lucas.* En cuanto a San Mateo, ya vimos que lo único que se sabe es que entre los apóstoles había uno que se llamaba Mateo, no pareciéndonos razonable atribuir a este apóstol los escritos de todos los Mateos



de aquella época. Por lo demás, las contradicciones en que su evangelio incurre contra sí mismo, según más adelante veremos, demuestran que a Mateo debió ayudarle algún católico romano a componer sus escritos.

El único evangelio que presenta algunas trazas de ser obra de una sola persona, es el de San Juan.

Este, llamado el Evangelista, para distinguirle del Bautista, ni vió jamás a Jesús, ni fué hebreo, ni en su vida estuvo en Judea. En los Evangelios se dice que uno de los discípulos se llamaba Juan, y de ello se valió este escritor para decir en el suyo que él había sido, no sólo aquel discípulo, sino el favorito de Jesús. La prueba más clara de que San Juan no fué discípulo de Jesús, la tenemos en el hecho de que no escribió su evangelio hasta setenta años después de la muerte de Jesús, porque nadie espera setenta años para hacer una cosa que quiere y puede hacer. Como San Juan escribió tanto tiempo después de Jesucristo, pudo decir que en su juventud había estado en Judea y había sido discípulo personal de Jesús; y si afirmó que había sido discípulo de Jesús, fué con objeto de dar más autoridad a sus opiniones diciendo haberlas oído de boca de Cristo mismo.

San Juan fué un filósofo griego que se enteró de la vida y doctrina de Jesús muchos años después de la muerte de éste, por los cristianos que emigraron a todas partes de Oriente, huyendo de las persecuciones que sufrían en Siria. Este Evangelista desde luego comprendió la superioridad de la doctrina cristiana verdadera, y creyó que el mejor modo de extenderla y autorizarla era haciendo Dios a Jesús, en lo cual se equivocó: porque lo que hará que el nombre de Jesús exista

mientras existan los hombres en este mundo, no es su imaginaria divinidad, sino su sencilla cuanto perfecta doctrina. Esta idea de San Juan es la que predomina en todo su evangelio desde el primer versículo, que dice así: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.* Es evidente, pues, que quería hacer de Jesús una encarnación divina por el estilo de las encarnaciones de la religión de Buda. A pesar de esto, le vemos contradecir sus propias doctrinas hablándonos de *la madre y hermanos de Jesucristo y de su padre José* (Cap. I, vers. 45, Cap. II, vers. 12, Cap. IV, vers. 42), lo cual parece indicar que tampoco ese evangelio se libró de alteraciones.

Ya hemos visto que San Juan se guardó muy bien de hacer subir a Jesús al cielo en cuerpo humano, comprendiendo, desde luego, que aquello era un desatino. San Juan ha sido, pues, el verdadero fundador de la divinidad de Cristo y, como consecuencia de ella, de la trinidad cristiana. Los obispos que en el Concilio de Nicea hicieron inclinar la balanza del lado de la divinidad de Jesús y de la trinidad, fueron el resultado de las doctrinas predicadas por este evangelista doscientos y pico de años antes, doctrinas que se extendieron por todo el Oriente.

San Juan, más que filósofo, fué poeta; hombre eminentemente idealista, gozaba con lo enigmático, incomprensible y misterioso, del mismo modo que don Quijote gozaba con las desatinadas razones de los libros de Caballería, de que nos habla Cervantes. Para concluir la comparación y este capítulo, diremos que, al lado del evangelio de San Juan, los evangelios de sus tres compañeros nos hacen el efecto de tres Sanchos Panzas, sin el buen sentido del célebre escudero.

# LA IGLESIA CATOLICA ROMANA

## PRIMERA PARTE

*El culto entre los primeros cristianos.—Los verdaderos Diez Mandamientos.—Supresión del segundo.—Alteración del cuarto.—Idem del noveno.—No existencia de sacerdotes entre los cristianos primitivos.—Sus creencias acerca de premios y castigos futuros.—Las profecías.—El fin del mundo.—Origen de la Iglesia Romana.—La misa.—La transubstanciación.—El Rosario.—La confesión.—Esta es hecha obligatoria el año 1215.—El celibato de los sacerdotes.—Prohibición de la lectura de las Escrituras.—Diferencias entre romanos y protestantes.—Los mártires de la verdadera religión cristiana inmolados por la Iglesia Romana.*

### I

Las ceremonias del culto entre los primeros cristianos se concretaban a reunirse los sábados para predicar sermones de moral, leer la Biblia y cantar algunos de los salmos o himnos contenidos en la misma. Una vez al año celebraban la fiesta del Cordero pascual, en recuerdo de la salida de Egipto del pueblo de Israel. Sus Mandamientos se reducían a los diez de la Ley, que dicen así:

1.º *No tendrás dioses ajenos delante de mí*
2. *No harás imagen, ni semejanza, de cosa alguna que*

*esté en el cielo, ni en la tierra, ni en las aguas, ni te inclinarás a ellas, ni las honrarás.*

3.º *No tomarás el nombre de tu Dios en vano.*
4.º *Santificarás el séptimo día descansando de todo trabajo.*
5. *Honrarás a tu padre y a tu madre.*
6.º *No matarás.*
7.º *No cometerás adulterio.*
8.º *No hurtarás.*
9.º *No dirás contra tu prójimo falso testimonio.*
10. *No codiciarás ni la mujer, ni cosa alguna que pertenezca a tu prójimo.*

Estos son los verdaderos Diez Mandamientos, según puede ver todo cristiano en las Sagradas Escrituras, en las que constan en dos diferentes partes, en el *Exodo*, Cap. XX, y en el *Deuteronomio*, Cap. V. En los Catecismos de la Iglesia Romana se suprimió el segundo Mandamiento, en el que se prohibe el culto de toda especie de imágenes, ya represente *lo que esté en el cielo,* o sea Dios, *ni lo que esté en la tierra,* o sea hombres o animales que viven en la tierra; *ni en las aguas,* o sean peces; adoración prohibida terminantemente con estas palabras: *ni te inclinarás a ellas, ni las honrarás.* En el mismo Cap. XX dice el versículo 23: *No haréis de mí* (de Dios) *dioses de plata, ni dioses de oro os haréis.* Después de esto, los católicos romanos son muy dueños de contravenir las órdenes de su propio Dios, adorando imágenes, así como son igualmente dueños de continuar creyendo que sus sacerdotes obran de buena fe diciéndoles que estas imágenes, hechas y adoradas contra el mandamiento de su propio Dios, hacen milagros.

Habiéndose suprimido este Mandamiento por la Iglesia Romana con objeto de embrutecer a los



cristianos, haciéndoles volver nuevamente a la idolatría de los paganos dándoles a adorar ídolos, o lo que es lo mismo, imágenes de hombres y hasta de animales, como lo son el Cordero pascual y la paloma del Espíritu Santo, quedaban los Mandamientos reducidos a nueve, y para ocultar la supresión convirtieron el verdadero décimo en dos, formando el noveno y décimo del Catecismo, que, como puede ver todo católico romano, prohiben lo mismo, que es *no codiciar cosa alguna que pertenezca a tu prójimo.*

El cuarto mandamiento se alteró radicalmente, diciendo: «Santificar las fiestas», de lo que resultó que, habiendo la Iglesia instituído todas las fiestas que le ha dado la gana, hace ir a sus fieles al templo siempre que quiere, lo cual está en abierta contradicción con el verdadero Mandamiento, que dice con toda claridad: *Santificarás el séptimo día descansando de todo trabajo, tú, y tu mujer, y tu siervo, y tus animales,* lo cual es muy diferente de «Irás a misa cuando yo quiera», que es a lo que se reduce el Mandamiento de la Iglesia de Roma. Hay que notar que este mandamiento *no ordena ir al templo,* sino que la manera de santificar el día es no haciendo trabajo alguno, a imitación de Jehová, quien trabajó seis días en hacer el mundo, y el séptimo descansó. En las Iglesias cristianas (menos la Romana y la Griega), no es obligatorio asistir al templo, pudiendo cada uno orar en su casa, lo cual, como más adelante veremos, está de acuerdo con el mandamiento de Jesucristo mismo. La Iglesia cambió el día de reposo cristiano, que era el sábado, por el día festivo pagano, que era el día del sol, o sea el domingo.

Al noveno Mandamiento, que dice: *No dirás contra tu prójimo falso testimonio,* se añadió: «ni men-

tir», con lo cual miente la santa Iglesia romana, porque en las Sagradas Escrituras no se dice semejante cosa. Lo que este Mandamiento prohibe es el que hagamos daño al prójimo mintiendo *contra él;* pero de ninguna manera mentiras que no sólo no perjudican a nadie, sino con las que se puede hacer mucho bien, y al efecto pondremos un ejemplo. Unos asesinos entran en una casa; el dueño se esconde; los bandoleros preguntan a los criados en dónde se halla su amo, y pudiendo éstos salvarle diciendo que no está en casa, no lo hacen, siendo causa de que los bandidos le busquen, le encuentren y le asesinen, haciéndose así cómplices de la muerte de su amo. Habiendo preguntado a un doctor de la Iglesia por qué se había añadido «ni mentir», exponiéndole el anterior ejemplo como prueba del mal que aquello podía causar, nos dió como razón el que San Agustín y otros santos condenaban mentir, aunque con la mentira se hiciese un bien. A lo cual, nosotros contestamos que San Agustín y todos los santos eran muy libres de tener sus opiniones, así como nosotros éramos igualmente libres de calificarlas de barbaridades, mientras no se nos probase lo contrario. De seguir semejante teoría, podría darse el caso de que un hijo fuese el causante del asesinato de su propio padre. El verdadero motivo de esta prohibición absoluta de mentir, es claro y conocido. Si no fuera por las mentiras que nos vemos obligados todos a decir, sería imposible a las personas vivir juntas sin reñir continuamente; y como esto lo sabe muy bien la Santa Madre Iglesia, ha inventado este delito con objeto de conservar en perpetuo pecado a sus fieles, obligándoles así a frecuentar su tribunal de la penitencia.

Estos y otros imaginarios pecados, como no ir a Misa, quebranto de ayunos, etc., etc., de nada de lo cual hay una palabra en los verdaderos Diez Mandamientos de su propio Dios, son los que hacen que personas que no son peores que las demás, pero que se hallan fanatizadas, estén continuamente a los pies de los confesores, sin ver la trampa, y sin comprender que a la hora de haberse confesado tienen que hallarse tan en pecado como antes.



No ha faltado quien nos ha dicho que los curas no ganan nada con oír confesiones, generalmente tontas y pesadas. Este es el colmo de la candidez. La confesión pone al cura al corriente de todos los actos de la vida del penitente, pudiendo apreciar mejor que nadie el carácter de él, y adquiriendo así sobre el mismo un dominio imposible por ningún otro sistema. Los abusos, las infamias a que esta influencia omnímoda del confesor sobre el penitente, sobre todo en las mujeres, ha dado lugar, llenaría una obra cien veces mayor que esta, y eso que casi siempre queda todo oculto entre el confesor y su víctima.

Un mandamiento hay, el séptimo, que exige la mutua fidelidad entre los casados con estas palabras: *No cometerás adulterio.* La decencia nos impide explicar hasta qué increíble punto ha sacado partido la Iglesia romana, no de este Mandamiento, sino de la primera ley de la Naturaleza y del sentimiento más noble y más grande que puede caber en el corazón de aquel que hace veamos nuestro bien en el de la persona que amamos. Basta mirar algunos de esos libros que hemos visto hasta en manos de niñas, para comprender si sirven para hacer examen de conciencia o para otra cosa que callamos.

Entre los primeros cristianos, el sacerdocio no era una profesión especial; todos podían ejercer-

le, haciéndolo por turno entre los mismos fieles, siguiendo en esto el Mandamiento expreso de Jesús, que prohibe haya sacerdotes de profesión con estas palabras: *Mas vosotros no queráis ser llamados Rabí* (sacerdote), *porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y vuestro padre no llaméis a nadie, porque uno es vuestro Padre, el cual está en el cielo* (San Mateo, Cap. XXIII, versículos 8 y 9); en todo lo cual Jesús tenía razón, porque para comprender y explicar la moral verdadera, no se necesitan más estudios ni más teología que los Diez Mandamientos de la Ley.

En los Evangelios, se cuenta que Jesús profetizó el fin del mundo, añadiendo estas palabras: *En verdad os digo que algunos de los que están aquí que no gustarán de la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre venir a su reino* (San Mateo, Cap. XVI, versículo 29). En el Cap. XXXIV del mismo evangelio describe el juicio final, diciendo: *Vendrán ángeles con trompetas,* etc., concluyendo con estas palabras en el vers. 34: *En verdad os digo que no pasará esta generación, que no sucedan todas estas cosas.* En toda la Biblia no hay una profecía tan clara y tan repetida como esta. Véase además el evangelio de San Marcos, Cap. VIII, vers. 39, y Cap. XIII, vers. 30, y el de San Lucas, Cap. IX, vers. 27. Fiados en esto los primeros cristianos miraban los asuntos de la vida con la mayor indiferencia, esperando a cada momento ver llegar el fin del mundo.

A propósito de las profecías, haremos notar que las únicas que han salido bien son las escritas después de ocurridos los acontecimientos; las demás han resultado al revés. Por ejemplo: el Espíritu Santo profetizó que la nación hebrea sería tan innumerable como lo es el polvo de la tierra



(*Génesis,* Cap. XIII, vers. 15 y 16) y, por el contrario, la tal nación fué siempre tan insignificante, que para nada suena en la historia. Viendo el Espíritu Santo su equivocación y que los judíos habían sido aniquilados por los romanos, se apresuró a profetizar la destrucción de Jerusalén (que ya había sido destruída cuando se escribieron los Evangelios), añadiendo que los israelitas andarían pobres y errantes por toda la Tierra; y en efecto, jamás hemos encontrado un judío que pidiese limosna; antes al contrario, el número de los ricos es enorme. La fortuna mayor del mundo es la de una familia judía, la de los Rothschild, que trata de igual a igual con los reyes. En cuanto a que los hebreos anden errantes tampoco es cierto; de lo contrario, también podría decirse que los millones de blancos que hoy pueblan las Américas andan errantes, porque son los descendientes de los que en su mayoría se vieron obligados a emigrar de Europa. A ningún judío inglés, francés, alemán, etc., se le ocurre que su país sea la Judea, ni mucho menos piensa en irse a vivir allá, así como a ningún americano se le pasa por la imaginación abandonar Nueva York o Filadelfia para volver a la aldea de Irlanda o Alemania, de donde emigraron sus antepasados.

Lo que los primeros cristianos entendían por premios y castigos futuros, era lo siguiente: El día del juicio, el Dios Jehová, o sea el Padre Eterno de los modernos cristianos, resucitaría a Jesucristo, y éste vendría, en unión de Moisés y Elías, a juzgar a la humanidad. Los buenos continuarían viviendo eternamente, y a los malos se les arrojaría en una hoguera, en la que serían consumidos su cuerpo y alma, no resucitando jamás. El mismo San Juan era de esta opinión, según vemos en su evangelio (Cap. VI, vers. 40; Ca-

pítulo VIII, vers. 51; Cap. XI, vers. 26, etc.). Para los primeros cristianos, el alma y la vida eran la misma cosa; para ellos el alma no podía gozar ni padecer sin estar unida al cuerpo, y de ahí el que fuese de todo punto indispensable la resurrección. El premio, pues, consistía en la vida corporal eterna, y el castigo en la muerte eterna. A esta próxima venida de Jesús a fundar su reino es a lo que se refiere el Padre Nuestro al decir: *Venga a nos el tu reino.*

Estas creencias duraron por largo tiempo; pero viendo los cristianos que se pasaban siglos y que el mundo no llevaba trazas de concluirse, empezaron a dudar de la resurrección y de la vida eterna. En vista de ello la Iglesia decidió que todo aquello del *reino de Jesús y del festín del Señor y de sentarse a comer en la mesa del Señor* (comer y beber era uno de los placeres de la vida eterna), debía entenderse en estilo figurado, y que ni el reino de Jesús era de este mundo, ni habría comilonas, porque los cuerpos resucitados no comerían. Y como algunos objetasen que no había tal estilo figurado, sino que Jesús había dicho terminantemente que *muchos de los que le escuchaban verían el fin del mundo,* lo cual había resultado falso, valiéndose de esto para probar que Jesús ni había sido Dios, ni aun profeta, la Iglesia cortó por lo sano excomulgando y quemando a los que venían con semejantes argumentos. Más adelante veremos cómo, cuándo y por qué se inventó el infierno.

Excusamos repetir que en los templos o sitios de reunión de los primitivos cristianos no había imágenes de ninguna clase. En cuanto al culto de María, que ocupa hoy el primer puesto en la Iglesia romana, era entonces desconocido; tanto el Ave-María como la Salve no fueron compuestas



hasta varios siglos después de la muerte de Jesucristo.

Como vemos, las ceremonias del cristianismo no podían ser más sencillas, y se conservan en casi idéntica forma en algunas Iglesias, tales como la cuáquera, las independientes y algunas otras.

II

Los hombres que siempre han buscado y buscan el modo de explotar a los demás viviendo a costa de ellos, comprendieron que de aquella religión no se podría sacar partido alguno, como se sacaba de las otras, mientras no se practicase de otra manera; porque una religión que no tenía ministros especiales, sino que cada cristiano era su propio sacerdote al mismo tiempo que podía servir de sacerdote para todos, predicando las doctrinas inmutables de la moral, de la justicia, de la misericordia y del amor al prójimo; una religión en la cual cada uno podía dirigirse en particular directamente a Dios, no dejaba campo para convertir las creencias de los hombres en un negocio de propia utilidad. Así, pues, en oposición al verdadero cristianismo de los primeros cristianos, empezaron algunos hombres astutos a formar otro, que reclutaron principalmente entre los paganos de la antigua Roma, a quienes atrajeron dándoles a adorar imágenes y reliquias milagrosas, cosa a que es muy aficionada toda persona ignorante, a quien con facilidad se hace creer en lo maravilloso y sobrenatural. Estos hombres pérfidos fueron los fundadores de una de las organizaciones más tremendas que para dominar por medio del engaño han inventado jamás los hombres; esta organización, que llegó a ser todopoderosa, no sólo en España, sino en casi toda Eu-

ropa, es la que todavía se conoce con el nombre de LA IGLESIA CATÓLICA APOSTÓLICA ROMANA, cuyo jefe supremo se llama el Papa, el cual reside en Roma, en el palacio que os hemos descrito.

La primera alteración fué suprimir la lectura de la Biblia, pues siendo las ceremonias de la Iglesia de Roma opuestas a los Mandamientos de la Ley, no era posible llevar a cabo sus proyectos mientras no se quitasen de en medio sus propias Sagradas Escrituras. En lugar, pues, de la lectura de la Biblia, en la cual podrían ver los creyentes cosas que a los sacerdotes de la Iglesia no les convenían, se instituyó otra ceremonia mucho más divertida, consistente en una función con muchas luces, inciensos, música, colgaduras, vestidos bordados, etc., etc., función que todo español conoce, y que se llama la misa. Esta ceremonia tenía y tiene para los sacerdotes romanos la gran ventaja de que, por más miles de veces que los creyentes la vean, no quedan por eso más enterados ni aprenden jota de en qué está fundada la religión que tienen por verdadera.

Unas veces el señor cura se digna subir al púlpito para contarnos media docena de milagros efectuados por la imagen tal o cual, recomendándonos la eficacia de rezar rosarios a las imágenes a fin de que los originales de ellas se encarguen en el cielo de hacer presentes a su Dios nuestros deseos. Otras veces asombra a sus feligreses explicándoles cómo los misterios de la religión son tanto más divinos cuanto más inexplicables, al contrario de la ciencia humana, que cualquiera puede comprender; y para mayor claridad, dispara sabias frases en latín: con lo cual todos quedan convencidos de que una cosa que no se entiende tiene precisamente que ser divina. Todo esto sin



olvidarse de informarnos de que, aunque su Dios es infinitamente bondadoso, hay que recordar que es infinitamente justo, y, por lo tanto, al que le sea imposible creer de buena fe que aquello sea divino, irá irremediablemente al Infierno, junto con todos los miles de millones de hombres que viven y mueren sin haber oido en toda su vida una palabra de Jesucristo.

La Iglesia romana decidió que en la misa, y a la voz de uno de sus ministros, su Dios venía a tomar cuerpo en las manos, a menudo mugrientas, de aquel ministro, desmintiendo así a las Escrituras, en las que terminantemente se nos dice que *Dios ni habita en obra hecha por mano de hombre ni puede ser honrado por sus manos (Los Hechos*, Capítulo XVII, vers. 24 y 25), razón por la cual los cristianos no romanos rechazaban el misterio de la transubstanciación.

Como si expresamente hubiesen querido degradar a su Dios, se acordó no sólo el que un pedazo de harina amasada era aquel Dios mismo, sino que el acto supremo de la adoración consistía en introducir en nuestro estómago aquel divino cuerpo, para hacerle pasar por nuestros intestinos y arrojarle entre las inmundicias, alegando que Jesús había dicho que el pan era su carne, y el vino su sangre: lo cual, si fuera cierto el sentido que le da la Iglesia romana, resultaría en evidente contradicción con los versículos de las Sagradas Escrituras que acabamos ha poco de citar.

La oración del Padre Nuestro fué compuesta por Jesucristo con objeto de que los cristianos no perdiesen el tiempo haciendo oraciones largas, como hacían los paganos o gentiles, porque Dios no necesita oraciones, sino buenas obras. (San

Mateo, Cap. VI, vers. 7). Pues bien: la Iglesia romana inventó el Rosario, con el cual se podía perder todo el día repitiendo la misma oración. Habiendo introducido a la madre de Jesús como una diosa, bajo el nombre de *La Virgen María*, hizo una oración especial para ella llamada el *Ave María*. Del mismo modo compuso el *Credo* y la *Salve*.

En el Evangelio de San Juan, Cap. XX, nos cuenta que Jesús dijo lo siguiente:

*22. Y dichas estas palabras sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.*

*23. A los que perdonareis los pecados, perdonados les son; y a los que los retuviereis, les son retenidos.*

De aquí salió la confesión.

Como estas palabras se atribuyen a Jesús después de resucitado, y Jesús no resucitó, claro está que son falsas; y como ya sabemos que San Juan no fué discípulo, tampoco pudo habérselas oído decir. Aparte de esto, vemos que las palabras atribuídas a Jesús y el soplo del Espíritu Santo no constan más que en el Evangelio de San Juan, y que ni San Mateo, San Marcos ni San Lucas dicen una sola palabra en sus Evangelios acerca de una cosa tan sumamente importante. A mayor abundamiento, y para que no pueda quedar ni la remota duda, contestaremos a las palabras atribuídas a Jesucristo en el Evangelio de San Juan, con las palabras que el mismo Jesucristo dice en el Evangelio de San Mateo, Cap. XXIII:

*8. Mas vosotros no queráis ser llamados Rabí (sacerdote), porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos.*



*9. Y vuestro padre no llaméis a nadie en la tierra, porque uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos.*

*10. Ni seáis llamados maestros, porque uno es vuesto Maestro, el Cristo.*

Si hay alguien que pueda decir más claro de lo que Jesucristo mismo expresó con estas palabras, que ningún cristiano tiene autoridad ni poder alguno sobre otro ante su propio Dios, o sea en materia de religión, deseamos que se nos diga.

Las Iglesias cristianas protestantes, ninguna de las cuales admite la confesión en la forma que la practica la romana, aseguran que no existe contradicción entre los Evangelios de San Juan y San Mateo, sino que la autorización concedida por Jesús es el poder que todo cristiano tiene, sea o no sacerdote, para predicar, convirtiendo y bautizando a cualquiera que no lo sea, admitiéndole así en la comunidad, o sea la comunión cristiana; de aquí el *comulgar*, que no significa absolutamente el tomar la hostia. Otras Iglesias no sólo tienen sentado este principio, sino el de que todo cristiano puede, en nombre de Dios, perdonar a otro sus pecados, que es precisamente lo que hacían los primeros fieles, quienes confesaban sus faltas ante los demás. La Iglesia romana aceptó esta confesión pública, la cual tenía lugar en alta voz y ante todos los que querían concurrir a oirla, quienes perdonaban en nombre de Dios. La confesión, pues, era una penitencia más, por estilo de las de azotarse, dormir en el suelo, ayunar, etcétera, no siendo de ninguna manera obligatoria ni necesaria para la salvación, para lo que bastaba un arrepentimiento sincero, pues los primeros cristianos nunca perdieron de vista las palabras de Jesucristo, de que Dios, y no los hombres, es el único que perdona, cosa muy diferen

te de lo que creen los católicos romanos, quienes se imaginan que si no son absueltos por sus sacerdotes no están perdonados por su Dios.

Durante los primeros siglos, la confesión se efectuó en esta forma; pero como a la Iglesia de nada le servía saber ella lo que sabía todo el mundo, y comprendiendo el inmenso partido que de la confesión podía sacar si la convertía en secreta, se valió de los escándalos que a menudo resultaban de las confesiones públicas (escándalos en los que más de una vez salían a relucir curas y obispos), para ordenar que se hiciesen en privado; y con objeto de inspirar la más absoluta confianza en el ánimo del penitente y poder así averiguar todas sus acciones y hasta sus pensamientos más íntimos, declaró la confesión, no sólo secreta, sino inviolable; es decir, que aunque el penitente confesase los mayores crímenes, y aun cuando por ellos fuese perseguido un inocente, el confesor no abriría su boca para impedir aquella infamia, concretándose a retener su absolución, y hasta podría absolverle si el inocente había ya muerto. A pesar del atrevimiento de este paso, la Iglesia no se consideró todavía bastante fuerte para hacer obligatoria la confesión, continuando ésta como un acto voluntario y no como mandamiento; pero en el siglo XIII, cuando los Papas llegaron a ser todopoderosos, se decretó en el Concilio de Letrán, convocado el año 1215, que los súbditos de todos los reyes católicos romanos estaban obligados a confesarse una vez al año por lo menos, bajo pena de excomunión, a la que iba unida la de prisión y confiscación de bienes. Este es el origen y desarrollo de la confesión.

En algunas iglesias protestantes existe la confesión, como sucede en la episcopal; pero no figura más que como un acto voluntario, que no es de ningún modo indispensable para la salvación, teniendo más bien la forma de una consulta entre el creyente y el sacerdote acerca de alguna cuestión de conciencia.



La Iglesia romana ha hecho de la confesión una máquina terrible, pues, según ella, el que no se confiesa y recibe la absolución material de uno de sus ministros, queda condenado a tormentos eternos. De esta manera obliga a sus cándidos fieles a informarla de todo cuanto hacen y piensan poniéndola en disposición de gobernarles del modo que más le convenga.

Necio es el que cree que las palabras que pronuncia ante el confesionario no pasan de allí. Cándida es la mujer que imagina que el hombre a quien va a mostrar su alma no está sujeto a las inflexibles e inmutables leyes de la Naturaleza. ¡Cuántos sacerdotes, enterados por la confesión de la conducta de sus penitentes, se han valido de aquel acontecimiento para obtener sus favores o a lo menos para pretenderlos! Y no se nos diga que esto es raro: nosotros conocemos el caso de una señora, de quien en sus primeros tiempos de casada, enamorado, sin duda, su confesor, y no pudiendo impedir cumpliese sus deberes de esposa para con su marido, la imponía restricciones que el pudor nos impide ni aun indicar. Aquel malvado, no un joven, sino un anciano, al parecer venerable, no pudiendo hacer otra cosa, se gozaba en obligar a la pobre mujer a referirle todos los detalles de su vida íntima conyugal. Solamente después que los cuidados de los hijos la apartaron del confesionario y de su influencia, comprendió aquella inocente la infamia de que por tanto tiempo había sido víctima.

## III

Durante muchos siglos los sacerdotes católicos romanos fueron casados, pero la Iglesia se convenció al fin de que, para llevar a cabo su programa de dominio, necesitaba hombres a quienes la mujer y los hijos no pudiesen ligar o distraer en manera alguna, verdaderos soldados dispuestos a marchar a la primera voz de sus jefes. Así, pues, se comenzó por establecer que ningún sacerdote se casase después de ordenado, pudiendo, sin embargo, ordenarse, ejercer el sacerdocio y vivir con su mujer el que fuese ya casado. Una vez dado este paso, pronto se llegó a la prohibición absoluta del matrimonio entre el clero, siendo así decretado ya en el citado Concilio de Letrán, convocado el año 1215. De esta manera dieron un nuevo mentís a su propio Dios, el cual ordenaba el casamiento de los sacerdotes en las Sagradas Escrituras, con estas palabras *(Levítico, Capítulo XXI, vers. 13 y 14)*: *Y tomará él* (el sacerdote) *mujer virgen. Viuda, o repudiada o infame, éstas no tomará; mas tomará virgen de su pueblo por mujer.*

Estas leyes, que empezando por los Diez Mandamientos de la Ley, fueron dadas a los hombres por Dios en persona, según lo dice el Antiguo Testamento, son las mismas que Jesucristo nos asegura en el Nuevo Testamento haber venido expresamente a este mundo para hacerlas cumplir, cuando dice estas propias palabras: *No penséis que he venido para abolir la Ley o los Profetas: no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo, que hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una letra, ni un tilde perecerá de la Ley, hasta que todas las cosas sean hechas.* (Evangelio de San Mateo, Cap. V, vers. 17 y 18). Por estas terminantes y expresas palabras de Jesucristo mismo, se ve tan claro como el sol del Mediodía que ninguna Iglesia cristiana, sea la romana, sea cualquiera otra, tiene la más mínima autoridad para cambiar los Mandamientos de su propio Dios.



Si después de cuanto llevamos dicho hay quien continúe creyendo que la Iglesia católica apostólica romana practica la religión que ella misma dice ser la verdadera, del modo que su propio Dios lo ordena en sus propias Sagradas Escrituras, nos es completamente imposible presentar razones más convincentes para probar que esto no es así, y que los jefes de la Iglesia son los primeros en comprender que su Dios no existe, y que, por lo tanto, pueden cambiar y alterar los Mandamientos como más les convenga.

La Iglesia romana nos dice y nos repite que su reino no es de este mundo; pero los Papas tuvieron el mayor cuidado de ir aumentando, a la par del poder espiritual, el temporal, llegando al fin a quedar convertidos los representantes de Jesucristo (quien no sólo no tuvo bienes, sino que prohibió a sus apóstoles el que los tuviesen), en verdaderos reyes terrenales, con millones de súbditos y con ejércitos, al frente de los cuales pelearon más de una vez contra sus enemigos, no para defender su religión, sino para aumentar sus Estados despojando a otros príncipes cristianos.

La historia de los Papas es la historia de las iniquidades más espantosas de que los hombres pueden ser capaces: el robo, el asesinato, ya por medio del puñal, ya por el veneno, el concubinato, el incesto, son hechos que encontramos en sus páginas, hechos tan notorios, que ni aun a los mismos defensores de la Iglesia de Roma les

ha sido posible negarlos. El nombre de *Borgia* es sinónimo de todo cuanto es criminal y malvado y, sin embargo, de aquella familia infernal salieron Papas de la Iglesia romana.

Por último, comprendiendo Roma que la credulidad o, mejor dicho, que la estupidez humana no tiene límites en materia de religión, decretó que nadie que no fuese ministro de su Iglesia tuviese en su poder, ni aun pudiese leer, sin un permiso especial suyo, las Sagradas Escrituras, cuya traducción del latín a las lenguas corrientes fué prohibida, siendo castigado con prisión perpetua el que infringiese estas órdenes. De esta manera, y con objeto de que los anticristianos Sacramentos y Mandamientos inventados por ella no pudiesen ser atacados, confiscaron la palabra de su propio Dios, y en su lugar pusieron vidas de santos, vírgenes y catecismos compuestos por sus propios ministros, sumergiendo a los católicos en la superstición por medio del culto de imágenes; y así como los sacerdotes del antiguo paganismo engañaban a sus fieles haciéndoles creer en los milagros de sus ídolos, del mismo modo los sacerdotes católicos romanos engañan a sus creyentes con milagros que jamás han existido, ni existirán, pero que les son indispensables para ofuscar la razón de las gentes, impidiéndoles así el que reflexionen y descubran los fraudes sobre los que está basada su Iglesia.

He aquí los cinco Mandamientos de la Iglesia romana que constituyen la única diferencia radical entre el culto romano y el protestante: «Oir misa, confesar, comulgar, ayunar, pagar diezmos y primicias».

Hemos dicho que la Iglesia episcopal reconoce la confesión voluntaria, y ya hemos explicado lo que los protestantes cristianos entienden por la



autorización de perdonar pecados. Del mismo modo su comunión es distinta, efectuándose con pan y vino, que no pretenden sean cuerpo ni sangre de ningún Dios. El ayuno no existe, por más que cada uno es libre de ayunar todo lo que quiera. Del mismo modo no hay misa de ninguna especie; en su lugar, el ministro o sacerdote predica un sermón. Tampoco existen diezmos ni primicias. En unos países, el gobierno mantiene el culto; en otros, los que quieren culto se reunen, hacen su iglesia y pagan al pastor o sacerdote de su bolsillo.

Los protestantes no han suprimido el segundo Mandamiento de la Ley y, por lo tanto, en sus iglesias no hay imágenes ni de santos, ni de vírgenes, ni de Jesucristo, ni de Dios Padre, ni de palomas, ni de corderos, ni de ningún ser racional o irracional. Los protestantes dicen, y con razón, que los santos y las vírgenes estarán en el cielo, pero que ellos no adoran más que a Dios, y que aquéllos, tanto unos como otras, fueron hombres y mujeres. Los protestantes no reconocen la virginidad de María después del parto, porque eso no se dice en las Escrituras, sino lo contrario, siendo la virginidad perpetua una invención de la Iglesia de Roma. Por la misma razón no tienen purgatorio. Como los protestantes no reconocen autoridad superior a la de las Sagradas Escrituras, no obedecen al Papa. Estas son las principales diferencias entre católicos romanos y católicos protestantes.

Acaso habréis advertido que el establecimiento de cada nuevo mandato de Roma iba siempre acompañado de castigo contra los desobedientes, lo cual era un acto de bárbara crueldad, porque aquéllos desobedecían por serles imposible creer

de buena fe que el Papa tuviese más autoridad que Dios, pues a eso equivale el contravenir la Iglesia las órdenes de las Escrituras. De lo contrario, nadie se habría opuesto, por la misma razón que nadie adora a un Dios falso si sabe que en otra religión adoran al verdadero. ¿Queréis saber lo que costó implantar sólidamente en nuestra España esos Mandamientos de la Iglesia de Roma, que creéis instituídos por el cariño y la humanidad? Pues os lo diremos.

Se ignora cuántos millares de víctimas sacrificó la Iglesia en los primeros siglos de su establecimiento en nuestra patria; pero desde fines del siglo XV hasta principios del XIX, o sea durante los trescientos años que imperó en España la Inquisición, hizo lo siguiente:

| | |
|---|---|
| *Personas quemadas vivas* . . . . . . . . | *32.469* |
| *Idem que murieron en los tormentos o de sus resultas* . . . . . . . . . . . . . . | *2.344* |
| *Idem condenadas a galeras, o sea a presidio, gran parte de las cuales fueron sujetas antes a tormentos horribles.* . . . . . . . . . . . | *287.986* |
| TOTAL. . . . . . . | *322.799* |

Es decir, que cada año que hubo Inquisición en España se quemaron cien personas y se mandaron a presidio mil, o lo que es lo mismo, durante más de trescientos años consecutivos, la Iglesia romana hizo en España tres víctimas todos los días. Trescientos veintidós mil setecientos noventa y nueve españoles, hombres y mujeres, sacrificados porque su razón se oponía a admitir como divinos, Mandamientos hechos por los jefes de la Iglesia romana, que son hombres como los demás, Mandamientos enteramente opuestos a



los de la verdadera religión cristiana. A todos esos cientos de miles de víctimas les fueron confiscados los bienes, haciendo perecer a sus familias en la miseria, mientras los ministros que se decían de Cristo vivían como príncipes en la mayor opulencia.

Si a los millares sacrificados en España se añaden los de otros países, suben a millones los mártires inmolados por esa Iglesia romana, que es la encarnación de la tiranía, del odio, del rencor y de la venganza, esa organización que todavía trata de conservar una parte de los hombres reducida a la condición de animales irracionales, con objeto de explotarlos, valiéndose de su ignorancia para vivir del trabajo de ellos.

## SEGUNDA PARTE

*Inmenso poder de los Papas.—El Purgatorio.—Las indulgencias.—Lutero.—La Biblia es traducida y vendida públicamente en varias naciones.—Estas se separan del Papa.—Esfuerzos inútiles de los Papas para arreglarse con los protestantes.—Decadencia de la Iglesia romana. — Población de la tierra.—La confesión reformada*

### I

La Iglesia romana había llegado a su apogeo; los reyes que se apoyaron en ella para dominar se vieron dominados a su vez, y más de uno, temblando, tuvo que pedir públicamente perdón de rodillas a los pies del orgulloso enviado del Sumo Pontífice. Los Papas llegaron a ser verdaderos reyes de reyes. Empero los siglos no pasaban en vano; la invención de la imprenta difundió la luz entre muchas gentes que hasta entonces habían estado privadas de ella; cada día aumentaba el número de los que en voz baja preguntaban para qué servía aquel culto que había reducido la adoración de Dios, más que a hacer bien a nuestros semejantes, a ceremonias y sacramentos puramente mecánicos a presenciar siempre el mismo simulacro en la Iglesia a repetir la misma oración cien veces seguidas, llegando así a perder todo significado sus palabras. De cuando en cuando algún hombre se rebelaba y pedía se volviese a la verdadera religión de Jesucristo; pero pronto la Inquisición hacía perecer entre las lla-



mas al atrevido, a quien calificaba de hereje maldito.

Dice el proverbio que *Dios vuelve locos a los que quiere perder.* Esto sucedió a la Iglesia de Roma. Ya había inventado el Infierno, a donde, a la verdad, podía mandar a todos los que se le antojase, pero de donde no podía sacarlos. Para reparar esta equivocación hizo un segundo infierno del que podía disponer la salida siempre que se pagase por ella; es decir, que a Dios se le ganaba con dinero, monstruosidad tan palpable, que su creencia nos hace seriamente dudar de si el hombre es, como dicen, un animal racional. Al fin llegó un día en que el vaso, lleno ya, tenía que rebosar, y el mismo Papa León X fué el que echó la gota, traspasando la venta de las indulgencias de los frailes agustinos a los dominicos; y lo que no pudieron conseguir tantos hombres de buena fe, que prefirieron morir entre tormentos a reconocer por divinos los mandamientos anticristianos de la Iglesia romana, lo consiguió el interés y el odio personal de un sacerdote de aquella misma Iglesia, quien, sin estos móviles, habría continuado su papel de ministro católico con la misma hipocresía que hasta allí.

Martín Lutero, fraile agustino y doctor de la Universidad de Wittemberg, furioso de que se privase a su orden del beneficio de la venta de las indulgencias, fija en las puertas de una iglesia de aquella ciudad, el 31 de octubre de 1517, sus famosas proposiciones, haciendo patente la impostura de las indulgencias, y dando de este modo el primer golpe a la entonces omnipotente Iglesia romana. El Papa excomulga al fraile rebelde; Lutero quema públicamente la excomunión y responde traduciendo las Sagradas Escrituras y entregándolas a los pueblos. Apenas éstos ven en

ellas la palabra de su Dios, cuando se separan de aquella Roma engañadora, no por cientos, ni por miles, sino por millones, por naciones enteras. Los Papas comprenden que están perdidos, la orgullosa Iglesia romana baja la cabeza, convoca el Concilio de Trento y, tragando sus propias excomuniones, pide humildemente a los protestantes que vengan a tomar parte en él, prometiendo que se harán las reformas convenientes. Pero ya es tarde; éstos, ni aun se dignan contestar.

La Biblia, traducida a varias lenguas, vuela de mano en mano, destruyendo por doquiera que se presenta, el poder del Papa. En vano el emperador Carlos V, en vano su hijo Felipe II echan del lado de Roma y de la Inquisición todo su enorme poder; después de un siglo de lucha, la mitad de Europa queda para siempre libre del odioso yugo romano.

## II

Desde entonces, la Iglesia de Roma ha continuado su descenso. En la parte temporal, sus Estados han desaparecido, no porque extranjeros se hayan apoderado de ellos, sino porque sus propios habitantes han echado por tierra el trono terrenal del Papa, uniéndose espontáneamente al resto de sus compatriotas y formando así la unidad de Italia. En la parte espiritual, cada día se hace más palpable su decadencia. En España todavía es muy poderosa la Iglesia romana, pero no sucede así en la mayoría de los países que se llaman católicos, y que no hace mucho lo eran en realidad.

A continuación estampamos la estadística de la presente población del mundo y del número de católicos romanos, advirtiendo que contamos como



católicos todos los habitantes de los países que se consideran así, pero en los que una gran parte de la población no practica ningún sacramento de la Iglesia. Así, por ejemplo, en Francia, en la que suponemos a todos católicos, hay cinco millones que no lo son más que de nombre; lo mismo podemos decir de Italia, Austria, etcétera, etcétera.

De los 1.427 millones que pueblan el globo, hay:

| | |
|---|---|
| *Cristianos católicos romanos* . . . | 208 |
| *Cristianos que no son romanos* . . . | 213 |
| *De religión no cristiana* . . . . | 1.006 |
| TOTAL MILLONES . . . . . | 1.427 |

Resulta, pues, que los católicos romanos forman la séptima parte de la población y, por consiguiente, si fuese cierto lo que Roma asegura de que fuera de su Iglesia no hay salvación, seis de cada siete personas que nacen, están irremediablemente destinadas al Infierno. Tal es el Dios bárbaro inventado por la Santa Madre Iglesia.

Es evidente que, o el catolicismo reforma radicalmente su culto y sacramentos, acercándose a las doctrinas de Jesucristo, o antes de un siglo habrá desaparecido por completo hasta de nuestra fanática patria. La parte ilustrada de nuestro clero así lo comprende hace ya años, dando órdenes de que, en las grandes ciudades, en donde la ilustración está mucho más extendida que en los campos y aldeas, no se moleste a los fieles acerca del muy estricto cumplimiento de los sacramentos. En repetidas ocasiones hemos oído quejarse en Madrid a personas devotas y de edad, diciendo que la confesión ya no es confesión; que en sus tiempos, hace treinta o cuarenta años, el

cura exigía la más rigurosa cuenta de los Mandamientos de la Iglesia, llegando a negar la absolución a los que comían carne sin bula.

Hoy todo eso ha desaparecido; el confesor acorta la ceremonia lo más posible, dando la absolución sin preocuparse gran cosa de si el penitente ha ayunado, oido misa o rezado un rosario en toda su vida. Con reloj en mano hemos visto nosotros confesarse, en una iglesia de Madrid, cuatro personas en doce minutos. Tres minutos para limpiarse de todo el mal que hemos hecho al prójimo en un año, no es mucho por cierto, y hay que admitir que la Santa Madre Iglesia católica apostólica romana no puede hacer más expedito el camino del cielo.

# LA RELIGION DE ROMA

*Qué entienden los españoles por cristianismo.—Católico romano automático.—Id., acorazado. — Id., pretencioso.— Id., nominal; los creyentes a medias. — Hipócritas.— Supresión del quinto Mandamiento de Roma.—Jesús y los fariseos.—Los cinco Mandamientos romanos y los Diez de la Ley.—Cristiano.—La religión de las españolas.— El templo de las pequeñas poblaciones.—El clero católico romano.—El verdadero cura cristiano.—La Fe y la Caridad.—La matanza de San Bartolomé bendecida por el Papa.*

Daremos aquí el resumen del estado en que se halla el cristianismo en nuestra patria, cuyos habitantes clasificaremos del modo siguiente:

### CATÓLICO ROMANO AUTOMÁTICO

Aquel para quien el cristianismo consiste en ver la ceremonia de la misa los días de fiesta, arrodillarse ante una imagen favorita, a la que dice padrenuestros y avemarías, confesar y comulgar una vez al año, no comiendo carne en Semana Santa y algún otro día, sin tener la más remota idea de por qué hace todas esas cosas. Para este ser, todos los hombres que no hacen lo que hace él, son «judíos» sin excepción.

## CATÓLICO ROMANO ACORAZADO

Individuo para quien la religión consiste en lo que ha aprendido en el catecismo del padre Ripalda, Astete o cualquier otro Padre. Para esta especie de cristiano, la Biblia no es su propia Sagrada Escritura, sino un libro misterioso al que no debe acercarse; algo por el estilo de aquellos huesos de Santos que no se enseñaban, porque el que los veía cegaba. Si le decimos que la Iglesia romana nos ha engañado muchas veces y que estamos dispuestos a probarle que hoy está sucediendo lo mismo, nos contesta que *todo eso será verdad, pero que prefiere continuar engañado;* y que no sólo jamás dejará la religión que le enseñaron sus padres, sino que hará lo posible para que sus hijos no se desvíen de ella. Es decir, que porque su padre viajaba en galera, él debe abstenerse de viajar en ferrocarril; o porque sus bisabuelos no vieron jamás un periódico, ni conocieron más país que su pueblo, ni acaso sabían escribir, ni su abuelo, ni su padre, ni él, ni por consiguiente sus hijos, deben leer un periódico, ni viajar, ni aprender a escribir. De seguir la lógica de individuos como este, los hombres deberían continuar hoy en el estado salvaje de los primitivos habitantes de la Tierra. Para este creyente de cal y canto, ser a quien a duras penas podemos calificar de racional, ni la palabra de su propio Dios, ni la del mismo Jesucristo valen nada al lado de la del Papa, o mejor dicho, de la de los ministros de Roma que oye. Los de esta clase saben que, además de judíos, hay protestantes y *moros*, si bien no están muy seguros de que haya alguna gran diferencia entre ellos.



## CATÓLICO ROMANO PRETENCIOSO

Hombre más o menos educado que, sin saber acerca de su religión más de lo que saben los de las clases anteriores, nos dice ser cristiano católico romano *por convicción*, asegurándonos con el mayor aplomo conocer perfectamente, no sólo los Evangelios, sino la Biblia entera; pero que, a pesar de esto, no sabe darnos razón de nada de lo que en ella consta, y a quien, si citamos alguna parte, nos contesta: *Eso estará en la Biblia protestante, pero no en la católica:* ignorando que todo cuanto consta en la primera consta en la segunda, y que no hay más Biblia que una.

## CATÓLICO ROMANO NOMINAL

Este individuo nos asegura ser católico apostólico romano, sin tener en ello más que su dicho, pues jamás pone los pies dentro de una iglesia ni aun sabe el padrenuestro de memoria. El día que muere, confiesa y comulga, y va derecho al cielo, ni más ni menos que el que ha pasado toda su vida practicando estos sacramentos. Entre esta clase es común encontrar algunos que se la echan de incrédulos y hasta se burlan de las prácticas de su culto; pero como esta incredulidad no está basada sobre ningún conocimiento concreto, el día que se ven en peligro corren a reconciliarse con su Iglesia, creyendo verse ya en las calderas del Infierno romano.

Entre los cristianos nominales hay muchos que son creyentes a medias; por ejemplo: unos están persuadidos de que la infalibilidad del Papa es un disparate; otros dudan de que las misas sirvan

para sacar almas de ningún sitio; a no pocos les es imposible creer que la hostia se convierta en verdadera carne divina, etc., etc. Para la Iglesia, sin embargo, tan pecado es no creer en estas cosas como en que Jesús no era Dios.

### HIPÓCRITAS

En esta clase se pueden comprender las nueve décimas partes de los católicos, porque hipócrita es el que, repitiendo todos los días el padrenuestro, lejos de perdonar las ofensas se alegra del daño del que le ofendió, si es que él mismo no toma una parte directa en causárselo; hipócrita es el que, teniendo por santo y enseñando a sus hijos el catecismo romano, en el que se prohibe *llevar algún interés sobre aquello que se preste*, arrastra al deudor ante los tribunales, y hasta le deja en la miseria a él y a su familia, obligándole a entregar hasta el último céntimo de interés; hipócrita es el que, sabiendo que el quinto mandamiento de su Iglesia le impone el deber de pagar diezmos y primicias, no lo hace, escudándose con que el Estado sostiene el culto y que él es uno de los contribuyentes, porque esto no equivale al diezmo, ni a la mitad, ni a la cuarta parte de él; y si nos dice que su Iglesia ya no se lo exige, tendrá que convenir, una de dos: o que los Mandamientos de la Iglesia romana son divinos, en cuyo caso son inmutables, pues en Dios no caben cambios de opinión, o son simplemente reglas hechas por los hombres y, por lo tanto, no tienen más autoridad que cualquiera otra ley humana; y que así como hoy, después de diez y nueve siglos de estar en uso, se ha suprimido el quinto, del mismo modo puede suprimirse mañana el cuarto, el tercero o cualquier



otro Mandamiento; además, si la Iglesia no exige el diezmo, tampoco lo rechaza si voluntariamente se le da. Hipócritas son la mayor parte de los hombres que vemos arrodillados en las iglesias, pues por más verdadera que sea su fe en aquellas fórmulas, no pierden por eso de vista el buen efecto que creen producir en los demás con su aspecto devoto, hipocresía inútil, por otra parte, porque aquellos que los conocen saben muy bien a qué atenerse acerca de ellos, ni más ni menos que a ellos mismos les sucede respecto de los demás, por más golpes de pecho que se den.

Cada vez que vemos uno de éstos, no podemos menos de recordar aquellos fariseos de que nos hablan los Evangelios, aquellos que en medio de las sinagogas oraban diciendo: «Hacemos diariamente nuestros rezos, ayunamos todas las semanas, pagamos religiosamente a nuestros sacerdotes el décimo de todo, hacemos tocar la trompa para que acudan los pobres y les damos limosna. Te alabamos, pues, Dios nuestro, porque nos has concedido tu gracia para ser justos, y no somos como los publicanos, que ni rezan, ni ayunan, ni quieren pagar diezmos, ni se les ve dar limosnas.»

Los fariseos no mentían, ejecutaban realmente lo que decían; y, sin embargo, cosa que a muchos admirará, Jesucristo odiaba a muerte a los fariseos y no tenía inconveniente en asociarse con los publicanos. ¿En qué consistía la repugnancia de aquel corazón generoso, hacia los fariseos? En que sus acciones no tenían por móvil la primera y más grande de las virtudes: la Caridad; los fariseos querían pasar por justos sin hacer bien al prójimo; si daban alguna limosna, tenían cuidado de hacerlo públicamente, con lo que ganaban barato el nombre de caritativos, haciendo el bien, no tanto a sus semejantes como a sí mismos. En

cambio echaban a la cárcel, sin piedad alguna, al desdichado deudor que no podía pagarles hasta el último denario, y movían cielo y tierra para vengarse de una ofensa. Y no todos los fariseos eran hipócritas; los había que estaban firmemente convencidos de que con ir a la sinagoga a rezar o darse golpes de pecho, ayunar y pagar diezmos, no sólo hacían algo bueno, sino que habían cumplido con lo esencial de sus obligaciones. Por eso Jesús, como más adelante veremos, se opuso a estas ceremonias, prohibiendo terminantemente se asistiese a templo alguno, porque Dios no habita en casas hechas por mano de hombre.

Aquellos eran los fariseos judíos, pero su raza no ha concluído. Entrad en los templos y los veréis por cientos de miles, por millones, peores que los que Jesucristo llamaba *generación de víboras*, porque aquellos a lo menos pagaban diezmos y hacían limosnas, aunque pocas y a son de trompetas.

Los cuatro que de los cinco Mandamientos de la Iglesia romana quedan aún vigentes, y en los que los católicos hacen consistir la esencia de su cristianismo, no sólo contravienen lo que las Sagradas Escrituras dicen, sino que se hallan en completa oposición con los verdaderos Diez de la Ley. Estos últimos son dignos de Dios; y en ellos se nos dice que el mejor modo de serle agradable no es representando ceremonias que no necesita para nada, sino no haciendo daño a nuestros semejantes. Para Dios, como para todos, *obras son amores, y no buenas razones.*

Como vemos, si fuésemos a incluir en esta clase todos los que lo merecen, tendríamos que hacerlo con la casi totalidad de los católicos que practican los actos mecánicos de su culto, y para evitar esto nos concretaremos a aquellos que, ya por



haber examinado el asunto, ya por el efecto de la claridad de su inteligencia, han penetrado la verdad y continúan, sin embargo, las prácticas externas de su religión, sea por suponer que eso les crea mejor nombre, sea por dar lo que ellos llaman *ejemplo*, sea, en fin, por cualquier motivo de conveniencia propia.

En las grandes ciudades, donde no es posible saber los actos de la vida de cada uno, esta clase no asiste a las iglesias; pero si delante de ellos se toca la cuestión de creencias, o defienden el catolicismo, o guardan profundo silencio, evitando emitir opinión alguna.

### CRISTIANO

**Es el hombre que, examinando a la luz de la razón y de su sentido común los documentos en que se apoya el romanismo, declara, siguiendo la voz de su conciencia y despreciando toda clase de hipocresía, que la Iglesia de Roma no sólo es una obra humana ideada y llevada a cabo por una parte de los hombres para dominar a la otra, sino que, tanto en el fondo como en la forma, está en oposición a las doctrinas del mismo Jesucristo.**

Lo que acabamos de decir se refiere a los hombres. En cuanto a las mujeres, siguen a ciegas el camino que aquéllos les marcan. En España podemos clasificarlas todas, con alguna ligera excepción, en las dos clases primeras. Para las españolas de las pequeñas poblaciones, constituye el templo una imprescindible necesidad (decimos el templo, no la religión). En las ciudades importantes hay reuniones, teatros, paseos, mil sitios y ocasiones de distraer el ánimo y de hablar con nuestros amigos. Allí vemos a la mujer acudir a

la misa así como para salir de lo que, para la mayoría, es un deber tan enojoso como visitar a una persona desagradable. En cambio, en los pueblos, en que se carece de aquellas distracciones, el día de fiesta es el gran día; el templo es, a la vez, paseo, reunión y teatro. Allí va la muchacha a ver a su novio, o a buscar uno, o a dejar ver el vestido nuevo, con el poco caritativo deseo de causar a sus amigas la mayor cantidad posible de envidia. Allí las devotas reunidas pasan revista a todo el vecindario, no saliendo nadie bien parado de sus lenguas beatas, que son las más venenosas de las conocidas. No cabe duda: la Iglesia de Roma ha sabido entender el modo de dominar a la mujer, teniendo de esta suerte la mitad del camino andado.

En el templo protestante, como en el judío, como en el mahometano, todo es severo; nada hay que distraiga al creyente; Dios no le es presentado bajo figura material alguna, y mucho menos bajo la de maniquíes vestidos de seda y lentejuelas. En cambio, en el templo romano hallamos para todos los gustos: para la soltera, la Virgen tal o cual, a la que reza pidiéndole lo que acaso no se atrevería a pedir a una imagen del sexo masculino; a la casada la vemos dirigirse a alguna *Virgen madre* pidiéndole un feliz alumbramiento; ésta le promete una corona si le concede tal cosa, aquélla un manto si consigue tal otra, y así hasta lo infinito. ¿Y dónde dejamos la parte teatral, las colgaduras, el incienso, la música, las mil luces? Todo eso divierte; y tanto es así, que nosotros hemos visto, en países donde se practican varios cultos, muchas señoras protestantes y judías que nunca dejaban de asistir a las grandes funciones de las iglesias católicas romanas.

Para la mujer, a quien le es mucho más di-



fícil que al hombre elevarse a la concepción de la idea abstracta de Dios infinito e incorpóreo, este culto material, esta adoración de estatuas, más o menos hermosas, tiene gran atractivo. ¡Lástima que, al lado de estas farsas, tan inocentes de por sí, vaya lo que ha dado lugar a mil abusos y hasta infamias!

## III

Hemos clasificado a los hombres y a las mujeres, pero nos faltan unos entes que no podemos contar ni entre los primeros ni entre las segundas; nos referimos a los agentes de Roma, a los curas, a quienes dividiremos en esta forma:

### CURA EN BRUTO

Aquel cuyos conocimientos se reducen a decir misa y a dos docenas de latinajos que él mismo no comprende. Llegó a ser cura sin saber nada, o si algo supo lo ha olvidado por completo. Es partidario del restablecimiento de la Inquisición, y en sus sermones sale de ordinario a relucir el Infierno, en cuya existencia cree firmemente. Por lo demás, le interesa más que todos los Sacramentos el que los garbanzos estén bien cocidos.

### CURA VIVIDOR

Este sabe lo bastante para responder a los que, sin conocimientos concretos, y por la simple fuerza de su sentido común, dudan acerca de algún sacramento. Cuando se encuentra con alguien mejor informado, elude la polémica refugiándose desde luego en la divina gracia de la fe. En su interior, este cura no es completamente incrédulo, pero tam-

poco toma como artículo de fe todo cuanto manda su Iglesia.

CURA METAFÍSICO

Este se ha metido en la cabeza trescientos volúmenes de teología, y después de ello se encuentra que no sabe más que antes, y probablemente menos, por habérsele enfermado el sentido común. A su vez, escribe también, aumentando el caos de absurdos teológicos para los que vengan detrás.

A veces, se seca el cerebro inútilmente, tratando de explicar los misterios, sin quererse convencer de que uno y dos son tres y de que su propia Iglesia los hizo absurdos; de lo contrario, pronto habrían dejado de ser misterios. Este es el cura que hace brillantes ejercicios, que habla, no sólo latín, griego y hebreo, sino sanscrito, moabita y, en general, toda lengua que no se habla hace tres o cuatro mil años, y de la que, por consiguiente, nadie tiene la más remota idea del sonido. De este cura se trata siempre con muchos ¡ah, oh!, calificándosele de pozo de ciencia y teniéndosele por un sabio.

CURA LISTO

El que, sin necesidad de estudiar gran cosa, ha comprendido el principal misterio de la Santa Madre Iglesia, que consiste sencillamente en vivir a costa de sus fieles. Este cura se burla para sus adentros de su Iglesia y de toda su teología, y llega generalmente a obispo o a algún buen puesto. En donde más abunda este tipo es entre los jesuitas.



CURA CRISTIANO

El que, comprendiendo la farsa de la Iglesia romana tan bien como el anterior, se sirve de la posición excepcional que le da el sacerdocio para hacer todo el bien posible. Este es el que, siguiendo la doctrina de Jesús, por más que le considera hombre, nos dice que los hechos valen más que los rezos, que una buena obra es más agradable a los ojos de Dios que todos los sacramentos.

Este cura no nos habla del Dios vengador y cruel, del Infierno y de los tormentos sin fin, sino del Dios de bondad y misericordia, del Dios que a todos gana con dulzura, del que dice: *Ama a los que te aborrecen y vuelve bien por mal;* de ese Dios en el que no puede tener cabida la ira y la venganza, y a quien nadie puede menos de adorar. Este verdadero discípulo de Cristo no niega la sepultura al que murió sin los sacramentos, ni pregunta si se confiesa aquel a quien da limosna. Siguiendo el mandato de Jesús a sus apóstoles, ni ahorra ni atesora; lo que tiene es para todos. Para él, los hombres, sean sus creencias las que quieran, son antes que nada sus prójimos, sus hermanos, hijos todos del mismo Dios.

Esta clase de cura no suele pasar de simple cura, y a menudo es mirado por su obispo como hombre peligroso a la Santa Iglesia católica apostólica romana.

Hay una clase que no incluímos entre éstas, y es la de aquel que, creyéndose rebajado en su dignidad si continúa practicando ceremonias en cuya eficacia ya no cree, y no sintiéndose con la vocación, que podemos llamar divina, del cura último, abandona el sacerdocio y, sobreponiéndose

a las preocupaciones de la ignorancia y a la hipocresía, viene francamente a formar a nuestro lado, prefiriendo la miseria, acaso, a la farsa.

Se nos objetará que un cura puede ser verdaderamente cristiano, sin por eso dejar de ser creyente en su Iglesia. Esto no es posible. Cada vicio tiene su virtud, que no es más que la negación del vicio. El amor a la patria no es más que odio a la del extranjero; si la nuestra no puede subir, deseamos que la suya baje. No se puede tener preocupaciones y ser despreocupado. Del mismo modo no puede tenerse fe ciega y ser verdaderamente caritativo.

El cura creyente sería caritativo con el de sus mismas creencias, pero le sería imposible serlo igualmente con el de ideas opuestas. Sin duda daría la limosna al infiel, pero al mismo tiempo trataría de convencerle de lo que, a su juicio, era un error; y si continuara socorriéndole y viese que ningún efecto producían sus sermones, acabaría por incomodarse de la dureza del corazón de aquel incrédulo, quien, según las ideas del bueno del cura, prefería el Infierno al Cielo.

Para el hombre fanático, aquel que no piensa como él, lejos de tenerle por un prójimo, es un ser a quien, no sólo no se debe compasión, sino un malvado, cuyo exterminio sería una obra santa. Por eso vemos a los católicos empezar en la noche de San Bartolomé, el 24 de Agosto de 1572, y continuar por días en París y en toda Francia la matanza más espantosa de que hay ejemplo en la historia.

En aquellos días miles y miles de hombres fueron pasados a cuchillo por decir que Jesucristo no había instituído la misa, con lo cual decían la verdad. En aquella carnicería no se tuvo compasión de nadie: los enfermos eran arrastrados de sus lechos y arrojados por las ventanas; los niños, arrancados de los pechos de sus madres moribundas, eran estrellados contra las paredes ante sus propios ojos. Los sacerdotes católicos recorrían las calles con el crucifijo en la mano bendiciendo y animando a los verdugos y pisando sobre los cadáveres de los cristianos protestantes.



A los que esto hicieron mandó su bendición apostólica el que se dice representante de Dios, el Santo Padre, el Papa Gregorio XIII, ordenando se cantasen *Te-Deums* en las iglesias por tan fausto acontecimiento. ¡Acto de barbarie inaudita que en vano han tratado de excusar los historiadores católicos!

Los que tales horrores cometieron no eran peores que los protestantes que sacrificaron; posible es que si los últimos hubiesen sido los más fuertes, habrían hecho otro tanto con los primeros, como ha sucedido en Inglaterra y Alemania. Aquellas fieras sedientas de sangre eran en su mayoría hombres honrados y pacíficos, a quienes si se les hubiese propuesto asesinar por dinero lo habrían rechazado con indignación. Entre ellos se hallaban, sin duda, muchos padres de familia que se habrían horrorizado a la idea de degollar un inocente niño. Aquellos hombres estaban firmemente convencidos de que habían hecho una buena acción, y su único sentimiento era el que pudiese haber escapado alguna víctima. ¡A tal punto vicia el sentido moral esa fe irracional sobre la que están basadas las llamadas religiones reveladas!

# CATOLICOS Y PROTESTANTES

*Imaginaria diferencia de la Biblia protestante y católica.—Los idiomas por los que ha pasado la Biblia.—Su traducción.—La Biblia de Valera y la de Scío.—Las partes dudosas de la Biblia.—El ministro católico y el protestante.—El sermón protestante y el sermón católico.—El pastor y la oveja. — Las notas del obispo protestante Wordsworth.—Sistema usado por los sacerdotes en sus discusiones.—La manera de rebatirle.—Por qué ganó Nelson todas sus batallas.—Adoptar el mismo sistema contra las Iglesias que se llaman cristianas.*

## I

Vosotros, lo mismo que sucede a la mayoría de los católicos romanos, os imagináis que hay dos Biblias: la católica y la protestante. Esto es un error. No hay más Biblia que una para todos los cristianos, sean católicos o protestantes.

Como ya os hemos informado, la Biblia la componen el Antiguo y el Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento se escribió originalmente en hebreo, en cuyo idioma le conservan todavía los judíos; del hebreo se tradujo al griego, del griego al latín y del latín a las lenguas corrientes, como el francés, el español, el inglés, etc., etc. Los cuatro Evangelios, que componen la parte principal del Nuevo Testamento, no se sabe en qué idioma fueron escritos primero, pero los más antiguos conocidos lo estaban en griego; del griego se tradujeron al latín y del latín a las lenguas comunes.



En los capítulos referentes a la Iglesia romana habréis visto que la traducción de la Biblia del latín a las lenguas corrientes estaba prohibida por el Papa bajo pena de excomunión y prisión por toda la vida; pero cuando Lutero se sublevó contra él, lo primero que hizo fué traducir las Sagradas Escrituras al alemán, dando aquello por resultado el que la mayor parte de los alemanes se separasen en cuanto las leyeron, de la Iglesia de Roma, siendo éstos los primeros protestantes.

Después de Lutero, y a pesar de las excomuniones y castigos, la Biblia se fué traduciendo a todos los idiomas. En España se tradujo varias veces al castellano por permiso especial del Papa; pero las traducciones, que estaban escritas a mano y eran unas pocas, las conservaban en su poder los altos dignatarios de la Iglesia, y a nadie le era permitido leerlas sino a ellos y a los jefes del Estado.

Por último, a fines del siglo pasado, las gentes educadas llegaron a ser tantas, que protestaron contra la injusticia de la Iglesia de Roma al prohibirles enterarse de lo que, según sus sacerdotes, era la palabra escrita de su Dios. En vista de esto, el Gobierno obligó a la Iglesia a permitir la traducción de la Biblia al castellano, si bien la Iglesia exigió el que aquélla fuese hecha por uno de sus doctores, el Rdo. P. Felipe Scío, a quien se dió el encargo, no sólo de traducirla, sino de anotarla; es decir, de tratar de explicar y ocultar del mejor modo posible, y por medio de notas, los desatinos, indecencias, falsedades y contradicciones de la Biblia. El resultado de esto fué que el P. Scío escribió con sus notas tanto como otras dos Biblias más, por lo menos, porque hay versículo de cuatro líneas al

que puso veinte líneas de nota. Esta traducción al castellano es la única reconocida por buena por los sacerdotes católicos españoles. Además de la de Scío, hay otra traducción anterior, hecha por Cipriano de Valera; pero como éste se redujo a traducir las Sagradas Escrituras sin agregarles notas, no es aceptada por la Iglesia romana.

Hasta la revolución de Septiembre de 1868 no era permitido vender más Biblia que la Scío, teniendo pena de presidio el que vendiese alguna de Valera. Por demás está os digamos que, si a los españoles les estaba prohibido leer los mandamientos del Dios que sus curas decían ser el verdadero, mucho menos se nos habría permitido a nosotros enseñaros todos los engaños de esos mismos curas. Afortunadamente España ha entrado en el camino de la verdad y del progreso, formando parte de las naciones civilizadas y haciendo desaparecer para siempre la bárbara intolerancia religiosa, que tenía convertido a cada español en un burro de reata, cosa increíble en un pueblo que es el símbolo de la independencia. Hay, pues, y se venden en toda España, dos traducciones al castellano de las Sagradas Escrituras, conocidas por los nombres de la Biblia de Scío y la Biblia de Valera.

La verdadera razón por la que la Santa Madre Iglesia Católica rechaza la Biblia de Valera, no es porque tenga notas ni deje de tenerlas, porque las notas, que el P. Scío ha puesto en su traducción le hacen a la Biblia más daño que provecho; la verdadera y única razón es que a la Iglesia romana no le conviene de ningún modo que sus fieles lean las Sagradas Escrituras ni con notas ni sin ellas; y como la traducción de Valera, bien impresa y empastada, no cuesta más que *cinco reales*, y la más barata del P. Scío, sin



pasta, cuesta *ciento treinta y tres reales* (pesetas 33'25), por eso, si el clero aprobase la traducción de Valera, a todo católico romano le sería permitido comprarla sin cometer pecado contra la Iglesia, mientras que muy pocos se hallan dispuestos a pagar seis duros y medio por la de Scío, la cual vale empastada once duros.

De esta manera, los curas, cuando se les presenta la traducción de Valera, salen del paso diciendo que es una *Biblia protestante;* pero si os queréis convencer de que no hay más protestantes que ellos, que siempre han estado y están protestando contra la verdad, haced lo siguiente: Todos los curas tienen la Biblia de Scío: presentaos en su casa con la de Valera para que os expliquen cómo es posible que Dios pueda haberse contradicho del modo que lo hace en ella; y si el cura os dice que vuestra Biblia es falsa, pedidle que os enseñe la de Scío, y quedaréis convencidos de que lo mismo dice una que otra.

Nosotros, que siempre hemos querido y queremos aprender, nos hemos dirigido en más de una ocasión a los doctores de la Iglesia para que nos explicasen algunas de las desatinadas notas del Padre Scío, y aquellos doctores nos han dicho que las notas no eran más que la opinión del anotador, quien podía equivocarse. Es decir, que la traducción de Valera no sirve porque no tiene notas, y las notas de Scío tampoco sirven; conque deseamos saber qué diablos es lo que sirve, aunque ya lo sabemos; lo que sirve es ir a misa, confesar a menudo y sacar ánimas del purgatorio metiendo pesetas en el bolsillo del doctor por medio de misas de a duro o más.

No ha faltado algún buen cura a quien hemos pido afirmar que la diferencia entre la Biblia de

Valera y la de Scío consistía en que Valera había traducido el padrenuestro diciendo: *no nos metas en tentación*, mientras que la traducción de Scío dice: *no nos dejes caer en tentación.* De esto quería el bueno del cura valerse como argumento para probar que la Biblia de Valera no servía para nada. Advertiremos a este señor cura, y a otros por el estilo, que si Jesucristo fué realmente quien compuso el padrenuestro, no lo haría en castellano, ni tampoco en latín, como creen algunos, sino en hebreo, que era el idioma de Jesús y el de los que le escuchaban; y como no existen Evangelios en hebreo, se ignora por completo cuáles fueron las verdaderas palabras que Jesucristo pronunció (1).

Igualmente informaremos a los señores doctores, que no todos los católicos romanos hablan en castellano, sino que cada uno habla en su respectivo idioma y reza en el mismo. Ahora bien: los católicos que hablan en inglés dicen en su padrenuestro: *lead us not into temptation*, que, traducido al castellano, quiere decir: *no nos dirijas o conduzcas a la tentación.* Los católicos romanos cuya lengua es el inglés son muchos millones, y entre ellos se cuentan los irlandeses, que son los más fanáticos defensores del Papa y del catolicismo.

He aquí los nombres de las diferentes partes que componen el Antiguo Testamento, y que son admitidas como canónicas o divinas por católicos y protestantes sin excepción:

(1) Las aludidas palabras del Padrenuestro, en latín, son éstas: *...et ne nos inducas in tentationem.* Ahora bien: entre las varias acepciones del verbo *inducere*, la primordial es ésta: *Inducir*, meter, introducir, hacer entrar. Por consiguiente, la traducción de Valera es fiel. (N. del E).



*El Génesis.*
*El Exodo.*
*El Levítico.*
*Los Números.*
*El Deuteronomio.*
*Libro de Josué.*
*Idem de los Jueces.*
*Idem de Ruth.*
*Primer libro de Samuel.*
*Segundo ídem íd.*
*Primer libro de los Reyes.*
*Segundo ídem íd.*
*Primer libro de las Crónicas.*
*Segundo ídem íd.*
*Primer libro de Esdras.*
*Segundo ídem íd.*
*Libro de Esther.*
*Libro de Job.*
*Salmos.*
*Proverbios.*
*Eclesiastés.*
*Cantos de Salomón.*
*Los cuatro Profetas grandes.*
*Los doce Profetas pequeños.*

Las partes que ponemos a continuación no son reconocidas como divinas por los protestantes, pero sin embargo admiten su lectura como ejemplos de buena moral. No teniéndose, pues, por obra de Dios, no figuran en la generalidad de las Biblias usadas por protestantes. Estas partes dudosas se llaman:

*Tercer libro de Esdras.*
*Cuarto ídem íd.*
*El Profeta Baruc.*
*Canto de los tres niños.*

*Libro de Tobías.*
*Idem de Judith.*
*Resto del libro de Esther.*
*Libro de la Sabiduría.*
*Jesús, el hijo de Sirac.*
*Cuento de Susana.*
*Bel y el Dragón.*
*Oración de Manasés.*
*Primer libro de los Macabeos.*
*Segundo ídem íd.*

El Nuevo Testamento es admitido en todas sus partes por igual, lo mismo por los protestantes que por los católicos.

Resulta, pues, que todo cuanto consta en la Biblia usada por los protestantes consta igualmente en la usada por los católicos, y que la diferencia consiste en que la Biblia de los católicos tiene algunas partes más. Por lo tanto, todo cuanto está escrito en la traducción de Valera está escrito igualmente en la del Padre Scío.

Los Evangelios no constituyen lo principal de la Biblia, no siendo otra cosa que historias de la vida de Jesús, por el estilo de las de cualquier santo. Lo más interesante de las Sagradas Escrituras es lo que se llama el Pentateuco, o sean las cinco primeras partes, a saber: *Génesis, Exodo, Levítico, Números* y *Deuteronomio*. En ellas se nos refiere la formación del Universo, la historia de los primeros hombres en general y del pueblo de Israel en particular. Allí vemos al mismísimo Dios dictar personalmente todos sus Mandamientos, leyes, ritos y ceremonias, especificando los más mínimos detalles, hasta el punto de ocuparse del tamaño y color de las cortinas del templo, etc.

El Pentateuco es la única parte de la Biblia



que admiten como divina todos los judíos sin excepción, llamándole el *Libro de la Ley*, o simplemente *la Ley*, que es la misma de la que Jesucristo dijo: *No he venido para abolir la Ley, sino para hacerla cumplir*, lo cual no ha impedido el que los doctores cristianos no se ocupen para nada de ella, demostrándonos así que tanto el Dios Padre como el Dios Hijo no saben lo que se pescan. O la Biblia está dictada por el Espíritu Santo, como aseguran los cristianos, o sus autores han mentido *a sabiendas;* porque una persona podrá, apoyándose en razones fundadas a su vez en la observación, sostener tal teoría acerca del origen de la tierra y de las diversas formas que la vida ha revestido en ella, sin necesidad de inspiración alguna; pero, ¿de dónde sacaron los compositores de la Biblia que Jehová formó el Universo en seis días y descansó el séptimo, o que hizo una figura de barro, sopló sobre ella y quedó convertida en el primer hombre? Porque si el Espíritu Santo no lo dijo, no hay observación ni razonamiento que pueda conducir a semejante deducción.

Los modernos adelantos de la Ciencia nos muestran que las Escrituras están llenas de desatinos; luego hay que elegir entre que el Espíritu Santo inspiró mentiras, o que no hay tal inspiración. Reverendos padres hay que sostienen que Dios no quiso enseñar a los hombres más de lo que dijo en la Biblia; es decir que, a pesar de habernos querido engañar el Padre Eterno, hemos descubierto la verdad.

Como los sacerdotes cristianos, tanto católicos como protestantes, se ven obligados a sostener la divinidad de la Biblia, porque, de lo contrario, la religión cristiana resultaría ser pura obra humana, se valen de argumentos de este calibre. Di-

cen tan doctos teólogos: *La Biblia es obra de Dios, porque fué escrita por hombres inspirados por el Espíritu Santo, y la prueba de que estaban inspirados la tenemos en que hacían milagros, y no cabe duda de que los hicieron, porque así se cuenta en la Biblia.*

Otro argumento usan mucho los sabios doctores, y es el de que, *si la Biblia no fuese divina, no creerían en ella cuatrocientos millones de cristianos.* Es muy cierto que hay cuatrocientos millones de cristianos, del mismo modo que es muy cierto que no se hallan divididos más que en católicos romanos, griegos, presbiterianos, episcopales, luteranos, calvinistas, baptistas, anabaptistas, unitarios, metodistas, cuáqueros, independientes, y sobre cien sectas o Iglesias más, cada una de las cuales afirma ser la única verdadera cristiana. A los judíos, cuya Escritura Sagrada es el Antiguo Testamento, tampoco les es posible entenderse. Ahora bien: si la inspiración del Espíritu Santo consiste en escribir de manera que cada uno lo entienda de diferente modo, entonces es indudable que los autores de las Sagradas Escrituras cristianas estaban inspirados.

Hasta ahora, cuando un testigo daba sus declaraciones de manera que lo mismo sirviesen para la acusación como para la defensa, solía decirse que el tal testigo era un hombre listo y acaso un tunante: en adelante se dirá que está inspirado. Por lo demás, frente a esos cuatrocientos millones de cristianos pondremos mil millones de brahmines, budistas, mahometanos, etc., a quienes no hay forma de convencer de que la religión cristiana sea más verdadera que la suya. A pesar de que, por regla general, ninguno de los creyentes de las diversas religiones sabe jota acerca de las restantes, todos dan por seguro



que son falsas, siendo lo más original el que creen en la propia sin conocer gran cosa acerca de ella.

Seguros estamos que de los diez y siete millones de españoles católicos, diez y seis millones y las nueve décimas partes del restante millón ni han visto jamás la Biblia ni tienen idea de lo que en ella se trata. Los disparates que al hablar sobre este particular oimos decir a personas educadas y hasta *ilustradas,* nos dejan atónitos. A tal punto han conseguido los sacerdotes católicos cerrar los ojos a sus fieles, que en España se mira la Biblia más como obra diabólica que como obra de su propio Dios. Si esto sucede entre las clases educadas, ¿qué tiene de extraño que la superstición reine suprema en nuestra patria?

## II

En todos los países hay Biblias anotadas, tanto entre católicos como entre protestantes, y con mayor motivo entre estos últimos, pues leyendo ellos las Escrituras más que los católicos, están más aptos para observar sus contradicciones, y los sacerdotes protestantes, que no son mejores que los católicos, tratan de obscurecerles la verdad con esas notas.

Más de una vez hemos encontrado sacerdotes católicos que no sabían gran cosa de las Escrituras, sacerdotes que estaban tan persuadidos de que los misterios de su religión eran ciertos, como podían estarlo los labradores a quienes predicaban. Estos hombres, pues, engañaban de buena fe, y no eran culpables más que de ignorancia. Semejante cosa no ocurre jamás ni con el último sacerdote protestante de una aldea. Todos con los que hemos hablado se hallaban siempre perfectamente enterados, y el motivo es este:

El sacerdote protestante no tiene el recurso de la misa, con la cual todo cura despacha, sino que cada domingo tiene que predicar uno, y a menudo dos largos sermones. Estos sermones no los puede componer hablándonos de la Virgen, ni de los santos, ni de sus milagros; en estos sermones no nos sacan a danzar el diablo ni el infierno, porque hoy día en las Iglesias protestantes han dado un paso más hacia el cristianismo verdadero, suprimiendo definitivamente el Infierno como artículo de fe; en estos sermones, en fin, el ministro protestante se ve privado de todas estas artimañas, por medio de las cuales el ministro católico puede estar hablando dos horas sin enseñar absolutamente nada a sus oyentes, tratándolos como niños a quienes se entretiene contándoles cuentos de brujas. El sacerdote protestante se ve obligado a hablarnos de la caridad, de la mansedumbre, de la moral, en fin, y de la justicia, mostrándonos así que el protestantismo está muy por delante del catolicismo romano en el camino de la verdad. Esta ventaja, sin embargo, no es más que negativa, y os lo probaremos con este ejemplo: Se acaba de dar una batalla; unos han recibido dos balazos; otros, uno; otros, en fin, han salido ilesos. Los que han recibido dos heridas son los católicos, que creen veinte mil disparates; los que han sido heridos una sola vez, los protestantes, que creen en diez; y los que han salido ilesos, los que, como nosotros, conocen la verdad.

Esta superior instrucción del sacerdote protestante sobre el católico nos hace ver que, si en estos últimos puede haber alguno de buena fe, entre los ministros protestantes es tan imposible que esto suceda como entre los obispos católicos, quienes no llegan a obispos por obra del Espíritu



Santo, sino por su talento superior y por su instrucción.

Hemos dicho que leyendo los protestantes la Biblia más que los católicos, se quedan a menudo pasmados ante alguna clara contradicción o algún evidente desatino; y cuando esto sucede a un buen creyente, acude a la casa de su pastor suplicándole le saque de dudas. Este, que, como ya hemos dicho, tiene que predicar todos los domingos una o dos veces, maneja bien la palabra, y ayudado por su instrucción empieza por informar a su feligrés que en la Biblia hay dos sentidos, el divino y el humano, y lo que parece un disparate o una contradicción, es la interpretación humana e imperfecta que nosotros le damos por efecto de lo limitado de nuestra inteligencia, mientras que la interpretación divina es una cosa perfecta y maravillosa, siendo esto cierto, porque *habiendo Dios escrito la Biblia,* tiene que ser perfecta. El creyente queda confundido ante aquella explicación tan profunda, sin advertir que, el estar un libro lleno de contradicciones, es ya una prueba de que no lo escribió Dios.

Una vez preparado el terreno, el pastor toma por base el que no cabe duda de que la Biblia es divina; y, una vez hecho esto, prueba a su feligrés con la mayor facilidad, que lo que en la Escritura dice *blanco,* debe entenderse *negro,* concluyendo por invitarle a que hagan juntos una oración, en la que el pastor, fervorosa y elocuentemente, pide a su Dios aumente la fe de aquella oveja medio descarriada. La oveja, es decir, el feligrés, sale de la casa de su pastor con la cabeza como un bombo, imaginándose que todo, no sólo en la Biblia, sino en el mundo entero, tiene dos sentidos; y firmemente convencido de que le hace falta mucha fe, pierde el tiempo pidiendo al Dios

de aquel pastor le acabe de quitar el poco sentido común que aquél le dejó.

En este momento tenemos ante nosotros los cuatro Evangelios anotados por el obispo inglés de Lincoln, de la iglesia episcopal, Wordsworth, una de las primeras autoridades en el mundo en materia de Escrituras Sagradas cristianas. La erudición que demuestran las notas de este verdadero sabio es pasmosa; el talento, el genio con que trata de sacar interpretaciones lógicas de los absurdos y evidentes falsedades de los Evangelios, es maravilloso; al lado de este anotador, nuestro Padre Scío queda reducido a un payaso; pero, sin embargo, basta que un individuo sea racional, para que con la misma facilidad destruya la erudición y el genio del obispo Wordsworth como las payasadas del P. Scío.

La razón, como la verdad, no es ni puede ser más que una, y aquí tenéis la prueba. Imaginaos un hombre tan ignorante que no sabe ni aun leer. Reunid todos los sabios del mundo, y veréis que, a pesar de toda su sabiduría, les será imposible demostrar satisfactoriamente a aquel hombre que uno y uno son tres. En cambio, el ignorante cogerá dos piedras, y poniendo una en el suelo, y después otra al lado, demostrará a todos aquellos sabios, de una manera evidente, que uno y uno no son tres, sino dos.

Pues en este caso nos hallamos con la religión cristiana, así como con todas las que los hombres llaman divinas. Para destruirlas no hay ni aun necesidad de saber leer; basta con ser racional.

## III

A menudo os resultará, si os ponéis a discutir con algún doctor de la Iglesia, que os enredará



de tal suerte que, por más que comprendáis que lo que él dice es imposible, no encontraréis argumentos para contestarle victoriosamente. ¿En qué consiste esto? Consiste en que el doctor, que sabe perfectamente lo que hace, ha empezado sentando, así como provisionalmente, alguna base falsa que vosotros dejáis pasar creyendo no tendrá importancia. Pues bien: basta que dejéis sentar como verdadera o posible una sola base falsa o imposible, para que sobre ella levante vuestro contrario, de la manera más lógica y razonada, un edificio que en vano trataríais de destruir.

Por eso, de ninguna manera admitáis razonamientos por estilo de los del pastor protestante, que decía que las contradicciones de la Biblia no eran contradicciones, *porque la Biblia era divina*, y Dios no puede contradecirse. Si tal se os dice, no paséis adelante en la discusión hasta que se os dé la razón de *por qué las Escrituras han de ser divinas;* y cuando se os hable de Dios, exigid que se os explique qué Dios es ese; porque si es ese Dios personal, ese Dios-hombre de la Biblia que descansa y que duerme, que se arrepiente y se incomoda, ese no puede ser el verdadero. Ahora, si es el mismo Dios infinito nuestro, al que el hombre no puede ni podrá jamás definir, entonces decidle al doctor de la Iglesia que ese Dios no es el Dios de la Biblia. Si os dice que él sabe lo que es Dios, y os lo puede probar porque en su nombre se han hecho y se hacen milagros, contestadle que en otros países cincuenta veces mayores que España, hay muchos cientos de millones de hombres como vosotros, que tienen misterios y dioses diferentes de los misterios y del Dios de los cristianos, y que también ellos dicen que han hecho y hacen milagros, y que a vosotros os es imposible decidir quién dice la verdad

mientras no veáis alguno. Si os presentan periódicos y libros en que se encuentran milagros por miles, presentadles vosotros este libro, con el que podéis probarles, no con misterios, sino con razones, que los milagros de la religión que os quieren hacer pasar por verdadera, son tan falsos como los milagros de las otras religiones. Siempre, pues, que alguno de vuestros sacerdotes quiera discutir con vosotros, no paséis adelante hasta que os haya explicado satisfactoriamente en qué razones se funda para decir que la religión cristiana es divina.

¿Sabéis por qué el famoso almirante inglés Nelson ganó todas cuantas batallas dió? Porque Nelson tenía una cosa que dicen ser común a todos los hombres, pero que raramente se encuentra uno que la tenga: Nelson tenía *sentido común*. En su tiempo no había buques de vapor; por consiguiente, el navío que en un combate perdía los palos, quedaba inmóvil y a merced del contrario. Los marinos tenían, pues, la costumbre de destinar una gran parte de la artillería a disparar sobre la arboladura y el velamen del buque enemigo, con la esperanza de echarle abajo los palos, con lo cual se perdía la mayor parte de los tiros, pues sólo por una casualidad se conseguía aquel resultado. El sentido común de Nelson le dijo que haciendo fuego con todos sus cañones sobre el casco del buque de su contrario, apuntando lo más cerca del agua posible, y aun debajo del agua, le haría tantos agujeros que lo echaría a pique, sin que su arboladura y sus velas le sirviesen para impedir que se sumergiera en el mar. Nelson, pues, dió orden de que se hiciese fuego nada más que sobre el casco del buque enemigo, sin ocuparse de la arboladura, y así ganó las más grandes batallas navales de los tiempos modernos.



Lo mismo os decimos: no perdáis vuestros tiros discutiendo si Jesús dijo o no tales o cuales palabras, y si con ellas instituyó tales o cuales sacramentos, ni si la trinidad es un desatino o no lo es, ni si un pedazo de harina amasada la convierte un hombre en carne de un Dios, ni si el Papa representa a Dios o al diablo, ni si hay infierno o no le hay; no disparéis sobre esa arboladura de vuestro contrario, sino haced fuego en nombre de la justicia y la verdad contra el casco de vuestro enemigo, contra esa Biblia escrita por hombres pérfidos y engañadores que os quieren hacer pasar por santa; arrancaos esa venda de la fe con que quieren tapar vuestros ojos, y así podréis apuntar bien; disparad, en nombre de la razón por Dios concedida, fuego sobre esas falsas Escrituras, fuego sobre ellas, y veréis caer como castillo de naipes esa Iglesia que tan potente y sólida os parece.

# EL INFIERNO

## PRIMERA PARTE

*El Dios de Israel según Moisés y los profetas.—El mismo Dios según Jesucristo.—Un Dios que se equivoca.—La Gehenna de fuego.—El fuego del Infierno.—El Dios Moloc y sus ritos.—Incompatibilidad del infierno y la Omnipotencia.—El poder humano y el poder divino.—Los protestantes y el infierno.—El Dios infinitamente justo de la Iglesia romana.*

### I

Os hemos probado por medio de los desatinos científicos, contradicciones y evidentes falsedades de las Sagradas Escrituras, que éstas son simples historias compuestas por los sacerdotes judíos y cristianos y, por consiguiente, no tienen más valor que las Escrituras Sagradas de cualquiera otra religión.

Bastaría, pues, esta prueba para que no nos ocupásemos de las palabras que los escritores de los Evangelios ponen en boca de Jesús, y por las que aquel hombre bondadoso resultaría inventor del Infierno de los cristianos. Esto no obstante, os explicaremos cómo y desde cuándo en vuestra religión hay Infierno.

Supongamos que habéis nacido y os habéis criado en alguno de los países no cristianos, y que habiendo venido a España y deseando enteraros de



la religión de los españoles, determináis leer la Biblia, que es el libro sobre que está fundada la religión cristiana. Tomáis, pues, por primera vez en vuestras manos la Sagrada Escritura traducida al castellano por el Rdo. P. Scío, y comenzáis su lectura. Allí encontráis que el Dios de los cristianos se llama Jehová, y es un personaje terrible que anda continuamente incomodado con los hombres que él mismo ha creado, lo cual no deja de ser notable, porque pudiendo hacerlos buenos a todos y evitarse tantos disgustos, prefiere que sean malos, con objeto sin duda de tener el gusto de castigarlos; y, en efecto, allí veis que unas veces ahoga a la humanidad por medio de un diluvio; otras hace llover no agua, sino fuego, abrasando ciudades con todos sus habitantes; tan pronto tira peñascos desde el cielo aplastando a las gentes, como ordena el degüello de pueblos enteros, hombres mujeres y niños, como castiga las faltas de los padres en los hijos hasta la cuarta generación *(Exodo,* Cap. XX, vers. 5), como ejecuta mil injusticias y crueldades por el estilo. El Dios de los cristianos gobierna por medio del terror, la matanza y el exterminio. El Dios Jehová es un individuo sanguinario que se goza en llevarlo todo a sangre y fuego, haciendo perecer a justos y pecadores. De este modo resulta ser el Dios de Israel por varios miles de años, durante los cuales nada absolutamente dice la Escritura de castigos después de la muerte, pues todos se aplican en esta vida.

Continuáis la lectura y llegáis a la parte de la Biblia llamada el Nuevo Testamento, que empieza con la vida de Jesucristo por San Mateo, o sea el Evangelio de San Mateo. Allí os encontráis que el Dios de Israel parece ser otro, porque, según Jesús, Jehová no sólo no quiere dego-

llar, ahogar ni quemar a nadie, sino que *ama a los que le aborrecen y hace bien a los que le hacen mal.* Esto os deja muy sorprendidos, porque todo el que cambia de opinión o de sistema es porque cree le irá mejor de otra manera, o lo que es lo mismo, cree haberse equivocado; y un Dios que cambia de opinión, y que por lo tanto cree equivocarse, no puede ser Dios, admirándoos de que los españoles, que tienen o deben tener sentido común, no se hagan esa reflexión. De pronto, al llegar al Capítulo V del citado Evangelio de San Mateo, os encontráis con estas palabras de Jesús:

*Vers. 23. Mas yo os digo que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será a juicio. Y quien dijere a su hermano "raca", obligado será a concilio; y quien dijere "insensato", quedará obligado á la Gehenna del fuego.*

Deseando saber qué es eso de *Gehenna del fuego*, miráis en el Evangelio en latín (la Biblia de Scío está en latín y en castellano), y veis que dice lo mismo: *Gehenna ignis.* Como en el propio Evangelio Jesús aconseja que se debe *volver bien por mal,* suponéis desde luego que la *Gehenna del fuego* no será cosa desagradable, sobre todo en invierno; de otro modo, Jesucristo haría lo contrario de lo que predicaba.

Seguís, pues, leyendo con toda tranquilidad, cuando al llegar al vers. 29 encontráis lo siguiente: *Y si tu ojo derecho te sirve de escándalo, sácalo y échalo de ti; porque te conviene perder uno de tus miembros antes que todo tu cuerpo sea arrojado al fuego del Infierno.*

Lo primero que se os ocurre pensar es que Jesús ha sido atacado de enajenación mental, porque sólo un loco puede decir que no es el individuo, sino los miembros los que pecan, como si las manos o los ojos tuvieran voluntad propia y fuesen, por lo tanto, responsables de sus acciones; pero no es ésa la cuestión, sino que Jesús dice que arrojará al *fuego del Infierno,* y aunque vosotros no sabéis todavía lo que es *Infierno,* sabéis que el fuego no sirve para ser arrojado en él ni en invierno ni en verano. Alarmados con esto, miráis el Evangelio latino y veis que lo traducido por el *fuego del Infierno,* es en latín *Gehenna.* No significando nada en latín esta palabra, y siendo la Biblia en latín una traducción de la Biblia en griego, tomáis los Evangelios en griego, y nuevamente os encontráis con *Gehenna*, con lo cual nada adelantáis, porque tampoco este vocablo quiere decir cosa alguna en griego, porque no es palabra griega.



Como Jesucristo no habló en castellano, en latín o en griego, sino en hebreo, comprendéis que *Gehenna* tiene que ser una palabra hebrea; pero lo malo es que jamás se han conocido Evangelios en hebreo, lo cual es una de las mil pruebas de que los Evangelios no fueron escritos por discípulos de Jesucristo, los cuales, siendo hebreos, habrían naturalmente escrito en su idioma. No os queda, pues, otro remedio que registrar diccionarios, documentos, etc., y encontraréis entonces que *Gehenna* es realmente una palabra hebrea, cuyo sonido y pronunciación se parece a Jinnom o Jehinnom. «¡Gracias a Dios, decís; ya sabemos cuál fué la palabra que Jesucristo pronunció con sus propios labios!» y, sin duda alguna, os figuráis que, como Jesús era judío, *Jinnom* debe ser el infierno de la religión judía, y, por consiguiente, de la religión cristiana, así como el Dios de los judíos, o sea el Dios de Israel, es el Dios de

los cristianos; en todo lo cual os equivocáis, porque en la religión judía o israelita no ha habido jamás infierno alguno. Seguros estamos que no lo sabíais, imaginándoos que el Infierno empezó desde Adán y Eva, lo cual no es así, porque el Infierno no se inventó hasta cerca de cuatrocientos años después de muerto Jesús.

Preguntaréis: ¿Qué es *Jinnom?* Jinnom es un nombre propio como Madrid, Sevilla, León, etc., el cual, al pasar al griego, quedó convertido en *Gehenna* o, como también se pronuncia, *Gihidna*, de la misma manera que la capital del imperio británico, que en inglés se llama *London*, la hemos cambiado nosotros en Londres, así como los franceses llaman a nuestra Cataluña, *Catalogne*. Nuevamente reflexionáis, y os decís: «Si *Jinnom* es nombre propio, tiene que ser el de alguna persona o el de algún lugar». El de una persona no puede ser, porque Jesús dice que *arrojará*, y arrojar a una persona dentro de otra es algo difícil, por muchas tragaderas que ésta tenga; luego tiene que ser el nombre de algún sitio.

A pesar de que os hemos dicho que los israelitas no tenían ni tienen más infierno que el que todos tenemos con vivir en este mundo, continuáis imaginándoos que *Jinnom* es una cueva cien leguas debajo de tierra, en la que se fríe gente al modo de quien fríe buñuelos. Nada de eso: *Jinnom* está al aire libre y a la luz del sol, y esto lo sabemos porque nosotros hemos estado en el Infierno sin necesidad de morirnos, lo que os probará que el Infierno está en este mundo; porque nosotros hemos recorrido todo *Jinnom* y no sólo nadie nos ha quemado, sino que nos ha sido imposible encontrar diablo alguno con quien poder echar un párrafo. ¿Creéis que nos burlamos? Pues nada es más cierto, y os diremos en dónde está



*Jinnom*, por si queréis visitarle, como hemos hecho nosotros.

Jinnom, Ginnom o Hinnom (1), que de estas tres maneras puede escribirse, es el nombre de un valle en las afueras de Jerusalén, del lado Sudeste, en el fondo del cual corre el Siloa. En este valle celebraban antiguamente los paganos, adoradores del dios Moloc, ritos espantosos, uno de los cuales era quemar niños. De aquí el que quedase entre los israelitas el recuerdo de este valle como el de un sitio terrible, y de que, cuando alguno hacía algo malo, dijesen: *merecía que le quemaran en Jinnom*, o que *le arrojasen en las hogueras de Jinnom*, expresión que todavía usan los judíos. Este punto se llamaba también *Tophet* o *Tofet*, que viene de *Toph* o *Tof*, nombre que los sacerdotes de Moloc daban al instrumento con que impedían se oyesen los gritos de los niños que quemaban, instrumento que era por el estilo de un gran tambor. De aquí también el que los judíos usasen la palabra *toph* o *tof* como signo de abominación.

Por si acaso os queda alguna duda, las Sagradas Escrituras mismas se encargarán de contestaros con estas palabras:

## Libro de Josué

### Cap. XV, Vers. 8

*Y sube este término por el valle del hijo de Hinnom al lado del Jebuseo, al Mediodía. Esta es Jerusalem. Luego sube este término por la cumbre del monte que está delante*

(1) Antiguamente, la «hache» tenía una pronunciación parecida a la de nuestra «jota», como todavía sucede en el alemán, el inglés, en muchas palabras francesas, etcétera.

*del valle de Hinnom, hacia el Occidente, el cual está al cabo del valle de los gigantes al Norte.*

*Jebuseo* viene de *Jebus*, que era el nombre que tenía Jerusalém antes de ser conquistada por los judíos. Los jebuseos eran adoradores de Moloc.

Muchos sacerdotes católicos aseguran con el mayor aplomo, que el dios Moloc de los jebuseos era Satanás, cosa de la que se le olvidó al Espíritu Santo informarnos en las Escrituras, en donde no se dice que Moloc fuese más diablo que cualquiera otro dios de los paganos, de los que había cientos.

## Libro de Josué

### Cap. XVIII, Vers. 16

*Y desciende aqueste término al cabo del monte que está delante del valle del hijo de Hinnom, que está en la campaña de los gigantes hacia el Norte: desciende luego al valle de Hinnom, al lado del Jebuseo al Mediodía, y de allí desciende a la fuente de Rogel.*

## Libro segundo de los Reyes

### Cap. XXIII, Vers. 10

*Asimismo profanó a Topheth, que está en el valle del hijo de Hinnom, porque ninguno pasase su hijo o su hija por fuego a Moloc.*



## Isaías

### Cap. XXX, Vers. 33

*Porque Topheth está ya aparejada y arreglada para el rey, profunda y ancha, con mucha leña y mucho fuego: el soplo de Jehová la encenderá como un torrente de azufre.*

El rey a quien tantas ganas tenía Isaías de quemar, era el rey de los asirios, al que pretendía asar en el valle de Jinnom con todo su ejército. Esto de que tenía el valle colmado de leña y fuego esperando que el Dios Jehová la encendiera de un soplo, es lo que muchos doctores de la Iglesia dicen ser el Infierno; pero ni a los judíos ni al mismo Isaías se les ocurrió semejante cosa.

## Jeremías

### Cap. VII, Vers. 31

*Y han edificado los altos de Topheth, que es en el valle de Hinnom, para quemar al fuego sus hijos y sus hijas, cosa que yo no les mandé ni lo pensé en mi corazón.*

Jeremías se refiere aquí a una parte de los israelitas, que también sacrificaba niños al dios Moloc.

En el Evangelio de San Marcos, el valle de Hinnom se ha convertido, no sólo en castellano, sino también en latín, en *fuego eterno* (ignis inextinguibilis), *fuego que no se apaga y gusano que nunca muere* (Cap. IX, vers. 42 a 49). Esto es en la traducción del Padre Scío. En la de Valera la cosa es al revés, porque éste puso *Infierno* en el Evangelio de San Mateo, y *Gehenna* en el de San Marcos.

Ahora comprenderéis con qué facilidad los muy listos compositores y traductores de las Escrituras convirtieron el valle de Hinnom en el Infierno, las hogueras en el fuego eterno, las víctimas humanas en los condenados al Infierno, y el ídolo Moloc en el diablo: con todo lo cual tanto miedo meten a los crédulos cuanto ignorantes fieles de la Santa Iglesia Romana. A nosotros se nos ocurre que los quemaderos de la Inquisición eran el fuego del Infierno y los inquisidores los demonios.

Parécenos oir a los sabios doctores exclamar: «¡Esto es el colmo de la inmoralidad ¡El Infierno, que tanto trabajo costó formar, nos lo va a echar abajo un individuo, de cuatro plumadas! ¡Este es el resultado de haber suprimido la Inquisición y de la tolerancia de cultos! ¡España se va a hundir! Dios va a hacer llover fuego, azufre, dinamita, etc., etc.»

No hay cuidado: España está perfectamente firme. Los únicos que ya hace tiempo se van hundiendo son los señores doctores, a quienes deseamos un buen viaje al centro de la tierra.

## II

Acabamos de demostraros que lo mismo fabrican los doctores de la Iglesia un Infierno con cualquier cosa, como sacan un alma del Purgatorio mediante las correspondientes pesetas, y ahora, con menos palabras y por otro medio distinto, os probaremos, del modo más palpable, no sólo que no hay Infierno, sino que *no puede haberle*. porque LA OMNIPOTENCIA Y EL INFIERNO SON INCOMPATIBLES; es decir, que Dios no puede ser todopoderoso y castigar. Vosotros, por más que os repitamos que Dios no puede parecerse en nada a los hombres, no podéis concebir a Dios Todopoderoso más que



como un rey de la tierra, que es la idea que de Dios tenían los escritores de la Biblia. Trataremos de explicaros lo que es la omnipotencia.

Imaginaos un rey que domina, no sólo a los diez y siete millones de españoles que hoy somos, sino a los mil cuatrocientos y pico de millones que componen la población del globo entero. Suponed que este rey tiene el mismo dominio sobre todos los hombres, que tenéis vosotros sobre vuestro perro; que puede comprarlos, venderlos, matarlos, etc., etc., y que se le ocurre expedir un decreto ordenando que todo el que le encuentre o le vea, sea en donde quiera, se ponga de rodillas y se quite el sombrero, so pena de ser quemado vivo. Todos obedecen el mandato por miedo al castigo, por más que en su interior maldigan al rey y deseen que reviente cuanto antes. Pero hay un hombre que no le da la gana de obedecer y no obedece, y al pasar el rey continúa en pie y con el sombrero puesto, en castigo de lo cual es quemado vivo.—¿Por qué ha castigado el rey?—Porque le han desobedecido.—¿Y por qué le han desobedecido?—Porque le fué imposible evitarlo.—¿Y por qué le fué imposible evitarlo?—Porque no era *todopoderoso;* porque, si lo hubiese sido, nadie habría podido desobedecerle. Esa es la inmensa distancia que separa el mayor poder a que un hombre puede llegar, de la omnipotencia.

Si aquel rey hubiese sido todopoderoso, no habría tenido ninguna necesidad ni aun de expedir decreto alguno; le habría bastado desearlo para que, sin decir él una sola palabra, no sólo no hubiese sido posible a nadie desobedecer, sino que, así como no podemos evitar el que un golpe nos duela, del mismo modo cada vez que le hubié-

ramos visto habríamos doblado las rodillas y nos habríamos descubierto.

Acaso diréis que Dios puede dar una orden, dejando a los hombres libres para cumplirla o no. Eso no es posible. Os acabamos de decir que Dios no da sus órdenes como las dan los hombres. Dios no viene a la tierra bajo figura alguna para comunicarnos sus decretos; Dios no grita desde detrás de las nubes, como nos dice la Biblia; Dios no hace nada de eso; *Dios lo desea y basta.* Decimos *lo desea,* para explicaros esto mejor, no porque Dios pueda desear algo.

Si Dios diese sus órdenes como las dan los hombres, no usando de su omnipotencia para hacerse obedecer, obraría de tan mala fe como si el rey diese el decreto de arrodillarse en un idioma que no pudieran comprender todos, con objeto de divertirse en quemar la gente que no le entendiese so pretexto de que no le habían obedecido.

En otros países, que sin embargo no son nuestra España, hace ya años que los hombres bien educados han hecho estas reflexiones; y como allí la gente entendida es mucha, las Iglesias protestantes, que forman la mayoría, y cuyos jefes saben perfectamente que no hay tal Infierno (lo mismo que lo saben los jefes de la Iglesia romana), han decidido que todos aquellos a quienes de buena fe les sea imposible creer en la omnipotencia de Dios y en el Infierno, crean en lo primero y dejen lo segundo, o, lo que es lo mismo, se han visto obligados a confesar que no hay Infierno.

Este paso no les ha hecho ningún bien a los doctores protestantes, porque los que no creían siguen no creyendo; y muchos que imaginaban que el Infierno era una cosa fuera de duda, se han escamado de una religión que por tantos siglos ha estado engañando a sus fieles. De aquí el que



algunas de las Iglesias, viendo el mal paso que han dado y no pudiendo restablecer el Infierno, están tratando de sustituirle por medio de un Infierno temporal, o sea un Purgatorio como el de la Iglesia romana; pero como en las Sagradas Escrituras no se habla de Purgatorio, nos quieren explicar ahora que *la Gehenna del fuego que siempre arde,* de que nos cuentan hablaba Jesús, no quiere decir «penas eternas», como antes se creía, sino que, como entran unos y salen otros, hay siempre gente quemándose, y por eso el fuego no se apaga.

Otros sabios obispos, también protestantes, sostienen que el tal fuego no es fuego como el de este mundo, porque en el otro no puede haber fuego de ninguna clase, sino que lo que Jesús quiso decir fué: un sitio en el que se padecía tanto como padecían los niños que quemaban los adoradores de Moloc. El castigo, según ellos, consiste en quedar privada el alma del goce de la presencia de Dios, que es la creencia que tenían los primeros cristianos.

Resumen: las Iglesias cristianas protestantes han armado un lío que sus jefes y obispos son los primeros en no entender; en cambio, a la Iglesia romana le importa dos comino que la omnipotencia de Dios sea incompatible o deje de serlo con castigos futuros. Según los doctores católicos, su Dios es *infinitamente justo;* por consiguiente, el que es malo no tiene ya bastante desgracia con serlo, sino que, después de muerto, tiene que continuar maldiciendo y odiando a su Dios eternamente en los infiernos. Esta es la consoladora doctrina de la Santa Madre, advirtiendo que el que no cumpla sus mandamientos es, según ella, un malvado tan grande como el más vil ladrón y asesino y, por consiguiente, también se condena.

A la Iglesia de Roma no hay quien le haga apagar el fuego del Infierno, y mucho menos el del Purgatorio, que es el que le sirve para guisar sus buenas comidas.

Ellos en esto han tenido mucho más sentido común que sus compadres los protestantes, porque saben que el día en que se ponga a discusión si Jesús dijo *infierno* o *el Valle Jinnom*, o si fué *fuego eterno* o *las hogueras del ídolo Moloc*, o si el fuego es como el de este mundo o como el fuego de las estrellas que ve aquel a quien le arriman un garrotazo, sabe muy bien que en cuanto eso suceda, adiós parroquias y canonjías; adiós obispados y arzobispados; adiós misas, bulas, bautizos, casamientos y funerales; adiós, en fin, esa red de ceremonias con las que aprisionan y sacan el dinero al desdichado mortal desde que nace hasta después de muerto.

## SEGUNDA PARTE

*Creación del diablo por Dios.—Los animales parlantes de la Biblia.—Los diablos, los brujos y los endemoniados.—Los premios y castigos divinos según las Escrituras.—La inspiración del Espíritu Santo.—El alma, segun la Escritura, y el alma según la Iglesia.—Ignorancia de Moisés acerca del infierno.—Opiniones contrarias de las tres personas de la Santísima Trinidad.—Los diablos ambulantes.—Las diferentes religiones son diversos modos de ganarse la vida.—Nadie adora a un Dios falso si cree que en otra religión se adora el verdadero.—Lagartijo y los doctores de la Iglesia.*

### I

Creencia común es entre los católicos romanos el que su Dios creó ángeles, resultando malos algunos y sublevándose contra él, en castigo de lo cual fueron arrojados del cielo.

Sentimos contradecir la historia de este celestial pronunciamiento, pero en ninguna parte de las Escrituras se dice palabra ni de creación de ángeles ni de sublevaciones (1). De ser esto cierto, resultaría que, conociendo Dios el porvenir, creó no obstante seres que sabía se iban a rebelar, y por lo tanto creó el diablo, lo cual es

(1) San Juan nos dice en el Apocalipsis, Cap. XII, que *cuando llegue el Juicio Final, el Angel Miguel peleará contra un dragón, el cual hará caer sobre la Tierra, con el rabo, la tercera parte de las estrellas.*

contrario a la infinita bondad de Dios. ¿Queréis otra prueba de que no hay diablos de ninguna clase? Pues basta este simple razonamiento. Si Dios *no puede* destruir al diablo, no es todopoderoso; si *no quiere*, no es infinitamente bueno, permitiendo que el diablo, con sus tentaciones, nos haga pecar; si le conserva *para probar* a los hombres, no es infinitamente sabio, puesto que necesita de esta prueba para saber quién puede resistir a la tentación y quién no; y por último, si se nos dice que el libre albedrío permite hacer al hombre lo que Dios *no puede prever*, resulta que no conoce lo futuro. Parécenos que a la Santa Madre Iglesia podemos aplicarle aquello de que *más pronto se alcanza al embustero que al cojo.*

En las Historias Sagradas que la Iglesia romana da a leer a sus fieles en lugar de la Biblia, hemos visto afirmado que el diablo tomó forma de serpiente para tentar a Eva, arguyendo que si no hubiese sido el diablo no habría podido hablar. Desgraciadamente para esta teoría, en la Biblia no se dice palabra del diablo, sino de una serpiente, y no vemos motivo para que las serpientes estén más endiabladas que los otros animales. En cuanto a que los animales hablan, bastante hablaba la burra de Balaam, según consta en las Sagradas Escrituras *(Números,* Cap. XXII, versículo 28), sin que ningún Padre la haya tomado por el diablo; y, por último, si no hablasen más animales que aquellos que tienen el diablo en el cuerpo, había que convenir que más de un sabio doctor de la Iglesia había estado endemoniado.

Los diablos no sufren castigo alguno, antes al contrario pasan alegremente el tiempo tentando a hombres y mujeres en este mundo y quemando en el otro a los que se dejaron engañar. Antiguamente andaban en tratos diarios con los hombres, extendiendo formales documentos de compras y ventas de almas con brujos y brujas, de lo que se deduce que aquellos diablos eran unos pobres diablos que, después de favorecer durante su vida a los que les habían vendido su alma, les dejaban los vendedores con un palmo de narices, confesando y comulgando a la hora de morir.



En esta opinión de que el diablo es tonto nos confirmamos al ver en los Evangelios que Satanás fué a tentar a Jesucristo; de lo que resulta que si éste era Dios, el diablo fué a perder el tiempo tentando al mismísimo Dios. (San Mateo, Capítulo IV; S. Marcos, Cap. I; S. Lucas, Cap. IV). En los Evangelios los diablos ocupan una parte muy importante, pues el milagro favorito de los evangelistas era el de hacer a Jesús sacar diablos del cuerpo. Este milagro era muy común en España hasta hace pocos años; pero el ruido de las locomotoras, la electricidad y los adelantos de las ciencias físicas tienen a los diablos muy asustados, y podríamos añadir que, comprendiendo los pobres que su reino se les va, andan todos con el rabo entre piernas.

Claro está que si el Infierno existiese, Dios lo habría puesto en conocimiento de los hombres desde el principio, lo mismo que la Biblia nos cuenta lo hizo con sus leyes y Mandamientos; de lo contrario no era posible el que nadie supiese que había semejante lugar.

Según las Escrituras, Dios premia y castiga y al efecto en ellas hay dos largos capítulos dedicados exclusivamente a describirnos con la mayor minuciosidad todos los premios y castigos del Padre Eterno. En estos capítulos, el XXVI del *Levítico* y el XXVIII del *Deuteronomio*, promete Dios a los que cumplan sus Mandamientos *buenas co-*

*sechas, muchos ganados, salud, larga vida, numerosa familia, triunfos sobre sus enemigos,* toda especie, en fin, de felicidades *en este mundo;* del mismo modo amenaza a los infractores de la ley con *sequías, pedriscos, plagas, hambres, esclavitud* y toda clase de desgracias, de las que *la mayor es la muerte.*

Si en algún punto de las Escrituras debía hablarse del Cielo y el Infierno, es indudablemente en estos capítulos; pero vemos que el Espíritu Santo nada dice sobre el particular; antes al contrario, en el vers. 19, Cap. III del *Génesis,* nos cuenta que Jehová dijo a Adán: *Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, de la que fuiste tomado, porque polvo eres y en polvo te convertirás;* lo que demuestra que el escritor de estas palabras sabía perfectamente que así el hombre, como todos los seres que pueblan la tierra, son producto de ella. Por el dicho de Dios resulta que Adán comía pan, y fué, por lo tanto, el primer panadero.

Como ya en otra parte os hemos dicho, la inspiración divina de las Escrituras consiste en detallar minuciosamente todo lo secundario y accesorio, expresándose de la manera más vaga e incierta acerca de lo verdaderamente importante. Por ejemplo, se trata de la construcción del Tabernáculo, y el Espíritu Santo nos encaja la friolera de seis capítulos *(Exodo,* Cap. XXV a XXXI), para informarnos de cuántas anillas deben tener las cortinas, cuántas luces los candelabros, el tamaño, forma y clase de madera de las mesas, el color y hechura de cada prenda de ropa de los sacerdotes, etc., etc. Dios se convierte en tapicero, en ebanista, en sastre, en joyero; todas las explicaciones le parecen pocas; pero queremos saber lo que pasa después de la muerte, y nos encontramos por única noticia con que fu-



lano *murió,* o cuando más, se dice: *murió y fué agregado a su pueblo,* con lo cual os quedáis en ayunas. Mas los Santos Padres se encargan de haceros almorzar (espiritualmente, se entiende), asegurándoos que *ser agregado a su pueblo* no quiere decir volver a reunirnos todos en la tierra, sino ir al Cielo los católicos y al Infierno los que no lo son. En otros puntos se habla del *seno de Abraham,* lo cual, según los sabios teólogos, unas veces significa el Cielo y otras el Infierno. En cambio muchos afirman que *el seno de Abraham* no es otra cosa que el seno de nuestra madre común la tierra.

Mucho os sorprenderá esta incertidumbre acerca de la vida futura, porque vosotros os imagináis que todo está tan claro como que el cura se embolsará sus buenas pesetas por decir misas por vuestra alma cuando seáis *agregados a vuestro pueblo.* Por nuestra parte os diremos que de los muchos sabios doctores a quienes hemos consultado acerca de en qué consiste el Infierno, no hemos encontrado dos de la misma opinión. De lo que no cabe duda es de que, según los mismísimos inspirados autores de las Sagradas Escrituras, el *alma* o *ánima* es sencillamente *la vida.* En el *Levítico,* Cap. XVII, vers. 14, dice el Espíritu Santo: *El alma de toda carne, su vida, está en su sangre.* En algunas traducciones se han suprimido las palabras *su vida,* pero en el texto griego y el original hebreo están terminantes.

Si el alma es como los Reverendos Padres quieren explicarla, una cosa personal, un segundo *yo* que continúa gozando o padeciendo después de la muerte, podría ir al Cielo, al Purgatorio o al Infierno, sin necesidad del cuerpo; pero si Jesús o los inspirados escritores del Nuevo Testamento hubiesen tenido esas noticias del alma, no ha-

brían asegurado, al fundar la vida futura, que los muertos resucitarían; porque una de dos: o el alma tiene conciencia de sí misma y puede gozar o padecer de por sí, en cuyo caso está de más la resurrección, o le es imposible sentir sin estar unida al cuerpo, no siendo entonces lo que los teólogos católicos dicen ser.

Ahora bien: si todos hemos de resucitar para ser juzgados, claro está que nadie puede ir al Cielo, al Infierno o al Purgatorio antes del día del juicio; y como esto no va muy bien con las misas para sacar las *almas* o *ánimas* los doctores de la Iglesia afirman que cada persona tiene *un ángel custodio*, el cual se ocupa de nosotros después de la muerte, quedando encargado de apuntar las misas que se dicen y presentándose el día de la resurrección con la cuenta debajo del brazo a manera de abogado defensor. Si el individuo es condenado al Infierno, no por eso pierden las misas, sino que pasan al crédito del pariente más cercano; lo mismo sucede con las sobrantes.

Los mahometanos tienen dos ángeles por persona. Después de muerto el individuo continúan acompañando su tumba, y con objeto de que puedan esperar sentados el día del juicio, se ponen dos piedras sobre el sepulcro. Ignoramos completamente en qué se ocupan las almas mientras llega el juicio final. Lo mismo decimos acerca del diablo, quien estará llevado del ídem al ver que el tiempo pasa y el mundo no se acaba.

## II

Es natural que, si alguien pudo saber que había Infierno, fueron seguramente los patriarcas, quienes al decir de la Biblia, hablaban familiar-



mente con Dios; pero ni Noé, ni Abraham, ni Isaac, ni Jacob, ni ninguno de los santos que vivieron antes de Jesucristo, tenía la más remota idea de que existiesen otras penas que las de este mundo.

El profeta Moisés, el elegido por el Padre Eterno para fundar la religión que los mismos católicos romanos creen ser la única verdadera, y a quien según la Biblia, Dios entregó personalmente dos tablas de piedra con los Diez Mandamientos escritos en ellas; Moisés, el santo autor de la parte principal de las Sagradas Escrituras, no nos dice una palabra ni de Infierno, ni de alma personal, ni de resurrección, ni de vida futura y no fué por cierto porque no se le pudiese haber ocurrido, porque en la religión egipcia, en la que se educó, había premios y castigos después de la muerte; luego no los instituyó porque le pareció un desatino; y como lo escrito por Moisés no sólo fué inspirado por el Espíritu Santo, sino dictado por el Padre Eterno en persona, según se asegura en las Escrituras, resulta que, tanto el Dios Padre como el Dios Espíritu Santo, no son partidarios de que haya más vida ni más castigo que los de este mundo.

Ahora bien: si es cierto lo que cuentan los Evangelios de que Jesús dijo que resucitarían los muertos para ser juzgados, resulta el Dios Hijo en oposición a su Padre y al Espíritu Santo; y como los tres no son más que uno, quisiéramos que algún sabio de alzacuello nos explicase de qué manera se compondrán para discutir. Ved ahí cómo, sin necesidad de teología ni de inspiración divina, se atrapa a cualquier embustero aunque sea profeta, evangelista, sabio doctor de la Iglesia católica, o de cualquiera otra, porque en to-

das las religiones hay tunantes que viven a costillas de los crédulos.

No habiendo Infierno en el Antiguo Testamento, mal puede haber diablos, lo cual no ha impedido al Padre Scío en su traducción al castellano, hecha sobre la latina de San Jerónimo, meter en ella un buen número de demonios de todas categorías; pero como os hemos hecho ver prácticamente en el capítulo anterior, los Santos Padres no se paran en barras en sus traducciones; lo que San Jerónimo y otros santos han traducido por diablos, demonios, etc., es lo que en el texto original se llaman *dioses falsos*, que para los israelitas eran todos los dioses diferentes del Dios Jehová.

Habiendo diablos y no habiendo Infierno, claro está que aquéllos no tienen su residencia en él, y ahora comprendemos por qué en los Evangelios se habla siempre de los demonios como habitantes de este mundo; es decir, que nos hallamos rodeados de ángeles y demonios. ¡Válganos la teología! ¿Y, cuándo se verán rodeados los españoles de un poco de sentido común? De suponer que los llamados por los judíos *dioses falsos* eran diablos, resultaría que Jesucristo para ellos era un dios falso, uno de los *demonios*.

Los israelitas creían antiguamente que había espíritus (lo mismo que hoy creen los espiritistas), y estaban persuadidos de que aquellos espíritus eran los que permitían profetizar a los adivinos de la religión pagana, que no eran más que unos tunantes muy largos, por el estilo de sus propios profetas. Todo esto consta en la Biblia, pues, a lo que parece hasta el mismo Jehová tomaba por lo serio a los que decían la buenaventura, puesto que decretó pena de muerte contra ellos. Así lo dice Moisés. (*Levítico*, Cap. XX, vers. 27).



Moisés nos habla también en las Escrituras de ángeles o querubines, y la primera mención que hace de ellos es al referirnos que Jehová echó a Adán del paraíso, o como dice la Biblia, del huerto, con estas palabras: *Echó fuera al hombre y puso al Oriente del huerto del Edén querubines y una espada de fuego que se revolvía en todas direcciones y guardaba el árbol de la vida. (Génesis,* Cap. III, vers. 24). A Moisés se le olvidó informarnos cuándo había hecho Jehová los querubines, porque no habrían existido eternamente, en cuyo caso serían otros tantos dioses; y aquí nos ocurre que, habiendo hecho Jehová unos seres perfectos como los ángeles, y habiéndonos hecho a nosotros llenos de imperfecciones físicas y morales, no es *infinitamente justo;* y si a eso añadimos el que encima de lo sufrido en esta vida nos espera un Infierno en la otra, según dice la Iglesia, entonces es *infinitamente injusto.* Los traductores cristianos tomaron los ángeles según los fabricó Moisés, pero en cuanto a los espíritus israelitas, los unieron a los dioses paganos, calificando a unos y a otros de diablos cristianos. Resulta, pues, que el traducir del hebreo al griego y después al latín tiene una influencia diabólica, puesto que da lugar a que ídolos y lugares inofensivos de por sí en hebreo, después de darles un pase de muleta, en griego resultan infiernos y diablos en latín, o mejor dicho, *se crecen al hierro.*

Los doctores de la Iglesia, que lo mismo prueban que un elefante se ha tragado una mosca como que la mosca se ha tragado al elefante, afirman que los judíos tienen infierno sin saberlo, no habiendo querido Jehová decírselo para que ninguno se haga cristiano y vayan todos a él, castigándolos así por haber crucificado a su hijo A esto podría contestarse que, si Jehová mandó

a su hijo, o, como dice la Iglesia, vino él mismo en forma humana para que le crucificasen, alguien tenía que hacerlo, y los israelitas no tuvieron la culpa de que les hubiese elegido para ello; sin contar con que los judíos de hoy no han crucificado a nadie y, por consiguiente, ésta es una nueva prueba de que el Dios que la Iglesia quiere hacer pasar por verdadero no es justo. Además, si los judíos hubiesen tenido idea de que Jesús era Dios, en lugar de crucificarle, todos, desde el primero hasta el último, le habrían reconocido y adorado como tal, pues, como ya hemos dicho en otra parte, *nadie adora a un Dios falso si cree que alguno de los dioses de las otras religiones es verdadero.*

Acaso nos diréis:—¿Cómo, entonces, los jefes de diversas religiones no se convierten a la vuestra que decís ser la verdadera?—Porque la nuestra no sirve para hacer negocio con ella; la nuestra no tiene sacerdotes de ninguna clase, lo mismo que sucedía con la de los primeros cristianos; la nuestra va más lejos, porque no tiene templos, ni tiene más rezos ni oraciones que *no hacer daño al prójimo*, la nuestra no tiene un Dios que manda a la gente al Infierno, y por lo tanto los sacerdotes de las diversas religiones que tienen los hombres, saben que nada tienen que temer de nuestro Dios. Acaso esto no os parecerá justo, pero lo es, sin embargo. Los sacerdotes de todas las religiones son hombres, ni mejores ni peores que los demás. Ellos se valen de sus religiones para vivir, y engañan a los hombres con ellas, así como los engañados en religión tratan a su vez de engañar a sus propios sacerdotes en cualquier otro negocio de la vida. Ninguno tiene más derecho para engañar que otro, o mejor dicho, todos tienen el mismo; y así como nosotros



les concedemos el derecho de engañar con sus imágenes milagrosas, es necesario que ellos, a su vez, nos reconozcan el derecho que tenemos de informar a nuestros compatriotas del engaño.

Como nosotros somos españoles y, por consiguiente aficionados a los toros, os contaremos un incidente de toros. Vosotros no sabréis quiénes son los evangelistas ni en qué consiste vuestra religión; pero sabéis quién fué *Lagartijo*. Acaso no os parecerá que *Lagartijo* y los doctores de la Iglesia puedan ir bien juntos; pero a eso os contestaremos que tan doctor es el primero como los segundos, aunque en diferente ramo, y ya conoceréis el refrán de que *los extremos se tocan.* Asistíamos a una corrida, y llegando el momento de la muerte, toma *Lagartijo* los trastos y empieza su faena. A la primera de cambio sufre una colada; vuelve otra vez, y el toro, nada; entre la muleta o *Lagartijo* se empeñaba en darle la preferencia a este último. El diestro, en vista del excesivo cariño que había inspirado al bicho, le atiza un golletazo de padre y muy señor mío; y aquí paz y después gloria.

La silba fué hasta allí. Al lado nuestro un aficionado se desataba en denuestos contra el espada; pero como nosotros tratamos de ajustarlo todo a la razón y, por consiguiente, a la imparcialidad, nos tomamos la libertad de dirigirle estas palabras: «Hace usted bien en silbar a *Lagartijo*...» Animado con nuestra aprobación y sin dejarnos concluir la frase, nos informó nuestro vecino que «para esto no se llama uno *Lagartijo*; para estos casos son los buenos espadas; así no se ganan tantos y cuantos miles de reales por corrida; esto es una vergüenza, etc., etc.» Cuando al fin nos dejó hablar nuevamente, repetimos: «Hace usted muy bien en silbar a *Lagartijo*, y *Lagartijo* ha

hecho perfectamente en despachar al toro de un golletazo; porque, entre morir él o el toro, le ha parecido más saludable lo segundo.»

El toro de sentido es La Razón y La Ciencia, a las que es imposible engañar con la muleta de la fe; *Lagartijo* son los doctores de la Iglesia (con perdón de él sea dicho), quienes, no encontrando otro recurso para defenderse, apelan a los golletazos de sus mentiras del Infierno y los milagros, y nosotros somos el espectador que silba.

# TERCERA PARTE

*El Credo y la bajada de Jesús a los Infiernos.—El Evangelio de Nicodemo.—El cristianismo y el paganismo. —Imposibilidad de hacer abandonar su religión a los paganos.—Milagros paganos y milagros cristianos.—El paganismo y el cristianismo se unen formando la religión católica romana.—Establecimiento de la nueva religión en el Imperio Romano.—Impotencia de la religión cristiana para traspasar los límites de aquel Imperio.—El infernus pagano es agregado al cristianismo el siglo IV.—Invención del Purgatorio el siglo XIII.—Inutilidad del infierno para corregir.*

## I

Si Jesús hubiese hablado del Infierno, claro está que los primeros cristianos lo habrían sabido mejor que lo podemos saber nosotros; pero vemos que ellos no tenían noticia de tal sitio, según os vamos a probar.

Todos conocéis la oración llamada el Credo, que empieza: *Creo en Dios Padre Todopoderoso*, etc., en la cual se dice que *Jesús bajó a los infiernos*. Vosotros suponéis que esta oración la hicieron los apóstoles, porque así lo dice el Catecismo, lo cual no es cierto, porque ese Credo fué compuesto por los doctores de la Iglesia cuatrocientos años después de Jesucristo, y cuando, por consiguiente, los apóstoles llevaban algunos siglos de enterrados. El primer Credo fué el compuesto el año 325 por los obispos que formaron el Concilio de

Nicea. En aquel Concilio, al declarar por mayoría de votos que Jesucristo había sido Dios, se redactó una fórmula expresando todo aquello en que debían creer los cristianos, y que por eso se llama *Credo*, palabra latina que quiere decir «Creo».

En los Catecismos españoles no se os enseña más Credo que el reformado, pero en los Catecismos católicos romanos ingleses se ponen los dos, y aquí tenéis el credo original, según consta en un catecismo aprobado por el cardenal arzobispo católico romano de Nueva York, John M. Closkey, cuyo sello apostólico lleva:

CREDO COMPUESTO EN EL CONCILIO DE NICEA

*Creo en un Dios, Padre Omnipotente, hacedor del cielo y de la Tierra y de todas las cosas visibles e invisibles. Y en un Señor, Jesus, Cristo, el unigénito hijo de Dios, nacido del Padre antes de todo tiempo, Dios de Dios, Luz de Luz, Verdadero Dios de Verdadero Dios; que no fué hecho, sino engendrado, consustancial con el Padre, por quien todas las cosas fueron hechas. Quien por nosotros hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y encarnó en la Virgen María, por obra del Espíritu Santo y fué hecho hombre. Fué crucificado, también por nosotros, bajo Poncio Pilato; padeció y fué sepultado. Y al tercer día, resucitó, según las Escrituras. Y subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre, y debe venir otra vez, con gloria, para juzgar a los vivos y a los muertos, y cuyo reino no tendrá fin.*

*Y en el Espíritu Santo, el Señor y dispensador de vida, quien procede del Padre y del Hijo: quien junto con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado: quien habló por los profetas. Y en una Santa Iglesia católica y apostólica. Confieso un bautismo para la remisión de los pecados. Y espero la resurrección de los muertos y la vida del tiempo venidero. Así sea.*



En este Credo no hay palabra de la bajada de Jesús al Infierno. Igualmente dice que Cristo resucitó ***según las Escrituras***, en lo cual hay un ***intríngulis***, porque, según las Escrituras, lo mismo puede probarse que Jesús resucitó como que no resucitó, y así os lo demostraremos más adelante.

Si queréis otra prueba de que en los primeros tiempos del cristianismo los doctores mismos de la Iglesia negaban la existencia del Infierno, aquí la tenéis: Al hablaros en el capítulo «La Iglesia» (segunda parte), de los Evangelios desechados, os informamos de que se conocían, no sólo los nombres de cincuenta y ocho, sino hasta el contenido de algunos de ellos.

Como nosotros no decimos las cosas porque nos da la gana, como hacen los santos doctores, pues a eso se reduce el estar inspirados por el Espíritu Santo, os vamos a copiar un trocito del Evangelio de Nicodemo, en el que se refiere cómo Jesús bajó a los infiernos, cosa de que en ninguno de los cuatro Evangelios declarados como únicos verdaderos se dice palabra.

## EVANGELIO DE NICODEMO

### DECLARADO FALSO POR LA IGLESIA

### (CAPITULO XXI)

***Y mientras Satanás y la Furia así hablaban, se oyó una voz como un trueno, que decía: Abrid vuestras puertas, príncipes; y alzaos, puertas eternas, y el Rey de la Gloria (Jesús) entrará.***

***Y la Furia, oyendo la voz, dice a Satán: Anda, sal y pelea contra él. Y Satanás salió.***

***Entonces la Furia dice a sus demonios: Cerrad las grandes puertas de bronce, corred los grandes cerrojos de hie-***

*rro, cerrad con llave las grandes cerraduras y poneos todos de centinela, porque si este hombre (Jesús) entra, todos estamos perdidos.*

*Y oyendo estas voces, los Santos Antiguos exclamaron: Devoradora e insaciable Furia: Abre al Rey de la Gloria, al hijo de David, al profetizado por Moisés y por Isaías.*

*Y otra vez se oyó la voz de trueno que decía: Abrid vuestras puertas, príncipes; y alzaos, puertas eternas, y el Rey de la Gloria entrará.*

*Y la Furia grita rabiosa: ¿Quién es el Rey de la Gloria? Y los ángeles del Señor contestan: El Señor fuerte y poderoso: el Señor poderoso en la batalla.*

*Y en el acto las grandes puertas de bronce volaron en mil pedazos, y los que la muerte había tenido encadenados se levantaron.*

*Y el Rey de la Gloria entró en figura de hombre, y todas las cuevas de la Furia quedaron iluminadas.*

Por último, el rey de la Gloria y sus ángeles derrotan a los demonios; Jesús agarra a Satanás por la cabeza con sus propias manos y le entrega prisionero a los ángeles, dando órdenes para que le sujeten con cadenas; en seguida liberta a todos los santos, empezando por Adán. Todo esto acompañado de unas descripciones capaces de poner los pelos de punta y darle una pesadilla a la persona más despreocupada. Afortunadamente, los Santos Padres decidieron que todo aquello era música celestial, o mejor dicho, infernal, decretando la Iglesia que fuesen quemados los Evangelios de Nicodemo.

A pesar de esto, los predicadores católicos continuaron citando en sus sermones el infierno de Nicodemo, absteniéndose de decir a sus fieles que todo aquello había sido declarado falso por la Iglesia misma. Fray Luis de Granada, el más famoso predicador de su tiempo, se divertía en aterrorizar a sus oyentes con el infierno del Evangelio falso de Nicodemo, lo que os probará que maldito lo que a los doctores les importan las decisiones de su propia Iglesia. Y no hablemos mucho, porque puede ocurrírsele al Papa declarar divino el Evangelio citado, y el infierno de *San Nicodemo* no le dejarían los curas de la mano ni un momento.



## II

La religión cristiana no destruyó la pagana más que nominalmente. Las clases ilustradas, que hacía mucho tiempo decían que el paganismo era una farsa (lo mismo poco más o menos que empieza a suceder hoy con el catolicismo), comprendieron que, si bien el cristianismo no era divino, no se prestaba su culto a los numerosos engaños y abusos del paganismo, evitándose al mismo tiempo los gastos inútiles ocasionados por las jerarquías sacerdotales y costosas ceremonias del ritual pagano. Por otra parte, la creencia en un Dios único, infinito e incorpóreo, era mucho más racional que el sinnúmero de dioses paganos, dioses dotados, no sólo de sentimientos y pasiones humanas, sino hasta de cuerpo.

Vosotros os figuráis que los paganos quedaban convencidos de que su religión era falsa tan pronto como oían a un predicador cristiano; pero no había tal cosa. A pesar de la superioridad del cristianismo, se pasaron más de trescientos años en continuas predicaciones, sin que fuera posible convencer al pueblo de que sus dioses no existían, y de que sus libros sagrados no contenían más que fábulas. En vano personas educadas dieron ejemplo, renunciando públicamente a la idolatría; en vano el emperador Constantino

se declaró protector de los cristianos y hasta se hizo bautizar; la gente ignorante, que entonces como ahora formaba la mayoría, continuaba adorando sus imágenes de dioses, en cuyos milagros creía con la mayor fe.

El Imperio romano, que abarcaba casi toda Europa, se halló por largo tiempo dividido entre cristianos y paganos, sin que ninguna de las dos religiones pudiese triunfar definitivamente sobre la contraria, pues por más que el gobierno imperial se inclinaba al lado de la nueva, siendo pagana la inmensa mayoría del pueblo, le era imposible imponerla por la fuerza, so pena de una revolución promovida por el clero pagano, a quien no convenía el sencillo culto del cristianismo primitivo. Inútilmente los sacerdotes cristianos, no pudiendo convencer con razones, apelaban a los milagros, curando enfermos, dando vista a ciegos y hasta resucitando muertos. Los sacerdotes paganos, que eran maestros en el oficio, no se quedaban atrás, dando esto por resultado que muchos se burlasen por igual del dios Júpiter de los paganos y del dios Jehová de los cristianos, no dando más crédito a la ascensión de Jesús que a la ascensión de Rómulo, pues no hay milagro alguno ocurrido en la religión cristiana, que no haya ocurrido antes en otras religiones.

Los sacerdotes de uno y otro bando, vieron que, con hacerse la guerra, no adelantaban más que desprestigiarse mutuamente, y convinieron al fin en un arreglo, mediante el cual las dos religiones quedaron fundidas en una, y de esta unión del paganismo y el cristianismo resultó la Religión Católica Romana, que no tiene de cristiana más que el nombre.

Siendo Roma capital del Imperio, allí se estableció el Jefe de la Nueva Iglesia, relegando así al olvido a Jerusalén, la ciudad santa de los cristianos, en la que se halla la tumba de Jesucristo (1) tumba y ciudad por cierto de que son dueños los mahometanos. ¿Qué nos dirían los sabios doctores si el sepulcro de Mahoma se hallase en poder de los cristianos?



Con la formación de la Trinidad se dió un gran paso hacia el paganismo, tanto porque en él también había trinidades, como porque, haciendo Dios a Jesús, resultaba el Dios cristiano, no sólo un Dios corporal, sino también con padre y madre como los dioses paganos.

Los cristianos no tenían imágenes; los templos paganos estaban llenos de ellas; se cambió, pues, el segundo Mandamiento de la Ley, que prohibe la adoración de imágenes, y se sustituyeron los *dioses* patrones de tales o cuales cosas con los *Santos* patrones de las mismas cosas. En el cristianismo no había diosas, y las mujeres paganas eran fanáticas adoradoras de ellas. La Iglesia romana decidió que siendo Dios hijo de Dios, su madre tenía que ser diosa, lo cual es muy lógico, así como también lo es que los padres de una diosa deben ser dioses, y así sucesivamente. Con la madre de Jesús convertida en Nuestra Señora de aquí o de allá, o la Virgen de esto o de aquello, llenó de diosas el cristianismo la Santa Madre Iglesia. En muchos casos se conservaron las mismas imágenes paganas; así, por ejemplo, la diosa Isis, que se representaba con la media luna a los pies y el niño Dios Orus en los brazos, quedó transformada en la Virgen María con el

(1) Lo que en la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén se enseña como la tumba de Cristo, es un cuarto en el que caben tres o cuatro personas.

niño Jesús en los brazos y la media luna a los pies.

Convertidos los sacerdotes paganos en curas católicos, los dioses y diosas en los santos, vírgenes y santas, el culto sencillo del cristianismo en el ostentoso del paganismo, del que se tomaron las luces, el incienso, los lujosos trajes, las imponentes ceremonias, etc., etc., el cristianismo primitivo pasó a ser el paganismo moderno de la Iglesia romana. No faltaron cristianos que se opusieron a semejantes cambios; pero la Iglesia, que contaba con el apoyo del Gobierno, los declaró herejes y pronto los convenció de su error haciéndoles quemar o cortar la cabeza. De esta manera fué cómo España, igual que las demás modernas naciones de Europa, que entonces no eran más que simples provincias del Imperio romano, pasaron del paganismo mitológico al paganismo católico romano; y por eso, fuera de los países en que dominó aquel Imperio, no hay cristianos, porque los de América son descendientes de europeos. En vano los misioneros cristianos, tanto católicos como protestantes, han hecho y hacen los mayores esfuerzos para aumentar el número de cristianos; les es completamente imposible adelantar un paso ante cualquiera de las grandes religiones rivales del cristianismo, como son la budista y la mahometana, cada una de las cuales tiene cientos de millones de creyentes.

En la religión cristiana el castigo futuro consistía en la muerte eterna, por la que el individuo quedaba privado para siempre del reino que Jesús debía fundar en su segunda venida. Los paganos iban más lejos, porque no sólo castigaban a los malos privándoles del cielo, sino que eran condenados a eternos tormentos. Los sacerdotes cristianos admitieron el infierno pagano, y



al efectuar el arreglo final del Nuevo Testamento el año 364, en el Concilio de Laodicea, del que ya os hemos hablado, agregaron en los Evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas los versículos en los que se hace hablar a Jesús de un modo más o menos claro de fuego eterno, infierno, etc. Con objeto de contentar a los que se oponían al infierno, se omitió éste por completo en el principal evangelio de los cuatro, que es el de San Juan; de suerte que con los Evangelios mismos puede probarse que hay y que no hay Infierno.

En el Antiguo Testamento no fué posible hacer alteraciones porque, constituyendo aquél la Sagrada Escritura de los judíos, se habría descubierto el engaño cotejando el original hebreo con las traducciones latinas de la Iglesia; y, si es cierto, como más de un reverendo Padre asegura, que en el Antiguo Testamento se habla del Infierno, deseamos nos informe tan sabio doctor qué palabra hay en las Escrituras que quiera decir *infierno*, porque los hebreos no la encuentran. A los doctores de la Iglesia no se les ocurrió entonces el Purgatorio; de lo contrario no habrían dejado de hacer hablar a Jesús sobre el particular.

Al transformar los dioses y diosas en santos y santas, se les cambiaron los nombres; pero al tomar el Infierno no se hizo ni aun eso: *infernus* lo llamaban los paganos e *infernus* lo llama la Iglesia, porque ésta abandonó el hebreo, que es el idioma de su propio Dios y de Jesucristo, por el latín, que era el de los paganos. En el *infernus* había departamentos, no sólo para los malos, sino también para los justos, y esta parte era llamada los Campos Elíseos, o sea la Gloria de la religión pagana, porque el Olimpo o cielo estaba reserva-

do para los dioses. La Iglesia aceptó el *infernus* con todos sus apartados, y esto explica por qué en el Credo se puso que Jesús bajó a los *infiernos*, lo que indica haber varios; de lo contrario Jesús habría ido a visitar a los condenados al fuego eterno, cosa que para nada les habría servido, y aquí viene nuevamente la dificultad de que, no habiendo llegado la resurrección ni el día del juicio, no era posible que hubiese gente en ninguno de los departamentos infernales.

III

La palabra *infernus* viene de *inferus*, «inferior», «debajo», por la creencia de que se hallaba debajo de nosotros; asimismo creían que el fuego de los volcanes era el fuego del *infernus*. Hoy, que ya sabemos en qué consisten aquéllos, habrá tenido que cambiar de sitio, y esto os mostrará cómo la Ciencia va destruyendo todos esos fraudes inventados por los sacerdotes.

Durante los primeros trece siglos después de Jesucristo, la Iglesia no hizo obligatoria la creencia en el Infierno; pero en el Concilio de Letrán en 121 quedó decretada su existencia como artículo de fe, siendo castigados con prisión, tormento y hasta muerte los que lo negasen. Los verdaderos instaladores del famoso Infierno de los cristianos fueron, pues, los reverendos obispos que compusieron aquel célebre Concilio, en cuya época los Papas y sus doctores hacían y deshacían todo cuanto les parecía conveniente, sin que ni rey ni Roque se atreviese a chistar. ¡A tal punto había conseguido embrutecer a la mayor parte de Europa la Santa Madre Iglesia!

El Infierno es uno de los mil fraudes de la Iglesia para enriquecerse, amenazando con él al desdichado moribundo, quien creía comprar su rescate cediendo una parte de sus bienes, con perjuicio frecuentemente de sus propios hijos. Así es como se explican las inmensas riquezas que acumuló la Iglesia, llegando a poseer en España casi la mitad de toda la propiedad de la nación.



En cuanto al Purgatorio, no vale la pena de que nos ocupemos de él. Como hemos dicho, en todas las Escrituras no hay absolutamente nada que pueda traducirse por Purgatorio, siendo una invención especial de la Iglesia romana, razón por la cual las demás Iglesias cristianas no lo admiten. El Purgatorio se inventó en el siglo XIII, y su objeto, así como el de las indulgencias, que fueron inventadas al mismo tiempo, es tan claro y conocido, que no se necesita os expliquemos que lo único que sacan los creyentes con las misas es dinero del bolsillo.

Muchos hay todavía, sobre todo en nuestra patria, que dicen ser necesaria la fábula del Infierno para contener al pueblo, quien sin ese temor se lanzaría a los últimos excesos. Error. Que por una semana quedasen en suspenso policía y tribunales, sin que nadie fuera responsable por los delitos que durante aquel tiempo cometiese, y veríamos lanzarse al robo y al asesinato, no las clases ilustradas que se ríen del diablo, sino el pueblo ignorante, las clases fanáticas, para quienes el Infierno es una cosa fuera de duda. Al hombre le retiene en el buen camino el honor, la honra, el deseo de obtener y conservar el aprecio de los demás; al que no, el temor del castigo, no en el otro, sino en este mundo.

Los reverendos Padres os dicen continuamente que los delitos provienen de la falta de creencias religiosas, alabando la fe de nuestros antepasados.

Examinemos un poco las costumbres de aquellos tiempos que se citan como ejemplares.

En el siglo XIII llegó a su apogeo el dominio del clero romano; el protestantismo no había dividido la Iglesia cristiana destruyendo la unidad católica; el Papa mandaba y era obedecido en toda Europa; reyes y vasallos le tenían por el representante divino sobre la Tierra; la fe más ciega y la creencia más absoluta existía acerca del Infierno y de todos los misterios; los ministros católicos se contaban, no por miles, sino por cientos de miles; en ninguna aldea, por insignificante que fuese, faltaba algún convento. Ni existían teatros, ni había más distracciones que las funciones de Iglesia: todo eran rosarios, novenas, procesiones, etc., etc.

De seguro os figuráis que con tanta devoción y tanto miedo al Infierno las gentes serían mucho mejores que ahora, y por lo tanto os sorprenderá saber que en aquellos católicos tiempos era imposible andar de noche, solo, por la calle, so pena de ser robado y asesinado. Hacer un viaje era más peligroso que una campaña, por el infinito número de ladrones. Muchos señores feudales vivían de lo que robaban a todos cuantos pasaban por sus tierras, lo cual no les impedía ser fervientes católicos y tener su capellán para decirles misa, confesarse, etc. Pero llegaba la hora de morir, y el Infierno se les aparecía con todos sus horrores, y deseando salvarse a todo trance, no tenían inconveniente en donar cuantiosos bienes a la Iglesia. Con aquel dinero se edificaban catedrales y conventos; con aquel dinero, producto de robos y asesinatos, vivían en grande los sacerdotes católicos, quienes predicaban desde el púlpito el desprecio a los bienes terrenales y la igualdad de todos los hombres, mientras eran dueños de inmensas propiedades y de millares de siervos; porque en aquellos cristianísimos tiempos que tanto os alaban vuestros curas, vosotros, los que trabajáis en los campos, no erais considerados más que como bestias a quienes se compraba y vendía. Vuestra vida, así como el honor de vuestras mujeres y vuestras hijas, estaba a la disposición de vuestro señor, que a menudo era algún obispo o prior, porque en aquellos piadosos tiempos los sacerdotes católicos tenían hijos públicamente, lo cual no es de extrañar cuando los mismos Papas hacían otro tanto.



Los reyes godos españoles eran muy cristianos, pero la manera que tenían de subir al trono, generalmente, era asesinando al rey anterior. Luis IX de Francia temblaba ante la idea del Infierno, pero eso no le impidió cometer toda especie de delitos. María Estuardo era una creyente católica modelo, que comulgaba diariamente, pero asesinó a su marido para casarse con su amante. Luis XIV, otro fanático que hizo morir miles de protestantes, tuvo queridas por docenas, y a la mujer que se resistía la desterraba, y al marido que no admitía la deshonra lo encerraba en un calabozo.

Abramos la historia y veremos que en los períodos de mayor fe, aquellos en los que el Infierno era tenido por todos como verdadero, pero en los que las leyes no se apoyaban en una policía fuerte y bien organizada, la sociedad era un tejido horrible de traiciones, asesinatos y crímenes de todas clases. Parece natural que el temor al Infierno debe ser un freno poderoso, pero ante los hechos no hay teoría que valga, y la experiencia nos enseña que, tanto el Infierno como el Purgatorio, no sirven más que para amargar las úl-

timas horas del infeliz que cree en tal cosa, y para que los curas se aprovechen de ese temor.

Por último miremos a nuestro alrededor y veremos que la conducta de las personas creyentes y devotas no es mejor que la de las demás. La moralidad no está en relación directa de la fe religiosa, sino de la mayor o menor civilización de los pueblos. En lugar, pues, de amenazar a los hombres con castigos tan imaginarios como inútiles y de embrutecerlos con sus supersticiones, EDUQUÉMOSLOS. Que todo ser humano, sea hombre o mujer, sea rico o pobre, sea su condición social la que quiera, tenga el sentimiento de la dignidad y del honor, y veremos que más se adelanta con la doctrina de cariño de Jesús, que con la crueldad interesada y bárbara de la Iglesia.

# EL ARBOL DE LA CIENCIA

## DEL BIEN Y DEL MAL

*El árbol simbólico de la Ciencia.—Los escritores de la Biblia.—Las contradicciones del Evangelio de San Mateo.—La imagen que lloraba y la sangre de San Jenaro.—Prueba de que Jesús resucitó y no resucitó.—De que subió y no subió al cielo.—De que es un Dios y no lo es.—La mala fe con que se han compuesto las Escrituras, hecha patente.*

### I

En las Sagradas Escrituras nos cuenta Moisés que en el huerto del Edén, o sea en el Paraíso, en el que su Dios Jehová colocó a Adán y Eva, había un árbol llamado EL ARBOL DE LA CIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL, al cual su Dios les prohibió tocasen, asegurándoles que el día que lo hicieran, *morirían. (Génesis,* Cap. II, versículo 17). A pesar de eso comieron de él, y por su desobediencia los hombres mueren y tienen que ganar el pan con el sudor de su rostro. *(Génesis,* Cap. III, vers. 19). Si Adán y Eva no hubiesen desobedecido, seríamos inmortales, y la tierra produciría todo sin necesidad de que nosotros la labrásemos.

El objeto que Moisés se propuso con esta fábula, es doble. Primero, el que los hebreos no hicieran responsables a su Dios por lo mal que ellos, lo mismo que todos nosotros, lo pasamos

en este mundo, arguyendo que la culpa la tenemos nosotros mismos, porque si Adán y Eva no hubiesen pecado, todos seríamos felices. De esto se sirven los doctores de la Iglesia para decir que, como Dios no puede hacer nada que no sea perfecto, hizo perfectos a los primeros hombres, y ellos mismos, por su desobediencia, se hicieron infelices. A los sabios doctores se les olvida explicarnos, siempre que hablan de esto, cómo si los primeros hombres eran perfectos, pudieron desobedecer a su Dios.

El segundo objeto que con este cuento se propuso Moisés, fué el poder asegurar a los israelitas que, así como su Dios no quiso que los hombres comiesen del Arbol de la Ciencia, de la misma manera no debían ellos querer averiguar en qué se apoyaba él para decir que la religión que había fundado era divina, añadiendo que si Jehová castigó a los hombres por su curiosidad de entonces, del mismo modo los castigaría si no cerraban los ojos y admitían como cierto todo cuanto él les ordenaba. ¿Por qué no quería Moisés que los israelitas se enterasen de su religión? Porque el día que aquello sucediese sabrían todos tanto como él mismo, y verían que ni había tal Dios Jehová ni tales milagros.

En el mismo caso nos hallamos hoy. *El Arbol de la Ciencia* es hoy, lo mismo que entonces, la *Biblia*. El Moisés moderno son los doctores de la Iglesia, y la causa de que les guste tan poco que leamos la Biblia, es porque sabríamos tanto como ellos, y, por consiguiente, veríamos que su religión es falsa.

Moisés dijo que todo el que se ocupara en analizar la religión sería castigado con la muerte; pero los doctores de la Iglesia no se han contentado con eso, sino que han inventado el Infierno



para amenazar con él a los curiosos, y, mientras pudieron, empezaron los tormentos desde aquí, quemándolos vivos. Pues bien: nosotros, que no somos *la serpiente astuta* de que habla Moisés (*Génesis*, Cap. III, vers. 1), os vamos a hacer comer del Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal, repitiéndoos las propias palabras que el escritor de esta parte de la Biblia pone en boca de la serpiente: *No moriréis. Mas Jehová sabe que el día que comiereis del Arbol de la Ciencia serán abiertos vuestros ojos y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal.* (*Génesis*, Cap. III, vers. 4 y 5). O lo que es lo mismo. «No iréis al Infierno. Mas saben los doctores de la Iglesia que el día que conozcáis lo que son sus Sagradas Escrituras serán abiertos vuestros ojos, y seréis como ellos, y sabréis que su religión es falsa.»

Es evidente que la Biblia no ha sido escrita por inspiración divina; porque, aparte de los desatinos científicos de que está llena, debidos a la ignorancia de sus autores en astronomía, si fuese la palabra de Dios, no sólo estaría todo tan claro que bastaría leerla para comprenderla, sino que, siendo obra de Dios, que es la claridad y la verdad misma, sería imposible toda duda acerca de lo que se dijese en ella. En vez de eso, vemos que muchas partes están escritas de tal modo, que es imposible pueda nadie demostrar lo que aquellos pasajes quieren decir. Igualmente encontramos una multitud de cuentos por el estilo del que acabamos de citar del Arbol de la Ciencia, algunos de ellos tan ridículos, que parecen escritos por gente boba; pero os lleváis un solemne chasco si os figuráis que eran bobos los que escribieron la Biblia, del mismo modo que cometeríais un grandísimo error si os imaginaseis que ha habido ni hay un *verdadero doctor* de la

Iglesia que haya tenido ni tenga pelo de tonto.

Las Sagradas Escrituras de la religión cristiana, así como las Sagradas Escrituras de la religión mahometana, así como las Sagradas Escrituras de la religión de Brahma, así como las Sagradas Escrituras de la religión de Buda, así como las Sagradas Escrituras de la religión pagana, que era la de los españoles antes del cristianismo, así como todas las Sagradas Escrituras de todas las religiones antiguas y modernas, han sido escritas, NO POR BOBOS, SINO POR PILLOS. Entre esos doctores de la Iglesia de los que tanto nos burlamos, ha habido inteligencias clarísimas, hombres de gran talento, que se sirvieron de esa superioridad para engañar a los demás. Unos, porque de buena fe creyeron que, amenazando a los hombres con el Infierno y obligándoles a ejecutar tales o cuales ceremonias, conseguirían hacerlos mejores; y otros, los más, para conservarlos en la ignorancia y dominarlos por la superstición.

Abrid la Biblia, examinad los Evangelios, y veréis que se contradicen unos a otros. Esto, nos diréis, no prueba mala fe, sino que, siendo los cuatro evangelistas cuatro personas distintas, y no estando inspiradas por ningún Espíritu Santo, cada uno ha creído decir la verdad contradiciendo de buena fe a los demás. A eso os contestaremos que los Evangelistas no sólo se contradicen unos a otros, sino que se contradicen a sí mismos; es decir, que lo que el capítulo tal del Evangelio de San Juan, por ejemplo, dice ser *verdad*, en otro capítulo del mismo Evangelio dice ser *mentira*. De aquí resulta: o que cada Evangelio ha sido escrito por varias personas, o que el mismo evangelista se ha contradicho a propósito; en uno y otro caso, la Iglesia, al examinar el Evangelio, ha visto sus contradicciones, y desde el momento que le ha aceptado por verdadero, ha obrado de mala fe; porque si en un punto se dice *sí* y en otro *no*, claro está que una de las dos cosas es mentira; y el decir que Dios dice mentiras, pues a eso equivale declarar divinos los Evangelios, no es ya un desatino hijo de la ignorancia, como los desatinos de Moisés, sino el colmo de la desfachatez y la impostura.



¿Creéis que exageramos? Pues vamos a examinar un rato el Evangelio favorito de la Iglesia romana, aquel en que el Papa pretende fundar su superioridad, el Evangelio único que refiere el cuento de los *magos* y el imaginario degüello de los Inocentes; el Evangelio, en fin, de San Mateo; y por vía de muestra os haremos ver media docena de contradicciones. En dicho Evangelio se cuenta que Jesús, al empezar su predicación cuando tenía treinta años, se presentó a Juan el Bautista, que también predicaba, con objeto de ser bautizado por él. En el momento de efectuarse el acto del bautismo, nos asegura el Evangelio que tuvo lugar el prodigio siguiente: *Y he aquí una voz del cielo que decía: Este es mi hijo amado, en el que estoy muy complacido;* añadiendo que *se abrió el cielo y bajó de él una paloma.* (Capítulo III, vers. 16 y 17). Después de este milagro, quedaréis convencidos de que Juan sabía ya perfectamente a qué atenerse respecto de Jesús, y de que éste era el Mesías prometido y el hijo de Dios. Pues nada de eso; porque poco tiempo después, al saber Juan que también Jesús hacía milagros, le envía dos discípulos suyos (de Juan) para preguntarle: *¿Eres tú aquel que ha de venir, o esperamos a otro?* (Cap. XI, vers. 3). De lo que resulta que San Mateo, al escribir el Cap. XI, se había olvidado de lo que ya tenía escrito en el Cap. III.

¿Creéis que esta contradicción no la notaron los doctores de la Iglesia al declarar divino el Evangelio de San Mateo? Pues no sólo la notaron, sino que está hecha expresamente, de la misma manera que en cien partes de los Evangelios se llama a Jesús Dios, Verbo, Hijo de Dios y Dios mismo, y en otras cien partes se le llama Hijo de David, Hijo del Hombre, Profeta, Varón, Hombre, etc.

¿Qué objeto se llevó la Iglesia en poner estas contradicciones? El objeto de que si mañana queda patente, ante todos, que Jesús no era Dios, podrán los doctores decir que es verdad que no lo era, y que *así consta en los Evangelios*, y que ellos, no las Escrituras, fueron los que se equivocaron:

Mirad el Cap. VI, vers. 16 y 17, y veréis que dice: *Cuando ayunes no hagas como los hipócritas, que no se lavan para que todos vean que ayunan; mas tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro.* Claro está, decís; Jesús era partidario de que se debía guardar el ayuno; y él y sus discípulos lo practicarían para dar ejemplo. Pues ahora veréis lo que en el mismo Evangelio de San Mateo dice (Cap. IX, vers. 14): *Entonces los discípulos de Juan vinieron a Jesús, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan?* A lo cual Jesús contestó: que no ayunaban *porque estaban con el esposo: porque nadie echa remiendo de paño nuevo en traje viejo: porque nadie echa vino nuevo en cueros viejos*, y otra porción de cosas que parecen tonterías, pero que todas tienen su objeto, porque *en la Biblia cada palabra escrita ha sido pesada y medida por hombres de tan mala fe como listos*; pero esto en nada cambia el hecho de que mientras en un sitio Jesús recomienda el ayuno, en otros vemos que sus propios discípulos no ayunaban, lo cual parece indicar que desaprobaba aquella práctica.

¡Cómo! diréis; ¿y los cuarenta días que ayunó, y sobre los que la Iglesia romana ha fundado la Cuaresma, la cual no es permitido a nadie quebrantar, a menos de pagar por ello? No tengáis cuidado, que la Santa Madre no se olvida de nada; y si no, mirad en el mismo Evangelio (Cap. IV, vers. 2), que dice: *Y habiendo ayunado* (Jesús) *cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre.* Esta última particularidad, de que *tuvo hambre* es sumamente notable; porque, una de dos: o ayunó como hombre, en cuyo caso no habría tenido hambre, porque se habría muerto antes; o ayunó como Dios, y entonces lo mismo podía haber tenido hambre al cabo de cuarenta días como de cuarenta años; de lo que resulta claro que tuvo hambre porque *quiso tenerla* (1). Se dirá, y con razón, que estas son cosas de San Mateo; pero estas cosas servirán para que mañana, si a la Iglesia le es imposible continuar haciendo obligatorio el ayuno, como hoy le es imposible hacer obligatorios los diezmos, pueda suprimir este mandamiento, apoyándose en que los apóstoles mismos no ayunaban. Y ahora os mostraremos cómo muchas cosas que parecen tonterías, no tienen nada de eso. El día que ese caso llegue, podrán decir que, así como Jesús *tuvo hambre* después de cuarenta días de ayuno, del mismo modo la Iglesia, que es la representación de Jesús, *tendrá hambre* o lo que es lo mismo, dará por terminado el ayuno, pudiendo hacerlo *por su propia voluntad*, porque

(1) Este ayuno, que los Evangelistas hacen ejecutar a Jesús, es tomado del que Moisés nos dice él mismo haber hecho, también de cuarenta días y cuarenta noches.—(*Deuterononio*, Cap. IX, vers. 9.).

también Jesús tuvo hambre y dió por terminado su ayuno *por su propia voluntad*. ¿Qué tal? ¿Os parece ahora que los escritores de la Biblia escribían tonterías por escribirlas?

En el Cap. XIII vemos decir a Jesús: *Que predica en parábolas para que los que le escuchen no vean sus ojos, ni oigan sus oidos, ni entienda su corazón, y no puedan así entender, ni convertirse ni salvarse* (vers. 15); lo cual, de ser cierto, resultaría ser Jesucristo un malvado que les predicaba intencionadamente de modo que no le entendiesen, para poderlos así echar al Infierno. ¿Por qué se ha calumniado de tal manera al bondadoso Jesús? Porque, como la Iglesia comprendía no serle posible convertir a sus creencias más que una parte de los hombres, y con objeto de tener una buena disculpa, puso estas palabras en boca de Jesús, pudiendo así decir que Dios *no quiere* convertirlos. Por esa misma razón vemos (Capítulo X, vers. 5 y 6), que Jesús ordena a sus discípulos *no conviertan a los gentiles, sino a los del pueblo de Israel:* y en el Cap. XV, vers. 24, se le hace decir: *No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.*

En el Cap. XI, vers. 30, dice Jesús: *Mi yugo es fácil y ligera mi carga;* y en el Cap. X, vers. 35, se expresa de este modo: *Porque he venido a hacer disensión del hombre contra su padre y de la hija contra su madre;* con lo cual contradice el que *su yugo sea fácil*, puesto que requiere tales sacrificios. Pero a los sabios doctores les importa poco presentar a Jesús como un ser injusto y cruel. De este versículo, como de otros muchos más por el estilo, se sirven los curas para sostener a las desdichadas hijas que se hacen monjas contra la voluntad de sus padres, o para obligar a las casadas a cumplir con los mandamientos de la Iglesia romana, aunque sea contra la expresa voluntad de los esposos, dando lugar a la desunión de los matrimonios.



En el citado Evangelio de San Mateo se dice que, habiendo sido Jesús acusado de falso Cristo y falso Profeta, y de que hacía milagros por intervención de Satanás, contestó que tal cosa no era posible, con estas razones (Cap. XII, vers. 26): *Y si Satanás echa fuera a Satanás contra sí mismo, está dividido: ¿cómo, pues, permanecerá su reino?* Con lo cual quedáis convencidos que no es posible hacer milagros más que por intervención de Dios; pero esperad un poco, que Jesucristo mismo se va a encargar de contestaros con estas palabras. En el Cap. VII, vers. 22, dice: *Que sin creer en él se puede profetizar y lanzar demonios;* y en el Cap. XXIV, vers. 24, lo confirma diciendo: *Que se levantarán falsos Cristos y falsos profetas y harán grandes prodigios:* con lo cual no sabéis a qué carta quedaros; pero los doctores de la Iglesia lo saben perfectamente, como vais a ver.

Quieren convencer a alguien de que sus milagros no lo son por intervención del diablo, y os enseñan las palabras de Jesús, en que dice que *no se puede hacer milagros en nombre de Satanás;* pero les habláis de los milagros de las otras religiones y no dicen de ninguna manera que son fraudes arreglados por sus sacerdotes, porque si tal dijesen podría suponerse que sus propios milagros se arreglaban del mismo modo, sino que os citan palabras de Jesús de que *falsos Cristos y falsos profetas pueden hacer prodigios:* y de esta manera, con las propias palabras de Jesús, contestan ambas partes.

A propósito de milagros, os referiremos lo ocurrido en Nápoles a fines del siglo XVIII, cuando las tropas de la primera República francesa en-

traron en aquella ciudad. Existía en una iglesia la imagen milagrosa de una Virgen que solía llorar, y habiendo visto este prodigio muchos oficiales y soldados franceses, el jefe, que no era tonto, con objeto de mostrar a todos que aquello era una farsa, hizo trasladar la imagen al cuartel general, y examinada que fué, resultó tener en la cabeza un hueco, en el que se colocaba una esponja mojada, la cual era oprimida poco a poco por una máquina por estilo de la de un reloj, a la que se daba cuerda. El aparato, estrujando paulatinamente la esponja, hacía salir el agua en forma de lágrimas por unos pequeños agujeros, y realmente parecía que la imagen lloraba.

A los reverendos padres no les gustó la curiosidad del general, y cuando llegó la época del milagro anual de la licuefacción de la sangre de San Jenaro, resultó que la sangre que se conserva en un frasco de cristal, no quería liquidarse, o sea ponerse roja y transparente, continuando negra y opaca. Esto dió lugar a excitación entre el pueblo napolitano, llegando a temerse un lavantamiento contra los franceses, pues los curas hicieron correr la voz de que Dios no quería hacer el milagro por causa de ellos. El general, quien, como ya hemos dicho, sabía perfectamente a qué atenerse acerca de los milagros, mandó por los curas de la iglesia de San Jenaro, y les informó de que, si al día siguiente no se ejecutaba el milagro, serían juzgados todos ellos por un Consejo de guerra como gente que trataba de promover una sublevación contra las tropas francesas. Excusamos añadir que al siguiente día la sangre se puso tan roja y transparente como si los franceses se hallasen a mil leguas.

Este milagro continúa haciéndose todos los años. Los curas explican lo sucedido con los franceses



diciendo que Dios se compadeció de los sacerdotes de San Jenaro, y con objeto de que no les ocurriese ningún daño, ejecutó el milagro. En Madrid se hace un milagro igual con la sangre de San Pantaleón.

Los paganos hacían muchos milagros. Entre ellos tenían el de los oráculos, o sea imágenes a las que se hacían preguntas acerca del porvenir, que contestaban con frases ambiguas y capaces de varios significados, lo mismo que vemos en la Biblia hacían los profetas. Los sacerdotes cristianos explican esto diciendo que el diablo contestaba pero el verdadero diablo era el siguiente:

En las ruinas de Pompeya, en uno de los antiguos templos paganos, hemos visto uno de esos oráculos que era una estatua apoyada en la pared, la cual tenía un tubo que, partiendo de la boca de la imagen, que estaba entreabierta, pasaba al través de la cabeza y la pared, saliendo por el lado opuesto. El sacerdote, oculto al otro lado, contestaba a las preguntas que se dirigían al oráculo. La ilusión era completa, pareciendo que la imagen hablaba; y como la voz, al pasar por el tubo, tomaba un timbre extraordinario y la estatua no movía sus labios, producía en aquella gente el efecto de una cosa sobrenatural. En algunos templos estas imágenes se encontraban aisladas, no tocando en pared alguna. Entonces el tubo pasaba por dentro del cuerpo y por una de las piernas, después seguía por el pedestal hasta el suelo, y por debajo del suelo hasta el sitio en que se ocultaban los sacerdotes, pues siempre eran varios, para arreglar entre todos la respuesta que debían dar al que preguntaba. Además, tenían en la pared algunos agujeros por los que podían ver y oir sin ser ellos vistos, exigiendo que los que preguntasen lo hi-

cieran a voces. Por miles de años los sacerdotes paganos practicaron este fraude sin ser descubiertos, y hombres notables hacían viajes expresamente para consultar algún oráculo. El más famoso de todos era el de Delfos.

Entre los mahometanos hay muchas tumbas que hacen milagros: del mismo modo en la India, y sobre todo en China, hay una gran cantidad de imágenes milagrosas. Estos fraudes, pues, no son exclusivos de la Iglesia Romana y de sus Santos, sino que en todas las religiones los hay. En el clero protestante está prohibido hacer milagros. En el mismo Evangelio de San Mateo vemos a Jesús hacer milagros a puñados, y, sin embargo, habiendo ido por diferentes veces los doctores de la Iglesia judía a pedirle hiciese algún milagro delante de ellos, se negó, contestando: *Señal no les será dada.* (Cap. XII, vers. 39, y Cap. XVI, vers. 4).

De esto se sirven los doctores para no hacer nunca milagro alguno delante de personas que, como nosotros, no comulgan con ruedas de molino, alegando que Jesús mismo rehusó hacerlos, lo cual sólo probaría que Jesús no podía hacer milagros; de lo contrario, habría convertido a los doctores judíos, haciendo alguno delante de ellos.

Además de que, si, como la Iglesia asegura, Jesús no los hizo porque los sacerdotes judíos no tenían fe, contestaremos que, si no la tenían, era precisamente porque veían que Jesús no hacía milagro alguno delante de ellos; porque creer que una persona sea un individuo extraordinario nada más que porque ella lo diga, es no tener sentido común.

Los escritores del Evangelio tuvieron cuidado de contradecir la negativa de Jesús a convertir gente y hacer milagros, poniendo en su boca es-



tas palabras: *No he venido a llamar justos, sino pecadores.* (Cap. IX, vers. 13). Estas contradicciones, de las que podemos citar cincuenta más, son sacadas todas del solo Evangelio de San Mateo. En cualquiera de los otros tres sucede lo mismo; en todos se trae y lleva a Jesucristo como palillo de barquillero, haciéndole decir y hacer las cosas más opuestas.

ASÍ ESTÁ ESCRITA TODA LA BIBLIA.

## II

¿Queréis ver hasta qué punto llega la mala fe, y al mismo tiempo la habilidad con que están compuestas las Sagradas Escrituras? Pues releed atentamente los fragmentos de los Evangelios, que, bajo el epígrafe LA RESURRECCIÓN, figuran extractados, más arriba, en esta obra.

Con estos escasísimos materiales, y sin valernos de ninguna otra parte de la Biblia, os vamos a probar que Jesús *resucitó* y que *no resucitó;* que *subió al cielo* y que *no subió;* que *es Dios* y que *no lo es.*

Para probaros que resucitó, os mostraremos en dichos fragmentos que las *las mujeres* que fueron al sepulcro de Jesús el domingo por la mañana le hallaron vacío; pero al mismo tiempo se encontraron en él, según San Mateo, *un ángel* que les dijo que Jesús había resucitado, lo cual es ya una prueba de Jesús resucitó.

Fijaos en el versículo 4, en el que San Mateo afirma que los guardas vieron el ángel, de lo que resulta que no cabe duda de la presencia del *ángel.* Después os hacemos ver en los cuatro Evangelios que Jesús se apareció a sus apóstoles, haciéndoos notar muy particularmente que sus apari-

ciones no fueron en *espíritu*, en cuyo caso podía decirse que no resucitó más que en espíritu, sino que se apareció en *carne y hueso*, y al efecto os hacemos leer el versículo 39, de San Lucas, en que Jesucristo mismo asegura que tiene *carne y huesos*.

Si alguna duda os queda, os mostraremos el vers. 43, en el que se dice que *comió*, y el versículo 27, de San Juan, Cap. XX, por el que veis que Tomás le *metió los dedos por los agujeros* de los clavos.

Después de esto quedáis firmemente convencidos de que Jesucristo resucitó en *cuerpo y alma*, según nos lo asegura la Iglesia. ¿Sí? Pues estáis frescos, y se conoce que entendéis poco de Escrituras Sagradas, o mejor dicho, de *Pillerías Sagradas*. Os vamos a probar lo contrario de aquello de que acabamos de convenceros: será con las palabras mismas de los mismos capítulos de los Evangelios.

Empezamos haciéndoos notar en todos los cuatro Evangelios que *nadie vió* resucitar ni salir del sepulcro a Jesús, sino que los que fueron a visitar la tumba la hallaron vacía, y no encontraron dentro más que el sudario y las sábanas en las que el cuerpo había estado envuelto, nada de lo cual quiere decir que hubiese resucitado. En seguida os hacemos igualmente observar que *los ángeles* no fueron vistos por ninguno de *los apóstoles*, sino por *las mujeres*, y os advertimos que, entre los judíos, el testimonio de una mujer no era admitido como bueno y, por consiguiente, lo que decían haber visto las mujeres no tenía ninguna fuerza; y al efecto os mostramos al punto en el vers. 11, de San Lucas, que los apóstoles tomaron el dicho de las mujeres, por *un desvarío, y no las creyeron*. Para acabar con el testimonio de ellas, os aconsejamos releáis lo que en los cuatro Evangelios se dice acerca de los ángeles, y veréis que San Mateo nos informa de que era *un ángel;* San Marcos, *un mancebo;* San Lucas, *dos varones;* y San Juan, *dos ángeles*. Y, como estas apariciones de los ángeles no las supieron los apóstoles sino por las mujeres, estas contradicciones son una prueba más de que aquello fué un *desvarío* de Magdalena y sus compañeras.



Tanto cuidado tuvieron los evangelistas de que los apóstoles no viesen a los ángeles, que, según San Juan, a pesar de haber ido juntos al sepulcro Juan, Pedro y Magdalena, y de examinar la tumba los tres, Magdalena fué la única que los vió después que *se volvieron otra vez los discípulos a su casa* (Vers. 10, 11 y 12).

Esto, respecto a las mujeres: nos faltan ahora los guardas que San Mateo dice se pusieron alrededor del sepulcro. Os hacemos observar, así como quien no quiere la cosa, que de los cuatro evangelistas San Mateo es el único que habla de los guardas. Hecho esto, os informamos de que los guardas tampoco pudieron ver el milagro de la resurrección, porque al presentarse *el ángel* quedaron todos *como muertos* (vers. 4), y una persona que está *como muerta* no puede ver nada de lo que pasa. En el versículo siguiente, o sea el 5, veis que habla el ángel, pero *no a los soldados*, sino a *las mujeres*.

Me diréis que el susto que pasaron los soldados prueba que, efectivamente, se presentó un ángel; pero entonces os hacemos deletrear el versículo 9, de San Juan, y en él veis que dice que los discípulos *no entendían que era menester que Jesús resucitase;* luego, si sus propios discípulos no lo sabían, menos lo sabrían los demás, y, por consiguiente, hay que suponer que no había guar

das, porque no se sabía que habría resurrección, en cuyo caso San Mateo miente; o que se sabía y había guardas, en cuyo caso el embustero es San Juan. De aquí el que venga la duda de si había o no había guardas y, por consiguiente, de que viesen o no viesen a ningún ángel; y como San Mateo es el único que habla de ellos, lo lógico es suponer que no hubo guardas. Además, el testimonio de los soldados, que eran romanos, y por lo tanto extranjeros, no tenía importancia para los evangelistas. El testimonio esencial para ellos era el de los apóstoles, y ya hemos hecho notar que ninguno vió ángel, ni ángeles, ni mancebos, ni varones.

Fuera, pues, con las mujeres y los ángeles, diréis; pero ¿y las apariciones de Jesucristo a sus apóstoles, apariciones hechas en cuerpo y alma? ¿No es eso una prueba evidente de que resucitó? Os repetimos que estáis frescos si creéis que se puede sujetar tan fácilmente a un escritor de la Santa Biblia; antes pescaríais anguilas con la mano. Mirad los vers. 19 y 26, de S. Juan, Cap. XX: por dos veces, estando los discípulos reunidos y con *las puertas cerradas,* se presentó Jesús. Igualmente leed el versículo 31, de San Lucas: Jesús *desapareció de la vista* de dos de sus discípulos. Por último, en el vers. 19, de S. Marcos, estando Jesús en una habitación con sus apóstoles, no dice que saliera de ella, sino que: después que les habló, *fué recibida arriba en el cielo,* lo que parece indicar que atravesó el techo de la habitación.

Una vez que os habéis enterado de esas particularidades del cuerpo de Jesús resucitado, os hacemos la reflexión de que un individuo que pasa al través de puertas cerradas, que desaparece de la vista de las personas como una visión y que atraviesa los techos, no puede ser cuerpo de *car-*



*ne* y *hueso* sino *espíritu,* y de ahí el que os probemos que Jesús no resucitó, sino que era su espíritu y que su cuerpo se pudrió como el de cualquier otro hombre.

Para probaros que Jesucristo subió al cielo, os mostraremos los últimos versículos de los Evangelios de San Marcos y San Lucas (vers. 19 y versículo 51), en los que veis que *subió* al cielo: y, para probaros que *no subió,* damos media vuelta a la derecha y os decimos que leáis los últimos capítulos de los Evangelios de San Juan y San Mateo.

Podéis ver en ellos que no sólo no se dice una palabra de que subiera al cielo, sino que San Mateo asegura que las últimas palabras que dijo Jesús fueron: *Mirad que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo* (vers. 20). Por último, para probaros que es Dios, os citaremos el versículo 31, en el que San Juan asegura que Jesús es el Hijo de Dios. Para probaros que no es Dios, nos basta haceros leer el vers. 19, de S. Lucas, en el que vemos a dos de sus apóstoles llamarle *varón profeta,* lo que demuestra que no le tenían por Dios; y si esto les sucedía a los apóstoles, ¿cómo es posible hacer ahora creer a nadie que lo era?

Igualmente os aconsejamos releáis los capítulos que copiamos, y veréis que a los apóstoles no les era posible creer en que Jesús hubiese resucitado; y Magdalena, cuando se encontró el sepulcro vacío, rompió a llorar, creyendo que habían robado el cuerpo de Jesucristo. Luego, si esto es así, es mentira que supiesen que iba a resucitar; luego San Mateo es un embustero, que nos cuenta que todo el mundo lo sabía, y que por eso se pusieron guardias; luego lo único que hay de cierto y positivo es que los escritores de los Evan-

gelios, como los del resto de la Biblia, son unos *tunantes descarados.*

Ahora comprenderéis cuál es el verdadero misterio de las Sagradas Escrituras, que ha consistido en no decir cosa alguna en ellas sin decir igualmente lo contrario en otra parte de las mismas, dejando así puertas por todos lados por las que se escapan los doctores de la Iglesia. Querer, pues, coger a uno de ellos, es lo mismo que querer guardar agua en una cesta. Del mismo modo comprenderéis perfectamente por qué, al aceptar la Iglesia como buenos los cuatro Evangelios, no le fué posible convertirlos en uno; porque, por mucha habilidad que tuviesen los que los arreglaran, hay cosas que no se pueden hacer y dejar de hacer, como por ejemplo subir al cielo y no subir; nacer y no nacer, etc.; y por eso, conservando los cuatro Evangelios separados, en uno se puede contar que subió al cielo y en otros no decir nada; en unos puede afirmarse que Jesús nació de *una mujer virgen* y en otros no decir ni cómo fué concebido, ni cómo ni cuándo nació, etc. Por esa misma razón la Iglesia rechazó el Evangelio de Nicodemo, porque en él se habla del Infierno con toda claridad, y si con el tiempo la ilustración se hace tan general que la Iglesia romana se ve obligada a suprimirlo, difícilmente podría disimular este fraude; mientras que, del modo que están arregladas las cosas, puede, cuando sea necesario, probarse, con las Sagradas Escrituras en la mano, que ni hay Infierno, ni Jesucristo era Dios, ni hay Trinidad, ni ninguno de todos los mil misterios; y alegando que la interpretación dada a las Escrituras no ha sido la verdadera, se podrá cambiar la religión sin cambiar nada de la Biblia.

Vosotros, pues, cuando os venga a hablar algún cura de sus Escrituras y a deciros que debéis creer en ellas porque son divinas, y que la prueba la tenéis en los milagros que en su nombre se hacen, contestadle que estáis listo a creer si se hace alguno delante de vosotros; y si el reverendo Padre os sale con que Jesús dijo: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron* (vers. 29), contestadle que Jesús también dijo que a los que predicasen sus doctrinas se les conocería en que *no les harían daño las serpientes, ni los venenos, y que curarían los enfermos* (vers. 18, de San Marcos): así, antes de continuar la discusión, proponedle que se trague una caja de cerillas, para vosotros saber si realmente él es un representante y predicador de las doctrinas de Jesucristo. Por nuestra parte, si algún sabio doctor de la Iglesia toma a su cargo rebatir este libro, desde ahora le advertimos que pierde el tiempo si nos viene con citas de la Biblia ni de todos los Santos. Nosotros no somos pájaro que se deje cazar con semejante liga, y de antemano le contestaremos lo mismo que hemos contestado a los doctores de la religión judía, de la religión mahometana, de la religión brahmina:

PROBADNOS QUE VUESTRAS ESCRITURAS SON DIVINAS Y HABLAREMOS.

# LA VERDADERA DOCTRINA CRISTIANA

*Primera noticia auténtica de los cristianos.—Dudas acerca de la existencia de Jesús.—Las reliquias.—El budismo y el cristianismo.—Igualdad del Buda y el Cristo.—Existencia futura de los budistas.—La religión judía.—El fariseismo y el catolicismo.—Confusión evangélica.—Verdadera doctrina de Jesús.—El ayuno.—"No ores en el templo, sino en tu cuarto".—El voto de pobreza.—Hipocresía y mala fe evidente de los ministros católicos y protestantes.*

I

La primera noticia que en la historia hay del cristianismo data de medio siglo después de la época en que se dice vivió Jesús, y con motivo de la persecución que en Roma sufrió una secta hasta entonces desconocida, que se llamaba de los cristianos. Estos fueron por largo tiempo mirados por los paganos poco más o menos lo mismo que se miraban antiguamente los masones en España, o como todavía se miran los judíos por la mayoría de los católicos, es decir, como individuos faltos de moralidad y capaces de toda especie de crímenes.

Vosotros suponéis que no hay la más remota duda de que Jesús existió, predicó y fué crucificado; pero fuera de las Escrituras, compuestas por los doctores cristianos mismos, no hay historia ni documento de aquel tiempo que haga mención de Jesucristo, quien, por su parte, tampoco escribió cosa alguna. A pesar de esto, hemos visto en



Jerusalem no sólo su tumba, sino hasta los agujeros en que se colocaron las tres cruces; del mismo modo hemos tenido el gusto de ver en diversas partes tres paños de la Verónica, nueve clavos de los que sirvieron para clavar a Cristo, pedazos de la corona de espinas suficientes para hacer media docena, la tumba de Noé, la de Adán, calaveras por duplicado de varios santos y otras mil curiosidades y reliquias tan auténticas como milagrosas, al decir de los Reverendos Padres que nos las mostraron. Las opiniones, sin embargo, se hallan divididas: unos creen que Jesús existió real y verdaderamente, y otros sostienen que es un símbolo, un ser imaginario, un modelo ideal de amor y caridad.

Los budistas están firmemente convencidos de que el Cristo de la Judea es una copia del Buda de la India. Según ellos, el cristianismo no es más que la secta judía de los esenios, y ésta es el resultado de las predicaciones de los misioneros budistas, quienes, habiéndose extendido por toda el Asia, penetraron en Judea. Examinemos. El budismo tiene su origen en una religión anterior, la de Brahma: el cristianismo lo tiene en la judaica. Los Vedas, o libros sagrados de brahminos y budistas, están escritos de una manera capaz de toda especie de interpretaciones: con las Escrituras cristianas sucede tres cuartos de lo mismo. En los Vedas se habla de la caída en pecado del primer hombre: lo mismo ocurre en la Biblia. Pasemos al paralelo entre Cakia, el Buda de la India, y Jesús, el Cristo de la Judea:

Cakia nació hijo de reyes; Jesús, nos dicen, descendía del rey David; a Cakia se le llama el Buda (el sabio, el conocedor de la verdad): a Jesús se le llama el Cristo.

Buda era una encarnación divina un ser bajado voluntariamente del cielo para sacrificarse por la salvación de los hombres: lo mismo precisamente nos cuentan que era Cristo. Buda abandonó el trono, repartió sus bienes a los pobres y vivió de limosna: Cristo nació en un establo y vivió también de limosna. Buda predicó contra als ceremonias y sacramentos de los sacerdotes de Brahma, diciendo que la única manera de salvarse era *no robando, no matando, no calumniando y haciendo bien a nuestros semejantes:* Jesús predicó contra los sacramentos de los sacerdotes judíos, y ordenó se guardasen los mismos mandamientos. Buda dijo: *Mostrad vuestras malas acciones y ocultad las buenas.* Cristo dice: *Cuando hagas limosna, que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha.* A Buda le persiguieron de muerte los sacerdotes brahminos: a Cristo los sacerdotes judíos. Buda ordena hacer bien a los que nos hacen mal; de él se refiere que habiéndole pedido limosna un brahmino enemigo, y no teniendo nada que darle, mandó ser vendido él mismo como esclavo y que el dinero se entregase al mendigo brahmino, sacrificándose así por un enemigo: de Cristo se nos dice que murió clavado en una cruz para salvar a los mismos que le perseguían.

En la Escritura budista se profetiza que el Buda volverá: en la Escritura cristiana se profetiza lo mismo del Cristo. La doctrina del Buda se llama *la buena ley;* la doctrina de Cristo se llama «Evangelio», que quiere decir *la buena nueva.* Entre los budistas hay una parte que obedece al Gran Lama: entre los cristianos también una parte obedece al Papa. El Gran Lama es elegido por una orden de dignidades colegiadas: el Papa es elegido por el colegio de cardenales. El primero es



tenido por el representante del Buda: el segundo por el representante del Cristo. Los budistas tienen ermitaños, santos, santas, mártires y reliquias milagrosas, conventos de frailes y monjas, rosarios, confesión, ayunos, campanas en las Iglesias, etc., etc. Después de esto, nos parece que los budistas no andan muy descaminados al decir que el cristianismo está sacado de su religión, y la verdad es que, a excepción del alma personal, del Cielo y del Infierno, que fueron tomados de la religión pagana, el budismo y el cristianismo son una misma cosa.

Hasta principio del siglo XIX negaban los doctores de la Iglesia el que existiese semejante rereligión; y como entonces hacer un viaje al Asia era poco menos que una locura, no siendo visitada más que por comerciantes, que no se ocupaban de religiones sino de negocio, pocos había que pudiesen contradecir a los reverendos Padres. Hoy, gracias a la dominación inglesa en la India y a los vapores y ferrocarriles, se recorren fácilmente los inmensos países en que impera la religión de Buda. No siendo ya posible negarla, la explican los doctores cristianos diciendo que el diablo engaña a los budistas con ceremonias y misterios parecidos a los católicos; pero si esto es así, hay que convenir en que Dios ha copiado al diablo, porque el Buda existió hace dos mil cuatrocientos años, o sea quinientos antes de Cristo. Cuando Alejandro Magno se lanzó sobre el Asia, trescientos años antes de Jesucristo, ya la religión budista existía lo mismo que hoy. La institución del Gran Lama, o sea el Papa budista, tiene dos mil años, y por lo tanto es también anterior al cristianismo.

Los budistas tienen de Dios y del alma la única idea racional que el hombre puede concebir. Para

ellos, Dios no es un *ser personal*, sino *el Espíritu de la vida universal*, o lo que es lo mismo, «La Naturaleza»; y el alma una emanación, o sea una parte de ese *Espíritu*. No siendo Dios un *ser*, tampoco lo es el alma, y por consiguiente al separarse del cuerpo pierde toda conciencia de sí misma, porque el alma no tiene memoria. Esto es cierto, según más adelante demostraremos.

También los budistas creen en premios y castigos futuros. Según ellos, si el individuo ha sido perfecto, se une a Dios en espíritu; pero si ha cometido la más leve falta, renace en otra persona y sufre en su nueva vida desgracias en proporción a las faltas cometidas en la anterior. De esta manera explican las desigualdades de fortuna, salud, belleza, etc., así como también el que nadie pueda ser completamente feliz, porque aquí estamos expiando los pecados cometidos en existencias anteriores, de las que nuestra alma no puede acordarse. Resulta, pues, que este mundo es el infierno, mejor dicho, un purgatorio del que sólo podemos librarnos no haciendo ninguna mala acción durante la vida. Según ellos, todas las almas llegarán a ser perfectas y a unirse a Dios; pero esto no sucederá hasta pasar por miles de millones de vidas sucesivas: no sólo en cuerpos humanos, sino en cuerpos de animales. Cuando se dice a un budista o a un brahmino que el Dios de los cristianos condena a los hombres a tormentos eternos, sin que al condenado le sea posible rehabilitarse se horroriza de semejante Dios y semejante religión. Confesemos que no les falta razón, y que de esto a la máxima del Cristo, *ama a tus enemigos*, hay alguna distancia.

Os acabamos de dar una idea de la religión que más creyentes tiene en el mundo, porque los



budistas son más del doble de los católicos romanos, porque son quinientos millones (1). Ahora, cada uno es muy libre de suponer que el Cristo es o no una copia del Buda. Por nuestra parte no vemos nada increíble en que existiese un individuo que, como Jesús, predicó la moral universal sin preocuparse de estas ni de aquellas ceremonias, así como también nos parece natural que los sacerdotes judíos hicieran todo lo posible para quitar de en medio a un hombre que decía estaban de más los templos y los sacramentos, asegurando que la única manera de salvarse era haciendo bien al prójimo.

La historia de Jesús, como la de Cakia, como la de Sócrates, es la misma que la de los infinitos mártires que han sido sacrificados por los sacerdotes de todas las religiones. Damos, pues, por sentado que Jesús ha existido.

## II

Jesús, el Cristo, o como generalmente se dice, Jesucristo, fué judío.

Por aquel tiempo los judíos se hallaban divididos en varias sectas. Una de ellas se llamaba la esenia: y, como las doctrinas de dicha secta tenían gran analogía con las que Jesús predicó, y los esenios quedaron confundidos con los cristianos, lo natural y lógico es suponer que Jesús era esenio.

Cristo no se propuso de ninguna manera destruir la religión judía, en la cual poca mejora po-

(1) Las creencias que acabamos de exponer, pertenecen a la religión de Brahma, lo mismo que a la de Buda. Las diferencias entre brahmines y budistas, no son mayores que las que existen entre católicos y protestantes.

día caber, porque una religión que tenía un Dios único, los Diez Mandamientos de la Ley (no los que dice la Iglesia romana, sino los verdaderos), y la máxima de *Ama a tu prójimo como a ti mismo,* máxima que no es original de Jesucristo, como cree la mayoría de los cristianos, sino que existe en la religión judía desde miles de años antes, como se ve en el Cap. XIX del *Levítico,* vers. 18 y 34, una religión fundada sobre tales bases no podía mejorarse.

Jesucristo, como ya hemos repetido veinte veces en este libro, y como repetiremos mil más abajo, dijo: *No he venido a destruir la ley, sino a que se cumpla,* (San Mateo, Cap. V, vers. 17). Jesús lo que atacó no fué *la religión judía,* sino *las ceremonias mecánicas* en las que sus sacerdotes habían convertido la religión, ceremonias casi idénticas a las de la Iglesia romana, y que consistían en ir a rezar a las sinagogas, ayunar una o dos veces por semana, pagar puntualmente al clero la décima parte de las rentas y hacer ofrendas, sea de dinero, sea de animales, con lo cual los sacerdotes israelitas les aseguraban tendrían contento a su Dios, quien los colmaría de felicidades. Es decir, que los curas judíos habían inventado indulgencias como las instituídas muchos siglos después por la Iglesia de Roma, con la diferencia de que, como los israelitas no tenían castigos futuros, se reducían a amenazar a los incrédulos con toda especie de desgracias en este mundo; y como a todos nos pasa, tan luego como a un incrédulo le ocurría una, lo hacían notar, atribuyéndola a la cólera de Jehová.

Cuando la desgracia sucedía a algún buen creyente, entonces era porque habría hecho algo que no estaba bien; y como todos hacemos de esas cosas, el creyente se apresuraba a aplacar la có-



lera de su Dios por medio de alguna buena ofrenda a sus sacerdotes. Si a pesar de las ofrendas continuaba sufriendo nuevas desgracias, se le decía que Jehová quería probarle a ver si tenía bastante fe, y le citaban al Santo Job, a quien, según la Biblia, Dios probaba haciéndole sufrir toda especie de males; resultando de esto que el Padre Eterno necesita hacer pruebas con los hombres con objeto de averiguar si tienen, o no, bastante fe, lo cual, como ya en otra parte hemos dicho, es una muestra evidente de que ni es infinitamente sabio ni conoce el porvenir.

Jesucristo, con los *Diez Mandamientos* en la mano, levantó su voz contra las ceremonias de ese culto llamado el *Fariseísmo,* en el que los curas judíos hacían consistir lo principal y esencial de su religión, que es lo mismo precisamente que hacen los curas católicos al pretender que se adora a Dios con oir misa, rezar rosarios, ayunar, confesar y comulgar. El catolicismo, pues, no es otra cosa que FARISEISMO CRISTIANO.

Cristo protestó contra semejante corrupción de la Ley, sosteniendo que el único fundamento y base de la religión eran los *Diez Mandamientos,* y que en ellos no había absolutamente nada de aquellas ceremonias, obra toda de los sacerdotes judíos, a quienes acusó públicamente de impostores que se valían de la religión y de la fe para vivir a costa de los fieles israelitas, que es lo mismo de lo que nosotros, a nuestra vez, con los *Mandamientos de Cristo* en la mano, acusamos a todos los sacerdotes de las Iglesias llamadas *Cristianas,* pero cuyo nombre es *Fariseas.*

Jesucristo jamás pretendió ser Dios, ni hijo de Dios, ni todos los desatinos que cuentan los que escribieron la historia de su vida. Jesús llamaba padre a Dios, porque decía que todos somos hi-

jos del mismo Dios, y así le llaman todos los cristianos en el Padre Nuestro, oración que se le atribuye en el Evangelio, pero que parece fuera de duda fué compuesta muchos años después de su muerte por los primeros cristianos, quienes en ella pedían la segunda venida de Jesús con estas palabras: *Venga a nos el tu reino.*

Los sacerdotes judíos, que sabían (lo mismo que los sacerdotes cristianos de hoy, saben) que ni Moisés ni los profetas habían estado inspirados por Dios, y que la Biblia no tenía nada de divina, y que, por lo tanto, su religión no era más verdadera que cualquiera otra, no conviniéndoles el que una persona hiciese públicas sus imposturas, se dieron sus mañas para enredar a Jesucristo en una causa criminal, acusándole de falso profeta, de que se quería hacer pasar por hijo de Jehová y de que atacaba *no a ellos, sino a la religión*, consiguiendo así el que fuera condenado a muerte.

El haber sido crucificado no fué una cosa especial hecha con Jesucristo, sino que aquel era el modo de ajusticiar a los malhechores. Así como Cristo fué crucificado por la Iglesia Judía, o mejor dicho, *Farisea*, por denunciar los abusos de sus sacerdotes, del mismo modo la Iglesia Cristiana, es decir, *Romana*, ha quemado vivas muchos miles de personas que se atrevieron a levantar su voz para hacer conocer las imposturas con que sus sacerdotes engañaban y engañan todavía a los pueblos.

III

La persona que por primera vez lee los Evangelios se queda sin entender una sola palabra de las doctrinas de Jesucristo. El motivo, como ya lo hemos explicado y demostrado, consiste en la



manera, tan falsa y engañadora como hábil, con que fueron escritos, haciendo decir a Jesús cosas tan opuestas, que quedáis convencidos de que vuestro Dios no tiene dos naturalezas, como dice vuestro catecismo, sino doscientas.

Una lectura, y dos, y tres, de los Evangelios, son por completo inútiles para poder descubrir, en medio de tantas y tan taimadas imposturas, cuáles fueron *las únicas y las verdaderas doctrinas* que realmente predicó Jesucristo; pero sí, no desanimándonos, estudiamos todo atentamente, haciendo el análisis lógico y razonado de las frases, y consultando y cotejando diversas versiones de los Evangelios en diversas lenguas, vemos a cada nueva lectura y cada nuevo examen destacarse y crecer la figura del amor y de la bondad sublime simbolizada en Jesús, que se eleva majestuosa sobre todos los ridículos milagros de saltimbanqui, sobre todos los arteros sofismas, sobre todas las raquíticas doctrinas de los compositores de los Evangelios.

En medio de los equívocos, en medio de las frases de doble sentido, en medio de los juegos de palabras, en medio, en fin, de ese fárrago con el que se quiere engañar y se engaña a seres racionales, hay unos preceptos que, así como ante el Sol quedan oscurecidas todas nuestras luces, ya sea la de una palomilla o la más potente de las eléctricas, del mismo modo oscurecen ellos los dichos falsos, puestos en boca de Jesucristo por sus historiadores. Esos preceptos, que encierran en sí toda la doctrina cristiana, se hallan clara y terminantemente consignados en tres de los Evangelios, cosa que no sucede con ningunos otros. ¿Queréis adorar a Dios como lo manda Jesucristo y como le adoran los verdaderos cristianos y

como le adoraba Jesucristo mismo? Abrid el Evangelio de San Mateo, Cap. XIX, vers. 16; el de San Marcos, Cap. X, vers. 17; el de San Lucas, Cap. XVIII, vers. 18. Allí veréis que, deseando un hombre enterarse de la religión que predicaba Jesús, vino a él y le dijo: *Maestro: ¿Qué haré para tener la vida eterna?* Y él contestó: *Si quieres entrar en la vida eterna guarda los Mandamientos.* Y el otro, insistiendo, pregunta: *¿Cuáles?* A lo que Jesucristo replicó con estas palabras: *No matarás.—No adulterarás.—No hurtarás.—No dirás falso testimonio.—Honra a tu padre y a tu madre y ama a tu prójimo como a tí mismo.* Entonces aquel hombre, deseando ser su discípulo, le pregunta: *¿Me falta algo más?* Y Jesús contestó: *Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y ven, sígueme.*

Haremos observar que Jesucristo tiene particular cuidado en decirnos *uno por uno* sus Mandamientos, omitiendo por completo el que asistamos a templo alguno, ayunemos y practiquemos esos actos mecánicos que ningún bien hacen a nadie. Jesús los omitió, pero no por olvido, sino porque se oponía a ello, según vamos a demostrar. Reprendido varias veces por los fariseos porque ni él ni sus discípulos ayunaban ni hacían la fórmula de lavar los vasos y lavarse las manos antes de comer, les contestó con estas palabras: *No hay cosa fuera del hombre que, entrando en él, le pueda contaminar. Mas las que salen, esas son las que le contaminan. Porque las que entran van al vientre y se arrojan en lugares secretos; pero las que salen, salen del corazón; esas son las que contaminan al hombre. De allí salen los hurtos, las avaricias, los adulterios, los asesinatos, todos los malos pensamientos. Eso, y no el comer de este modo o del otro, es lo que ensucia al hombre.* (San Mateo, Cap. XV, vers-



sículo 11, y San Marcos, Cap. VII, vers. 15). Sobre estas clarísimas palabras de Jesucristo se apoyan doscientos millones de cristianos para no ayunar, ni mucho menos hacer diferencia alguna entre comer carne o pescado.

Los católicos romanos, así como los de religiones que tienen el ayuno, han llegado a mirar éste como cosa buena y santa a fuerza de verle practicado como tal desde su más tierna infancia, creyendo de buena fe el que a Dios le es más agradable que comamos a una hora que a otra. Ayunar, entre los católicos, es comer, un día, menos de lo usual, dando esto por resultado que al día siguiente la persona tiene que comer más y la privación que sufrió el día anterior queda recompensada con el mayor apetito con que come al que sigue. Entre los mahometanos, el ayuno es más rígido. Durante la fiesta del Ramadhan, o sea durante un mes entero, ayunan, no comiendo ni bebiendo desde que sale el sol hasta que se pone. Resultado: que un número considerable de fieles musulmanes va a su cielo por efecto de las indigestiones, pues en la cena tienen que comer y beber por todo el día. El cuerpo humano lo mismo que el de los animales y las plantas, necesita una cierta cantidad de alimento más o menos grande, según la naturaleza del individuo; y si éste persiste en no dársele, se debilitará, enfermará y morirá; o, lo que es lo mismo, se suicidará poco a poco, y ya sabemos que esto es pecado mortal, según la misma Iglesia de Roma.

Los únicos que ganan con los ayunos, son: primero los curas, pues es un motivo más de pecado y, por lo tanto, de confesión; y segundo, los médicos, porque para lo único que son eficaces los ayunos es para producir males de estómago por efecto del desarreglo en las comidas. En cuanto

a que sea más santo llenarse el vientre de carne o pescado, la cosa es tan ridícula, la invención de las vigilias es tan reciente, y su objeto de explotar a los fieles con las bulas tan claro y conocido, que no nos ocuparemos de este fraude de Roma, del que muchos católicos romanos mismos se ríen.

En otro lugar decimos que Jesucristo prohibió el orar en los templos. ¿Queréis convenceros? Pues abrid nuevamente las Sagradas Escrituras, y en el Evangelio de San Mateo, Cap. VI, veréis que dice lo siguiente:

5. *Y cuando oréis, no seréis como los hipócritas, que aman el orar en pie en las Sinagogas, y en los cantones de las calles, para ser vistos de los hombres. En verdad os digo recibieron su recompensa.*

6. *Mas tú, cuando orares, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto; y tu Padre, que está en el secreto, te recompensará.*

Esta es toda la religión cristiana: cumplir los Mandamientos expresos de Jesús. Esta religión es la nuestra. Entre ella o la de la Iglesia de Roma, entre el Cristo o el Papa, no titubeamos un momento: CRISTIANOS SOMOS.

Ya hemos visto lo que Jesús ordena a los que quieran ser sus apóstoles; y ahora decimos nosotros a los que hoy pretenden serlo, párrocos, obispos, arzobispos, cardenales, patriarcas, papas: Vosotros, los magnates de todas esas Iglesias que se llaman cristianas, seáis católicos o protestantes, ya sabéis lo que Jesús os ordena. Aquí no os vale la fe, aquí no hay doble interpretación; aquí os dice el mismo Jesucristo de la manera más clara y terminante: *Vende lo que tienes y dalo a los pobres, y ven, sígueme.*



Cuando hayáis hecho eso creeremos que obráis de buena fe, y tendréis derecho a nuestro respeto y a ser llamados discípulos de Cristo. Entretanto, tenemos que consideraros como unos farsantes que, a todos los vicios y pasiones comunes a los hombres, unís lo único que Jesucristo maldijo: LA HIPOCRESÍA.

# EL CIELO, SEGUN LA IGLESIA

*La "Gloria" de la Iglesia.—El juicio final.—El Papa Juan XV y la expedición al fin de la Tierra.—Cristóbal Colón.—La Iglesia desmiente a las Escrituras.—Copérnico. El Universo verdadero.—Las falsedades de la Biblia.—El mártir Giordano Bruno.—Galileo.—Gutenberg.—Fulton.—Watt.—Morse.—El anteojo de Galileo y los otros mundos.—Josué deteniendo el Sol.—Galileo y los doctores de la Iglesia.—Distancia de las estrellas.—El Catecismo explicado.*

I

Hasta hace solamente cuatro siglos sostenía el Espíritu Santo que la Tierra era una planicie y el cielo una cúpula sólida, azul y cristalina, que, a manera de fanal, la cubría y la cerraba. Dentro de este recinto se movía el Sol para dar luz por el día, oficio que la Luna ejercía por la noche. Los planetas de nuestro sistema solar eran estrellas movibles, y estas últimas unas luces sin importancia, pegadas en la celeste bóveda para adornarla y alumbrar a los humanos. Del lado superior de la cúpula, y en un trono de oro y piedras preciosas, se sentaba un anciano de larga barba blanca y aspecto venerable, y a su derecha ocupaba un trono igualmente magnífico otro hombre de aspecto simpático y como de treinta a cuarenta años, vestidos ambos de ropas talares. Encima de estas dos personas, y como suspendida sobre sus cabezas, se cernía una paloma blan-



ca con las alas extendidas (1). Rodeaban a este grupo millares de individuos de aspecto hermoso y afeminado, vestidos de túnicas blancas y con las alas en las espaldas, los cuales cantaban o tocaban algún instrumento. El anciano era el Dios Padre, el joven el Dios Hijo, y la paloma el Dios Espíritu Santo; los personajes alados, los ángeles. Tal era y es el cielo de la Iglesia, tan material y humano como el cielo del paganismo, y al que, para hacer el parecido más completo, se añadieron vírgenes y santos.

Según está profetizado en la Biblia, llegará un día (que, según allí se dice, se halla muy cercano), en el cual los tres Dioses tomarán la determinación de destruir, no sólo esta Tierra que habitamos, sino el Universo entero, asegurándonos que *las estrellas caerán sobre la tierra como una higuera deja caer sus higos. (Apocalipsis,* Cap. VI, versículo 13). Entonces, todos los seres humanos que han existido, hombres, mujeres y niños, volverán a tomar los mismos huesos y la misma carne que en vida tuvieron, y serán llamados ante aquellos Dioses, quienes los juzgarán. Los buenos irán a aumentar el número de los ángeles, y los malos el número de los diablos, cuyo oficio de tentadores de la Humanidad habrá terminado. Concluído que sea el juicio, volverán el Padre, el Hijo y la Paloma a su anterior inacción, alternando entre la música vocal e instrumental. Como vemos, la idea que el Espíritu Santo tiene de la vida eterna no es menos material que la de su cielo.

La opinión de que la Tierra es redonda ha

(1) En las Sagradas Escrituras, se nos dice que alrededor del trono de Dios hay veinticuatro ancianos, sentados, vestidos de blanco, y con corona de oro. (Apocalipsis, Cap. IV, vers. 4).

existido desde muy antiguo y, por lo tanto, había muchos que afirmaban que, a pesar del Espíritu Santo y de las Sagradas Escrituras, la Tierra, no era plana. Con objeto de combatir esta teoría, el Papa Juan XV nombró una comisión de sabios frailes para que, viajando hasta el punto en que la Tierra y el Cielo se tocasen, demostrara así que el Mundo era llano y estaba tapado por el Cielo como por un fanal. En efecto, los frailes salieron para su expedición el año 987, y cinco años después, o sea en 992, se presentaron diciendo haber llegado hasta el punto en que el Cielo y la Tierra se juntaban, tanto que habían tenido que bajar la cabeza para no dar en él. A pesar de tan contundente prueba, continuó existiendo el partido de que el Espíritu Santo estaba equivocado, y de que la Tierra era redonda. Al fin, en el siglo XV, se presentó un hombre diciendo que él se comprometía a ir a la India tomando la dirección opuesta a la acostumbrada, asegurando ser posible llegar allá por efecto de la redondez de la Tierra. Aquel hombre vino a España y se presentó ante los doctores de la Iglesia en Salamanca. Los reverendos padres y obispos quedaron estupefactos ante el atrevimiento de un individuo que pretendía saber más que su propio Dios, quien nos habla de *los cuatro ángulos de la Tierra (Apocalipsis*, Cap. VII, versículo 1). Aquellos sabios doctores calificaron de loco a Cristóbal Colón, con lo cual se salvó de ser quemado por hereje. Años después, sin embargo, se hizo el viaje, descubriéndose la América. A éste siguieron otros, y muy pronto los hombres, dando vuelta completa al mundo, hicieron patente su redondez.

Colocada la Iglesia entre la evidencia y la convicción universal de un lado, y la palabra expresa de su Dios de otro, le dió un mentís a este último, declarando que la Tierra era redonda y añadiendo a la media naranja azul superior otra inferior, formando así Tierra y Cielo una esfera dentro de otra. Por lo demás, la Tierra seguía constituyendo el centro inmóvil y la parte principal del Universo, a cuyo alrededor giraban el Sol y todas las estrellas, no existiendo más mundo que el nuestro ni más seres humanos que nosotros. Asimismo el Cielo continuaba sólido, con Jehová, Jesucristo, la Virgen y los ángeles y los santos encima, de todo lo cual decían haber plena seguridad, no sólo porque las Sagradas Escrituras así lo dicen en la parte llamada el *Apocalipsis*, sino porque varios santos habían visto el Cielo abierto y todo lo que allí había, en el éxtasis de sus oraciones y por permiso de su Dios.



De pronto se presenta otro hombre, llamado Copérnico, que afirma, apoyándose en buenas razones, que no era el Sol el que daba una vuelta alrededor de la Tierra cada veinticuatro horas, sino que, por el contrario, ésta, girando lo mismo que un trompo que baila, nos hacía parecer a nosotros que el Sol y todas las estrellas daban vueltas a nuestro alrededor. Que el Sol no era una pequeña bola subordinada a nosotros, sino que, por el contrario, nosotros éramos los pequeños y los que estábamos subordinados a él. Que las cinco estrellas que unas veces se veían en un sitio del Cielo y otras en otro, y que por eso se llamaban *estrellas movibles,* no eran tales estrellas, sino mundos como éste en que habitamos, y aun cientos de veces mayores que el nuestro. Que aquellas tierras daban vueltas alrededor del Sol, lo mismo que hacíamos nosotros, pero que, según se hallaban más cerca o más lejos,

unas tardaban más y otras menos de un año, que era el tiempo que tardaba la Tierra. Que si aquellos mundos parecían brillantes, no era porque fuesen luminosos como el Sol o las estrellas, sino porque reflejaban la luz del Sol del mismo modo que lo hacía la Luna. Que para los habitantes de aquellos mundos, nuestra Tierra también parecía una estrella como sus tierras nos parecían a nosotros. Que los hombres de aquellos mundos tenían que ser diferentes de nosotros, por las diferentes condiciones de calor, etc., en que se hallaban.

Que el Cielo sólido que las Sagradas Escrituras dicen que se puede enrollar como un pergamino y que se abre como un libro (*Apocalipsis*, Cap. VI, vers. 14, y San Marcos, cap. I, vers. 10), no existía, y que, por consiguiente, todo aquello de bóveda celeste y de Dioses encima eran desatinos, porque no había tal bóveda, sino que lo que teníamos a nuestra vista era el *espacio sin fin* y que ese azul no era más que un efecto de la luz en la atmósfera que rodeaba a la Tierra, por estilo del efecto de luz que produce el arco iris.

También afirmaba que las estrellas no eran luces colocadas en el *firmamento*, como dice la Biblia, puesto que no había tal firmamento, y que aquellas, en lugar de ser luces sin importancia, eran otros tantos soles como el nuestro. Que si las estrellas nos parecían tan pequeñas era por los innumerables miles de millones de leguas que se hallaban de nosotros y que, colocado nuestro Sol aunque no fuese más que a la distancia de la estrella más cercana, parecería también una de tantas estrellas. Que alrededor de aquellas estrellas, o sean soles, había tierras que giraban del mismo modo que hacemos nosotros alrededor del nuestro, y que para los habitantes de aquellas tierras,



nuestro Sol era también una estrella insignificante perdida entre las demás. Que el número de estrellas o soles no era sólo el de los seis a siete mil que a simple vista se distinguen, sino que eran infinitos millones, de los que no vemos más que una parte, por su inmensa distancia. Que nuestra Tierra no tenía la importancia que le da la Biblia, diciendo que Dios estuvo entretenido seis días en hacerla, y que no tardó más que un momento en hacer las estrellas, lo cual era el mayor de los desatinos. Que lo que las Escrituras decían de que caerían las estrellas sobre la Tierra era otro disparate, porque siendo cada estrella millones de veces mayor que la Tierra, lo más que podía suceder sería que nuestra Tierra cayese en alguna estrella. Que lo de que el día que el Mundo fuese destruído concluiría el Universo, era otro absurdo del Espíritu Santo, porque aunque nuestra Tierra y cien mil millones de tierras como la nuestra fuesen destruídas con todos sus habitantes, eso no alteraría más el Universo infinito que si sacáramos del mar una gota de agua.

La Iglesia comprendió que el fraude del Cielo sólido iba a ser descubierto, y sin titubear un instante decretó que aquellas teorías eran inspiradas por Satanás con objeto de engañar a los hombres haciéndoles creer que la Biblia se equivocaba; añadiendo, como de costumbre, que los partidarios de las nuevas teorías quedaban excomulgados, y que todos los que sostuviesen que los cielos no eran sólidos, o que la Tierra se movía, serían condenados a muerte.

A pesar de eso, un hombre escribió un libro demostrando con razones que no había tal cielo y que la Tierra se movía; que había otros mundos además del nuestro y que, por lo tanto, nos-

otros no éramos los únicos seres racionales que existían en la creación.

Los doctores de la Iglesia decidieron que aquel hombre estaba endemoniado, y Giordano Bruno, que ese era el nombre de aquel apóstol de la verdad, de aquel moderno Jesucristo, fué quemado vivo en medio de una plaza de Roma, el 16 de febrero del año 1600, por orden del Papa Clemente VIII, quien presenció la ejecución acompañado de obispos, arzobispos y cardenales. Así murió el sabio Bruno, aquel mártir inmolado por los doctores de la Iglesia, quienes sabían perfectamente ser cierto cuanto aquel héroe afirmaba!

## II

La Iglesia romana creyó haber ahogado para siempre a la verdad en fuego y sangre; pero si bien ha podido y puede retardar el progreso, conservando a millones de seres racionales en las embrutecedoras supersticiones de la idolatría, no le es posible detener la marcha de la civilización.

Ya desde fines del siglo XVI se sabía que poniendo dos cristales de cierta forma uno delante de otro, se veían las cosas cerca; de aquí el que se hiciesen pequeños tubos con aquellos cristales dentro; este es el origen de los anteojos. A un sabio italiano llamado Galileo... (no olvidéis este nombre; ponedle al lado de Gutenberg, el inventor de la Imprenta; de Fulton y de Watt, que aplicaron la fuerza del vapor a las máquinas; de Morse, que inventó el telégrafo eléctrico; al lado de esos hombres, únicos que merecen les levantéis monumentos para que la humanidad no olvide jamás el nombre de sus bienhechores, y no a esos conquistadores que no fueron más que carniceros de sus semejantes), a Galileo se le ocurrió que con un anteojo bastante grande se podrían ver los astros más cerca, y al efecto mandó hacer dos cristales de la forma necesaria y tan grandes como lo atrasado que entonces se hallaba este arte lo permitía. Con estos dos cristales construyó el primer anteojo que los hombres han dirigido hacia los astros.



El día 16 de Septiembre de 1609, día para siempre memorable en la historia de la Humanidad, quedó concluído su anteojo, montado en un aparado ideado por él mismo, que le permitía moverle en todas direcciones, y colocado en una azotea de su casa. Galileo, impaciente, contaba los minutos, pareciéndole que jamás concluiría aquel día. Hasta entonces, el dicho de Copérnico, de Bruno y de otros, no estaba comprobado: de aquel instrumento dependía el que fuese o no cierto. El movimiento de la Tierra hace al fin desaparecer el Sol bajo el horizonte; la luz, amortiguándose lenta, empieza a dejar ver las estrellas y los planetas que sucesivamente van apareciendo en el espacio, y así como al día ha seguido el crepúsculo, al crepúsculo sigue la noche.

Galileo ajusta su anteojo y lo dirige hacia la estrella movible que entonces, como hoy, se llama Venus. Temblando aplica el ojo al cristal, la emoción embarga sus sentidos, porque aquella estrella no es una pequeña luz, sino una tierra, un mundo igual al nuestro, con sus nubes y sus montañas. Dirige su anteojo hacia Júpiter, y nueva admiración, porque aquella otra estrella no sólo es una tierra mil veces mayor que la nuestra, sino que a su redor giran cuatro lunas, cada una de las cuales es un mundo; lo dirige sobre Saturno y ¡oh prodigio! aquel mundo, cientos de veces mayor que el nuestro, además de ocho lu-

nas que le acompañan, está rodeado de un inmenso anillo; mira a la Luna y distingue sus montañas y sus valles con la misma claridad que pueden distinguirse los de la Tierra. A cualquier punto del espacio que dirija su instrumento, miles y miles de estrellas se presentan ante sus ojos maravillados.

Galileo era católico romano, pero Galileo se olvidó de todos los padrenuestros y avemarías, de todos los credos y todas las salves, de todos los rezos compuestos por los hombres, de todas las palabras humanas, porque a Dios no se le adora con palabras; Galileo adoró, no al Dios humano, no al Dios raquítico de las Escrituras, sino al Dios Omnipotente, y sus oraciones fueron lágrimas de agradecimiento que rodaron por sus mejillas, porque el Dios verdadero le había dejado penetrar en su único templo: EL INFINITO UNIVERSO. Desde entonces, siempre que quería rezar, corría a su anteojo; y allí, en medio del silencio y oscuridad de la noche, abismado todo su ser en la contemplación de la inmensidad, su alma sentía vibraciones divinas bajo la influencia del Dios Todopoderoso.

El temor a la Iglesia y a sus feroces ministros hizo a Galileo ocultar aquel verdadero milagro, pero al fin se divulgó, y los doctores mismos pudieron cerciorarse de la verdad, mirando con sus propios ojos y quedando así convencidos de la falsedad de sus imaginarios cielos y de la verdad de que existían otras tierras. Ante la evidencia, ya no cabía decir que eran visiones de Satanás. La Iglesia se alarmó de veras, y a fe que tenía razón, porque si el descubrimiento de Galileo llegaba a ser conocido del pueblo, confirmando así el dicho de Giordano Bruno y de otros, resultaba



una de dos: o que las Sagradas Escrituras no sólo no tenían nada de divinas, sino que estaban escritas por gentes muy ignorantes en ciencias; o de lo contrario, que su Dios no sabía una palabra del Universo que él mismo había creado.

La fábula de que Jesús había sido el Dios de esta Creación sin límites, quedaba destruída, porque si eso pudo hacerse creíble cuando se suponía que no había más mundo que el nuestro, ni más hombres que nosotros, resultaba ser aquello un cuento ridículo desde el momento que nuestra Tierra quedaba reducida a uno de esos infinitos millones de tierras. Además, si Jesús hubiese sido Dios, habría sabido que las Sagradas Escrituras dicen mil desatinos al hablar del Universo, y no nos habría dicho que las estrellas se podían caer en la Tierra, ni que se oscurecerían porque este pequeño planeta que habitamos fuese destruído. (San Mateo, Cap. XXIV, vers. 29; San Marcos, Cap. XIII, vers. 25).

Lo de que Dios nos había hecho a su imagen y semejanza resultaba ser otro embuste, puesto que en los otros millones de mundos habría hombres formados de millones de maneras diferentes. El milagro más estupendo de todas las Sagradas Escrituras, el de Josué deteniendo el Sol (Josué, Cap. X, vers. 12 y 13), resultaba ser otra mentira, porque el Sol no se movía alrededor de la Tierra (1). Todos los milagros de los santos que decían haber subido al Cielo en espíritu y haber visto allí a Jesucristo y a la Virgen, resultaban ser: o visiones o mentiras descaradas, porque no

(1) Algunos doctores de la Iglesia explican esto, diciendo que, si bien Josué paró al Sol, se olvidó de echarle a andar; y Dios, con objeto de no contradecir a su profeta, hizo dar vueltas a la Tierra, la cual tiene movimiento desde entonces.

había tal cielo. Luego si esto era así, los milagros que en la Biblia se referían no podían ser más ciertos que los que se referían en los libros sagrados de las demás religiones.

Las Escrituras sobre las que la Iglesia se fundaba para decir que era una institución divina, estaban llenas de evidentes falsedades, desde el primer versículo del *Génesis,* con el que empiezan, hasta el último versículo del *Apocalipsis,* con el que acaban. Aquella organización tremenda de la Iglesia, a la que habían cooperado tantas inteligencias, tan grandes como pérfidas; aquella fortaleza, al parecer inexpugnable, se bamboleaba ante el cañón pacífico e inofensivo de un anteojo. Abrid los ojos vosotros, creyentes ilusos, y mirad cuán superior es el Dios verdadero, a todos los dioses fabricados por los hombres.

Dios no necesitó de Biblias en las que en una página se contradice lo que está escrito en la anterior; no necesitó de equívocos, de juegos de palabras, ni de frases de doble sentido, ni de misterios absurdos y disparates para confundir a la crédula e ignorante humanidad; Dios no necesitó hacer correr cojos, ni resucitar muertos; Dios Omnipotente no se puso en discusiones ridículas con nosotros, para convencernos de si era o no era Dios; no necesitó de los mil sofismas y sutilezas de la teologías de todas las religiones, ni de taparnos los ojos y la inteligencia con la venda de la fe; Dios tomó dos pequeños cristales y los puso ante nuestros ojos, y en aquel mismo instante cayeron desplomados para siempre los cielos y los dioses de todas las religiones humanas.

La cuestión para la Iglesia era de vida o muerte, y con la bárbara crueldad que le es propia, y sin hacer caso alguno de la evidencia, renueva sus excomuniones y sus decretos de muerte. Galileo es arrojado en un calabozo y cargado de cadenas; tiene que elegir entre ser quemado vivo o negar que la Tierra sea un planeta como Venus, Júpiter, Saturno, etc. Aquel anciano es arrastrado entre los doctores de la Iglesia, y allí, con grillos en los pies y esposas en las manos, se le obliga de rodillas a negar lo que, no sólo él, sino todos sus jueces, saben ser cierto; pero como él mismo exclamó al volver a ser encerrado en su calabozo: *¡Qué importa lo que yo diga! ¡A pesar de eso, la Tierra se mueve!*

Sí, la Tierra se mueve, y mucho más aprisa de lo que conviene a la Santa Madre Iglesia. Su poder para quemar a los que informan a los pueblos de sus engaños y crueldades ha concluído; sus excomuniones sólo sirven para ponerla en ridículo. Telescopios enormes, al lado de los cuales el anteojo de Galileo es un juguete, han abierto ante nuestros ojos la creación sin límites del Dios infinito.

Si nos pudiésemos transportar al Sol que más lejano de nosotros descubre en la bóveda del espacio el mayor de nuestros instrumentos ópticos, sol que se halla a tal distancia que una bala de cañón disparada con una velocidad continua de seis leguas españolas por minuto, tardaría en recorrerla setecientos sesenta y nueve millones de siglos, nos encontraríamos al llegar como si no hubiésemos dado un solo paso, y que allí, como aquí, el espacio sin fin se extiende en todas direcciones, lleno de ese polvo cuyos átomos son soles y mundos en donde habitan otros seres de los que no podemos formarnos idea, pero que sin duda tienen, como nosotros, alma para adorar a Dios admirando sus obras. Y no se nos alegue que la Iglesia no combate ya la Ciencia. No lo

hace, por la imposibilidad material en que se halla de hacerlo. Todavía en España, ayer como quien dice, en 1830, la Iglesia era bastante poderosa para hacer que en nuestras Universidades se enseñase como única ciencia verdadera la inmovilidad de la Tierra en el centro de la creación, y la existencia de un Cielo sólido con Dios y los santos encima, siendo excomulgados los de opiniones contrarias; y como dicha excomunión no ha sido levantada, resulta que todo español medianamente educado es un hereje en pecado mortal.

Ni hay que remontarse tanto, porque en una obra cuyo título es «El Catecismo Explicado», leemos que «la Tierra, a pesar de ser tan grande, está en el aire y no se cae»; y más adelante nos informa de que todos esos millones de soles y mundos, de que sólo podemos percibir una parte aun con la ayuda de telescopios, «han sido creados por Dios, exclusivamente para nosotros». Si esto se hubiese escrito hace dos siglos, podríamos atribuirlo a ignorancia; pero como la obra está impresa hace pocos años, claro está que no pueden achacarse tales disparates a falta de conocimientos; luego, si no es por ignorancia por lo que esto se escribe, ¿por qué será?

# EL DIOS VERDADERO Y EL FALSO

*Igualdad de las religiones.—El Dios verdadero descrito por los sacerdotes cristianos.—Todo culto que tiene templos y sacerdotes, es falso.—Los bandidos devotos.—Cómo los sacerdotes ligan la moral verdadera a ceremonias mecánicas. —El influjo de la educación.—El Dios de las Sagradas Escrituras.—Un Dios con cuerpo humano.—Un Dios con pasiones humanas.—Un Dios jefe de ladrones y asesinos. —La torre de Babel.—Un Dios que se asusta.—Prueba palpable de que no existe semejante Dios.—La falta de patriotismo.*

## I

De seguro suponéis que nosotros jamás entramos en un templo; os equivocáis, porque pocos hombres han visitado, como lo hemos hecho nosotros, tantos y de tan diversas religiones. A nosotros nos gusta aprender, y una de las cosas que hemos estudiado ha sido las diferentes maneras cómo los sacerdotes de las varias religiones se valen del sentimiento de Dios, innato en el hombre, para engañarle y explotarle, haciéndole creer que a Dios se le adora con estas o las otras ceremonias, porque «la Religión no es más que una y verdadera; el engaño está en el culto, o sea en el modo de adorar». Así, pues, muchas veces, al entrar en una Iglesia de las que, por mal nombre, se llaman cristianas, nos hemos encontrado con algún predicador a quien hemos oído decir que «Dios es

Todopoderoso e Infinito, que a nosotros nos es completamente imposible conocerle, que es un Ser Inmutable», etc., etc. En este momento tenemos ante nosotros una obra escrita por el eminente obispo de Brechin, Forbes, de la que traducimos lo siguiente:

«Siendo Dios incomprensible para nosotros, somos impotentes para definirle con expresión humana alguna que pueda calificar su naturaleza.» Así, pues, como el hombre no puede tener idea de él sino de una manera imperfecta, las expresiones de El Ser Supremo, El Ser Infinito, El Ser Inmutable, etc., etc., no son más que palabras que nada significan en realidad.

Este es el verdadero Dios, este es el Dios nuestro, pero éste no es el Dios de las Sagradas Escrituras cristianas; por consiguiente, tanto el obispo Forbes como los predicadores cristianos que hablan así de su Dios, son unos descarados impostores y son los dignos compañeros de los sacerdotes paganos, quienes describían al dios Júpiter con todos los atributos del Dios verdadero y, sin embargo, en sus Escrituras se veía que Júpiter era un dios, no con los atributos de la Omnipotencia, sino de la Humanidad; lo mismo precisamente que sucede con el Dios de la Santa Biblia.

Una de dos, señores doctores de la Iglesia: o reconocéis que no hay más Dios verdadero que el nuestro, o que lo es el de vuestras Escrituras. Si el vuestro es el verdadero, no engañéis a las gentes pintándoles a nuestro Dios como si fuese el suyo; y si reconocéis que el nuestro es el único, entonces vuestras Escrituras son falsas, y vosotros unos embusteros y unos farsantes; y la prueba más evidente de que lo sois está en que jamás describís el Dios de vuestras Escrituras, porque



sabéis que no hay tal Dios, porque en ellas veis que vuestro Dios no tiene nada de omnipotente, ni de infinito, sino que es un Dios tan material y humano como los dioses de las otras religiones y, por consiguiente, tan falso. Este fraude no es especial de vuestros curas; ya os hemos dicho que los paganos hacían lo mismo, describiendo sus dioses con todos los atributos de la omnipotencia. Del mismo modo hacen los ministros de todas las diferentes religiones que hoy practican los hombres.

En más de una ocasión nos hemos acercado a esos ministros, y les hemos dicho así: «Nos alegramos que adoréis a Dios Omnipotente; pero decidnos: ¿por qué a Dios le ha de ser agradable el que vengan los hombres a este edificio a practicar ceremonias, cuando sin necesidad de ellas pueden cumplir con el mandamiento único de *No hagas daño a tu prójimo*, mandamiento que todas las religiones tienen sin excepción?» A esto siempre nos han contestado que su Dios así lo ordena en libros divinos; y cada vez que hemos examinado esos libros, hemos encontrado lo mismo que encontramos en la Biblia: *un Dios humano*; y así tiene necesariamente que ser, desde el momento que ese Dios se vale de procedimientos humanos, como el de prescribir ceremonias por escrito, ceremonias de que los hombres no sabrían una palabra si no se las enseñasen otros hombres, no usando de su pretendida omnipotencia y demostrando así no ser Todopoderoso; o si lo es y, pudiendo, no quiere hacerse entender de todos enseñándoles el verdadero modo de adorarle, es un Dios injusto que castiga a hombres a quienes les es completamente imposible conocerle. (De esto mismo os hablamos al demostra-

ros que la omnipotencia y el Infierno no son compatibles).

¿Ha escrito Dios en algún libro que los hombres tendrían frío y calor? ¿Ha sido necesario el que algún sacerdote os informase de que sentiríais alegría y tristeza para alegraros y entristeceros? Pues así como Dios no ha necesitado de libros ni de sacerdotes, usando de su omnipotencia para haceros sentir el frío o calor, alegría o tristeza, del mismo modo, si alguna de las mil ceremonias de las diversas religiones de los hombres fuese ordenada por Dios, no sólo la ejecutaríamos todos, sino que nos sería completamente imposible dejar de cumplirla. De aquí resulta el siguiente axioma: Todas las ceremonias de todas las religiones y todos los libros dichos divinos son obra de hombres y, por consiguiente, no tienen más fuerza que cualquiera otra ley humana.

La prueba de que los Mandamientos de la Iglesia de Roma son embrutecedores, haciendo perder a la conciencia humana la verdadera noción del bien y del mal, la tenemos en un hecho, común en Italia, y del que también en España ha habido ejemplos: el de bandoleros católicos fervientes que no podían pasar ante una cruz sin descubrirse y rezar un padrenuestro por el alma del que acaso ellos mismos habían asesinado. Aquellos hombres detenían en los caminos a los curas y frailes para confesarse a ellos, y si alguno se atrevía a negarles su absolución, se la arrancaban amenazándoles con la muerte, quedando después su conciencia tan tranquila como si toda su vida la hubiesen pasado haciendo buenas obras. Nosotros hemos conocido cien casos de esposas que faltaban a la fidelidad conyugal, a quienes esto preocupaba mucho menos que el dejar de



oír misa el día de fiesta, o comer carne cuando debían comer pescado.

Ligando, pues, hábilmente, la idea del verdadero Dios y de la verdadera moral a ceremonias mecánicas, como son los Mandamientos de Roma, les es imposible separar lo verdadero de lo falso, no ya a mujeres ni a gentes ignorantes, sino a hombres verdaderamente ilustrados y de buena inteligencia. A tal punto es esto cierto, que podemos citar el caso de uno de esos hombres entendidos que conocía todos los fraudes de las Escrituras tan bien y aun mejor que nosotros; que estaba, por lo tanto, plenamente convencido del engaño de que católicos y protestantes eran víctimas y, sin embargo, le era imposible prescindir de continuar tomando por divinos actos que sabía ser falsos; y así que, a pesar de estar persuadido de que la misa era una ceremonia inventada para imponerse en la imaginación del ignorante por medio del misterio, iba a oírla. Del mismo modo, sabiendo perfectamente que la hostia no era más que un pedazo de oblea sin divinidad alguna, comulgaba. Igualmente, comprendiendo que el derecho que pretenden tener los sacerdotes católicos de absolver y condenar era un fraude inventado para dominar en las conciencias, sirviéndose la Iglesia de aquel conocimiento para su propia utilidad, se confesaba.

¿Cuál es el motivo de esta aberración de la inteligencia? LA EDUCACIÓN. Es que habéis nacido, os habéis criado, habéis crecido y vivís rodeados continuamente de esas ceremonias, y os es imposible comprender que llevar vuestra mano de la frente al estómago y del hombro izquierdo al derecho, haciendo una imaginaria cruz en vuestro cuerpo, no tiene nada de divino; os es imposible comprender que decir y repetir palabras que ha-

béis aprendido de memoria, no tiene nada absolutamente que ver con adorar a Dios. A tal extremo la educación os hace tomar por divinos actos ridículos, que os es necesario una organización esencialmente *razonable* para que podáis sobreponeros por completo a esos actos supersticiosos.

Por esto, cuando alguno de nuestros compatriotas nos asegura ser de nuestras mismas opiniones; a pesar de que le vemos que se halla tan enterado como nosotros mismos de todos los engaños de la Iglesia, le preguntamos si ha vivido algún tiempo en país de distinta religión: porque sabemos que si no ha visto a los hombres dirigirse a su Dios, más que con las ceremonias de la Iglesia romana, encontrará siempre en ellas algo de divino, y en las que oye de otras algo de ridículo; así como, por más que le digamos que para un turco el descubrirse no sólo es un acto impolítico, sino indecente, le parecerá eso un disparate, acostumbrado como está a ver en aquello una prueba de cortesía y de buena educación.

Por eso, cada vez que ve alzar al sacerdote en la misa, se siente conmovido y baja la frente, olvidando en aquel momento la razón y creyendo verse ante su Dios. Por eso, a la hora de su su muerte, no nos extraña verle confesar y comulgar como el más creyente romano; pero en aquellos momentos supremos no se dirige al Dios de las Escrituras, sino al Dios verdadero, al Dios nuestro; y la educación y la costumbre son las que le hacen imaginarse que la mejor manera de hacerlo es por medio de aquellos actos, porque no ha visto morir a otros llenos de fe en ceremonias totalmente distintas o sin más ritos que la presencia de su familia y sus amigos.



Por eso nosotros, cuando entramos en una Iglesia, sabemos que los que allí están arrodillados no adoran al Dios humano, al Dios Jehová de la Biblia, sino a nuestro Dios. Por eso nosotros entramos con respeto en las iglesias, no porque las consideremos edificios sagrados; antes al contrario: la casa de cualquier hombre honrado, es mil veces más respetable porque en ella no se engaña a nuestros semejantes como se les engaña en los templos, ni hay infamias como las del confesionario; entramos con respeto porque vemos allí a los hombres elevando su alma, no al Dios de la Iglesia romana, sino al nuestro, al verdadero; porque muchas veces, entre cientos de seres humanos allí reunidos, no hay más que un incrédulo, no hay más que un impío, no hay más que un hipócrita: EL SACERDOTE.

Para sobreponerse a las supersticiones de los diversos cultos es necesario haber vivido por muchos años en países de religiones diversas; es preciso haber pisado muchos templos de diferentes creencias; es indispensable haber visto practicar a los hombres, «con la fe más ferviente», las ceremonias más opuestas; y sólo entonces es cuando podéis ver pasar ante vosotros lo mismo la hostia consagrada de los católicos como el estandarte divino y milagroso del profeta de los mahometanos, sin que sintáis más emoción que la tristeza de ver cuán atrasada se encuentra la Humanidad en el verdadero culto del verdadero Dios

Por eso no nos hacemos la ilusión de convertiros con este libro a la religión verdadera; pero sí esperamos que, usando en lo posible de vuestra inteligencia, y ya que no podáis arrojar lejos de vosotros la superstición, enseñéis a vuestros hijos que «no hacer daño de ninguna clase es

mejor que todos los catecismos». No los obliguéis a repetir palabras y rezos, convirtiéndolos en loros humanos; en su lugar, explicadles los Mandamientos de Jesucristo. No les enseñéis santos ni vírgenes, ni les contéis imaginarios milagros, sino enseñadles los milagros de la Naturaleza y explicadles lo que es el Universo sin fin, porque el que no le conoce, nunca podrá saber lo que quiere decir la palabra Dios.

De este modo, haciendo dar a vuestros hijos un paso en el camino de la verdad, ellos harán dar otro a vuestros nietos; porque, así como la Naturaleza estuvo millones de siglos para transformarnos en lo que somos, del mismo modo a los pueblos no se les puede educar en una generación ni en dos. El verdadero progreso es lento; pero, en cambio, no retrocede.

De la mala, de la falsa educación que se os da, proviene todo esto; de que a vuestro sentimiento religioso se le dirige ciertamente por el canal del verdadero Dios, pero es para hacerlo desembocar en el mar tempestuoso de la superstición, lleno de los mil escollos de sus incomprensibles misterios, y en el que, temiendo vais a naufragar y a ser devorados por los monstruos imaginarios del Infierno y los demonios, no os queda más recurso que valeros del auxilio de los pilotos, de vuestros sacerdotes, en cuyo poder os entregáis. El mar tempestuoso son los diversos cultos; los buques en que están embarcados los hombres y de que les es imposible salir, son la fe ciega que cada creyente tiene en sus ceremonias.

En la religión verdadera también nosotros nos embarcamos, pero nuestra barquilla se llama «La Razón»; también nosotros la dirigimos por el canal que vosotros, por el del Dios verdadero, pero



no desembocamos en el mar de la superstición, sino en el río de aguas puras y cristalinas de La Verdad, en el que, dejándonos llevar por la corriente del estudio y la reflexión, vamos descubriendo los nuevos paisajes de nuevos conocimientos que nos aproximan más y más al Todopoderoso Dios.

## II

Vosotros, que os llamáis sacerdotes cristianos, pero que nada de eso tenéis, y a quienes podemos aplicar las palabras de Jesucristo a los sacerdotes judíos: «En vano honran a Dios enseñando doctrinas y mandamientos de hombres» (San Mateo, cap. XV, vers. 9); vosotros, ministros de Roma, no calumniéis a vuestro Dios haciéndole pasar ante vuestras ignorantes víctimas como el Dios de vuestras Escrituras, que es el Dios único a quien tenéis derecho para nombrar; pero si no lo hacéis, comprendiendo que si lo hicieseis quedarían descubiertas vuestras imposturas y vuestros engaños, nosotros lo haremos.

Según el *Génesis* de las Escrituras, vuestro Dios no sólo tiene cuerpo, sino que tiene cuerpo humano, puesto que allí se os dice que Dios «hizo a los hombres a su imagen y semejanza» (versículos 26 y 27); y si alguna duda os queda, mirad en el Cap. III del *Génesis* (vers. 8), y veréis que vuestro Dios «se paseaba en el Paraíso»; por consiguiente, cuando os dicen vuestros sacerdotes que su Dios no tiene cuerpo, mienten, advirtiéndoos que aquí no se trata de Jesucristo, porque Cristo no nació hasta algunos miles de años después que los hombres fueron creados por Dios. Vemos, pues, que vuestro Dios tiene cuerpo y,

por lo tanto, el mosaico que le representa en el centro de la cúpula de la basílica de San Pedro en Roma bajo la figura de un hombre con larga barba blanca, está conforme con las Sagradas Escrituras.

Vuestro Dios no sólo tiene cuerpo humano, sino que tiene todas las pasiones humanas, y así vemos que se complace; que traba pláticas con los hombres; que discute con ellos; que cambia de idea, según las razones que éstos le exponen o las súplicas que le hacen; que los pone a prueba con objeto de averiguar si sabrán resistir; que, viendo no ser posible gobernarlos, *se arrepiente* de haberlos creado *(Génesis,* Cap. VI, vers. 7); que determina destruirlos y los destruye, no castigando sólo a los culpables, sino ahogando justos y pecadores, por medio de un diluvio; que, a pesar de eso no los puede hacer mejores, y los abrasa con fuego llovido del Cielo.

¿Queréis saber cuál es la justicia de ese Dios que vuestros sacerdotes os dicen infinitamente justo? Pues ese Dios, con objeto de establecer a los hebreos, que andaban errantes y viviendo como salvajes o poco menos, y pudiendo muy bien colocarlos en cualquier parte de la Tierra sin hacer daño a nadie, ordena que invadan países habitados por gentes que ningún daño les habían hecho y que nada sabían de ellos ni de su Dios. Los israelitas se lanzan, pues, sobre aquellos pueblos, y por orden expresa del Padre Eterno, «por orden terminante del Dios de los cristianos, degüellan hombres, mujeres y niños por millones», con el solo objeto de apoderarse de sus tierras, como si no hubiera sitio para ellos en todo el mundo que entonces se hallaba medio despoblado. Vosotros, que estáis acostumbrados a oir alabar la infinita bondad de vuestro Dios, no lo



creeréis: pero mirad en el *Deuteronomio,* Capítulo XX, y veréis lo siguiente:

16 *De las ciudades de estos pueblos que el Señor Dios te da por heredad, no dejarás persona alguna con vida.*

17. *Empezarás por destruir a los hetheos, a los amorreos, a los cananeos, a los pherezeos, a los hebeos y a los jebuseos, porque así lo manda el Señor, así lo manda tu Dios Jehová.*

Vemos, pues, aquí al Dios Jehová mandar una crueldad y una injusticia espantosa, digna del dios Marte o del dios Moloc, o de cualquiera de los otros dioses sangrientos de los paganos, con lo cual queda probado que el Dios de la Iglesia no vale más que ninguno de aquéllos y, por lo tanto, es falso. Del mismo modo, si se nos dice que Jehová ha cambiado de ideas desde que Jesús nació, diremos que esa es la prueba más evidente de que no es Dios, porque *Dios es inmutable* y no puede cambiar de opinión; por consiguiente, cada vez que desde el púlpito os dicen vuestros sacerdotes que *Dios es inmutable,* confiesan así que sus Sagradas Escrituras son falsas y ellos unos impostores.

Vemos que el Padre Eterno, no siéndole posible hacerse obedecer de los hombres, se aburre; vemos que entra en arreglos con ellos, que hace pactos, que los rompe, que hace otros nuevos, que los vuelve a romper; que pasa miles de años en perpetuas disputas con los hombres; que igualmente por miles de años no se ocupa de más hombres que de los del pueblo de Israel, que eran media docena de millones, mientras que todos los cientos de millones de seres humanos que poblaban la Tierra no sabían una palabra de ese Dios Jehová que ahora se quiere hacer pasar por

único verdadero, y que entonces no era más que uno de los innumerables dioses.

Resultado: el Dios de la Escritura es un Dios omnipotente, que no puede hacer lo que quiere; es un Dios voluble, que cambia continuamente de opinión; es un Dios cruel y vengativo, que se vale de su poder para hacer sufrir a los hombres, pero no para hacerlos mejores; es un Dios injusto, que se concreta a la nación judía con exclusión de las otras, a las que sus protegidos roban y asesinan por su orden. Semejante Dios no puede ser Dios, porque un Dios así no es Dios, sino un hombre, y un hombre poseído de las peores pasiones de la Humanidad.

Para acabar de igualar a ese Dios con nosotros, la Iglesia le confirió el título de rey; y como que los reyes tienen corte, se le formó una corte celestial. A los hombres les agrada la música; pues a ese Dios se le proveyó de orquesta y coros angélicos. Los hombres doblan la rodilla ante sus reyes; pues a ese Dios le agrada que hagan lo mismo ante él, igualándose así a un rey o emperador.

Entre los hombres, el oro y las piedras preciosas son lo más rico que se conoce; pues a ese Dios se le hizo un trono de oro y piedras preciosas, y se le sentó en él. Por último, los reyes humanos tienen enemigos; pues a ese Dios se le proporcionó uno en el diablo, con quien ha tenido y tiene continua guerra. Para no cansaros más acumulando pruebas sobre pruebas de que vuestro Dios no es el que os pintan en el púlpito vuestros sacerdotes, concluiremos este capítulo diciéndoos de qué manera refiere el *Espíritu Santo* en las Escrituras el origen de la diversidad de idiomas. En los tiempos en que aquéllas se compusieron, creían los hombres, según ya os hemos



dicho, que la atmósfera era una cúpula sólida, creencia, no sólo posible, sino natural, por parecer eso lo cierto; y tanto es así, que muchos todavía se imaginan que tal cosa existe.

La Biblia nos cuenta que los hombres determinaron edificar una ciudad y una torre que llegase al cielo. Esto ya es más dudoso, porque los hombres, antes de empezar semejante trabajo, habrían tenido buen cuidado de subir a las montañas, con lo cual habrían notado que desde su cumbre ni el Cielo parecía estar más cerca, ni el Sol, ni la Luna, ni las estrellas parecían mayores, lo cual les haría suponer que la altura de la torre tenía que ser inmensa. Además, habrían empezado a fabricarla en la cima de algún monte, siendo así que, según la Biblia, fué en una llanura.

Se dirá que los hombres siempre han sido y continúan siendo muy dueños de tener la menor cantidad posible de sentido común, y que acaso empezaron a construir su torre; pero que a Dios, que sabía que no existía tal bóveda de cristal, y que los hombres no iban a subir a ninguna parte con ella, sino que, llegados a cierta altura (suponiendo fuese posible fabricar hasta semejante elevación), el frío y la falta de aire respirable les harían dejar la obra, le tendría sin ningún cuidado la torre de Babel. Pues nada de eso. He aquí las palabras de la Escritura:

## Génesis

### Cap. XI.

5. *Y descendió Dios para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres,*

6. *Y dijo Dios: He aquí el pueblo es uno, y todos estos tienen un lenguaje, y han comenzado a obrar, y nada les retraerá ahora de lo que han pensado hacer.*

7. *Ahora, pues, descendamos y confundamos allí sus lenguas, para que ninguno entienda el habla de su compañero.*

Es decir, que el Padre Eterno tomó la cosa por lo serio, como si realmente existiese la bóveda celeste, y se alarmó temiendo que los hombres iban a invadir el cielo.

Que en aquellos tiempos en que los conocimientos astronómicos eran casi nulos se escribiesen estos y otros mil disparates de que están llenas las Escrituras, nada tiene de extraño. Que los doctores de la Iglesia nos digan que la Biblia está compuesta por inspiración divina, y que, por consiguiente, lo que parecen disparates no son disparates debidos a la ignorancia o mala fe de los que los escribieron, sino a que la razón humana no puede comprenderlos, haciendo así comulgar a los creyentes con ruedas de molino, es muy natural, porque el día que los fieles abran los ojos, tendrán los sabios doctores que cambiar el oficio de echar bendiciones por algún otro de más trabajo y más utilidad.

Que el pueblo ignorante, y muchos que no se consideran incluídos en esta clase, crean aquello sólo porque un reverendo y anciano obispo lo afirme con mucha gravedad, tampoco es raro; porque así como hay quien imagina que el que viste uniforme militar adquiere con él valor, del mismo modo la mayoría de las gentes está persuadida de que los hombres, al vestir el uniforme de la Iglesia, no sólo quedan libres de todos los vicios humanos, sino que adquieren una inteligencia sobrenatural para comprender lo que los demás no comprenden.



Que en religión, como en el resto de los asuntos de la vida humana, unos engañen a otros por propia conveniencia, se comprende; pero que personas que saben que los altos dignatarios de la Iglesia, empezando por los Papas mismos, son los primeros en comprender las ridiculeces que para mantener en pie sus engaños, tienen que decir en encíclicas y pastorales, ni más ni menos que los jefes de los partidos políticos son los primeros en reirse de las frases altisonantes de sus programas y discursos y de sus promesas de reformas que saben ser imposibles; que hombres ilustrados y de clara inteligencia, hombres al parecer independientes, a quienes ninguna de las patrañas de la religión se oculta, continúen prestando el apoyo de su nombre a un engaño manifiesto, ayudando a conservar su patria en la ignorancia, el atraso y hasta la barbarie en que se halla, es lo que no podemos menos de calificar, no ya de hipocresía ni de mala fe, sino de falta completa de una de las cualidades más salientes de todo verdadero español: el patriotismo.

# DIOS Y EL ALMA

## PRIMERA PARTE

*Qué Dios niegan los ateos.—Las flores de trapo.—La eternidad.—El Universo no ha sido creado.—La materia es eterna como Dios.—Dios es el alma universal.—Los hombres no pueden ofender ni honrar a Dios.—La única manera de adorar a Dios es haciendo buenas obras.—Los mandamientos romanos no son buenas obras.*

### I

Vosotros habréis oído hablar a vuestros curas de unos hombres que no creen en Dios. Esa es otra mentira de ellos. Nosotros somos de esos, y no sólo creemos, sino que sabemos perfectamente que *Dios, es.* Negar a Dios sería decir que a las doce del día se ven las estrellas, y nadie dice tal desatino. Lo que nosotros negamos es que Dios sea un hombre con barbas blancas, un triángulo en la cabeza y sentado en las nubes, como nos pinta la Iglesia a su Padre Eterno. Un Dios que se ocupa exclusivamente de este planeta en que habitamos, sin hacer caso de los infinitos millones de otros planetas que pueblan el espacio. Un Dios a quien le es imposible hacerse conocer más que de una parte de los habitantes de este grano de arena en que vivimos, pues, como hemos visto, las seis séptimas partes de las personas que habitan este mundo no creen que el Dios de la Iglesia romana sea el verdadero, y



las dos terceras ni aun siquiera han oido hablar de él en toda la vida.

Ese Dios que estuvo seis días para construir este globo insignificante; ese Dios que nos dicen ser Todopoderoso y le es imposible conseguir que los hombres cumplan sus órdenes; ese Dios-hombre que hoy quiere estas ceremonias y mañana le gustan más otras; ese Dios al que se adora poniéndose de rodillas, como si fuera algún rey terrenal; ese Dios humano, ese Dios material; ese es el que nosotros negamos, porque *ese no es* EL DIOS DEL UNIVERSO. *Nosotros no sabemos qué cosa es Dios,* pero sabemos que no es nada de lo que las Escrituras de todas las religiones dicen que es. Trataremos de demostraros esto con el siguiente ejemplo:

Imaginaos que entráis en un gran salón, en el cual reina un perfume muy suave y agradable. Miráis por todas partes para saber de dónde proviene, cuando se os acerca un individuo vestido de sacerdote católico, con un ramillete de flores en la mano, diciéndoos que el perfume viene de sus flores. Las tomáis, las oléis, y no notáis que las flores tengan perfume alguno; las examináis y descubrís entonces que las flores son de trapo, y para convenceros de que el perfume no viene del ramillete, lo tiráis por una ventana, sin que por eso se observe cambio alguno en el buen olor de que la atmósfera del salón está impregnada.

Entonces se os acerca otro individuo, vestido de sacerdote mahometano, asegurándoos que el cura cristiano es un embustero, y que el perfume viene de otro ramillete que también él os presenta. Hacéis con este ramillete la misma operación que con el otro, con idéntico resultado. A su vez se aproxima un nuevo personaje diciendo ser sacerdote de Buda, y que su ramillete es e'

oloroso; y vosotros, para no perder el tiempo, empezáis por tirarle por la ventana, sin que el perfume disminuya; y de esta manera van presentándose sacerdotes de religiones diferentes con ramilletes de flores de trapo, que tiráis sin que el perfume cambie ni disminuya. Continuáis, pues, registrando, a ver si descubrís de dónde procede aquel misterioso perfume, cuando empezáis a sentir un olor fétido y nauseabundo que por grados os va mareando más y más. Pareciéndoos que el mal olor viene del lado en que están los sacerdotes, os acercáis y, en efecto, encontráis que ellos son los que están apestando el salón; y aburridos de aguantar aquellos farsantes, quienes, no sólo niegan oler mal, sino que insisten en que están perfumados, enarboláis el bastón y a garrotazos los hacéis salir de la sala al trote. Hecho esto, abrís las ventanas para ventilar el cuarto, y al cabo de algún tiempo desaparece el mal olor, restableciéndose el perfume de antes. El salón es el Universo; el perfume es Dios; el cura de las flores de trapo, que decía que el perfume procedía de sus flores, la Iglesia romana, que asegura que su Dios es el verdadero; los otros sacerdotes, con los otros ramilletes, son las diversas religiones que cada una afirma que su Dios es el bueno. El examen que hacéis de los ramilletes que resultan ser de trapo, es el examen de los diversos dioses que resultan todos falsos. El mal olor del cura y sus compañeros, son las patrañas y falsedades de las ceremonias de los cultos; el mareo que sentís es la perturbación que esas ceremonias producen en la inteligencia de los creyentes; el bastón con que despacháis a los sayentes es «La Razón», y las ventanas que abrís, y que, haciendo que el aire se renueve, os permiten volver a sentir el perfume, son los efectos saludables que en nosotros produce la ausencia de los ritos supersticiosos de las Iglesias, aproximándonos al verdadero Dios.



Este ejemplo os mostrará claramente la verdad, porque nosotros no decimos más que la pura y neta verdad, sea agradable o desagradable; y así os aseguramos que los hombres jamás han sabido ni saben de dónde viene el perfume; le olemos, luego *Dios es;* pero, ¿de dónde viene?; o, lo que es lo mismo: *¿Qué cosa es Dios?* La inteligencia humana no lo puede comprender; pero como ya en otra parte os lo hemos dicho con la misma franqueza que os confesamos la imposibilidad completa en que los hombres se hallan de comprender a Dios, con la misma os afirmamos que el perfume no viene de las flores de trapo y, por consiguiente, ni el Dios de la Iglesia romana ni el de cualquiera otra existen, siendo todos ellos seres imaginarios inventados por los hombres. El único olor que viene de esas religiones es la peste de sus fraudes y engaños.

Los doctores de la Iglesia aseguran que «Dios creó el Universo de la nada» y, por consiguiente, «Dios ha existido antes que la materia que forma el Universo». Esta es la base principal en que se fundan los muy sabios teólogos cristianos para decir que Dios es un *Ser,* una cosa *personal,* con deseos, con voluntad; un *Ser* bueno, justo, etc.; un *Ser* tan independiente del Universo como nosotros podríamos serlo de una casa que hubiésemos construído. Esto a vosotros os parece muy natural vosotros suponéis que Dios, aburrido de no tener en qué ocuparse, creó de la nada los soles y mundos para entretenerse en hacerles dar vueltas unos alrededor de otros.

Vamos a probaros que lo que vuestros curas os afirman es un desatino. Os advertimos que si

por el momento no comprendeis lo que os vamos a explicar, dejadlo; leedlo de cuando en cuando, reflexionad un poco y veréis claro.

Es evidente que Dios no ha tenido principio, porque si lo hubiera tenido habría sido necesario un Dios anterior para crearle, y aquél habría necesitado otro, y así hasta el infinito. Dios tiene, pues, que haber existido desde la eternidad, o sea el Infinito del tiempo. Hoy no puede ser más viejo que hace mil años, porque si lo fuese, sería también más viejo de aquí a otro millar de años y, por consiguiente, no habría existido eternamente; porque si a la eternidad podemos hacerla más larga añadiéndole años, dejará de ser eternidad. Para Dios, por lo tanto, no hay ayer ni mañana, y esto se explica diciendo que para Dios no existe el tiempo. No existiendo el tiempo para Dios, si Dios tuviese algún deseo, no lo tendría hoy ni mañana, o lo que es lo mismo, no «empezaría a desear» como sucede a los hombres, sino que lo que desease hoy lo habría deseado eternamente; esto se explica diciendo que «Dios es inmutable», es decir que no puede cambiar. Siendo Dios inmutable, todo cuanto a Dios se refiera tiene que ser infinito, o sea sin principio. El decir, pues, que Dios determinó crear el Universo de la nada hace tanto o cuanto tiempo, es un desatino igual a decir que «cuando la eternidad haya concluído» Dios deseará hacer tal o cual cosa.

A la inteligencia humana le es más fácil concebir una cosa sin fin que una cosa sin principio, y de ahí el que a primera vista parezca racional el dicho de que, «a pesar de no tener Dios principio, el Universo lo ha tenido», cuando en realidad esto es un disparate tan grande como



asegurar que Dios, después de existir toda la eternidad, o «hasta que se concluyó la eternidad», determinó crear la materia universal.

La expresión de que *Dios no tiene principio ni fin* es como la de «subir arriba y bajar abajo». Una cosa que no ha tenido principio, no puede tener fin, porque si lo que ha existido eternamente se puede acortar poniéndole fin, ya no es eterno; en una palabra, a la eternidad, o sea al infinito tiempo, no se le puede acortar ni alargar pues de lo contrario dejaría de ser infinito.

Claro está que, siendo Dios inmutable, no puede haber cambiado de opinión «creando» el Universo; y si se nos dice que el mundo que habitamos es hoy muy diferente de lo que era hace mil millones de siglos, contestaremos que eso no indica cambio alguno en las «Leyes de la Naturaleza», sino transformaciones de la materia, que pueden ser tan infinitas y eternas como Dios, mientras que la «creación» no puede serlo, puesto que tiene principio.

Teólogos cristianos a quienes hemos visto calificados de «sabios profundos», dicen que Dios determinó «desde la eternidad» crear la materia universal «en cierta época», de lo que resulta que para Dios existe el tiempo, y, por consiguiente, no es infinito. El sabio de los sabios, San Agustín, respondía a los que le preguntaban en qué se ocupó el Dios de los cristianos toda la eternidad antes de crear el mundo, diciendo que «en preparar el infierno para echar en él a los que hiciesen tales preguntas». La contestación no puede ser más concluyente.

A pesar de San Agustín y de todos los sabios más o menos profundos, os repetiremos que la materia que compone el Universo, sea en la presente forma, sea en cualquiera otra, es tan eter-

na como Dios mismo; los átomos que componen nuestros cuerpos han existido siempre.

Siendo Dios y la materia igualmente eternos, la única concepción que la naturaleza humana puede tener de Dios, es como la del «Alma o la vida del Universo». Dios no tiene cuerpo, porque siendo el alma o la vida universal misma, si eso tuviese cuerpo necesitaría a su vez un alma o una vida que lo animase, viniendo al fin a parar en algo sin cuerpo, que sería Dios. Acaso no os es posible haceros cargo de que una cosa pueda *ser* y no tenga cuerpo: trataremos de demostrároslo.

Al mover un brazo hacéis un movimiento, una cosa que no es el brazo, una cosa que *es* y, sin embargo, no tiene cuerpo: porque el movimiento en sí no tiene cuerpo. Al leer esto, vuestra inteligencia os hace comprender la idea que acabamos de expresar, y esa comprensión de vuestro cerebro no es vuestro cerebro mismo, así como el brazo no era el movimiento; ahí tenéis otra cosa que *es* y que tampoco tiene cuerpo; del mismo modo comprendéis que la memoria, la voluntad, etc., no pueden tener cuerpo y, sin embargo, *son*. ASÍ ES DIOS. De la misma manera que es imposible a nuestra inteligencia comprender que el movimiento pueda existir sin el brazo, la idea sin el cerebro, etc., del mismo modo es imposible comprender el que Dios pueda existir separado del Universo, o mejor dicho, de la materia que lo compone, porque la forma que hoy reviste de soles, mundos, cometas, etc., no es más que uno de los infinitos cambios que ha tenido y que eternamente se sucederán.

Ahora, que os habéis hecho cargo un poco, no de lo que Dios es en sí, porque eso no es posible para nosotros, sino de «la idea de Dios», empezaréis a comprender cuán ridículo es decir que ese *Dios* es un *ser* con deseos y sentimientos humanos, quien, para convencer a los habitantes de esta pobre tierra perdida entre los millones de otras tierras, toma cuerpo, está nueve meses dentro del vientre de una mujer; nace, mama el tiempo ordinario, crece, juega con otros muchachos; recibe de ellos y devuelve probablemente algunos pescozones; llega a hombre; pasa varios años discutiendo con los judíos sin poder lograr que crean en él; es crucificado, muerto y sepultado; resucita y, sin ocuparse más de predicar ni volver a dejarse ver de los judíos, desaparece en el aire con cuerpo y todo. Y todo esto ¿para qué? Para que la «séptima parte» de los seres racionales que habitan este insignificante globo sean hoy católicos, apostólicos, romanos. Semejante Dios será un Dios muy complaciente, pero tiene pocas trazas de ser el Todopoderoso Dios que rige los infinitos cientos de miles de millones de mundos y soles que pueblan el espacio sin fin.



Decir que Dios es un *ser* es caer en el error de las religiones en que se cree que la Naturaleza, la Fortuna, la Desgracia, etc., son *seres*. Ni Dios discute con los habitantes de este mundo, ni con los de ningún otro. Dios ni se complace, ni se arrepiente, ni cambia de opinión, como dice la Escritura; porque esto tiene por causa lo imprevisto, y para Dios no existen imprevistos. Dios no se incomoda, porque esto indica contrariedad, y para Dios no existen contrariedades. Dios no tiene voluntad, porque voluntad indica deseo, y para Dios no existen deseos. Dios no castiga, porque el castigo implica ofensa, y Dios no puede ser ofendido. Os explicaremos esto con el ejemplo siguiente:

Suponeos que un día hace tanto calor que, in-

comodados contra el Sol, empezáis a tirarle piedras. Por un rato os dais ese gusto, creyendo que vais a conseguir alejarle; pero pronto el gusto se convierte en disgusto, porque no sólo no podéis alcanzarle, sino que, cegados por sus rayos, no tiráis bien, y una de vuestras propias piedras, al caer, os rompe la cabeza. ¿Diréis por eso que el Sol se ha ofendido y os ha castigado? Pues bien: creer que podemos ofender a Dios es tirar piedras al Sol.

La pretensión de los hombres, de agasajar a Dios con templos y ceremonias, equivaldría a la pretensión del que quisiera pintar la nieve de blanco, con lo cual no haría más que mancharla: porque Dios es una «cosa inmaculada», a la que las ceremonias de los cultos mancharían, si eso fuera posible.

Dios, en fin, no puede tener ningún género de parecido, ninguna analogía con nuestro modo de ser ni nuestro modo de obrar. En una palabra, todo cuanto los hombres puedan ser, todo cuanto los hombres puedan hacer, sentir y pensar, eso no puede ser, eso no puede hacer, sentir ni pensar, el «Alma Universal», o sea, Dios.

## II

Con ir a las iglesias a arrodillaros y levantaros, haceros cruces y daros golpes de pecho a son de campanilla, como soldados que hacen el ejercicio; con rezar oraciones y decirle a otro hombre lo que habéis hecho durante el mes o durante el año; con comer obleas o comer pescado; con hacer, en fin, todas esas fórmulas de vuestra religión, lejos de adorar a Dios, perdéis un tiempo que podríais emplear en hacer bien a vuestros semejantes, porque la única manera ¿entendéis bien? LA UNICA MANERA de adorar a Dios es HACIENDO BUENAS OBRAS. Todos, sin excepción, podemos adorar a Dios, no una vez cada siete días, ni rezando un rato por la mañana y otro por la noche, sino continuamente, en todas partes y en todos los actos de nuestra vida; porque:



Buena obra es en toda persona contribuir, en lo que buenamente pueda, a mantener al pobre imposibilitado para trabajar, así como es buena obra negarse a sostener al vago de profesión, llámese peregrino, llámese como se quiera, porque aquel dinero puede servir para socorrer al verdaderamente necesitado.

Buena obra es no vender por diez reales lo que acabáis de comprar por nueve, valiéndoos de la ignorancia del nuevo comprador, porque acaso aquel real le hace más falta a él que a vosotros; y del mismo modo es buena obra dar el peso y medida verdaderos.

Buena obra es en el jornalero trabajar las horas que le correspondan y no holgar una parte de ellas, porque eso equivale a que el tendero os vendiese tres cuarterones por una libra, o que el dueño no pagase al jornalero más que seis horas, en lugar de las ocho en que le ajustó.

Buena obra es tratar bien a todos los que están bajo vuestras órdenes, haciéndoles ver *la razón* por que les reprendéis; del mismo modo que es buena obra en el empleado recibir de buen modo la reprensión que se le hace; y si el jefe estuviere equivocado, será buena obra en el subalterno hacérselo ver «con buenas razones», sin dejarse atropellar, porque «ningún hombre vale más que otro si no tiene más razón que otro».

Buena obra es no murmurar haciendo ver las faltas de los demás, porque todos estamos plagados de ellas, y el murmurador más acaso que nin-

guno; y del mismo modo es buena obra defender el buen nombre de la persona de cuya ausencia se vale el calumniador para atacarla.

Buena obra es respetar las opiniones de vuestro prójimo, así como también lo es, si creéis que está equivocado y que «nada gana» con estarlo, tratar de desengañarle con «razones». Si no es posible, no os incomodéis, compadecedle; pues por más que él no se crea digno de compasión, lo es tanto como el ciego de nacimiento, quien tampoco puede comprender sea digno de lástima, pero de lo que nosotros estamos convencidos, porque, faltándole un sentido, su conocimiento de Dios tiene que ser aún más imperfecto que el que nosotros tenemos.

Buena obra es en los padres no exigir a la juventud bulliciosa el aplomo de la edad madura, porque de esta manera matan el cariño de sus hijos transformándolo en temor y llegando a ser su pesadilla, por querer que un cerebro de veinte años piense como uno de cincuenta, por exceso de cariño, por pretender «hacerlos felices contra su voluntad».

Buena obra es reconciliaros con aquél a quien en un arrebato de cólera, *sin razón*, ofendisteis, dando espontáneamente una satisfacción, así como también lo es en el ofendido estrechar vuestra mano tan pronto como se la tendáis; porque si de corazones nobles es confesar las faltas, de corazones igualmente generosos es no guardar rencor.

Buena obra es, no sólo no maltratar a vuestros semejantes, pero tampoco a los animales, porque también ellos, sin duda, comprenden a su modo la injusticia y la crueldad de que son víctimas; ni destrozar inútilmente las plantas, porque también ellas tienen vida y sensación especial.

Buena obra es no decir juramentos bárbaros,



con los que, si bien no podéis ofender en manera alguna a Dios, ofendéis a vuestros semejantes, haciéndoos indigno del don de la palabra con la que Dios os dotó al elevaros en la escala de los animales.

Buena obra es reconocer en otros sus buenas cualidades y mostrarles vuestro agradecimiento o complacencia, por cualquier cosa que por vosotros hicieren, porque, si no, parecerá que los despreciáis, volviendo así mal por bien.

Buena obra es no ser demasiado severos con las faltas de vuestros prójimos, porque vosotros no sabéis si, colocados en igual situación, habríais hecho lo mismo y aun peor. Los hombres son como las joyas, a las que es necesario aplicar la piedra de toque para distinguir la falsa de la verdadera; por eso no alabéis vuestra honradez, vuestra generosidad, vuestro valor, ni ninguna de las cualidades de que creéis, «acaso con la mejor buena fe», hallaros adornados, porque al hombre no le es posible conocerse a sí mismo. Todos nos creemos de oro purísimo, hasta que la piedra de toque de las circunstancias hace ver que somos de cobre.

Buena obra es en la casada no sólo ser fiel guardadora del honor que su esposo le confió, y cuya conducta en este particular debe ser tal que jamás pueda empañarle «ni aun la más ligera duda», sino también ser madre cuidadosa de sus hijos, ordenada ama de su casa y obediente esposa, ayudando a su marido en los trances difíciles de la vida y ajustándose a todas las circunstancias; así como en éste es buena obra proporcionarle el mayor bienestar que sus recursos le permitan, ser cariñoso, no imponer despóticamente su voluntad y, sin pretender el imposible de cambiar lo esencial de su naturaleza, amol-

dar las ideas de ella a las propias para que, habiendo consonancia en éstas, la haya igualmente en los gustos, formando así el matrimonio no un jefe y un subalterno, sino dos compañeros, dos amigos íntimos; más aún: un alma en dos cuerpos.

Buena obra es, y muy grande, el ser limpios, porque, como dice la máxima, «ama a Dios y a la limpieza»; más adoramos a Dios conservando limpio nuestro cuerpo que con todas las oraciones del mundo. Del mismo modo es buena obra ser cortés, porque la falta de educación embrutece al hombre, y todo embrutecimiento le aleja de Dios.

Buena obra es no mentir *contra* vuestro prójimo, causándole así un perjuicio; pero si con decir la verdad no hacéis bien a nadie, sino que, por el contrario, ocasionáis un mal, callad; y si es necesario mentir para hacer aquel bien, y estáis plenamente convencidos de que ningún mal puede sobrevenir de vuestra mentira, entonces ES BUENA OBRA MENTIR, y de eso ya hemos dado un ejemplo anteriormente.

Buena obra, en fin, es todo, absolutamente todo aquello con lo que no hagamos daño alguno a nada ni a nadie, porque desde el momento que no hacemos un mal, hacemos un bien.

Nos diréis que no seguimos nuestra propia doctrina, puesto que con este libro hacemos un daño evidente a los sacerdotes. Es muy cierto; pero cuando no hay más recurso que elegir entre el mal de uno o el de varios, sería una mala obra preferir que sufrieran muchos en lugar de uno. Por eso, como los ministros de esas imposturas que se llaman ceremonias y sacramentos del culto son miles y los engañados son millones, no titubeamos ni un momento en causar un daño



a los primeros para hacer un bien a los segundos; como tampoco hemos titubeado jamás en dar nuestra declaración en contra del malhechor, porque buena obra es tratar por todos nuestros medios de hacer que la justicia triunfe dándole nuestro apoyo y persiguiendo al criminal.

III

Alegaréis que, si toda obra que no hace un daño es buena y sirve para adorar a Dios, vosotros ningún daño hacéis con ejecutar las ceremonias de vuestro culto. Veamos hasta qué punto es cierto.

Nosotros hemos hecho y hacemos muchas buenas obras visitando las iglesias, porque vamos a ellas para observar y descubrir los engaños de los cultos, sea el romano, sea cualquiera otro. Nosotros nos hemos confesado, y no tenemos inconveniente en repetirlo todas las veces que nos parezca oportuno, con objeto de estudiar y tomar notas de las mil artimañas de que se valen los sacerdotes romanos para descubrir qué especie de individuo es el penitente. Sospechamos, sin embargo, que más hemos sacado nosotros de ellos que ellos de nosotros. Con todo esto hacemos una buena obra, no sólo porque hemos aprendido siempre algo, cumpliendo así con la ley de la perfección, sino porque de esta manera podemos enterarnos, por medio de este libro, de lo que nosotros sabemos, sin necesidad de que os toméis ese trabajo.

Vosotros no vais a la Iglesia a estudiar ritos ni a descubrir engaños, sino a cumplir con lo que vuestro cura os dice ser el mejor modo de llegar al Cielo. Damos por sentado que sois independientes para perder vuestro tiempo oyendo misa, confesando, etc., etc., y puesto que en ello

sentís placer y a nadie perjudicáis, hacéis indudablemente una buena obra a vosotros mismos, así como haríais una buena obra comiendo bien y bebiendo buenos vinos, si en ello teníais gusto, y mejor todavía si convidabais a varios amigos. Como esta comparación acaso os extrañe, os vamos a explicar una cosa de que probablemente no os habéis hecho cargo, y es que cuando creéis *mortificaros* os estáis *dando gusto*. Por ejemplo: al ayunar creéis hacer una penitencia, o sea una acción meritoria, porque, según vosotros, hacéis algo «contra vuestra voluntad». Eso es un error. Si mañana el ayuno, en lugar de consistir en comer menos, consistiese en comer doble, sentiríais el mismo gusto en tener indigestiones que ahora sentís en estar desfallecidos; luego claro está que la mortificación no consiste en hacer esto ni aquello, ni en comer poco o mucho: porque no os mortificáis más matándoos de hambre que os mortificaríais reventando de ahítos. En uno y en otro caso vuestra acción nada tiene de meritoria, porque en uno y en otro caso la hacéis creyendo «ganar algo mejor y por puro interés personal».

¿Se le ocurre a alguien decir que es una acción meritoria y una penitencia empeñar la capa en invierno para poder ir al teatro, alegando que con eso se expone a coger una pulmonía? Pues eso precisamente es lo que hacéis vosotros con vuestras pretendidas mortificaciones. La capa que empeñáis son los ayunos, confesiones, misas, etcétera; el teatro a que queréis ir es el Cielo, y el frío que pasáis por haber empeñado la capa son los rezos, ayunos, etc.; con la diferencia de que el que empeña la capa va realmente al teatro, mientras que vosotros pasáis el frío sin adelantar más que los que van bien embozados, porque



con empeñar la capa no hacéis nada bueno. Si queréis «mortificaros de veras», no empeñéis la capa. Esto nos hace recordar los santos que no se cambiaban jamás de ropa y que creían mortificarse con eso, cuando en realidad estaban tanto más contentos cuanto más sucios y piojosos se encontraban. Ahora comprenderéis la inmensa distancia que separa los Mandamientos romanos de los Mandamientos de Jesucristo, que no son otros que los Mandamientos inmutables de la Moral.

Con los primeros nos damos gusto no haciendo absolutamente «ningún bien al prójimo», y con los Mandamientos de la Religión Verdadera nos damos gusto igualmente, pero es «haciendo bien al prójimo».

Una vez que os hemos explicado cómo es que no hacéis nada digno de premio con vuestros dichosos Mandamientos y Sacramentos, continuamos suponiendo que a nadie perjudicáis con ejecutar vuestras ceremonias, y que vuestro confesor no os tira de la lengua y os hace decir algo que pueda servir para perjudicar a un tercero y, por lo tanto, continuáis haciendo la buena obra de daros el gusto de imaginaros que sois un santo, por más que nadie note el que vuestra conducta sea mejor que la de los demás, ni mucho menos.

Todo esto está muy bien; pero supongamos que os casáis; supongamos también que os es indiferente el que un señor cura, que es un hombre como cualquier otro, se divierta preguntándole a vuestra mujer lo que si otro se atreviese ni aun a indicarle, ella se daría por insultada y vosotros le abriríais la cabeza de un trancazo, como más de una vez ha sucedido. Supongamos igualmente que tenéis un hijo, y que apenas empieza a saber hablar, le hacéis poner de rodillas y juntar

las manos, obligándole a aprender oraciones de cuyo significado no puede tener la menor idea aunque el pobre niño proteste con sus lágrimas, o mejor dicho, no el niño, sino la Naturaleza (Dios) contra aquel acto bárbaro, con que asesináis la razón naciente de aquel ser en cuya inteligencia la primera impresión que estampáis es la de la injusticia humana.

Ya la buena obra no es buena; ya hacéis daño a un tercero, a vuestro hijo, en cuya tierna imaginación imprimís, no tanto los principios inmutables de la Moral, como vuestros ritos supersticiosos; porque, por la misma razón que ninguna persona medianamente educada permite ya, ni aun en nuestra España, el que a sus hijos se les haga creer en brujas y en endemoniados (como no hace muchos años todavía sucedía), porque aquellas creencias difícilmente se desarraigan, del mismo modo vosotros causáis un daño a un tercero haciéndole creer que aquella pantomima misteriosa de la misa es sobrenatural; aquellos sacerdotes, seres divinos que tienen poder absoluto sobre él; aquellas imágenes, cosa sagrada y milagrosa, grabando en su alma virgen los horrores imaginarios del Infierno, y acostumbrándole a formarse de Dios la idea de un ser cruel y rencoroso, idea de que en vano la razón tratará más tarde de librarle.

Crecen vuestros hijos; una de vuestras hijas se casa con un hombre que afirma que Dios le concedió la razón para usar de ella, y que cree que el sentido común y el cariño convencerán a la mujer de su error, pero que se equivoca, y descubre, cuando ya es tarde, que si en la mayoría de los hombres la razón en estas cuestiones tiene poca fuerza, en la mujer, cuyo raciocinio es más



limitado que el del hombre, la razón es nula. De aquí dos seres desgraciados.

Imaginémonos, sin embargo, que ella, más que por un convencimiento completo (imposible en una inteligencia oscurecida por el fanatismo), por la paz doméstica, cede, pero que llegan los hijos, y que el padre, del mismo modo que les enseña varias lenguas, les quiere enseñar no sólo las creencias de los cristianos, sino las de otras varias religiones, explicándoles sus diferencias con objeto de que, formándose bien idea de las diversas creencias de los hombres, elijan la que mejor les parezca. Pero entonces nueva dificultad: la mujer se opone: las creencias implantadas en la niñez renacen más fuertes que nunca; para aquella inteligencia enferma, los «Mandamientos de Jesucristo» no son lo esencial; las «Doctrinas de la Moral» no son una cosa importante; para aquella razón sumergida en las tinieblas de la superstición, las maquinales ceremonias de la Iglesia romana son las únicas que pueden llevar sus hijos al Cielo, y el temor de su imaginario infierno convierte el hogar doméstico en un infierno verdadero, haciendo infelices al padre, a la madre y a los hijos.

Ved ahí las buenas obras con que adoráis a Dios.

## SEGUNDA PARTE

*El alma según las Escrituras cristianas y el alma según las Escrituras paganas.—La resurrección de la carne.—La bondad, la justicia y la misericordia del Dios de la Iglesia romana.—Fraudes palpables del Catecismo.—Prueba de que las potencias del alma son sensaciones corporales.—Igualdad del alma y la vida.—El "Dios personal" de la Iglesia.—Transformaciones del hombre.—Jesucristo y los ricos.—Imaginaria desigualdad en la felicidad humana.—Por qué hemos escrito este libro.—Si quieres ser feliz, no hagas daño a nadie.*

### I

Los escritores de la Biblia, tanto Moisés como los profetas, como los evangelistas, ignoraban por completo la existencia del alma como una cosa o un *ser personal*. Para ellos, así como para el mismo Jesucristo, el alma no era más que *la vida*, y como la vida no puede conservar la conciencia de sí misma después de la muerte del individuo, de aquí el que fuese de todo punto indispensable la resurrección del cuerpo para entrar en la vida eterna. En cambio para los paganos el alma no sólo era un *ser* que continuaba la existencia de las personas después de separarse del cuerpo, sino que era visible y tenía la misma forma que en vida tuvo el individuo a quien estuvo unida.

Según las Sagradas Escrituras paganas no cabía duda de ello, porque algunas veces los dioses habían permitido a hombres bajar a los infiernos, y éstos al volver habían traído noticias de cuanto allí pasaba; además, según los más famosos historiadores antiguos, que todos fueron paganos, las almas de los muertos se aparecían a los vivos. Cuando, cuatrocientos años después de Jesucristo se unieron las religiones pagana y cristiana, formando la católica, se aceptaron ambas creencias del alma, la cristiana y la pagana, y de aquí proviene el galimatías que los cristianos de ahora encuentran acerca de su alma, pues mientras por un lado se les dice que en cuanto mueren el alma va al Cielo, al Infierno o (lo que es mucho más interesante para los señores curas), al Purgatorio, por otro se les informa que los cuerpos de los muertos resucitarán para ser juzgados.



La idea que los cristianos modernos tienen del alma es la misma que la que tenían los paganos; de suerte que se hallan en contradicción con sus propias Sagradas Escrituras y con Jesucristo. Por otra parte, la resurrección presenta sus dificultades y, si no, veamos. Lo que hoy es un campo, era un cementerio hace quinientos años, o se dió en él alguna batalla en la que perecieron miles de hombres; ¿y qué punto hay en la tierra en el que los hombres no hayan combatido? El número de personas que han existido es de incalculables millones de millones; desde luego puede afirmarse que no hay dos varas cuadradas en el mundo, en que la tierra no haya absorbido un cuerpo humano.

Los animales que coméis se han alimentado de plantas crecidas en esos campos, y vosotros mismos os nutrís directamente de ellas, como el trigo, etc., absorbiendo las partículas de la materia que antes constituyeron otros cuerpos humanos

y que a vosotros os sirven para reconstituir el vuestro; de suerte que la misma materia ha formado en diversas épocas diferentes cuerpos humanos o parte de ellos.

Suena la trompeta del Juicio final, las almas abandonan el Cielo, el Purgatorio o el Infierno, y salen en busca de sus cuerpos, o mejor dicho, de la materia que constituyó sus cuerpos, porque aquéllos hará miles de años que habrán desaparecido; pero entonces millones de almas se encuentran con que la misma materia que sirvió para formar sus cuerpos ha servido para formar otros, y de aquí el que las almas empiecen a arrancarse unas a otras la carne y los huesos como perros hambrientos, y que el Padre Eterno se vea en la necesidad de crear una porción de brazos, piernas, etc., a fin de proveer de cuerpos completos a todas las almas.

Os hemos demostrado de mil maneras que las Escrituras han sido compuestas por hombres, quienes escribieron lo que les pareció conveniente, lo mismo acerca de la resurrección que de la creación del mundo, del hombre, etc., etc.: porque lo único cierto es que nadie, «absolutamente nadie, sabe ni ha sabido jamás si hay vida futura, buena ni mala». Con la misma claridad os diremos que «la vida futura de vuestra religión es mentira», y os lo probaremos con los mismos argumentos de que los curas se valen.

Según los doctores de la Iglesia, Dios es un ser todopoderoso que conoce el porvenir, un ser que ama a los hombres más que ningún padre ama a sus hijos: hasta el punto de haber venido en persona a sacrificarse por ellos.

Imaginaos que acabáis de casaros, y supongamos que existe ese ser o ese *Dios personal*, quien se os presenta y os dice: «En tu mano está el



que los hijos que tengas sean felices con sólo tú desearlo». ¿Creéis que contestaríais: «Yo no deseo nada; que sean como quieran»? Pues eso es lo que contesta vuestro Dios. Al oir vuestra respuesta, vuestro Dios replica: «Pero es que si no deseas que tus hijos sean felices, resultará uno ciego, otro jorobado, éste un ladrón que pasará su vida en los presidios, aquél un asesino que morirá a manos del verdugo, y tus hijas serán unas perdidas»; y a pesar de este porvenir terrible que aguarda a vuestros hijos, volvéis a contestar: «No me importa; que sean como quieran». Eso ya no sería mal corazón sólo, sino que constituiría una maldad tan enorme y tan execrable, que ningún ser humano, ninguno sin excepción, sería capaz de ella. Pues bien; lo que el criminal más empedernido no haría, porque todos los hombres buenos y malos quieren a sus pequeños, lo hace vuestro Dios, quien, según la Iglesia, conoce el porvenir, y sabe, por ejemplo, que de mil niños nacidos hoy, quinientos harán tales o cuales cosas durante su vida, por las que serán arrojados al Infierno.

Si nos decís que vuestros curas os cuentan que el hombre tiene *libre albedrío*, es decir, que el hombre *puede hacer lo que quiere*, os contestaremos que eso *es imposible*, porque desde el momento que hay un Dios personal, que ya desde que nacéis sabe todo cuanto vais a hacer durante toda vuestra vida, ya no podéis cambiar absolutamente nada de ella; de lo contrario, vuestro Dios se habría equivocado, y por consiguiente no conocería el porvenir.

El único resultado lógico de la invención del Dios personal de la Iglesia, es que ningún hombre es responsable por el mal que causa y, por lo tanto, no sólo no puede ser *en justicia* casti

gado en el otro mundo, sino que «tampoco hay derecho para castigarle en éste»: y ved ahí cómo todo lo fundado en el fraude y la mala fe, como es lo del Dios personal, no puede producir nada bueno, porque de eso resultaría el disparate de que las leyes humanas eran injustas al condenar al ladrón y al asesino.

Vuestro Dios es un ser *infinitamente justo*, al decir de los curas. Acabamos de ver que no hay tal cosa, pero os lo demostraremos con un nuevo ejemplo.

Una gran parte de los nacidos muere antes de cumplir un año. Supongamos un niño que no vive más que dos semanas. Supongamos igualmente un hombre que vive setenta años y que comete delitos, o no los comete, pero le es imposible creer que la religión cristiana sea más verdadera que cualquiera otra, o nace en un país en donde no hay cristianos y no ha oido jamás hablar de Jesucristo. Llega el Juicio final, y se presentan todos ante vuestro Dios. Al niño no hay que preguntarle, porque una criatura de quince días no puede haber hecho nada malo; se le coloca desde luego entre los justos. Se presenta el delincuente, y vuestro Dios le dice:—Has cometido toda serie de crímenes; al Infierno.—Es cierto, Señor —contesta el condenado;—pero si cometí delitos en el mundo, allí fuí castigado. Cuando no arrastraba una cadena en presidio, tenía que estar huyendo de la justicia como una fiera acosada por los cazadores; despertaba sobresaltado creyendo hallarme en manos de los que me perseguían, o tenía pesadillas horribles pareciéndome ver levantarse de sus sepulcros los cadáveres de los que asesiné y me agarraban con sus manos frías; temía me vendiesen mis cómplices; la vida criminal que hice fué para mí el peor de los infiernos. Señor, hacedme vivir otra vez y veréis cómo no cometo más faltas, porque me he convencido de que en el pecado va la penitencia.—Sin embargo, a pesar de que el desdichado dice la verdad, porque esa es la vida del ladrón y el asesino, vuestro Dios repite:—Al Infierno para siempre.



Llega el turno al incrédulo o al *impío*, como dicen los curas, y vuestro Dios, dirigiéndose a él, exclama:—Tú, a la verdad, ningún daño hiciste a tus semejantes; antes al contrario, has hecho bastante bien; pero porque usando de la razón y de la inteligencia que yo mismo te concedí, no te fué posible creer que tres es uno, y uno son tres, o que a mí se me adorase comiéndome y echándome al excusado, serás arrojado al fuego eterno. Y tú, dice encarándose con el último, porque a mí no me dió la gana de que nacieses en país católico, y por lo tanto nunca supiste una jota del Papa ni de la Iglesia romana, que te atormenten por toda la eternidad.

Ahí tenéis al Dios «infinitamente bueno, justo y misericordioso» de la Iglesia católica, apostólica, romana.

Por último, el decir que la vida humana es una prueba que hace vuestro Dios con las almas por él mismo creadas, a fin de las buenas ganen el Cielo y las malas se pierdan en el Infierno, es otro fraude; porque, aparte del ejemplo que acabamos de citaros de los niños que mueren y van al Cielo sin pasar por la tal prueba, hay que convenir, una de dos: o que vuestro Dios conoce o no conoce el porvenir. Si lo conoce, debe saber, tan pronto como crea un alma, si aquélla será justa, o criminal, y en uno y en otro caso es inútil la prueba.

En otra parte os dijimos que, para demostrar las imposturas e invenciones de los doctores de la

Iglesia, no hacían falta estudios, sino que bastaba usar del sentido común: o nosotros carecemos de él, o acabamos de convenceros.

## II

Los catecismos que tanto en España como en otros países católicos se usan, y a cuyos preceptos y aserciones se concreta el conocimiento que de su religión tienen la casi totalidad de los católicos, no es un compendio de la doctrina cristiana, «según las Sagradas Escrituras», sino que, en su mayor parte, no contiene otra cosa que decisiones de los doctores de la Iglesia romana, decisiones a menudo contrarias a las Escrituras mismas.

Según el catecismo, los *cuerpos gloriosos* están dotados de «impasibilidad, claridad, agilidad y sutileza». Las almas que van a la gloria pertenecen indudablemente a esta categoría, de lo que resulta que las almas tienen cuerpo; de lo contrario, no podrían ser «claras, ágiles y sutiles», pues éstas son cualidades físicas, o sean corporales.

Según los mismos sabios doctores, el alma tiene «memoria, inteligencia y voluntad». Ignoramos de dónde han sacado los teólogos cristianos semejante cosa: lo que es de las Sagradas Escrituras no ha sido, porque en ellas no hay una sola palabra de las potencias del alma. Por otra parte, esto es un engaño manifiesto, y la prueba no puede estar más palpable. Si el alma tiene memoria, debe tener conciencia de sí misma, desde el momento que es creada, y a pesar de eso vemos que no hay alma que recuerde el día de su creación, por más que, para cada cual, fué un acontecimiento importante, del que parece natural se conservase algún recuerdo. Que no tiene inteligencia, lo vemos igualmente en el niño, pues el recién nacido ni tiene ideas ni puede tenerlas, careciendo de memoria.



Sabio doctor hemos visto querer demostrar que el alma tiene voluntad, asegurando que, si nuestro corazón late o nuestro cuerpo se desarrolla, es por la voluntad del alma. Estamos conformes, así como también lo estamos en que el árbol crece y da fruto por la voluntad de su alma, y que el cuerpo del que muere se corrompe por «la voluntad del alma del muerto»; y si en lugar de decir alma decimos *vida*, estaremos todavía más conformes. En otro punto os hemos demostrado que lo que llamamos muerte no es otra cosa que una de las transformaciones de la materia.

Las diferencias de mayor o menor inteligencia que notamos entre los hombres son puramente humanas, y consisten en la mayor o menor perfección de los órganos del cuerpo, por medio de los cuales el alma se hace cargo de las cosas de este mundo. Así, por ejemplo, veis el alma del niño recién nacido que es un alma como la vuestra y que, sin embargo, nada absolutamente sabe de este mundo, porque los órganos del niño son imperfectos, y sólo cuando éstos van desarrollándose va el alma también adquiriendo mayor conocimiento de los objetos que la rodean. Lo mismo veis en el loco, cuyo cerebro enfermo impide al alma raciocinar más que de un modo imperfecto.

Dios es el alma, o la vida universal, la que todo lo anima, o si lo preferís, las Leyes de la Naturaleza, que rigen los movimientos de los astros y los perpetuos y eternos cambios de la ma-

teria sin fin. Nuestro Mundo es un átomo o una partícula de esa materia; nosotros, los seres llamados racionales de ese grano de polvo, así como todo el Universo, estamos animados por la vida universal, o sea Dios: ese destello divino es el que llamamos el *alma*. El alma, pues, es de la misma esencia, o, para explicarlo mejor, una parte de Dios mismo. Su existencia, separada del cuerpo, es tan incomprensible como la existencia de Dios separado del Universo, porque el alma ni ve, ni oye, gusta, toca o huele, o lo que es lo mismo, no tiene ninguno de los cinco sentidos llamados *corporales*, pero que no son más ni menos corporales que la memoria, la inteligencia y la voluntad, pues ya hemos probado que el alma de por sí no tiene ninguna de esas cualidades.

Así como el ojo es el órgano de la vista, y el paladar el del gusto, del mismo modo los órganos de la memoria, de la inteligencia y de la voluntad se hallan en los sesos, o sea el cerebro. El cerebro recibe las sensaciones por medio de los sentidos, y las analiza produciendo lo que llamamos el *raciocinio*, porque ya comprenderéis que los ojos, los oídos, etc., no raciocinan. Del mismo modo, como le es imposible al alma ver sin ojos, y oír sin oídos, le es imposible tener memoria, inteligencia y voluntad sin tener cerebro.

En el sueño tenéis algo parecido a la muerte, porque, al dormir, perdéis el conocimiento de que existís. Nos diréis que soñáis y que esto demuestra la personalidad del alma. Os contestaremos que eso lo que indica es que vuestro cerebro duerme, y la prueba la tenéis en que, a pesar de soñar disparates, os parecen aquéllos muy racionales *durante el sueño*. Del mismo modo duermen los otros sentidos: un ruido que oiríais despiertos no le oís estando dormidos, necesitando que éste sea bastante fuerte para que el nervio conductor del sonido llame a vuestro cerebro y le despierte; pero suponeos que recibís un golpe tal que quedáis completamente sin sentido; entonces ni soñáis ni oís ruido, por fuerte que sea, y cuando volvéis en vuestro acuerdo no conserváis la más mínima idea de lo que pasó durante el tiempo que estuvisteis sin conocimiento. Vivisteis, sin embargo, pero vivisteis como la planta, porque el sistema nervioso, que es el conductor de las sensaciones, se paralizó con el golpe, y vuestros sentidos y vuestro cerebro quedaron paralizados. Ahí tenéis la imagen de la muerte.



Los animales tienen alma, siendo más o menos inteligentes, según sus órganos son más o menos perfectos; esto lo veis claro, porque más inteligente es un perro que un gusano.

También tienen alma los árboles y las plantas, siendo su existencia como la de un animal privado de sentidos.

Para la razón humana no cabe duda que Dios y el alma son de la misma esencia. Repetimos que, para nosotros, Dios es la Vida Universal, y el alma, por consiguiente, no es otra cosa que esa misma vida. Para la Iglesia, Dios es un *ser sin sensaciones*, pero con sentimientos humanos, puesto que puede incomodarse, complacerse, etcétera; es, por lo tanto, un «Dios-hombre sin cuerpo». Quisiéramos ver explicado, cómo un ser sin cuerpo puede tener «sentimientos humanos».

Siendo el Dios de los teólogos cristianos un *Dios personal*, el alma tiene también que ser *personal*, y, en efecto, se os dice que vuestro Dios crea un alma «a su imagen y semejanza» para cada nuevo individuo, resultando así un «alma-persona», con «memoria, inteligencia y voluntad». Esto, a vosotros os parece mucho más natural

que lo que nosotros os decimos; pero ahora veréis cómo las mentiras, por muy naturales que parezcan, se descubren en cuanto se examinan *imparcialmente*.

Si vuestro Dios crea las almas a su imagen y semejanza, y vuestro Dios es perfecto, las almas tienen que ser perfectas. Se os asegura que la memoria, la inteligencia y la voluntad, son cualidades del alma, luego el alma y no el cuerpo es la responsable de los pecados; hay que convenir, por lo tanto, o que las almas no son creadas a imagen y semejanza de Dios, o que vuestro Dios es pecador, y la verdad es que lo parece, puesto que se entretiene en crear almas para los cuerpos de los chinos, indios, árabes, ingleses, alemanes, etc., que no son católicos, y por lo tanto crea almas para mandarlas al Infierno, lo cual es una mala acción. Del mismo modo os es más creíble que Dios hiciese un hombre y una mujer de los que todos descendemos, que el que el hombre haya pasado por formas muy diferentes de la que hoy tiene.

Vuestros curas, encaramados en sus púlpitos, en donde nadie puede contestarles, exclaman a grandes voces:—¿Quién ha visto jamás que de una pareja de monos haya salido un hombre? También San Agustín, quien, según los católicos, era un sabio más profundo que ningún pozo artesiano, gritaba dando puñetazos en el púlpito: —¿En dónde están esos idiotas que dicen que la Tierra es redonda?—Nosotros nos concretaremos a preguntar a los inspirados doctores, si es que alguien ha visto que de un negro y una negra naciese un chino, o de un blanco y una blanca un indio americano. Pues a pesar de que no hay noticia de tal cosa, los reverendos padres nos aseguran que esos hombres, tan diferentes unos de otros, descienden todos de Adán y Eva. ¡Válganos Jehová, y tanto gritar para concluir confesando que el hombre es susceptible de cambios tan radicales como las diferencias que hoy vemos en las diversas razas humanas!

Por lo demás, nosotros no decimos que de un mono y una mona, como los que ahora existen, sale un hombre como los presentes, sino que el germen del hombre ha ido pasando durante millones de siglos por innumerables millares de formas que han tenido más o menos analogía con las de los animales que conocemos, transformándonos gradual e insensiblemente en lo que hoy somos. Del mismo modo estamos persuadidos que continuaremos perfeccionándonos; porque, ¿qué otra cosa es la civilización, sino el efecto de esta ley de la perfección?

Ni hay que tomar como cosa ideal lo de que el hombre ha sido planta y animal irracional, cuando todos pasamos por ambos estados. El germen humano es un huevecillo mucho más pequeño que un grano de trigo: aquí tenemos al hombre en estado de semilla; esta semilla, fecundada por el varón, se desarrolla en el seno de la mujer lo mismo que la simiente fecundada por la lluvia germina en el seno de la tierra, y pasa al estado de planta; porque si bien el feto vive, ni tiene sentidos ni, por consiguiente, puede tener ideas. Más adelante se mueve pasando por el periodo intermedio entre la planta y el animal y, por último, nace dando principio a una vida independiente de la de la madre, y durante la cual le vemos pasar por todos los grados de la inteligencia, desde un animal completamente estúpido como es el recién nacido, hasta el hombre en toda la plenitud de sus facultades.

## III

En las Sagradas Escrituras vemos decir a Jesucristo: «Más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que un rico entrar en el reino de Dios.» (San Mateo, Cap. IX, vers. 21; San Marcos, Cap. X, vers. 25; San Lucas, Cap. XVIII, vers. 25). O los Evangelios, compuestos por el Espíritu Santo, dicen mentiras, o Jesucristo mismo declaró que ningún rico puede salvarse, y por consiguiente, los reyes, que lo son, van al Infierno, lo cual no está muy de acuerdo con lo de reinar por la gracia de Dios. Los cardenales, y hasta los mismos Papas, quienes al morir suelen dejar buenas fortunas, también están condenados y, por lo tanto, más que representantes de Dios lo serán del diablo; pero indudablemente el Espíritu Santo se equivocó, porque los doctores de la Iglesia, que por lo visto saben más que él, decidieron que Luis IX, rey de Francia, que no tenía nada de pobre, era un santo.

Hermenegildo, quien por dos veces se sublevó contra su padre el rey Leovigildo, con la idea de heredar el trono antes de tiempo, y que es de suponer tampoco pediría limosna, no sólo es uno de los santos más famosos de España, sino que es mártir, porque, aburrido el padre de la manera poco cristiana que tenía su hijo de cumplir con el mandamiento de «Honra a tus padres», dejó que los tribunales, cumpliendo con las leyes, le condenasen a muerte. Un buen número de Papas que gastaban sus millones en darse buena vida, también son santos, luego claro está que ni Jesucristo, ni el Espíritu Santo, saben lo que dicen.



Justo es confesar que pasar un camello por el ojo de una aguja no es imposible, porque todo depende del tamaño de la aguja; y hay la tradición de que un Papa muy avaro hizo realmente construir una aguja monstruo, por cuyo ojo se pasó un camello, probando así que, a pesar de sus riquezas, podía entrar en el Cielo.

¿Por qué condenó Jesús a todos los ricos? Porque Jesucristo fué siempre pobre, y por consiguiente participaba de la creencia, general en los pobres, de que la felicidad consiste en ser rico. De aquí el que creyese que había otro mundo en que esta diferencia quedaría compensada.

Moisés, que fué jefe absoluto de la nación hebrea, comprendió prácticamente que la felicidad no está en las riquezas, ni en el poder, sino en la conciencia tranquila del que obra bien; y como todos podemos obrar bien, ricos y pobres, por eso no instituyó premios ni castigos después de la muerte, resultando de aquí que el Espíritu Santo inspiró a Jesús o a los evangelistas lo contrario de lo que había inspirado a Moisés.

La creencia general de que los hombres son más o menos felices según su posición social, es una ilusión, por más que a vosotros así no os lo parezca. El pobre cifra su felicidad en ser rico; el rico en aumentar sus riquezas o en conseguir honores; el ambicioso en obtener más poder; el literato, el artista, en más aplausos, etc., etc. Todos creemos que seríamos felices si tuviésemos *más*, y como por mucho que tengamos siempre podemos tener más, de aquí el que nadie se considere feliz. Hoy para vosotros la felicidad es tener una pareja de mulas; la conseguís, y a l semana ya queréis dos; las tenéis, y entonces d seáis tierras; adquirís tierras, llegáis a poseer gra

des riquezas, os hacen marqueses, duques, y nada; siempre encontráis que queréis *algo más*, y que no sois más felices que cuando nada teníais. Cuando en las ciudades veis pasar una familia en magnífico coche tirado por dos soberbios caballos, decís dando un suspiro:—¡Qué felices son!—Os engañáis: posible es que sean más desgraciados que vosotros. Diréis que más vale tener un millón de renta y desear dos, que no tener renta ninguna y desear tenerla. Este es otro error. Tan desgraciados sois vosotros sin renta como el otro con ella, y tanto placer sentiríais en tener renta como el rentista en doblar la suya.

Creéis que la felicidad está en relación con el dinero, y que el que tiene un millón es feliz por un millón y el que tiene dos es doblemente feliz, etc.

Os demostraremos lo contrario del siguiente modo: Suponed que nosotros empezamos a contar uno, dos, tres, cuatro, etc., etc., y que, cuando hemos llegado a un millón, vosotros también empezáis a contar; ¿no sería un disparate decir que nosotros os llevamos la ventaja porque contamos un millón más, cuando nosotros no estamos más cerca del fin, puesto que los números no tienen fin? Pues bien; querer alcanzar la felicidad «ansiando continuamente tener más», es querer contar hasta llegar al fin de la numeración. Unos hombres pasan toda su vida contando; otros cuentan a ratos; unos cuentan aprisa, como si con ello pudiesen llegar al fin; otros lo toman con calma; otros, por último, no cuentan; pero el resultado es igual para todos, porque todos sin excepción nos quedamos a la misma distancia del fin, porque no hay fin.

Nos preguntaréis:—¿Cómo haremos para ser felices?—¿Cómo? Adorando a Dios; y ahora comprenderéis por qué decimos que «la única manera como los hombres pueden adorar a Dios, es haciendo buenas obras», porque la conciencia, que no es otra cosa que Dios mismo, os premiará, pero no haciéndoos caer la lotería ni dándoos millones que en nada aumentarían vuestra felicidad, ni llevándoos a cielos en que pronto os aburriríais de no tener nada que desear ni nada que esperar, sino proporcionándoos la tranquilidad de espíritu del que obra con justicia y rectitud en todos los actos de la vida. En cambio, si causáis perjuicios a vuestros semejantes, seréis desgraciados, porque, no lo olvidéis: es imposible, completamente imposible ejecutar malas acciones sin sufrir las consecuencias, aunque las acciones sean de tal clase que parezca ante la gente que habéis quedado sin castigo. Dos caminos hay en la vida, el de la virtud y el del vicio; el primero es el de la felicidad, el segundo el de la desgracia; libres somos todos de seguir el que queramos.

Naturalmente vuestros curas se guardan muy bien de deciros nada de esto; al contrario, os aseguran que los ricos son más felices que los pobres y que, como Dios es justo, iguala las cosas en otra vida. Esta mentira no es más difícil de descubrir que las otras. Hemos visto que los ricos no sólo pueden ir al cielo, sino que muchos santos fueron hombres ricos y hasta reyes; luego vuestro Dios siempre sería injusto, puesto que los ricos serían felices en este mundo y en el otro, y los pobres sólo en el otro; y si nos dicen que un pobre puede ser feliz y un rico desgraciado, según sus acciones sean buenas o malas, tienen que convenir con nosotros en que el premio y el castigo se reciben en este Mundo y no hay necesidad de otro.

Ministro cristiano hemos conocido que ha tenido la franqueza de confesarnos que, si bien la vida futura no existe, es, sin embargo, un engaño que hace a los hombres más felices. Lo negamos porque, aparte de que la creencia en el Cielo, estaría contrabalanceada por la creencia en el Infierno, vemos que en la práctica no produce tal felicidad; de lo contrario, el católico ferviente que se halla enfermo de gravedad, que acaba de confesar y comulgar y que está íntimamente convencido de que irá al Cielo, lejos de temer la muerte, la consideraría como un bien, y sin embargo le vemos poner no sólo todos los medios humanos, sino hacer votos divinos a fin de que su Dios le prolongue la vida, en la que más adelante corre peligro de morir en pecado mortal, condenándose para siempre.

Del mismo modo se dice que nuestra doctrina lleva al hombre al suicidio. Efectivamente, parece natural que el que se considera desgraciado y está convencido que con la muerte no puede pasarlo peor, se mate; pero la experiencia nos enseña que los incrédulos no tienen más ganas de morir que los creyentes. Los suicidas no abundan más entre unos que entre otros. Más de una vez hemos visto el caso de personas que, para matarse, se han preparado oyendo misa y hasta confesando y comulgando. No hace mucho se suicidó un creyente católico de rodillas ante un crucifijo.

Mucho se habla de la humildad cristiana, pero nosotros siempre hemos visto juntas la devoción y la soberbia. Decir que una persona es humilde porque es devota, es como decir que los nobles que sirven a los reyes son humildes, porque se consideran honrados con hacer de porteros o ayudas de cámara. En otra parte hemos demostrado que la fe y la devoción son incompatibles con la caridad verdadera.



## IV

Autores famosos han escrito y escriben obras voluminosas asegurando que la religión cristiana es superior a las demás, porque hace progresar los países en que impera, y que la prueba la tenemos en que Europa está más adelantada que Asia.

Ya hemos dicho que a nosotros no nos convencen los nombres, por famosos que sean, sino las razones; y lejos de hacernos mella todos los sabios juntos, «nada más que por ser sabios», jamás olvidamos la máxima de que «los disparates mayores son los disparates de los hombres de talento».

Según la estadística, hay en la Tierra más de cuatrocientos millones de cristianos entre católicos y no católicos. Nosotros hemos recorrido la mayoría de los países en que se dice habitan esos millones, y nos ha sido completamente imposible encontrar un solo cristiano. ¿Creéis que es broma? Pues a las pruebas nos remitimos. ¿Quién es cristiano? El que sigue la doctrina cristiana. ¿Cuál es la doctrina cristiana? La que Cristo predicó. ¿En dónde consta la doctrina que Cristo predicó? En los Evangelios. Pues vengan los Evangelios, y vamos a ver qué es lo que Jesucristo dice.

Todas las religiones ordenan hacer bien al prójimo, no robar, no matar, etc., etc. Miles de años antes de nacer Jesucristo existían esos Mandamientos, y nosotros, al llamarnos cristianos, lo hacemos en el sentido de esa moral universal, como no tendríamos inconveniente en llamarnos budistas, ma-

hometanos o librepensadores. Los Mandamientos de la moral no son los que constituyen la superioridad del cristianismo, puesto que las demás religiones también los tienen; luego claro está que serán otros. En efecto, otros son; leed los Evangelios, y veréis que Jesucristo ordena lo siguiente:

«Si os dan una bofetada, presentad el otro carrillo. No resistáis al mal. Si os roban el sayo, entregad también la capa. Reparte a los pobres todo cuanto posees. Antes pasará un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. No penséis en mañana, ni aréis ni sembréis; haced como los pájaros, que no se ocupan de eso, y ya veis que viven»; con otra porción de preceptos que todos tienden a que el individuo se cruce de brazos y se deje morir de hambre. Se nos dirá que Cristo predicó todo eso porque estaba convencido de que el fin del mundo iba a ocurrir de un día a otro. Corriente; pero eso nada quita que esos preceptos constituyan la única diferencia entre la doctrina cristiana y cualquiera otra. Y ahora preguntamos: ¿Son esas doctrinas a propósito para hacer adelantar un país? ¿Son tan siquiera practicables? ¿Puede existir una sociedad en la que no exista la propiedad y en la que nadie se ocupe de lo que debe hacer para conseguir el sustento? ¿Hay alguien que siga esos Mandamientos? ¿Hay algún cristiano en el mundo?

Es muy cierto que los ministros de la Iglesia siempre han cumplido escrupulosamente el precepto de no arar y no sembrar, pero han tenido especial cuidado de que otros lo hagan, para ellos recoger; ni son gentes que ponen la mejilla cuando reciben un bofetón, ni tenemos noticia de que repartan sus bienes a nadie. Luego si los mismos representantes de Cristo no son cristianos, ¿cómo van a serlo los demás? Luego lo único



cierto y positivo es que la doctrina cristiana es un desatino, y que ni han existido ni existen ni existirán cristianos. ¿No es el cristianismo el que nos ha hecho adelantar? Pues será el catolicismo. Continuemos el análisis.

Se nos dice que en los tiempos bárbaros que siguieron a la caída del Imperio romano, se conservó en conventos y monasterios lo que se sabía de las ciencias y las artes. Es verdad; pero esto lo único que prueba es que la gente de Iglesia monopolizó la Ciencia. Hacer de eso un mérito sería como hacer un mérito de que los conventos guardasen todo el dinero de Europa *para su uso particular;* porque los doctores de la Iglesia no se valieron de sus superiores conocimientos para ilustrar a los pueblos, sino *para su uso particular,* para engañarlos y vivir a costa del trabajo de ellos. ¿Por qué no hay milagros ahora, cuando entonces cualquier fraile los hacía a puñados? Porque hoy sabemos tanto como ellos, y no pueden engañarnos. Pues mucha más falta hacen ahora los milagros, que entonces, cuando nadie dudaba que fuese cierto cuanto los sacerdotes decían.

Si el catolicismo produce la civilización, la fe católica debe progresar a medida que la civilización progrese. Veamos si es cierto. ¿Cuál ha sido la palanca más poderosa de la civilización presente? La imprenta. ¿Se inventó por inspiración del Espíritu Santo? No tal. ¿Cuál fué el primer resultado del adelanto producido por la imprenta, por medio de la cual la Ciencia pudo salir de los conventos y hacerse más general? La Reforma protestante, que hizo separarse del catolicismo a la mitad de Europa. ¿Decretó algún Concilio que la Tierra era redonda, y que no era más que una de las infinitas tierras? No

¿Cómo trató a los que aseguraron que aquello era cierto? Declarando loco a Cristóbal Colón, encerrando en un calabozo a Galileo y quemando vivo a Giordano Bruno. ¿Abolió la Iglesia la esclavitud? No, sino que la extendió a las Américas. ¿A qué se deben los inmensos progresos de Europa durante los últimos cuarenta años? A los vapores y ferrocarriles. ¿Los inventó la Santísima Trinidad? No. ¿Por qué está Europa más adelantada que Asia? Porque en Asia tienen hoy la misma fe en su religión que tenían hace mil años, mientras que en Europa cada día es menos la fe en la religión cristiana. ¿Cómo estaba Europa cuando nadie dudaba que la religión católica era la verdadera? Tan atrasada y tan bárbara como se hallan las naciones asiáticas. ¿Por qué esos pueblos conservan todavía íntegras sus creencias? Porque siendo sus religiones menos disparatadas que la cristiana, es más difícil que puedan convencerse de que no son ciertas.

Los escritores católicos establecerán las teorías que quieran; el hecho claro y positivo de que la civilización no puede marchar sino arrinconando la fe, es innegable. Ni puede ser de otro modo; porque hacer creer a los pueblos que a Dios se le adora comiendo pescado, y que un hombre hace tomar cuerpo y venir a sus manos al Infinito Dios para tragárselo, lejos de civilizar, lo que hace es embrutecer a la humanidad.

¿Es un progreso haber suprimido la Inquisición? ¿Es un progreso la tolerancia de cultos? Pues, ¿qué otra cosa quiere decir eso, sino que la fe baja según avanza la civilización? Con el progreso viene la buena administración, y a su lado la moralidad. Comparemos la estadística criminal le Inglaterra con la de España, y veremos si civilización no hace disminuir la criminalidad.



Porque estamos íntimamente convencidos de que la religión católica no sirve más que para retardar el progreso, y por consiguiente, el bienestar, la moralidad y la felicidad, por eso hemos escrito este libro, probando de la manera más palpable que la Iglesia romana, así como cualquiera otra, no son más que calamidades. Por esto, todos los que como nosotros ven claras estas cuestiones, deben sobreponerse a las preocupaciones tan arraigadas en nuestra patria, emitiendo públicamente sus ideas, dando así ejemplo a los tímidos. Esa es la única manera de que nuestra patria progrese y de que llegue el día en que nuestros gobiernos puedan decir a los párrocos, obispos y arzobispos, sin miedo, como hoy, a que armen una guerra civil: «Ilustrísimos y reverendísimos señores: la mayoría del pueblo español se ha convencido de que para adorar a Dios, no necesita para nada de ustedes ni de su religión; por consiguiente, los doscientos millones de reales que les pagamos serán empleados en adelante en hacer caminos, hospitales, asilos, establecimientos penitenciarios, etc., etc.; todo esto sin perjuicio de que sean ustedes unas personas agradables y simpáticas, a quienes tendremos mucho gusto en continuar tratando, y sin perjuicio igualmente de que, los que los crean a ustedes necesarios para su tranquilidad de conciencia, los mantengan y les den a ganar buenos miles en misas, bautizos, entierros, casamientos, bulas, etcétera, etc.»

Con objeto de que ese día llegue cuanto antes, os enseñamos la verdad acerca de las religiones, del mismo modo que en otros países se enseña. Allí no reina el error, general en España, de que la devoción y la fe ardiente influyen en la moralidad del individuo; allí nadie se in-

forma de si Fulano tiene tal o cual religión, o no tiene ninguna, sino que se pregunta: «¿Es honrado? ¿Es caritativo? ¿Cuáles son sus obras?»

Hemos concluido. Si nos preguntáis qué cosa es Dios, qué cosa es el alma, por qué existimos, os contestaremos: «Ni nosotros ni ningún ser humano lo sabe, ni lo ha sabido jamás».

Los teólogos de todas las religiones pasadas y presentes han acumulado y continúan acumulando volúmenes sobre volúmenes; cada uno demuestra que la religión contraria es falsa, pero sin poder probar que la suya sea más verdadera.

Ahora, si nos preguntáis qué debéis hacer para ser felices, entonces os aseguramos que lo lograréis adorando a Dios de la única manera que los hombres, tanto el rey como el mendigo, podemos adorarle, que es cumpliendo con los Mandamientos de la Moral Universal:

NO CALUMNIES.—NO COMETAS ADULTERIO. — NO HURTES.—NO MATES.—HONRA A TUS PADRES.

En resumen:

NO HAGAS MAL ALGUNO

FIN

# INDICE

Págs.

